

The illustration depicts a lush forest scene. In the center, two figures are positioned near the base of a massive, ancient tree with a thick, reddish-brown trunk. One figure, wearing a backpack and green pants, stands with their back to the viewer. The other figure, in a dark top and red pants, stands facing the tree with one arm raised. The forest floor is covered in green grass and ferns, with a few small red flowers scattered about. The background is filled with various shades of green, representing the dense foliage and sunlight filtering through the trees. The overall style is a flat, illustrative art style.

JEAN HEGLAND

EN EL CORAZÓN DEL
BOSQUE

de

Lectulandia

Al principio, los cambios llegaron con tanta lentitud que pasaron a formar parte del tejido de las molestias cotidianas. Los cortes de electricidad eran esporádicos y breves, nadie les dio mucha importancia. Pero poco a poco comenzaron a condicionar la vida diaria, las horas en las que se podía poner una lavadora o simplemente leer. Parecía que nadie quería ver que los cortes se hacían cada vez más largos, pero un buen día la electricidad no regresó. Para entonces ya no se encontraba gasolina ni se veían aviones en el cielo. Nadie quería admitirlo y nadie parecía asumirlo, pero la civilización, la de los combustibles fósiles y el torbellino de consumo, se derrumbaba. En realidad hacía décadas que la Tierra lo gritaba.

Nell y Eva son hermanas, tienen diecisiete y dieciocho años y viven en la casa familiar enclavada en el bosque, a las afueras de Redwood. Allí las educaron sus padres, en plena naturaleza, sin ir al colegio ni al instituto, desobedeciendo todas las convenciones, creyendo por encima de todo en los libros y la música. Querían ofrecerles una existencia plena y libremente elegida, ajena a las peores exigencias sociales, pero no contaban con que la sociedad en su conjunto colapsara. Tal vez nadie puede contar con eso, tal vez los humanos somos así. Tal vez por eso es tan difícil reconocer el desplome aun en medio de la ruina y tal vez por eso Nell y Eva conservan sus pasiones: Nell todavía confía en que vuelvan a convocarse unas pruebas de acceso para Harvard, y se prepara leyendo todo lo que encuentra; Eva quiere dedicarse a la danza y ensaya a diario, aunque ya no pueda poner música, reproduciendo cada composición en su cabeza. Sin embargo, frente a lo desconocido que está por llegar, ambas tendrán que reconocer que ningún gobierno, ninguna compañía energética, va a devolverles la vida que creían suya. En realidad, su vida, su nueva vida, está ya en el bosque que las rodea, repleto de riquezas inagotables que, hasta ahora, les han pasado inadvertidas.

Jean Hegland

En el corazón del bosque

ePub r1.0

Titivillus 19-06-2022

Título original: *Into the forest*
Jean Hegland, 1996
Traducción: R. M. Bassols

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Douglas Fishery Garth Leonard Fisher,
y en memoria de Leonard Hegland*



Es extraño escribir estas primeras palabras, como si me inclinase hacia la musgosa quietud de un pozo y viera mi cara mirando hacia arriba desde el agua, tan pequeña y desde un ángulo tan poco familiar que me sorprende comprobar que el reflejo es el mío. Después de todo este tiempo siento la pluma rígida y torpe en mi mano. Y tengo que admitir que este cuaderno, con su infinidad de páginas en blanco, parece casi más una amenaza que un regalo, pues... ¿sobre qué puedo escribir aquí que no duela recordar?

«Podrías escribir sobre este tiempo», dijo Eva. Esta mañana estaba tan segura de que utilizaría el cuaderno para estudiar que tuve que esforzarme para no reírme de su sugerencia. Pero ahora comprendo que quizá tenía razón. Cada tema en el que pienso —desde la economía hasta la meteorología, desde la anatomía hasta la geografía o la historia— parece dar vueltas sobre sí mismo, conducirme de forma inevitable otra vez al ahora, al aquí, al hoy.

Hoy es Navidad. No hay duda. Hemos ido tachando los días del calendario con demasiado cuidado como para equivocarnos sobre la fecha, por más que hubiéramos deseado hacerlo. Hoy es Navidad, y Navidad es un día más que vivir, un día más que soportar para que, en un tiempo no muy lejano, esta época quede atrás.

La próxima Navidad esto habrá terminado, y mi hermana y yo habremos recuperado la vida que pensábamos vivir. La electricidad volverá, los teléfonos funcionarán otra vez. Los aviones volarán de nuevo sobre nuestro claro del bosque. En la ciudad habrá comida en las tiendas y gasolina en las estaciones de servicio. Mucho antes de que llegue la próxima Navidad nos habremos permitido todo lo que ahora nos falta y ansiamos: jabón y champú, papel higiénico y leche, fruta fresca y carne. Mi ordenador funcionará y el reproductor de CD de Eva también. Escucharemos la radio, veremos vídeos, leeremos el periódico. Los bancos, las escuelas y las bibliotecas volverán a abrir, y Eva y yo habremos abandonado esta casa donde ahora vivimos como huérfanas supervivientes de un naufragio. Ella bailará con el *Ballet* de San Francisco, yo habré terminado mi primer semestre en Harvard, y este húmedo y oscuro día que el calendario ha insistido en que llamemos Navidad quedará lejos, muy lejos.

«Felices semipaganas, ligeramente literarias y muy comerciales Navidades», anunciaba siempre nuestro padre la mañana de Navidad cuando, mucho antes del invernol amanecer, Eva y yo nos reuníamos en el pasillo delante del dormitorio de nuestros padres. Expectantes, nerviosas, les suplicábamos que se levantaran, bajaran al comedor, se apresuraran, mientras ellos bostezaban, insistían en ponerse la bata y el batín, en lavarse la cara y cepillarse los dientes, incluso —si nuestro padre decidía ser particularmente exasperante— en hacer café.

Después de la confusión y las risas al abrir los regalos, venía la comida del mediodía, las llamadas telefónicas de parientes lejanos y el *Mesías* de Händel brotando de manera triunfal de la minicadena. Por la tarde los cuatro íbamos a dar un paseo por la carretera que terminaba en nuestro claro del bosque. El fuerte aire y el verde invernol aclaraban nuestros sentidos, y para cuando llegábamos al puente y nos disponíamos a regresar, nuestro padre inevitablemente anunciaba: «Este es el verdadero regalo de Navidad, por Dios... paz, silencio y aire limpio. Ni un solo vecino en siete kilómetros a la redonda, y ninguna ciudad en cincuenta. ¡Gracias a Buda, a Shiva, a Jehová y al Departamento Forestal de California, vivimos al final de la carretera!».

Más tarde, cuando la noche había caído y la casa estaba oscura, excepto por el brillo de las bombillas del árbol de Navidad, mamá encendía las velas del carrusel y nos quedábamos un momento en silencio de pie, todos juntos, observando a los pastores, a los magos y a los ángeles dando vueltas alrededor de la pequeña Sagrada Familia.

«Sí —decía nuestro padre antes de que nos fuéramos a zampar el muslo de pavo y el pudín frío de ciruela—, esta es la historia. Podría ser mejor y podría ser peor. Pero al menos hay un bebé en el centro».

Esta Navidad no hay nada de eso.

Esta Navidad no hay ni luces ni felicitaciones. No hay montones de regalos, ni llamadas telefónicas de larga distancia de tías, abuelas y primos segundos, ni villancicos. Ni pavo, ni pudín de ciruela, ni paseo hasta el puente con nuestros padres, ni el *Mesías*. Este año, la Navidad no es más que otra casilla blanca en un calendario que casi ha terminado, una taza extra de té, un poco más de tiempo con las velas encendidas, y, para cada una de nosotras, un único regalo.

¿Por qué molestarse?

Hace tres años —cuando yo tenía catorce y Eva quince— hice esa misma pregunta una noche lluviosa, una semana antes de Navidad. Papá estaba gruñendo a causa de todas las felicitaciones que le quedaban por escribir, y mamá se escondía en su taller con su martilleante telar, asomando de vez en cuando para sacar otra hornada de galletas y recordarme que fregara los boles.

—Nell, necesito que estén listos esos boles para empezar a hacer el pudín antes de irme a la cama —dijo mientras cerraba la puerta del horno con la última bandeja de galletas en las manos.

—De acuerdo —murmuré, volviendo la página del libro en que estaba concentrada.

—Esta noche, Nell —insistió ella.

—¿Qué necesidad tenemos de hacer esto? —pregunté, levantando con irritación la vista del libro.

—Están sucios —respondió ella, haciendo una pausa para ofrecermé una galleta de jengibre antes de retirarse de nuevo a los misterios de su labor.

—No me refiero a los boles —gruñí.

—¿A qué entonces, Calabaza? —preguntó mi padre mientras cerraba otro sobre y tachaba un nombre más de su lista.

—A la Navidad. Todo este alboroto y este lío, y ni siquiera somos realmente cristianos.

—¡Caray, y tanto que no lo somos! —dijo papá, soltando la pluma y levantándose de un brinco de la mesa que estaba junto a la ventana, estimulado ya por la energía de sus propias palabras—. No somos cristianos, somos capitalistas —prosiguió—. Todo el mundo en este condenado país de locos es capitalista, le guste o no. Todo el mundo en este país es uno de los más voraces consumidores del mundo, y utiliza recursos en una proporción veinte veces mayor que cualquier otro en cualquier lugar de este pauperizado planeta. Y la Navidad es nuestra oportunidad de oro de recuperar el ritmo de la mayoría.

Cuando vio que yo volvía a mi libro, añadió:

—¿Por qué estamos celebrando la Navidad, me preguntas? No tengo ni idea. Te diré lo que vamos a hacer... Abandonaremos. Tiraremos la toalla. Mañana iré con el coche a devolver los regalos. Echaremos las galletas a las gallinas y escribiremos a nuestros amigos y parientes para contarles que hemos renunciado para siempre a la Navidad. Aunque será una pena perderme las vacaciones... —continuó con fingida tristeza—. Ya lo tengo. —Chasqueó los dedos, y se agachó como si una idea acabara de golpearle en la

parte trasera de la cabeza—. Reemplazaremos las vigas del sótano. Olvida esos boles, Nell, y búscame los puntales.

Le miré, airada, odiándole durante medio segundo por la manera tan aparentemente fácil con que había despreciado mis malintencionadas observaciones y mi mal humor. Me dirigí cabreada a la cocina, agarré un puñado de galletas y subí a encerrarme en mi cuarto con el libro.

Más tarde pude oírle en la cocina, lavando los boles y cantando a voz en cuello:

*Nosotros, los tres reyes del alquitrán oriental,
intentamos fumar un cigarro de pega
que estaba cargado de infame amonal,
y acabamos allá donde la estrella congrega.*

Al año siguiente, ni siquiera yo me atreví a cuestionar la Navidad. Mamá estaba enferma y nos aferrábamos a todo lo que fuera alegre, y dulce y cálido, como si pensáramos que, ignorando las sombras, estas se desvanecerían bajo el brillo de la esperanza. Pero la primavera siguiente el cáncer se la llevó, y la pasada Navidad Eva y yo hicimos todo lo que pudimos para cocinar, envolver los regalos y cantar, en un frenético esfuerzo para convencer a nuestro padre —y a nosotras mismas— de que podíamos ser felices sin ella.

Aquella última Navidad yo pensaba que éramos desgraciados. Pensaba que éramos desgraciados porque nuestra madre había muerto y nuestro padre se había vuelto distante y silencioso. Pero todavía teníamos luces en el árbol y un pavo en el horno. Eva era Clara en la representación del *Cascanueces* interpretada por el *Ballet* de Redwood, y yo acababa de recibir los resultados de mis tests de Aptitud Escolar, que eran lo bastante buenos —si pasaba con éxito las pruebas de acceso— para acompañar a la carta que estaba redactando para el Comité de Admisiones de Harvard.

Sin embargo, a lo largo de este año todo eso ha desaparecido o está en suspenso. Este año, Eva y yo hacemos una pequeña fiesta solo porque es menos doloroso admitir que hoy es Navidad que pretender que no lo es.

Es difícil hacerse con un regalo para alguien cuando no hay ninguna tienda donde comprarlo, cuando hay muy poca intimidad para poder fabricarlo, cuando todo lo que posees, cada judía y cada grano de arroz, cada cuchara, pluma y sujetapapeles, es propiedad también de la persona a la que quieres hacer el regalo.

Le regalé a Eva un par de sus propias zapatillas de baile. Hace dos semanas le quité furtivamente el último par estropeado que le quedaba en el

armario de su estudio, y me dediqué a arreglarlas lo mejor que supe, trabajando en ellas en secreto mientras Eva hacía sus ejercicios. Con las últimas gotas del quitamanchas de nuestra madre limpié el raso andrajoso. Volví a coser las suelas de cuero con hilo de nailon de la caja de trastos de nuestro padre. Empapé la piel machacada de las zapatillas en una mezcla de agua y cola de madera, procuré que recuperaran su forma, las escondí detrás de la cocina para que se secaran, y luego volví a empaparlas y a darles forma una y otra vez. Después arreglé las partes desgastadas de las punteras, de manera que pudiera usarlas unas horas más bailando sobre mi red de zurcidos.

Se quedó boquiabierta cuando abrió la caja y las vio.

—No sé si servirán de algo —dije—. Probablemente son demasiado blandas. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Con todo, mientras yo seguía excusándome, ella me rodeó con sus brazos. Permanecimos así durante un largo segundo, y luego las dos saltamos hacia atrás. En este tiempo, nuestro cuerpo contiene nuestras penas como si fuera un tazón a punto de rebosar. Debemos andar siempre con cuidado: ante la más ligera sacudida o cambio inesperado, el agua empieza a derramarse, incontenible.

El regalo de Eva fue este cuaderno.

—No es un ordenador —dijo, mientras yo lo sacaba de su arrugado papel de envolver, reciclado de algún cumpleaños y aún no sacrificado para encender el fuego—. Pero está en blanco, todas las páginas.

—¡Papel en blanco! —exclamé, maravillada—. ¿Dónde diablos lo has conseguido?

—Lo encontré detrás de mi tocador. Debió de caerse hace dos o tres años. Pensé que tal vez podrías usarlo para escribir sobre este tiempo. Para nuestros nietos, o lo que sea.

Ahora mismo, eso de los nietos parece algo aún más improbable que encontrar alienígenas en Marte, y tengo que admitir que cuando levanté por primera vez la tapa de cartón manchada y pasé aquellas páginas, ligeramente mohosas y blancas excepto por la pauta de líneas, estaba pensando más en estudiar para la selectividad que en hacer una crónica de lo que está ocurriendo. Y, sin embargo, es agradable escribir. Echo de menos el rápido *clic* de mis teclas de ordenador y el brillo de la pantalla, pero esta noche la pluma parece ligera en mi mano, y las líneas que guían estas palabras por la página parecen más la urdimbre del telar de mi madre y menos los barrotes que me había imaginado que eran. Creo que veo lo que hay que decir.

Lo que realmente deseaba regalarle a Eva era gasolina. Solo un poco de gasolina... la suficiente para que el generador funcionara y pudiera poner siquiera un disco, pudiera dejar que la música penetrara en ella hasta los huesos; solo unos cuantos litros de gasolina para ofrecerle un baile que no estuviera acompañado tan solo del ruido sordo de sus zapatillas, del crujido de sus articulaciones y del áspero tictac del metrónomo.

Pero ya no queda gasolina. Cuando regresamos de la ciudad por última vez, la aguja implacable del indicador de la camioneta señalaba el vacío absoluto del depósito.

—Creo que lo hemos vaciado hasta los posos —decía nuestro padre—. Así que nos quedaremos por aquí algún tiempo. Pero no os preocupéis... Tenemos comida más que suficiente, y cuando las cosas vuelvan a marchar, cogeré la lata de gasolina y me iré a pie a la ciudad.

Ahora nuestro padre está enterrado en el bosque, aquella lata vacía se oxida en algún lugar de su atestado taller, y Eva tendrá que seguir bailando durante algún tiempo al son de los cada vez más débiles compases de su memoria.

Aquí llega de su estudio, con los leotardos andrajosos y oscuros por el sudor y las costillas todavía subiendo y bajando cuando se inclina ante la puerta de la estufa de leña. La luz del fuego brota a raudales por la apertura, crea nuevas sombras en la habitación y luego se oscurece, y yo dejo de escribir para observar cómo lo alimenta mi hermana.

A mí no se me da bien encender la estufa. Eva dice que mis fuegos se asfixian o arden mal o se desmoronan. Dice que es así porque siempre estoy pensando, pero nunca sobre lo que hacen mis manos. Dice que soy demasiado impaciente. Ella puede encender un buen fuego en la mitad de tiempo que yo. Lo manipula como si fuera algo vivo, mimando la llama que brota de los pedazos polvorientos de carbón, engatusándola con palitos, sabiendo instintivamente cómo cubrir las ascuas para que duren hasta la mañana siguiente. Ahora que nuestro padre está muerto, Eva es la que siempre se ocupa del fuego.

Añade otro tronco a las brasas, luego se sienta en el suelo delante de la estufa para desatarse las zapatillas.

—¿Cómo te ha ido? —pregunto.

—Me ha dolido —responde en tono alegre, mientras se examina los pies sanguinolentos a la luz del fuego. Después de este otoño terrible, ella ha

vuelto a bailar, del mismo modo que yo he vuelto a estudiar.

—¿Qué tal van? —pregunto, señalando las zapatillas recicladas.

Me mira, sonriendo.

—Genial —contesta—. Habría seguido, pero se ha puesto tan oscuro que no veía nada. ¿Cómo va el cuaderno?

—Genial también —digo yo.

Levanta los brazos por encima de la cabeza en tercera posición y se eleva del suelo, sin tocarlo, con la ligereza de una ola encrespada.

—¿Ya es hora de encender el carrusel? —pregunta.

—Está bastante oscuro —contesto—. Pero ¿de verdad crees que deberíamos? Quizá sería mejor guardar estas velas para una emergencia.

Eva encoge un poco los hombros.

—Es Navidad, ¿no?

Hecho de madera de pino y pintado con esmalte brillante, el carrusel, un juguete navideño de tres pisos, es el resplandeciente eje de mis más tempranos y duraderos recuerdos de la Navidad. Era de fabricación china, y a nuestro padre le fascinaba el hecho de que todos los pastores vistieran las ropas oscuras de los campesinos chinos, que los ángeles llevaran su cabello negro cortado con flequillo al estilo de las mujeres chinas, y que todo el mundo, incluso el niño Jesús, tuviera los ojos rasgados.

«Espero que nosotros les estemos enviando Budas rubios a cambio —decía con irónica satisfacción—. No hay nada mejor para cargarse el nacionalismo religioso que una buena economía de libre mercado, a escala mundial».

—¿Lista? —pregunta Eva, haciendo un gesto en dirección a la mesa donde aguarda el carrusel.

Yo asiento con la cabeza, trato de no pararme a echar la cuenta de los minutos de luz de velas que nos quedan con aquellos seis cabos, de no imaginar el momento en que podamos necesitarlos más de lo que los necesitamos hoy.

Eva mete una astilla de madera entre los carbones, y, cuando prende el fuego, la saca y acerca su pequeña brasa a los cabos de las velas que rodean la parte inferior del carrusel. Una por una, el fuego salta de la astilla a la mecha hasta que seis llamas ondulantes arden en el aire inmóvil.

Me deja sin aliento. No habíamos vuelto a ver tanta luz por la noche desde que la lámpara de queroseno chisporroteó y se apagó la pasada primavera. De repente, cambia el tono de nuestra voz, nuestras palabras suenan quedas, casi reverentes. Las llamas parpadean, puras, sin humo, oscilando y saltando como

bailarinas alrededor de sus rígidas mechas negras, y todo en la habitación parece cálido y tierno. Mis ojos se llenan de lágrimas, y sigo con la mirada fija en las lenguas brillantes, los pétalos de fuego floreciendo en sus tallos chamuscados.

La cera se ablanda, reluce, y a medida que el calor de la llama aumenta, las palas de madera que hay encima de los ángeles captan la corriente de aire ascendente, y todo el carrusel empieza a moverse. En silencio, ángeles, pastores y ovejas, los Reyes Magos y sus camellos, todos dan vueltas alrededor de la Sagrada Familia, la Virgen María, san José y el Niño Jesús, inmóviles en sus puestos.

Observamos en silencio, mientras todas nuestras Navidades acuden en tropel desde el pasado en una avalancha tan poderosa que resulta imposible no acabar arrastrada.

Le pregunto a Eva:

—¿Recuerdas cuando querías saber si Jesús era él o ella?

Es una vieja broma familiar, algo que solíamos hacer cada Navidad, como el pudín de ciruela.

Mi hermana sonrío, siguiéndome el juego.

—Mamá dijo que Jesús era él, pero que aquello fue mero accidente. Dijo textualmente: «Lo mismo podía haber sido ella».

—Y luego papá le preguntó si la Virgen María podría haber sido también él.

Las dos asentimos, sonreímos. Las dos nos vimos haciendo malabarismos para tratar de acceder al placer del pasado sin concederle ninguna importancia en el presente.

Una de las velas desfallece. La llama se agita, busca oxígeno y luego se derrumba sobre sí misma. El carrusel reduce su velocidad. Nosotras observamos en silencio, hipnotizadas por las sombras giratorias en el techo, por el latido de las cinco llamas restantes, por el lento quemar y girar de la memoria.

—Creo que estaba equivocada —dice Eva después de que la segunda llama desaparezca.

—¿Qué?

—Jesús no podría haber sido una chica.

—¿Por qué no?

—Las cosas habrían sucedido de otra manera.

—¿Cómo? —pregunto, ansiosa por hablar con mi hermana sobre una idea así.

Ella se encoge de hombros, un tanto indiferente, un tanto impaciente. La caída de sus hombros y el movimiento de su cuerpo son su única elocuencia.

—No lo sé, pero, sencillamente, no habría sido lo mismo si Jesús hubiese sido una chica.

—¿Jesusita? ¿Jesufina? —digo con tono sarcástico. Pero aquello se parece tanto a una de las bromas de mi padre que no nos hace ninguna gracia.

Otra vela muere, y el carrusel se detiene. A la luz cada vez más débil de las tres llamas restantes, los pastores esperan pacientemente de rodillas entre sus ovejas. Los Reyes Magos sostienen sus presentes en sus rígidos brazos de madera, más lejos que nunca de su objetivo. La Virgen y san José permanecen envarados a ambos lados del niño. Las velas se apagan. La última mecha se retuerce. Al final se desvanece la llama. Ha terminado la Navidad.

La oscuridad nos reclama una vez más.



Otro día lluvioso. Excepto por una precipitada salida, esta mañana, para recoger leña y abrir el gallinero de modo que Bathsheba, Lilith y Pinkie puedan salir a picotear en el barro, nos pasamos el día dentro de casa.

—Vas a gastar las zapatillas en una semana —le dije cuando reapareció desde su estudio a media mañana.

—Lo sé.

Tiró de su camiseta sudorosa para airearse el pecho, tomó otro largo trago del agua que recogemos gota a gota, en el fregadero de la cocina. Luego regresó a su estudio sin decir una sola palabra más.

Incluso ahora Eva es capaz de derrochar las cosas. Yo quiero ahorrar siempre, aprovecharlo todo. Puedo hacer que media docena de pasas o un palito de caramelo rancio de un centímetro duren una tarde entera, dosificando el placer como si fuera el interno de un geriátrico que sale a dar una vuelta en su silla de ruedas para tomar el sol invernal. Pero Eva es capaz de comérselo todo de golpe.

—Disfrutemos de ello mientras lo tengamos —dice, y baila con sus zapatillas hasta hacerlas jirones, se come sus pasas de una sola vez, enciende velas y las deja arder, nunca se preocupa por la luz que se pierde—. ¿Por qué no? —pregunta sacudiendo la cabeza y haciendo un gesto gracioso con la mano—. Nada dura para siempre. Y, además, tampoco creo que no vayamos a tener más pasas...

La semana pasada leí en la enciclopedia algo sobre un pueblo nativo de Baja California para el que la carne es una exquisitez tan rara que atan un cordel a cada pedazo para poder masticarlo, tragarlo, y luego volver a sacarlo, de modo que el placer de masticar y volver a tragar se repita. Me sentí algo incómoda al leerlo, porque me recordó a mí misma, incapaz de soltar las cosas, incapaz de aceptar la más pequeña pérdida.

Eva no es así.

—Tenemos bastante comida —dice burlándose cuando me ve sufrir ante un puñado de cacahuetes rancios o las últimas gotas de salsa de soja—. No nos moriremos de hambre.

Es cierto. Las estanterías de la despensa están aún atestadas de los víveres que compramos en nuestro último viaje a la ciudad, así como de las latas de tomates, remolachas, judías verdes, compota de manzana, albaricoques, melocotones, ciruelas y peras que ayudamos a nuestro padre a envasar el verano pasado. Aún tenemos arroz, harina de trigo y de maíz, judías pintas y lentejas. También macarrones, latas de atún y sopa de bote. Nos queda un poco de azúcar, un poco de sal y algo de levadura, al igual que leche en polvo y queso rallado. Y una lata de manteca, una gran variedad de especias y un extraño revoltijo de otros comestibles: las latas sin etiquetar que compramos en Fastco, un bote de gelatina con sabor a naranja, que debe de tener al menos seis años, y un tarro de aceitunas rellenas.

Más que suficiente. Pero aun así tengo que controlar el ansia que me lleva a aferrarme a todo lo que nos queda, como si perder una gota o una miga pudiera llevarnos a la ruina. Cuando pienso en cómo vivíamos, en la forma indiferente con la que usábamos las cosas, realmente me asombro y me avasalla la melancolía. Recuerdo haber vaciado papeleras que hoy me parecerían verdaderas fortunas... papeleras llenas de cartones de los rollos de papel higiénico, de pañuelos de papel usados, lápices rotos, clips retorcidos, hojas arrugadas de libreta y bolsas de plástico.

Recuerdo haber tirado ropa porque estaba agujereada o manchada, o porque ya no estaba de moda. Recuerdo haber echado comida al cubo de la basura —restos de comida de nuestros platos de la cena— simplemente porque se había quedado ahí. Cómo añoro aquellas papeleras rebosantes, aquellas sobras. Añoro zamparme una caja entera de pasas, encender una docena de velas al mismo tiempo. Añoro consumir, olvidar, ignorar. Quiero vivir con abandono, con la despreocupación de un consumidor, en vez de atesorar cosas como una vieja campesina siempre pendiente de los trocitos y las migas.

En la enciclopedia leí el otro día: «Amnesia: un estado de pérdida de la memoria causado por un daño cerebral, *shock*, fatiga o enfermedad. Cuando la amnesia persiste durante largo tiempo, el amnésico a veces inicia una nueva vida que no guarda ninguna relación con la anterior. Esta reacción recibe el nombre de “amnesia temporal”».

Levanté la cabeza de la página, miré por la ventana a las gallinas que estaban en el patio vacío y pensé: «Esta es nuestra amnesia temporal, el tiempo perdido entre las dos mitades de nuestra vida real».

El pasado invierno la electricidad empezó a fallar, pero lo hacía de forma tan ocasional y breve que no le prestamos mucha atención. «Probablemente están trabajando en las líneas», decíamos, o «Las lluvias deben de haber derribado algún árbol. Pronto volverá la luz». Y así ocurría: las luces se encendían, la lavadora reanudaba su zumbido en la antecocina, el aspirador volvía a la vida con un rugido, y un segundo más tarde empezábamos a ver la electricidad como un hecho natural de nuevo.

Pensando en aquellos momentos, estoy segura de que los tres nos encontrábamos en estado de *shock*. Estábamos paralizados, aturdidos aún por la muerte de mamá, ocurrida menos de nueve meses antes, de manera que quizá no nos dimos cuenta, y mucho menos con la celeridad necesaria, de que, después de decenios de advertencias y predicciones, las cosas estaban empezando a fallar de verdad. Además, al vivir tan alejados de cualquier pueblo o ciudad, ya nos habíamos acostumbrado a los fallos ocasionales en el suministro de energía, a tener que esperar a que la luz regresara primero en las zonas más pobladas antes de recuperarla en la nuestra. Tal vez tardamos más de la cuenta en empezar a sospechar que estaba ocurriendo algo distinto. Pero, según creo, incluso en la ciudad los cambios se iniciaron con tanta lentitud — pasando a formar parte del tejido familiar de problemas y molestias— que nadie los reconoció realmente hasta avanzada aquella primavera.

Durante mucho tiempo la luz se marchaba solo unos minutos al día, más o menos, lo suficiente para ser una irritación, una molestia. El microondas se paraba, la ropa se quedaba arrugada, húmeda aún, en el fondo de la secadora. Si estabas duchándote, veías cómo el agua se limitaba a gotear por efecto de la gravedad, sin la presión de la bomba eléctrica. Si me pillaba trabajando en mi ordenador, la pantalla se quedaba en blanco y la máquina gemía como si la aplastaran, llevándose consigo todo el trabajo que no había guardado. Si Eva hacía ejercicios en casa, el disco con el que bailaba se detenía de repente y ella bajaba dando un traspié de su estudio, con el aspecto de alguien al que acaban de despertar a bofetadas.

Si era de noche y nuestro padre ya había regresado del trabajo, la repentina falta de luz le sacaba a veces de la pena que le embargaba, y nos entretenía inventando absurdas maldiciones mientras daba puntapiés y rezongaba en la oscuridad.

«¡Que Dios les dé un morrazo!», gritaba, o «La mierda cría rosas», mientras buscaba la linterna, las velas, las cerillas, chocaba contra las esquinas de las mesas y hacía caer las cosas al suelo. Al cabo de diez o quince minutos, cuando las luces volvían a encenderse, Eva y yo nos sentíamos casi decepcionadas porque sabíamos que toda aquella energía maníaca se desvanecería con rapidez y una vez más nuestro padre quedaría sumido en la desesperación.

Durante mucho tiempo, fue raro el día en que la luz no se iba al menos una vez. Al final, empezó a ser raro el día en que había luz. En algún momento nos dimos cuenta de que habíamos perdido el hábito de buscar a tientas el interruptor cuando entrábamos en una habitación. Ya no alargábamos la mano para coger el tirador del horno cuando queríamos cocinar algo, o para abrir la puerta de la nevera cuando teníamos hambre. Quitamos las mantas eléctricas de la cama, guardamos el tostador, enrollamos las alfombras (que ya no podíamos limpiar con el aspirador). Nuestro padre nos enseñó a preparar, llenar y encender las lámparas de queroseno que él había impedido que mi madre tirara a la basura, y durante un tiempo estas nos iluminaron cuando caía la noche.

A medida que el invierno terminaba y florecía la primavera, nos fuimos acostumbrando a la incertidumbre en el suministro de energía, y creamos una rutina de aprovechamiento en cuanto regresaba. Dejábamos algunas luces siempre en posición de encendido, y cuando empezaban a parpadear las bombillas, Eva corría a la antecocina para poner una lavadora, y luego se encerraba rápidamente en su estudio, le daba al *play* y, saltándose el calentamiento de barra, empezaba a bailar, mientras yo baldeaba el oscuro retrete y abría los grifos para llenar la bañera y el fregadero. Luego corría hacia el ordenador, donde trabajaba como una loca hasta que todo se desmoronaba de nuevo.

Papá había comprado tiempo atrás un generador de energía para bombear agua en caso de que hubiera un incendio y la electricidad fallara, y a veces Eva o yo lo poníamos en marcha para hacer funcionar nuestro ordenador o la cadena de música, aunque, a medida que el tiempo pasaba y la gasolina se iba haciendo más escasa, papá nos convenció de que lo reserváramos para las emergencias.

Al principio, cuando la luz se iba mientras estábamos preparando una comida, sacábamos el hornillo Coleman y terminábamos de cocinar entre los silbidos de sus quemadores, hasta que un día ya no nos molestamos en volver a guardarlo. Cuando consumimos el último resto de nafta y en la ferretería no les quedaba más para vender, volvimos a desmontarlo y empezamos a ingeniárnoslas para asar las patatas entre las brasas de carbón en la estufa del cuarto de estar. También aprendimos a freír allí tortitas, y a hervir judías y arroz al vapor, colocando el cazo encima.

Hacía mucho tiempo que se había acabado la comida del congelador. Tuvimos que acabar prescindiendo también de la nevera. Nuestro padre excavó un agujero en el arroyo, lo forró de piedras y bolsas de basura de plástico negro, lo cubrió con una señal de tráfico que había recogido en una ocasión del vertedero y, orgullosamente lo llamó «nevera». Eva y yo nos quejábamos por tener que envolverlo todo para que no se empapara, por tener que andar hasta el arroyo cada vez que queríamos leche o tomates o margarina; hasta que ya no hubo nada que mantener en frío.

El teléfono fue desapareciendo de nuestras vidas de la misma manera que la electricidad. Durante algún tiempo, ya después de que la energía dejara de ser fiable, aún podíamos hacer una llamada si éramos lo bastante persistentes. Podía llevarnos la mañana entera, marcando el número hasta que aquellas siete cifras nos taladraban el cerebro, escuchando un millar de veces la cortés voz electrónica de la compañía de teléfonos diciendo: «Lo sentimos. Todas las líneas están ocupadas. Por favor, cuelgue y vuelva a probar dentro de unos minutos». Pero, antes o después, lo conseguíamos, aún podíamos hablar con una amiga o informar a la compañía de electricidad, es decir, a su contestador automático, de que la luz se había ido de nuevo.

Una noche, a comienzos de mayo, papá volvió a casa con un rifle de caza, y un poco más tarde llegó el día en que ya no tuvo que ir a trabajar.

«Parece como si las vacaciones de verano fueran a venir más temprano este año —dijo por la noche, mientras freía unos huevos en la estufa para la cena—. La maldita estreptococia ha reducido la asistencia escolar a la mitad y el *stock* de antibióticos se ha agotado. Ahora corre el rumor de que hay meningitis. La Junta parece pensar que ahorrará a todo el mundo un montón de dinero si cierra la escuela un mes antes. —Suspiró y añadió—: Normalmente, yo discutiría esta medida, pero creo que me hace falta un descanso. Además, tengo que recubrir el tejado con tablillas y reponer las vigas podridas del sótano, antes de que las cosas vuelvan a la normalidad el próximo otoño».

Durante todo ese tiempo, el reparto de correos se iba haciendo esporádico, e incluso las oficinas bancarias cerraban cada vez más a menudo. Y los funcionarios estuvieron cobrando mediante pagarés hasta que los bancos se negaron a aceptar aquellos documentos del Gobierno, y a partir de entonces dejaron de cobrar.

Es asombroso lo rápido que todo el mundo se adaptó a los cambios. Supongo que igual debió de pasar cuando la gente se acostumbró a beber agua embotellada, a conducir en carreteras atestadas y a tratar con las voces automatizadas que respondían a casi todas las llamadas telefónicas. Así que ahora también maldecía y se quejaba, pero pronto se habituó, olvidándose casi de que su vida hubiera discurrido antes de otra manera.

Quizá sea cierto que los supervivientes de las épocas consideradas como momentos cruciales de la historia son los que peor las comprenden. Me pregunto si Abraham Lincoln podría haber respondido a las preguntas de un examen sobre las causas de la Guerra de Secesión. Una vez que los periódicos dejaron de aparecer cada mañana y las emisiones de radio se fueron haciendo esporádicas, las noticias que nos llegaban eran tan fragmentarias y contradictorias que no nos aportaban nada sobre lo que estaba sucediendo realmente.

Por supuesto, había una guerra en marcha. Habíamos trasladado la radio de nuestra madre de su taller a la cocina, y antes de que las baterías se agotaran la primavera pasada solíamos lograr, con mucha paciencia, que el aparato emitiera su letanía de desastres mientras preparábamos la cena. A veces las noticias de la guerra hacían que nuestro padre diera patadas en el suelo y lanzara maldiciones, y a veces lo mandaban arriba, a su habitación, mucho antes de que la comida estuviera lista.

La batalla para proteger libertades y defender nuestra forma de vida, según decían los políticos, estaba teniendo lugar a medio mundo de distancia. Era una guerra lejana, pero parecía aferrarse a nuestros días, penetrar en nuestra conciencia como un humo remoto y repulsivo.

No afectaba directamente a lo que comíamos, o a cómo trabajábamos y jugábamos, pero no podíamos olvidarlo, nunca desaparecía. Algunas personas decían que era la guerra la que estaba desintegrando nuestro mundo.

Yo creo, sin embargo, que también había otras causas. En algún momento del mes de enero nos enteramos de que un grupo paramilitar había colocado una bomba en el Golden Gate, y menos de un mes más tarde supimos que los mercados financieros europeos se habían desplomado. En marzo, un terremoto hizo que uno de los reactores nucleares de California se fundiera, y

que el río Mississippi se desbordara con más violencia de la que se hubiera creído posible. Durante todo el último invierno, los periódicos —cuando podíamos conseguirlos— venían repletos de noticias de catástrofes naturales, y me pregunto si la convergencia de todos esos desastres fue la que nos trajo a esta situación.

Y luego estaban los problemas de siempre. El déficit público se había ido hinchando como una bola de nieve durante más de un cuarto de siglo. La economía había avanzado con dificultad durante decenios. Eran ya dos generaciones las que soportaban una crisis indefinida del petróleo. La temperatura global aumentaba, los bosques estaban desapareciendo, las tierras de labor exigían cada vez más fertilizantes y pesticidas para producir menos comida —y más envenenada—. La tasa de desempleo era insostenible, el sistema de prestaciones sociales estaba muy sobrecargado, y la gente de las ciudades del interior del país resoplaba de rabia, frustración y angustia. Los escolares disparaban unos contra otros en los recreos. Los adolescentes lo hacían contra los conductores en las autopistas. Y los adultos abrían fuego contra los extraños en los restaurantes de comida rápida.

Pero todo esto llevaba ocurriendo desde hacía tanto tiempo que la situación parecía casi normal, y a medida que las cosas se ponían más feas y más inciertas, la gente empezó a aferrarse a nuevas explicaciones sobre las causas de aquello que no funcionaba bien. En la última primavera, cada vez que los tres íbamos a la ciudad nos enfrentábamos con versiones más o menos absurdas sobre lo que estaba pasando en el mundo más allá de Redwood.

Cuando dejaron de imprimirse todos los periódicos y las emisoras de radio guardaron silencio, las únicas noticias que recibíamos eran los contradictorios rumores que oíamos en la ciudad el sábado por la noche, noticias tan fiables como las tonterías que, de niños, nos susurrábamos entre risitas formando un círculo de amigos para jugar al teléfono escacharrado.

Nos enteramos de que Estados Unidos tenía un nuevo presidente, una mujer, y que esta estaba a punto de obtener un préstamo de la Commonwealth que nos sacaría del apuro.

Oímos que la Casa Blanca estaba ardiendo y que la Guardia Nacional luchaba contra el Servicio Secreto en las calles de la capital. También que no quedaba agua en Los Ángeles, que hordas de personas trataban de dirigirse hacia el norte a pie a través del Central Valley, asolado por la sequía. Nos dijeron que en el Este aún tenían electricidad y que algunos países se estaban organizando para enviarnos ayuda. Y luego nos enteramos de que China y Rusia estaban en guerra y que Estados Unidos había quedado olvidado.

Aunque las predicciones apocalípticas se hacían cada vez más vividas, y la gente se quejaba cada vez con más amargura de todo, desde la falta de chicle hasta el cierre del Hospital General de Redwood, la mayoría conservaba un extraño optimismo, una especie de calma furtiva; tal vez, la misma sensación que Eva y yo teníamos unos años atrás cuando el río que fluye a través de Redwood se desbordaba y papá no podía llegar hasta la escuela. Sabíamos que una inundación era algo malo y destructivo. Pero al mismo tiempo no podíamos evitar sentir una peculiar sensación de placer al confirmar que algo más allá de nosotros era lo bastante grande como para destruir la inexorabilidad de nuestra rutina.

Junto con la preocupación y la confusión brotó un sentimiento enérgico, liberador. Las viejas reglas habían quedado temporalmente suspendidas, y resultaba excitante imaginar los cambios que sin más remedio surgirían de aquel caos, lo que la gente habría comprendido —y corregido— cuando las cosas empezaran a funcionar otra vez. Incluso mientras la vida de todos se volvía incierta, la mayoría de las personas parecía experimentar un nuevo optimismo, compartir la sensación de que estábamos superando lo peor, y de que pronto —cuando las cosas se enderezaran— las causas de todo este desorden habrían sido purgadas del sistema, y Estados Unidos y el futuro estarían en mejor forma que nunca.

La gente miraba hacia el pasado en busca de seguridad e inspiración. En la biblioteca, en el supermercado, en la gasolinera, e incluso en la plaza, oíamos hablar de los sacrificios y las dificultades de los pioneros. Haciéndose eco de los columnistas de los periódicos desaparecidos y de los presentadores de programas de entrevistas, la gente hablaba sobre la Depresión y las Guerras Mundiales, sobre cómo aquellos tiempos difíciles habían reforzado el carácter y unido familias y comunidades, sobre cómo habían fortalecido a nuestro país dándole nuevo ímpetu y dirección. En esta ocasión, también, afirmaban, un poco de paciencia era lo único que se requería para favorecer la causa de la libertad y la democracia. Cada uno de nosotros tenía que hacer su parte, y luego esperar que todo funcionara.

Por supuesto, papá se burlaba de estos tópicos, tan huecos, aunque incluso su desprecio era poco entusiasta. De haber estado viva mamá, estoy segura de que esta retórica patriótica que traíamos junto al resto de noticias de la ciudad le habrían inspirado algún que otro discurso sobre la credulidad del ser humano y la frivolidad de los políticos. Pero tal como estaban las cosas, la mayor parte del tiempo se encontraba demasiado triste para pensar en nada.

Aun así, aquella primavera envió una donación voluntaria junto con el pago de sus impuestos, y predijo, él también, que para el otoño lo peor habría pasado. De hecho, la única convicción que casi todos, incluso los más exaltados extremistas, compartían era que se trataba de una situación temporal, que el mundo al que pertenecíamos pronto resurgiría, y entonces podríamos contemplar nuestra vida presente como una momentánea interrupción, una historia que contar a los nietos.

En cuanto papá dejó de ir al trabajo nos quedamos tan aislados de Redwood que a veces era difícil recordar que algo insólito estaba sucediendo más allá de nuestro bosque. Nuestro aislamiento actuaba como protección. El pasado junio, cuando la luna brilló con tonos rojizos por los incendios de Oakland, aquello parecía una advertencia, mejor quedarse cerca de casa, y las noticias que escuchábamos de unos y otros los sábados por la noche reforzaban este mensaje. De manera que nos instalamos para esperar el otoño. Tal como papá no dejaba de recordarme siempre que yo añoraba ir a la ciudad, al menos aquí teníamos una despensa bien surtida, un jardín y un huerto, agua potable, un bosque lleno de leña y una casa. Al menos aquí teníamos un amortiguador de las obsesiones y codicias de las demás personas. Al menos aquí subsistía una forma reconocible —incluso ahora— de nuestras vidas interrumpidas.



La B empieza con los aviones de combate: «B-17, B-24, B-29, B-52». Viene a continuación «B Casiopea». Luego, «Ba», «el halcón de cabeza humana considerado en el Antiguo Egipto símbolo de la inmortalidad y la divinidad del alma después de la muerte».

Aviones de combate, supernovas y la divinidad alada del alma: la muerte y el vuelo, el Cielo y los cielos. Aunque se trate solo de un accidente alfabético, hay una precisión involuntaria en esta yuxtaposición, y por un momento me gustaría que mi padre estuviera aquí para poder demostrarle que se equivocaba.

Mi padre siempre se burlaba de las enciclopedias.

—Carecen de poesía, de magia. Es como comer sucedáneo de cacao y llamarlo *mousse* de chocolate —solía decir, quejándose, después de una tarde tratando de convencer a la maestra de quinto grado para que dejara a sus estudiantes instruirse sobre investigación científica criando renacuajos y cultivando moho, en vez de copiando artículos de la enciclopedia—. La

educación trata sobre las relaciones que existen entre todas las cosas del universo, sobre cómo cada crío de la Escuela Elemental de Redwood tiene algunos de los átomos de Shakespeare en su cuerpo.

—Junto con algunos otros de Hitler —añadía mi madre con sequedad, pero mi padre no le hacía caso, absorto como estaba en su idea.

—La enciclopedia toma cualquier tema del mundo y lo diseca, le chupa la sangre, lo arranca de su matriz. ¿Qué le enseña ese maestro al pequeño Tommy? Que investigar es áspero y aburrido, que es mucho más divertido ver la televisión, robar chocolate y destruir la propiedad privada. Y si tu única introducción a la investigación ha sido una enciclopedia, menudo interés vas a tener...

—Vamos, Robert —le decía mi madre mientras ponía la mesa para la cena—, las enciclopedias tienen su función. Quizá Janice solo está mostrando a esos chicos cómo usarlas antes de dejarles que se dediquen a sus propios proyectos.

—No es así. Ella también piensa que la investigación es árida y aburrida. Y Janice nunca permitirá que nadie se entregue a su proyecto... Podrían hacerle preguntas que ella no sabe responder.

—La cena está lista.

—¡Primero quememos todas las enciclopedias!

Pero nuestra enciclopedia había sido un regalo del claustro de su escuela por su apoyo a la hora de pelear por ciertas mejoras, tenía un valor sentimental y, además, a veces alguna de nosotras echaba mano de un volumen para consultar algo.

Sin embargo, no creo que la hubiéramos utilizado más de una docena de veces hasta que yo me puse con ella hace unas semanas. Cuando la biblioteca pública de Redwood cerró la primavera pasada, la bibliotecaria me dejó coger un montón de libros de más. «Llévatelos, tesoro», dijo, porque mi madre había muerto, porque mi padre formaba parte de la Junta Rectora de la biblioteca, porque yo había estado llevándome libros desde que empecé a hablar, porque había acudido a ella para obtener la dirección de la Oficina de Admisiones de Harvard.

«Nadie más los va a leer este verano si no te los llevas tú —dijo, sellando los libros con una fecha tres meses posterior—. Esto debería ser suficiente para mantenerte ocupada hasta que volvamos a abrir en otoño».

Pero yo ya me había abierto camino a través de aquel montón de libros a mediados de julio, luego enterramos a nuestro padre en septiembre, y fue a finales de noviembre cuando Eva y yo nos sentimos lo bastante recuperadas

para que ella volviera a la danza y yo a mis estudios. Entonces me quedé un día entero sentada a la mesa. La carta que recibí de la Oficina de Admisiones de Harvard estaba al lado de la solicitud de inscripción, y mis ojos saltaban de una a otra, contemplando las mismas frases una y otra vez.

Aunque no aceptamos estudiantes con más de un año de antelación con respecto a la fecha de su matriculación, hemos revisado su expediente y nos han impresionado favorablemente la estructuración de sus estudios y sus capacidades intelectuales y verbales, como se pone de manifiesto por sus resultados en el Test de Aptitud Escolar. Si su puntuación en las pruebas de acceso es similar, le animaríamos a que hiciera una solicitud formal en el momento adecuado, el próximo invierno.

Pero en la nota del registro decía:

Aunque las pruebas de acceso realizadas en enero satisfagan nuestras exigencias, le instamos a completar su prueba en diciembre, pues presentando su solicitud más temprano se asegurará de que el Comité tenga tiempo de prestarle a su solicitud una consideración más detenida.

Era como un cálculo de derivadas que no pudiera resolver, como un pasaje de Saint-Exupéry que no fuera capaz de traducir.

—¿Qué voy a hacer? —le dije finalmente a Eva cuando salió de su estudio aquella tarde.

—¿Sobre qué? —preguntó, agarrándose la pierna como si nada y colocándose en paralelo contra el torso.

—Se supone que a estas alturas ya debería haber hecho las pruebas de acceso.

—Bueno, no serás la única que no las haya hecho. Estoy segura de que Harvard tendrá que flexibilizar su normativa este año.

—Pero ¿y si las cosas hubieran empezado a funcionar allí otra vez?

—Nos habríamos enterado.

—¿Cómo?

—Veríamos un avión o algo. Lo que fuera.

—Aunque la luz volviera mañana, yo no estaría lista para pasar las pruebas.

Eva soltó la pierna y se alzó en un perfecto arabesco.

—¿Por qué no?

—No puedo usar mi ordenador, ni mis audios de francés. Y la calculadora se ha quedado sin pilas. Ni siquiera me queda papel.

—Entonces lee. Los libros no necesitan pilas.

—Ya he leído todo lo que hay en casa. Dos veces.

—¿Has leído la enciclopedia? —preguntó, deshaciendo con suavidad su arabesco en una profunda reverencia.

Me gustaría haber empezado antes. No acabo de creerme todo lo que estoy aprendiendo. Está todo allí... cada fecha, cada lugar, cada artista, filósofo y científico, cada hombre de Estado y rey, cada estrella, mineral y especie, cada hecho y cada teoría, cada ínfimo fragmento del conocimiento humano. Y cada cosa en su lugar, todo lo que pueda tener el más mínimo interés, todo lo que se pueda necesitar jamás, y lo único que he de hacer es pasar la página. Tal vez sea un poco árido, pero no más que mis libros de cálculo o de gramática francesa. No más que lo que Eva hace hora tras hora, sola, en su estudio.

Nuestros padres nunca estructuraron nuestros estudios. «Que aprendan lo que les gusta —solía decir mi padre—. Un niño elegirá una dieta equilibrada si se le da a escoger entre alimentos sanos y se le deja solo. Si el cuerpo de un niño sabe lo que necesita para crecer y permanecer sano, ¿por qué no lo iba a saber su mente?».

A sus amigos les explicaba: «Mis hijas disponen libremente del bosque y la biblioteca. Tienen una madre que está a su lado para fijarles la hora de la comida y definir las palabras que ellas no conozcan. La escuela no sería más que un estorbo. Además, si fueran a la escuela, se pasarían más de dos horas diarias en el coche. Dios sabe que podría beneficiarme de su compañía en esos viajes, pero es mejor para mis chicas quedarse en el bosque».

Así que mientras otros niños se dedicaban a recitar las tablas de multiplicar y a pedir permiso para ir a beber agua, Eva y yo éramos libres de vagar y aprender lo que nos gustara. Pintábamos murales y representábamos obras de teatro, construíamos fuertes, criábamos mariposas y programábamos videojuegos. Hacíamos papel, inventábamos nuevas recetas de galletas, editábamos periódicos y capturábamos pececillos. Cultivábamos calabazas, cuidábamos pajaritos y jugábamos con prismas, y nuestros padres le decían al Estado que lo que hacíamos equivalía a lo que se hace en la escuela.

Durante años estudié lo que quise, cuando y como quise estudiarlo. Un libro llevaba a otro, en una pauta aleatoria, vagando de interés en interés, como una buena conversación, y lo único que unía a unos con otros era su yuxtaposición accidental en las atiborradas estanterías del taller de mamá.

Como nuestro padre a veces traía a casa exámenes para que los hiciéramos, cuando tenía doce años supe que andaba varios cursos por delante de los niños de mi edad. Supe también que si ibas a la escuela tenías que sentarte en filas, hacer largas tareas en aburridos cuadernos y pedir permiso para que te dejaran ir al baño. Pero llegó una época en la que eso no me importó, en la que anhelé la vida contenida en aquellos amarillos y bamboleantes autobuses escolares, en la que deseé participar de los empujones de los demás chicos con sus brazos cargados de libros, sus flequillos bien peinados y su risa fácil, e inicié una campaña para exigir a mis padres que me mandaran a la escuela.

Todo esto sucedió poco tiempo después de que Eva descubriera el *ballet*, cuando yo estaba aún dolida por el vacío que eso había creado en mi vida, y creo que traté de convencer a mis padres para que me dejaran ir a la escuela como una manera de aliviar mi soledad.

—Si no tengo a Eva, necesito a alguien —dije—. Es demasiado aburrido estar aquí todo el día sola.

—Bueno, me tienes a mí —repuso mamá.

—Pero tú siempre estás ocupada con tus tapices.

—Podrías ayudarme. Creo que te gustaría trabajar con los tintes. Y a mí me vendrían bien otras dos manos que colaboraran para urdir el telar.

Cuando miré al techo y me derrumbé en la silla, ella respondió animadamente:

—Sé que eres capaz de descubrir la manera de arreglártelas sola, Nell. No te hemos mantenido alejada de la escuela todos estos años para dejar que empieces ahora. La escuela secundaria es una de las experiencias más negativas que puedo imaginar para un ser humano.

La batalla continuó, y cada escaramuza desembocaba tanto en ardiente indignación y resentimiento como en dolorosa frustración. Ambos proclamaban la importancia absoluta de mi felicidad, pero querían que fuera feliz tal como ellos disponían.

Durante cierto tiempo continué torciendo el gesto y quejándome, hasta que finalmente me tropecé con un artículo sobre otra familia, que también hacía *homeschooling*, y que vivía aún más alejada de la ciudad, pero cuyos hijos habían asistido a Harvard. Así que decidí que si aquellos chicos podían hacerlo, yo también. Si Eva no dejaba de bailar, entonces yo iría a Harvard; si no podía asistir a la escuela pública de Redwood, dejaría a todos con un palmo de narices matriculándome en la mejor universidad del país.

Pedí un ordenador nuevo para mi decimotercer cumpleaños, y empecé a importunar a mi padre para que me trajera a casa libros de texto de historia y ciencia, cintas de francés, libros de matemáticas. Él siempre satisfacía mis peticiones... aunque por lo general introducía algunas novelas de misterio en el lote. Pero cuando yo mencionaba Harvard, su respuesta era poco alentadora:

—No sé si esa institución es tan buena como tú crees, Calabaza, aunque tengo que admitir que me sentiría orgulloso de que consiguieras entrar ahí por tus propios medios. Recuerda en todo caso que fue hace bastante tiempo cuando esos chicos lo consiguieron.

—A Harvard le gustan los estudiantes que proceden de ambientes fuera de lo común —dije.

—En aquella época, sí. Dios sabe cuál será la política de admisiones hoy. De todas maneras, ¿por qué crees que Harvard es tan especial? ¿Qué te gustaría estudiar allí?

Hasta entonces me había parecido que ingresar en Harvard era de por sí un objetivo suficiente, así que esta pregunta me pilló por sorpresa. Como acababa de leer una biografía de *sir* Alexander Fleming, respondí lo primero que se me ocurrió:

—Medicina.

—¿Quieres ser médico?

—Tal vez —respondí—. O investigadora.

—Bueno, me alegro, Calabaza. Sé que serás una número uno en todo lo que te propongas. Simplemente, nome gustaría que te impusieras limitaciones antes de conocer todo lo que hay en el ancho mundo.

A medida que pasaba el tiempo yo trabajaba más y más, estudiando cualquier cosa que pensaba que Harvard podía esperar que yo supiera, y la pasada primavera, cuando recibí mi respuesta de la Oficina de Admisiones, pensaba que había aprendido mucho. Ahora, volumen a volumen, artículo tras artículo, página a página, la enciclopedia me está revelando todo lo que no sabía. Casi debería sentirme agradecida por esta amnesia temporal que me permite una última oportunidad de prepararme para Harvard.



Trato de ser disciplinada en mis lecturas y evito detenerme en artículos que no me interesan o no me parecen pertinentes para mi educación. Quiero estudiar la enciclopedia desde el comienzo hasta el final. Pero hoy es el día de

Año Nuevo, así que tengo que saltar a la C para asegurarme de que cumpla el calendario que me he marcado.

El problema con los calendarios es que remiten a una precisión que no existe. Las rotaciones y revoluciones de la Tierra, el Sol y la Luna no coinciden, y todo termina en comas y decimales poco manejables: un año solar tiene 365,2422 días, un mes lunar tiene 29,53 059 días, y la semana es algo que solo existe en nuestras supersticiosas cabezas.

La enciclopedia me proporcionó una fórmula algebraica para decidir en qué día de la semana caerá una fecha en particular, así que calculé cuándo será el próximo año bisiesto y luego sacrificué una hoja del cuaderno para hacer un calendario. Mientras trazaba aquellas doce cuadrículas, numeraba sus cuadros y rotulaba las vacaciones y los cumpleaños que representaban, no podía evitar preguntarme cuál de aquellos días aún no vividos acabaría siendo el gran momento... El afortunado día en que el mundo volvería a nosotras y haría que aquel almanaque de fabricación doméstica quedara obsoleto.



Cada mañana nos despertamos a la pálida luz que se filtra a través de la lluvia de enero. Nos levantamos de nuestro colchón y nos cambiamos las camisetas con las que dormimos por jerséis y vaqueros. Eva alimenta el fuego, yo salgo a abrir el gallinero y a buscar más leña. Para desayunar tomamos harina de avena, o arroz del día anterior, endulzados con la menor cantidad posible de canela en polvo.

Después del desayuno nos ocupamos de nuestras tareas: cortar leña, limpiar o completar el inventario de nuestras posesiones. Eva baila toda la tarde mientras yo estudio y escribo. En cuanto la amenaza de la oscuridad nos detiene, convencemos con engaños a las gallinas para que regresen a su corral, comemos un plato de lentejas o alguna de las latas sin etiquetar de Fastco, y nos permitimos por turnos la mayor satisfacción del día.

El único jabón que nos queda es el trocito que estamos ahorrando para nuestro victorioso viaje de regreso a la ciudad, cuando podamos llenar nuestra lata vacía de gasolina y recuperar nuestra vida. Aun así, el baño es uno de los pocos placeres con los que puedo deleitarme, porque no solo me acerca, aunque sea en una versión empobrecida, a un recuerdo de cómo era un baño, sino que también es algo renovable. Mientras la primavera continúe llenando el tanque de agua, y este pueda enviar su goteo a través de los tubos hasta la casa, mientras el fuego pueda calentar otra olla, siempre me quedará un baño

al final del día, un baño con el que intentar limpiar las pesadillas, un baño que me deje tan relajada que casi tenga que arrastrarme a través de la oscuridad hasta mi colchón, situado al otro lado de la estufa, enfrente del de Eva.

Pero incluso el baño más cálido, largo y relajante no siempre funciona, mis pesadillas me expulsan del sueño, y despierto a un insomnio impregnado aún de sus horrores.

Anoche volví a soñar con gusanos. No las cositas sonrosadas que encontramos en la despensa estos días atrás, sino las enormes larvas que en mi repertorio onírico desbordan la tumba de mi padre. Paralizada, sin voz, yazco a su lado en ese frío y húmedo agujero, y nuestros dos cuerpos —el suyo muerto y el mío vivo— están cubiertos de gusanos que se retuercen. Su cuerpo no puede aliviarme. Es algo inerte, que me infecta con su descomposición. Yo soy incapaz de socorrerme a mí misma, mientras yazco allí, comida en vida por la muerte. Me desperté en medio de la noche, oyendo la voz de mi hermana, sintiendo el sólido tacto de sus manos.

—Cálmate. Tenías una pesadilla.

A pesar de su tono reconfortante, creo que las dos sabíamos que los sueños proceden de algún peligro real, que un sueño no puede ser tan solo una sombra de lo vivido.

—¿Te apetece una taza de té?

—Ya me tomé uno ayer —me lamenté—. Y no quiero derrochar otro.

—Te daré mi taza de hoy.

—Eso no sería justo.

—Anda ya, tonta.

Yo ya no respondí, ella se levantó para abrir la puerta de la estufa y, cacharreando bajo aquella media luz rojiza, llenó un tazón con agua caliente de la tetera que estaba colocada siempre en la parte de atrás de la estufa. Después añadió el pellizco más pequeño posible de té.

—Gracias —dije cuando me alargó el tazón humeante.

—¿Para qué están las hermanas? —respondió.

Sabía que lo decía en serio. Pero habló con tanta ligereza que yo no pude responder como mi corazón deseaba, no pude estrecharla entre mis brazos.



«El *ballet* es una forma de danza que se desarrolló a partir de los espectáculos de las Cortes del Renacimiento. Sus movimientos característicos ponen de relieve una gracia estilizada y etérea. Para conseguir este efecto, la

aspirante a bailarina debe empezar a una edad muy temprana para adiestrar su cuerpo en vistas a realizar posturas que no figuran dentro de la gama de movimientos naturales del cuerpo humano».

A veces, cuando mi cabeza está tan espesa que sé que no puedo asimilar una palabra más, abandono la enciclopedia, me levanto de la mesa que hay delante de la ventana y camino por el pasillo hacia el estudio de Eva. La puerta está siempre abierta, aunque ella no parece darse cuenta de que yo me deslizo dentro, me siento apoyada en la pared y la observo mientras ensaya.

Por lo general la encuentro en la barra, ejecutando la interminable cadena de ejercicios que empiezan con su primer *plié*, vacilante y de brazos rígidos, y no acaba hasta que sale de su estudio. Observándola allí, agachándose y alzándose con los *pliés* que no terminan nunca, me recuerda la anécdota de una bailarina del Bolshói que, durante aquel periodo de ley marcial rusa de comienzos de los noventa, dijo: «Las revoluciones vienen y van, pero nosotros seguimos aquí haciendo nuestros *battements tendus*».

La secuencia continúa: *pliés, relevés, battements tendus, ronds de jambes, développés*, primero en la barra y luego en el centro, el mismo alfabeto diminuto, una y otra y otra vez, bajo el incesante tictac del metrónomo, hasta que ahora, un millón de repeticiones más tarde, cada movimiento es dócil, fluido, perfecto. Incluso algo tan simple como su pierna estirándose en un *tendu*, o su brazo abriéndose a la segunda posición, sugiere cierto anhelo o encanto o conocimiento que va más allá de las palabras.

A veces, mientras estoy allí sentada, Eva abandona sus ejercicios y baila para mí. Hoy empezó con el primer solo de Clara del *Cascanueces*. Es un pequeño y bonito *divertissement*, rápido y animado, y recuerdo que encandiló al público, en Navidad, el último año que lo bailó.

Pero, poco antes de que llegara al punto en el que Fritz le arrebatara el cascanueces de las manos, sus pasos cambiaron y empezó a bailar algo que yo nunca había visto, una danza obsesiva, discordante, que comenzó con una serie de arabescos lentos y reflexivos a partir de los cuales ella se desplomó en una segunda posición, patizamba y de pies planos. Luego, todavía en segunda, se alzó *en pointe* y abrió las piernas adoptando un aspecto tan altivo y poderoso que resultaba inquietante. A partir de ahí se lanzó a una serie de giros clásicos, rápidos y cerrados, terminando con los talones abiertos, los tobillos erguidos, los codos levantados. Después se levantó en otro arabesco impecable.

Tan irresistibles eran sus movimientos que, llegado un punto, mientras la contemplaba, me encontré oyendo la música que estaba bailando, una música

inarmónica y agitada, de contrastes y rápidas inversiones. Había en ella una sensación de suspenso, de freno, de espera. Sin embargo, pese a su rígido control, percibía también la desconcertante sensación de que algo violento brotaba, como si una fuerza indómita estuviera siendo liberada por aquellos tobillos estirados, por aquellos codos torcidos, como si algo salvaje que habitaba en el interior de Eva, y que yo nunca había visto, luchara por salir a la superficie.

Era perturbador verla bailar de ese modo, tan ajeno a las sosegadas y graciosas maneras de mi hermana. Comenzaba a pensar en marcharme, en volver a la B de la enciclopedia, cuando de repente Eva se detuvo, las manos en las caderas, el pie izquierdo señalando una segunda, la cabeza vuelta hacia la derecha. Mantuvo esa postura un instante, y luego cambió el peso a su pie izquierdo, el derecho proyectado hacia fuera, y su cabeza giró de golpe en dirección opuesta, como si sintiera que algo se le acercaba por detrás y no estuviera aún preparada para girarse y afrontarlo. Entonces dejó caer las manos, sacudió la cabeza y rompió el encanto del momento preguntando con un jadeo:

—¿Qué piensas de esto?

—No estoy segura —respondí—. Es bueno, supongo. En cualquier caso, es diferente, interesante. ¿Por qué no continuas?

Ella soltó una risita irónica y dijo, entre profundas aspiraciones:

—Aquí es cuando debe entrar mi pareja. Luego viene el *pas de deux*.

—¿Qué era? —pregunté.

—La obertura de *Tzigane*. Katherine Less lo estaba aprendiendo para hacer de suplente, y yo la observaba mientras ella ensayaba, hasta que llegaba mi autobús.

—¿Llegaste a bailar con una pareja?

—No.

Ambas callamos durante un momento, y luego ella añadió:

—No importa. De todos modos, siempre me gustaron más los saltos que las elevaciones. Qué asco de tíos, sudando encima de ti y lanzándote por ahí como si fueras un cacho de carne.

Hizo una *glissade* y un *plié* y se lanzó a un *grand jeté* tan alto y amplio que pareció quedar suspendida tanto en el aire como en el tiempo. Cuando por fin regresó a la tierra y se desplomó en otro *plié* tan perfecto que solo el ruido sordo de sus zapatillas sobre el suelo permitía intuir que aquel salto conllevara algún esfuerzo. Luego inició una de las danzas campesinas de *Giselle*, una breve pieza muy viva, con pasos rápidos, la cabeza echada hacia

atrás y los brazos sueltos y sensuales. Era una danza maravillosamente engañosa, un baile tan sencillo en apariencia que resultaba difícil recordar que cada movimiento era en realidad poco natural, que formaba parte de una estética que desafía tanto a la física como a la anatomía.

—¡Bravo! —grité cuando terminó, aunque mi voz sonaba demasiado débil para llenar el vacío que sus movimientos habían dejado. Me hizo una pequeña reverencia de campesina, y me marché, dándole tiempo para que estirara las piernas, se secara el sudor de la cara, se quitara sus zapatillas recosidas y saliera a preparar la cena conmigo a la débil luz del final del día.

La primavera que Eva cumplió doce años nuestra familia hizo su acostumbrado viaje semestral a San Francisco, al *ballet*, y de regreso a casa ella permaneció tan silenciosa y distante como nuestra madre, mirando por la ventanilla del coche, más allá del débil reflejo de su cara, hacia la oscuridad salpicada de luces. Pero mientras que el malhumor de nuestra madre desapareció en un par de días, el de Eva permaneció. Y se intensificó. Fue entonces cuando empezó a hablar de ir a clases de *ballet*.

—No, cariño —dijo nuestra madre—, no voy a dejar que arruines tu vida así. El *ballet* es algo horrible. Te volverá neurótica, anoréxica y narcisista, artrítica y analfabeta. Es poco natural. Mira lo que hizo conmigo.

Nuestro padre levantó la mirada del periódico para preguntar:

—¿Qué hizo contigo?

Eva ignoró la pregunta para seguir suplicando:

—Por favor...

—Está demasiado lejos. Para encontrar unas clases decentes tendríamos que ir en coche al menos hasta San Francisco. No quiero ver cómo te destrozas los pies con alguna maestra incompetente de Redwood ansiosa por conseguir que te pongas en *pointe*.

—Podría ir en el coche hasta Redwood con papá y luego tomar el autobús desde allí. ¿O por qué no me das lecciones tú? —preguntó Eva—. Antes lo hacías... Así es como te pagaste tus clases, ¿no?

—Odiaba enseñar. Odiaba soportar a todas aquellas niñas que solo querían llevar tutús rosas, y detestaba verme obligada a tiranizar a las pocas muchachas que tenían de verdad cualidades. Es un trabajo brutal, muy duro. Y, además —añadió, jugando lo que consideraba su mejor carta—, eres demasiado mayor para empezar a bailar. Para tener alguna posibilidad, las

bailarinas deben comenzar a los cinco o seis años... ocho a lo sumo. No habrá más bailarinas en esta familia, y sanseacabó.

Pero uno o dos días más tarde llamó a sus amigos de la ciudad, tratando de conseguir alguna recomendación para una escuela de *ballet*. Soltó un taco —y nuestro padre se rio— cuando se enteró de que la mejor maestra de *ballet* del norte del estado tenía su estudio en Redwood.

—Bien —suspiró—, Eva va a salirse con la suya.

—Es hija tuya, Gloria —añadió nuestro padre.

A la semana siguiente, Eva asistió a su primera lección, toda ella rodillas y codos larguiruchos en una clase formada por barrigudas niñas de seis años. Mi madre tenía la esperanza de que se sintiera atraída tan solo por las luces y las lentejuelas, y no por la danza en sí. Quería creer que el dolor y el tedio que provocaban los ejercicios le harían perder el interés. Pero a Eva le encantaba aquella mezcolanza de belleza y sudor. Amaba la libertad y la exigencia de la danza, y le entusiasmaba bailar... para sí misma y para un auditorio. Le gustaba compartir su pasión con nosotros, prosaicos mortales encerrados en el lenguaje.

Desde el comienzo vivió por y para sus ejercicios, y en seis meses ya había superado a las niñas de su edad, que llevaban recibiendo clases desde preescolar. Seis meses más tarde le dieron el primer papel en el festival de la escuela, y otros seis meses después empezó a tomar el autobús dos veces a la semana para acudir a la Escuela de *Ballet* de San Francisco. Su maestra de Redwood estaba orgullosa, su maestra de San Francisco dijo que prometía mucho, y hasta nuestra madre tuvo que admitir que Eva poseía un giro de pies amplio y elegante.

Pero cuando empezó a rehusar la comida, excepto los yogures y las manzanas, cuando sus periodos comenzaron a volverse irregulares y bailaba hasta que se le reventaban las ampollas, nuestra madre le puso en la cara uno de sus propios pies retorcidos y le suplicó que abandonara el *ballet*.

—Eso no es vivir —dijo—. Por favor, no te dediques a la danza, cielo. Tienes demasiado dentro de ti como para dedicarte a una sola cosa. ¿Y qué vas a hacer cuando tengas treinta y cinco años y tu carrera haya terminado, cuando lo único que sepas hacer sea bailar y no puedas siquiera caminar bien?

Cuando Eva anunció por primera vez que quería ir a clase de *ballet*, yo apenas me enteré de nada, aunque, como siempre, automáticamente me puse de su parte. A fin de cuentas, era mi hermana, mi compañera de juegos, mi mejor amiga, la gemela que debería haber sido, y fuera lo que fuera lo que ella deseara, la apoyaría sin reservas. Pero después de que llevara algún

tiempo bailando, mi entusiasmo empezó a enfriarse mientras el suyo seguía creciendo. Las horas que solía pasar conmigo —jugando entre los árboles, trabajando en casa en alguno de nuestros múltiples proyectos, interpretando interminables representaciones en nuestro claro del bosque— las dedicaba ahora a las clases y a sus ejercicios. Al principio me sentí desconcertada y un poco herida, así que yo también esperaba que Eva abandonara el *ballet* y volviera conmigo.

Más tarde, cuando se hizo patente que, por más que suplicara y prometiera, no dejaría de bailar, le corté las cintas de su primer par de zapatillas de baile. Al descubrir lo que les había hecho a las zapatillas que ella había mimado durante tanto tiempo, montó en cólera.

—¡Nell ha arruinado mi vida! —chilló, corriendo hacia el taller donde mamá estaba inclinada sobre su telar y yo andaba merodeando en un estado de perpetuo aburrimiento.

—¡Bueno, Eva ha arruinado la mía! —repliqué airada. Mi madre echó una mirada a las cintas cortadas, suspiró y dejó a un lado la mariposa de seda que había estado empleando para la trama.

—Nadie puede arruinar la vida de otro —dijo—. Cálmate, Eva. Penélope, tráeme el cesto de la costura.

Mientras remendaba las cintas, y Eva rezongaba en su cuarto, mamá siguió hablando conmigo.

—¿Por qué lo has hecho, Nellie? —preguntó, enhebrando una aguja con hilo rosa.

—Eva no quiere jugar conmigo. Siempre está con sus ejercicios. Y, de todos modos, eso no es bueno para ella.

Mamá volvió a suspirar.

—Bueno, es verdad que no es lo que nosotros hubiéramos querido para tu hermana, aunque si está decidida a ser bailarina, entonces la ayudaremos para que saque lo mejor de sí misma.

—Ahora ya no juega nunca conmigo.

—No puedes obligarla a jugar contigo, Nell. Sé que hay un vacío en tu vida en estos momentos. Pero te corresponde a ti encontrar la forma de llenarlo.

—Aun así...

—Ella es dueña de sí misma, corazón. Y, te guste o no, tú también.

Levantó la zapatilla hasta sus labios y cortó con los dientes la hebra que sujetaba la cinta ya arreglada.

—Toma —dijo, tendiéndome las zapatillas con una sonrisa tan cálida que podría haber fundido una piedra—, ve a llevárselas a tu hermana.

Así que, a pesar de los celos de mi madre y de mi soledad, Eva siguió bailando. Para su decimocuarto cumpleaños, papá cubrió con *mylar* el suelo de madera del cuarto trasero. Colocó una barra a lo largo de una pared, forró la pared contraria de espejos, y allí se metía Eva hasta que alguien conseguía engatusarla, o sobornarla, o directamente le ordenaba que saliera.

A estas alturas todos habíamos establecido una rutina. Cada mañana, Eva se iba a la ciudad en coche con nuestro padre, mientras yo me dedicaba a estudiar y a ponerme de malhumor en el silencio de la casa, y mamá trabajaba en sus tapices. Tres días a la semana, Eva iba a clases mañana y tarde con *miss Markova*, en Redwood. Los martes y los viernes cogía el autobús hasta San Francisco para sus clases en la escuela de *ballet*, y los fines de semana bailaba en casa, tratando de practicar mucho más de lo que ninguna maestra le habría exigido. «Un año más —decía todo el mundo—, sin duda la primavera siguiente, y estará preparada para la audición con la compañía. Un año más y no habrá nada que la detenga».

Pero aquel verano —el verano en que Eva cumplió dieciséis años— fue cuando descubrimos que mamá estaba enferma. Murió en primavera, menos de un año después de que los autobuses que llevaban a la ciudad hubieran dejado de circular, y no hubiera ya suficiente gasolina para que mi hermana fuera a Redwood tres veces por semana. Al principio, Eva habló de mudarse a la ciudad, o al menos a Redwood, donde podría vivir con *miss Markova*. Pero papá se alteró tanto ante la idea de que se marchara, y todo el mundo parecía tan seguro de que las cosas volverían a la normalidad en otoño, que sus planes se aplazaron.

Por supuesto, de todas las cosas que hacían sufrir a Eva cuando nos quedábamos sin luz y la gasolina escaseaba, lo más duro para ella no fue abandonar las clases o posponer su audición, ni siquiera bailar sin compañero o con zapatillas viejas, sino tener que bailar sin música. Cada vez que se iba la luz, la música cesaba, de manera que, en un momento dado, estaba practicando *grands jetés* al compás de la majestuosa alegría de la *Música acuática*, y al siguiente se derrumbaba en el silencio, como si acabara de caerse por un acantilado.

Adquirió entonces la costumbre de obligarse a bailar cuando las luces se encendían. Aunque fuera medianoche, aunque acabara de comer o estuviera dándose un baño, si la electricidad regresaba, se ponía en pie de un brinco, corría a su estudio, le daba al *play* y empezaba a bailar. Pero la luz tardaba

cada vez más en volver, y permanecía durante periodos cada vez más breves, de modo que, pese a toda su disciplina, Eva se desesperaba.

Un día la oí llorar detrás de la puerta cerrada de su estudio, para sí misma como haría una niña hasta dormirse cuando ya ha abandonado toda esperanza de consuelo, y, de una manera extraña, ese llanto me resultó tan independiente como todo lo demás en ella. Y me quedé ante la puerta cerrada durante largo rato, temerosa de entrar e incapaz de marcharme, hasta que por fin el llanto se detuvo y me largué de puntillas, sintiéndome a la vez culpable e insoportablemente sola.

Unos días más tarde, Eva entró como una exhalación en el cuarto de estar donde papá y yo estábamos inclinados en silencio sobre nuestros respectivos libros.

—¡Lo estoy perdiendo todo! —exclamó con furia—. El cuerpo de una bailarina empieza a perder su forma física al cabo de setenta y dos horas, y yo no hago una tanda de ejercicios como Dios manda desde hace cinco días. ¿Cómo voy a conseguir estar preparada para mi audición?

Y justo cuando me disponía a hacer mío el drama de Eva, mi padre empezó a hablar:

—Pues baila —dijo, en aquel tono práctico que me enfurecía tanto cuando iba dirigido a mí.

—¿Cómo? —gimió ella.

—Ya sabes... —repuso mi padre levantando los brazos por encima de la cabeza en tercera posición y agitando en el aire un vacilante pie con su bota de trabajo.

Ella no se rio.

—Me falta la música —dijo.

—¿Para qué necesitas la música?

—Sin música, no es danza... es ejercicio. Necesito el sentimiento, la emoción.

—Yo creía que una buena bailarina llevaba esas cosas en su interior.

—Pero hace falta música para conseguir que salgan.

—Había bailarinas mucho antes de que hubiera electricidad. ¿Qué hacían?

—Tenían acompañantes —respondió Eva.

—Bien, no tenemos piano, ni siquiera un clavicordio, pero yo podría fabricar un tambor. Creo que he visto un bote de café y una vieja cámara de neumático en alguna parte.

—Papá —dijo muy seria—, esto es mi vida.

—Lo sé, Eva, lo sé —suspiró mi padre—. Solo estoy tratando de ayudarte. Eso es todo. Yo creo que una buena bailarina como tú puede manejar la emoción desde su cabeza.

—¿Y qué me dices del ritmo? —preguntó ella desafiante—. ¿Cómo puedo mantener el ritmo con la cabeza?

Papá guardó silencio durante un momento, y luego respondió:

—Creo que tengo algo para ti en mi taller. Quieta, vuelvo en un rato.

—¡No quiero un maldito tambor! —gritó Eva cuando él se marchaba, pero la puerta estaba ya cerrada.

Era casi de noche cuando nuestro padre regresó, pero lo hizo sonriendo, como si fuera el mismo de siempre. Se inclinó ante Eva y le tendió un metrónomo.

—Estaba entre las cosas del último cargamento que rescaté del vertedero. Parece un poco destartado, me temo. Pero mantiene el ritmo.

De manera que tuvo que aprender a bailar sin música, a bailar al compás muerto, carente de vitalidad, del metrónomo. Aprendió a aportar su propia música a la danza, y creo que eso la ha hecho bailar mejor que nunca, aunque nadie excepto yo lo haya visto aún.

Pese a su mafia con el fuego, Eva siempre me hace pensar en el agua. Es rápida, ondulante y alegre como el arroyo que fluye más allá de nuestro claro y, al igual que esa otra corriente, parece contenta de vivir una parte de su vida de manera subterránea, parece segura —aún hoy— de que se dirige a alguna parte.

Durante mucho tiempo, mamá sintió inquietud ante la posibilidad de que llegara a ser como las demás bailarinas, con sus disimuladas ambiciones y obsesiones, y sus mentes estrechas, pero, incluso antes de que mamá muriera, creo que ya era patente que Eva seguiría siendo Eva por muy lejos que llegara con el *ballet*.

Eva es siempre, y de forma inalterable, ella misma. Hasta cuando se enfrenta con la pared de espejos de su estudio, contempla su reflejo sin la vanidad de una bailarina y sin sus críticas compulsivas. Se mira a los ojos con la misma franqueza con que mira a los de otra persona, mientras que yo, si estudio mi imagen en el espejo, coqueteo con ella, siempre adopto una actitud afectada. Contraigo las mejillas para hacer los pómulos más prominentes. Me gustaría que mi nariz fuera más fina y mi barbilla menos redonda. Admiro el índigo de mis ojos y ensayo sonrisas que no dejan ver mis dientes. Trato de imaginar que soy otra persona que me está mirando.

La pregunta que me hago, una y otra vez, es: «¿Quién eres tú?». Algo que jamás pasaría por la mente de Eva sería preguntarse quién es. Se conoce de la cabeza a los pies, y su belleza no es un ornamento: es el elemento en el que habita.

Cuando baila, eso es algo que se ve. Cuando baila está tan segura, tan viva, que anima a cualquiera que la observe. Cuando no baila, está tranquila, sosegada, a veces parece sumida en un sueño, como si para ella bailar fuera vivir, y en tanto pueda sufrir y exaltarse en su danza, no tiene necesidad de más sufrimiento y exaltación.

Soy yo la del malhumor, las preguntas con inquina, la que no se encuentra cómoda en su piel, la que no puede aceptar lo que dice su cara. Soy yo la que no es capaz de confiar en lo que sucederá a continuación, la que tiene que obligarse, exigirse, controlarse, la que tiene que enfrentarse a sí misma — noche tras noche— cuando Eva ya está dormida.



Hoy he leído: «Cuando Beethoven compuso su *Sinfonía n.º 9*, que muchos consideran su obra maestra, estaba casi totalmente sordo». Y he pensado en Eva, bailando sola al compás de la música de su cabeza.



Esta mañana hemos estado trabajando arriba, en la fría penumbra del dormitorio de nuestros padres, haciendo criba entre su ropa y sus cosas, haciendo inventario de todo lo que poseemos.

Nuestra madre solía decir que, mientras que otras familias tenían un cajón de los trastos —al cual iban a parar clavos, arandelas, bujías de coche, pendientes rotos, lápices mordisqueados, imperdibles, conchas marinas, llaves, tiques de la compra y otros objetos inclasificables—, la nuestra tenía un cajón que no era un cajón de los trastos, y eso porque estaba en un lugar tan inaccesible que nadie guardaba nada en él.

—Esta acumulación hace que todo parezca tan provisional... —se quejaba ella.

Y nuestro padre le respondía alegremente:

—Oh, no, querida Gloria... Todos estos trastos durarán siempre... y algunos incluso puede que lleguen a ser útiles algún día.

Si tenía razón en ambas cosas, está por ver, supongo, pero cada cajón que abrimos nos ofrece alguna cosa que quizá podríamos necesitar o utilizar antes de que las tiendas vuelvan a abrirse, y me alegro de que, por fin, nos hayamos dedicado a hacer recuento de nuestras posesiones.

Comenzamos unas semanas antes de la Navidad. El otoño lo pasamos sentadas en el patio, aturcidas por el accidente en el que nuestro padre perdió la vida. En el huerto, la última fruta cayó al suelo sin que nadie lo advirtiera, y el regalo final de las cosechas que mi padre había plantado con nuestra inexperta ayuda, empezó a llenarse de hierbas, y luego a pudrirse. Nos pasamos todo el otoño sentadas, invadidas por el dolor, incapaces de pensar ni en el pasado ni en el futuro, mientras los pocos arces esparcidos entre los árboles de hoja perenne que rodean nuestro claro adquirían tonalidades doradas, destacándose contra el verde permanente del resto del bosque. Y luego perdieron sus hojas.

Yo no estudiaba. Ni siquiera leía. Eva bailaba apenas una hora al día. Por la mañana, les dábamos a las gallinas su ración de maíz molido, tan escasa que resultaba ridículo, comprobábamos sus ponederos en busca de sus cada vez más infrecuentes huevos, y las dejábamos que salieran al patio a rascar el suelo. Jugábamos eternas partidas de *backgammon* en una mesa que se abría como una maleta. Dábamos interminables vueltas con nuestras fichas, viajando, llegando sanas y salvas a ninguna parte, mientras aguardábamos a que sonara el teléfono o volviera de repente la electricidad, aguardábamos a que cayera la noche para poder tachar otro día en el calendario de la cocina, aguardábamos a ser rescatadas del curso erróneo que nuestra vida había tomado.

El tiempo se fue volviendo más frío, y nos trasladamos del patio a la oscura habitación trasera, abandonamos el *backgammon* por los puzzles que a nuestro padre tanto le gustaban. Llegaron las lluvias, y encendimos la estufa y seguimos con los puzzles, mientras en la despensa los sacos de judías y arroz empezaron a vaciarse, y las filas de latas de conservas fueron reduciéndose. Hora tras hora, pensábamos solamente en aquellos trocitos de cartón coloreado extendidos en la mesa ante nosotras. Mientras siguiera quedando otra pieza con sus entrantes y salientes que encajar en su lugar, mientras cada puzzle pudiera ser desmontado para comenzar de nuevo, nosotras podríamos permanecer en suspenso, esperando, a salvo.

Pero una mañana nos despertamos y el fuego se había apagado. Nuestra respiración se condensaba formando un vapor blanco, y cuando salimos al exterior a buscar leña, el mundo estaba cubierto de una rara escarcha.

Regresamos de inmediato a casa, dejando caer la leña al lado de la estufa inerte. Llené la tetera con el agua que se había acumulado en el fregadero durante la noche, la coloqué de nuevo encima de la estufa, y volví a inclinarme sobre el ordenado mar de piezas del puzle, mientras Eva se arrodillaba para encender el fuego. Cortó una tanda de astillas, arrancó una página de un viejo catálogo y la arrugó, alargó la mano en busca de las cerillas de la cocina y soltó un gemido.

Pensé que algo la había picado, fue un sonido realmente repentino, preñado por la angustia, y antes de que pudiera preguntar siquiera «¿qué pasa?», la imagen de un escorpión se me vino a la mente. Lo vi arqueándose sobre la caja de cerillas abierta, y todo lo que había oído y temido sobre el aguijón de los escorpiones se hizo presente. Entonces observé que, en vez de arrojar la caja de cerillas, Eva la había colocado contra su pecho, y en respuesta a mi pregunta, me la tendió, demasiado aturdida para hablar.

La cogí con cautela, pero, en lugar del desnudo, frío color pardo de un escorpión, vi solo cuatro cerillas de cabeza roja... en una caja que había contenido en el pasado centenares de ellas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Debemos de haberlas gastado —respondió Eva.

Nadie más podía haberlo hecho, así que teníamos que haber sido nosotras. Pero las habíamos gastado tan lentamente —una cerilla cada varias mañanas para encender el fuego si las brasas no se conservaban hasta que nos despertábamos— que Eva ni siquiera se había percatado de que nos quedaba solo media caja, un tercio de caja, o un puñado.

—¿No hay más? —susurré.

—No lo sé.

Nos miramos la una a la otra. Eva se puso de pie, erguida una vez más como una bailarina.

—Tenemos que buscar.

De modo que emprendimos nuestra búsqueda. Al principio fue una carrera frenética por toda la casa, hurgando bajo los cojines del sofá y los colchones, registrando armarios, bolsillos y cajones. Tras reunir un viejo mechero que aún contenía algo de gas, media docena de cajitas de cerillas rotas y la lupa de la edición de bolsillo del Diccionario Inglés de Oxford de nuestro padre, nuestra inquietud inmediata se alivió, pero nuestros verdaderos temores se intensificaron. No solo habíamos descubierto —y ya no podíamos seguir ignorando— que nuestros fósforos escaseaban, sino también que los suministros de la despensa eran limitados, que la pila de leña estaba

menguando, que nos quedaban muy pocas aspirinas en el fondo del frasquito de plástico, solo un puñado de tampones en la caja azul del baño, y que incluso los zapatos y la ropa se podían desgastar hasta volverse inservibles antes de que todo esto terminara.

Así que hicimos un inventario sistemático, recorriendo la casa habitación por habitación, primero la cocina, la despensa, la antecocina y el baño, y luego el dormitorio de nuestros padres —seleccionando, organizando, evaluando nuestro legado—, planeando cómo podríamos utilizar, o quizá trocar, cada viejo frasco de jarabe para la tos, cada rollo de cinta aislante, cada página arrancada de alguna revista, cada destornillador y cada par de zapatillas de tela, cada pedazo de materia que llenaba nuestra casa.

Al día siguiente, mientras estudiaba sobre los búhos, di un salto hacia delante en la enciclopedia para leer sobre la protección que ofrecen las plumas contra el frío extremo, y descubrí un artículo que llamó mi atención: «Congelación, una lesión que ocurre cuando la pérdida de calor da lugar a la formación de cristales de hielo en el tejido vivo. El tejido, duro y entumecido, se vuelve insensible. A fin de evitar complicaciones, como una infección o la necrosis del tejido, es importante calentar las zonas afectadas tan rápida y suavemente como sea posible; sin embargo, el dolor durante el proceso de descongelación puede ser intenso».

Eso fue lo que sentimos cuando empezamos a abrirnos camino en aquellas habitaciones, examinando los artefactos de nuestra infancia, las posesiones de nuestros padres, perdidas hasta ahora para nosotras. Lentamente, el tejido se suavizó, se calentó, lentamente la sangre volvió a circular, pero a veces el dolor de aquella descongelación era tan intenso que anhelaba seguir helada. Sin embargo, una especie de vida fue abriéndose camino, célula a célula, a través de mi yo aterido.

Al principio parecía que la casa estuviera llena de todo aquello que habíamos perdido. Cada cajón era una caja de Pandora de ausencias y tristezas. Aquí aparecía la cartera vieja de nuestro padre, su cepillo de dientes con las cerdas aplastadas, su baqueteadada taza de café. Allí, el telar de nuestra madre, en el que aguarda su último tapiz, la urdimbre abierta para el siguiente paso de la trama abandonada. Más allá sus tarros de conservas y sus vasos de cristal y —como nuestro padre no era capaz de desprenderse de nada que hubiera sido de ella— sus frascos de perfume y su ropa interior.

Incluso algo tan anodino como un bol parecía estar lleno de los recuerdos de toda una infancia, cuando lo levantábamos de la estantería, lo examinábamos, intentando imaginar su posible uso actual y futuro, calculando

su valor, intentando no pensar en la última comida deliciosa para la que lo usamos.

Cada vez que abríamos un nuevo armario o un cajón, nos preparábamos, listas para resistir cuando el recuerdo atacara, con sus cascabeles repiqueteando, sus colmillos desnudos hundiéndose en nuestra carne. Pero, curiosamente, aunque mordían, esos recuerdos no eran venenosos. De hecho, lo que más me entristecía era ver las pocas cosas que quedan de una persona cuando esta se ha ido. Algunas fotografías, un pañuelo de seda, un talonario de cheques... ¿Y dónde está la gente que antaño fue propietaria de estas cosas? ¿En qué broche o en qué camisa residen ahora nuestro padre y nuestra madre?

Yo no dejaba de pensar que nos tropezaríamos con algo que nos lo revelaría. Me preparaba por dentro para el hallazgo de un fajo de cartas o una revista pornográfica o un recorte de periódico que nos facilitaría alguna pista nueva para comprender a nuestros padres. Pero no hubo sorpresas ni revelaciones. Todo lo que íbamos encontrando parecía algo casi anónimo precisamente por su carácter familiar. Ahí están los sujetadores de nuestra madre, adaptados a la forma de sus pechos desaparecidos. Allí, los calcetines de nuestro padre, con sus talones deshilachados.

Tratar de comprender a mis padres es como tratar de verme la cuenca del ojo o distinguir el sabor de mi propia lengua. Es como intentar alejarse del aire. Sé que eran excéntricos. Sin embargo, aun cuando deseaba que se mudaran a la ciudad, condujeran un coche que no estuviera destartado o llevaran pantalones planchados, en realidad jamás imaginé otros padres para mí.

Mi madre era una mujer bella, no cabe duda. Siempre pensé que tenía aspecto de bailarina, erguida y esbelta, con esos llamativos ojos grises y un halo de oro pálido que emanaba de su cabello y se desplegaba alrededor de su cabeza como un aura, iluminándole la cara con su propia fuente de luz. Se movió como una bailarina hasta el final. Nunca perdía su postura, y sus gestos eran más amplios y, al mismo tiempo, más precisos de lo que necesitaban ser, como si cada movimiento, cada instante, significara algo. Incluso cuando se limitaba a hacer tareas domésticas se movía con una gracia eficiente, como si doblar sábanas o apilar con la horca la hierba de la entrada fuera un arte o un placer secreto.

Pero, pese a toda su etérea belleza, mi madre tenía una faceta muy matérica. Poseía unos pies terrenales de bailarina, de dedos retorcidos y juanetes que le dolían durante días cuando cambiaba el tiempo, y era

inquebrantablemente sincera con nosotras sobre aquello que nuestro padre llamaba «Los Interesantes Hedores»: defecación, menstruación, sexo y muerte; hasta que fue ella misma quien murió.

Había ingresado en la Compañía de *Ballet* de San Francisco cuando tenía dieciocho años, y bailó allí durante tres temporadas antes de romperse el tobillo en un ensayo general de *La bella durmiente*, una producción delirante en la que ella tenía que hacer su primer papel protagonista, solo que como Caperucita Roja. Ella y nuestro padre se conocieron en la sala de urgencias, donde él estaba esperando junto con un alumno de segundo grado que había aparecido aquella mañana en la escuela con un ojo amoratado y un brazo roto.

Era el primer año como profesor de nuestro padre, y había elegido la escuela más conflictiva que San Francisco podía ofrecerle. Pero cuando vio a mi madre cojeando en la sala de espera de urgencias con su traje de Caperucita Roja, su cara pálida y colgada del brazo del director de *atrezzo*, se dio cuenta de que quería algo más para su vida y no solo pasarse las tardes luchando contra la depauperación del programa de desayuno caliente de la escuela y el aumento de la tasa de embarazos de alumnas preadolescentes.

Más tarde, después de un año de dura y penosa rehabilitación, cuando le dijeron a mi madre que tendría que mantener en reposo el tobillo al menos otra temporada, y que quizá no pudiera volver a bailar profesionalmente, abandonó el *ballet*, se casó con nuestro padre y se trasladó con él a la finca que este había encontrado en las afueras de Redwood, treinta hectáreas de bosque crecido tras la destrucción previa del bosque primario original, cuyo aislamiento creía garantizado por el hecho de que estaba escondido en lo más profundo de un terreno de titularidad pública. Aquel verano ella le ayudó a instalar la fontanería de la cabaña de dos pisos que se alzaba en medio de la finca; y a la primavera siguiente estaba embarazada.

Antes de desertar con mi padre, mamá había sido considerada una de las más prometedoras bailarinas jóvenes de la compañía, y nadie —ni sus amigas de la compañía de *ballet*, ni sus propios padres— podía comprender por qué había abandonado aquella vida. Ella afirmaba que no lamentaba su decisión, pero, dos veces al año, cada primavera y cada otoño, los cuatro nos vestíamos con nuestras mejores galas, nos apretujábamos en el cacharro que nuestro padre estuviera conduciendo en aquel momento y hacíamos el trayecto de tres horas hasta San Francisco para asistir al *ballet*.

Al final de la representación íbamos a los camerinos, donde esperábamos, torpes y pesados con nuestra gruesa ropa de calle, mientras un montón de mujeres vestidas con tutús y mallas se arremolinaban alrededor de nuestra

madre, estirando sus largos cuellos hacia ella para besar el aire junto a sus mejillas. Parece que fuera ayer, decían, cuando bailaba con ellas, y ahora mira... Ellas se estaban acercando al final de su carrera y nuestra madre tenía dos hijas adorables. Hacían comentarios exagerados, de carácter general, sobre cuán maravillosa era la vida familiar, sobre cuánto envidiaban a mi madre, sobre cuánto deseaban ellas, también, casarse y tener hijos.

El regreso a casa siempre era silencioso. Eva y yo nos dormíamos en el asiento trasero y nos despertábamos cuando nuestro padre nos sacaba en brazos del coche.

—El Buick llega hasta aquí —decía, con más animación que de costumbre—. Todo el mundo a tierra.

Y mientras nos llevaba a través del porche hasta la casa, podíamos divisar por encima de su hombro a nuestra madre, de pie en el patio oscuro, los hombros erguidos, la cabeza levantada, mirando hacia la oscuridad, mirando las estrellas.

Durante un par de días después de estas excursiones, ella se mostraba más silenciosa que de costumbre. La ropa para lavar se amontonaba, y comíamos a base de latas y congelados. Pero, inevitablemente, una mañana nos despertábamos al son de la música de Bach o de Händel o de Vivaldi, que emanaba de la radio de su taller, y cuando bajábamos, había fuentes con bollos de canela reposando en la encimera de la cocina recién fregada, y una taza de té enfriándose en la mesa a su lado, mientras ella dibujaba en los cartones o bobinaba seda para su siguiente tapiz.

No creo que mamá hubiese pensado jamás que llegaría a ser una mujer de campo. Le agradaba el aislamiento de nuestra casa y la vista de los árboles desde el ventanal que, ante su insistencia, nuestro padre había instalado en la habitación delantera. Pero jamás se interesó de verdad por las labores de la tierra o por el bosque. No le gustaba trabajar en el huerto, y era alérgica a todas las mascotas que Eva y yo le proponíamos tener. Nunca llegó a perder el miedo a las serpientes de cascabel, a las garrapatas y a los jabalíes, y siempre que se aventuraba más allá del claro se las apañaba para volver a casa con un sarpullido. Aun así, parecía bastante satisfecha con el trabajo, el silencio y la familia que llenaban su vida.

Desde que abandonó el baile se había dedicado a otras artes u ocupaciones con, en principio, idéntica pasión. Cuando éramos pequeñas tenía un torno de alfarero y un horno en su taller, y puedo recordarme a mí misma haciendo tarros y animales con los dedos en el suelo, a su lado, mientras el torno no dejaba de girar al rápido ritmo que imponía su pie.

Pero en algún momento el tobillo lesionado empezó a molestarle, y en vez de comprar un torno eléctrico o aprender a hacer girar el suyo con el otro pie, cambió la rueda y el horno por un telar, una urdidura y una bobinadora, y aprendió a tejer. Su alergia le impedía trabajar con lana, de modo que empleaba hilo de seda, y tejía tapices de intrincadas flores que modelaba al estilo de los de la Europa gótica y vendía a través de una de las galerías más exclusivas de la ciudad.

Ella misma teñía las telas, y hacía magia, algo que ninguna fórmula química podría reproducir, era maravilloso ver cómo los polvos de colores apagados y olor penetrante que añadía a sus ollas daban lugar a los índigos y amatistas, esmeraldas y carmesíes, coralinas, ocre y pardos con que llenaba sus tapices.

En la cocina había toda una serie de botes, cuencos y cucharas que los demás sabíamos que no había que usar para la comida, debido a los tintes tóxicos y productos cáusticos que habían contenido. Pero, después de que le diagnosticaran el cáncer, mamá decidió emplear tintes naturales, utilizar alumbre y vinagre como mordientes, y, muy poco tiempo antes de que la enfermedad le impidiera seguir trabajando, ya hablaba de cómo obtener sus colores directamente de las plantas del bosque.

Sé que nos quería, aunque la mayor parte del tiempo nos dejaba solas. No era tan charlatana como nuestro padre, y su amor se demostraba en forma de rápidas caricias, galletas y una suerte de interés distante, como una indulgente indiferencia. Vivía profundamente inmersa en el meollo de su vida, y esperaba que Eva y yo hiciéramos lo mismo. Creo que apenas veía necesario actuar como amiga o compañera de juego para nosotras. «Eres dueña de ti misma», decía si alguna de nosotras dos acudía a ella con un sentimiento de soledad o de aburrimiento en algún momento del día. «Ya espabilarás». Y nos brindaba una cálida y firme sonrisa, regresando a su telar.

«Eres dueña de ti misma». Cuando una de nosotras llegaba corriendo a su lado para quejarse de la otra —«Eva no quiere ser el príncipe», «Nell está cortando el pelo de su muñeca», «Eva no quiere limpiar su cuarto»— respondía, con severidad y con orgullo: «Tu hermana es dueña de sí misma. Igual que tú. Ya os daréis cuenta». Luego nos despeinaba y sus largos dedos masajaban nuestro cuero cabelludo por un breve, dulce instante, antes de regresar a su telar.



Nos pasamos la mañana en el taller de nuestro padre, tratando de organizar y elaborar un inventario del caos que reinaba allí. Yo antes odiaba el taller por su confusión y su olor a moho y productos químicos, pero ahora cada alambre, tubo o cerrojo, cada herramienta, chisme o máquina podría tener \in uso, y parece a la vez un consuelo y un reproche sentarse entre sus cosas, cuidarlas, clasificarlas y limpiarlas, prestándoles la atención que él nunca tuvo tiempo de dedicarles.

Papá lo guardaba todo pero no ordenaba nada. Nuestra madre se quejaba de que era como esas amas de casa al borde de la senilidad que acumulan bolsas de comestibles, botes de margarina y bandejas de carne de los supermercados. No se deshacía de nada: electrodomésticos rotos, asientos de retrete usados, telas metálicas oxidadas. Y he de admitir que parte de esas cosas las utilizaba. Siempre tenía el trozo de madera o un tornillo que servía para algo, aunque —tal como a nuestra madre le gustaba puntualizar— podía llevarle una tarde entera encontrar lo que necesitaba.

Resulta irónico pensar que este montón de trastos viejos sea ahora nuestro mayor tesoro. Más allá de nuestro calvero no hay nada excepto el bosque, una inútil extensión de árboles y matojos, jabalíes y lombrices. Pero el taller de nuestro padre está atestado de cosas que pueden tener algún valor.

No había nada excepcional en los orígenes de mi padre, aunque él era más excéntrico aún que mi madre. Era el hijo mediano de una familia de granjeros del Medio Oeste. «Soy un hombre medio —solía decir—, ingresos medios, clase media, mediana edad, pero aún tengo mi dedo medio, y por Dios, sé cómo usarlo».

Se me ocurre ahora que debió de tener una infancia desgraciada, aunque, pese a su incansable cháchara, jamás lo mencionaba. Al parecer, la granja de su padre estaba bajo la constante amenaza de la ejecución de una hipoteca. Su hermano mayor se había ahogado mientras nadaba el verano que él cumplió siete años, y su madre jamás se recuperó de la pérdida. Pero las únicas secuelas que le quedaron fueron una aversión por la leche en polvo y la tendencia a conservar coches y camionetas viejos.

Recordaba con cariño el clima del Medio Oeste. Se había criado en un lugar donde el invierno significaba un largo asedio de la nieve y unas temperaturas continuas inferiores a los cero grados, y siempre mostraba su desdén por lo que los californianos llamaban invierno, negándose incluso a comprarse un abrigo. «Aquí solo hay verano y tiempo de jersey —decía burlándose—. Invierno... ¡ja! Ninguna estación merece semejante nombre a

menos que puedas contar con que nevará una semana seguida. Aquí no puedes esperar siquiera que hiele por las noches».

Mi padre no era un hombre alto. Medía solo unos centímetros más que mi madre —delgado, pero fuerte—, llevaba siempre el pelo un poco demasiado largo, salvo que se lo acabara de cortar, en cuyo caso podías verle un poco de piel de la frente, así como de las orejas y de la parte trasera del cuello. Tenía los ojos más azules del mundo, y unas patas de gallo que les conferían una dulzura singular. Tenía manos ágiles, una sonrisa que era un regalo y una energía rápida, casi maníaca. Rebosaba ideas, proyectos y bromas. Siempre estaba haciendo algo, componiendo, arreglando o ajustando, añadiendo otra habitación a la estructura improvisada de nuestra casa, reconstruyendo una máquina, excavando una nueva zanja para la fosa séptica, reparando el depósito de agua.

Siempre estaba trabajando y siempre lo llamaba jugar.

«Creo que iré a jugar un rato al tejado», le decía a mamá antes de ir a reparar una nueva gotera. «Es hora de ir a jugar al jardín», decía un sábado por la tarde, o bien: «Me voy a jugar con el carburador».

Y el lunes por la mañana metía sus grandes y sucias libretas de notas en su cartera de lona, se echaba su arrugada chaqueta de pana al hombro y anunciaba: «Me voy a jugar a hacer de director».

Nuestra madre solía decir que papá tenía una infinita capacidad para el entretenimiento, aunque ahora me pregunto si no se trataba solo de una infinita capacidad para amarla, porque, después de que ella se fuera, todo cambió. Con su muerte, la alegría y la energía cinética de mi padre se evaporaron. Su vida pareció colapsarse como un agujero negro, creando esa densidad que la enciclopedia llama «singularidad», una fuerza de la que nada puede escapar, una negatividad que devora incluso la luz.



En estos días de mediados de enero, la vida es una agotadora sucesión de los mismos y triviales asuntos: estudiar, comer, tratar de dormir. El tejado ha empezado a filtrar agua sobre el antiguo dormitorio de Eva, pero por lo demás no hay nada de qué informar excepto comidas, sueños y un tiempo húmedo. Eva baila y yo me dedico a leer, y las únicas novedades proceden de la enciclopedia. Aun así, es extraño con cuánta frecuencia el estricto orden del alfabeto rige mi vida.

Hoy he leído: «Bulbo: estructura de hojas carnosas que constituye la fase en reposo de algunas plantas. Las reservas de alimento del bulbo permiten que este permanezca inactivo durante el tiempo inclemente y reanude su crecimiento cuando retornan las condiciones adecuadas».

Nuestra madre murió antes de que el teléfono dejara de funcionar. Murió cuando la electricidad aún parecía algo tan natural como la respiración, cuando todavía pinchaban canciones nuevas en la radio. Murió en un hospital —eso indica cuánto tiempo hace ya—, lentamente, de un cáncer complicado, en vez de los virus intratables o los accidentes o las gripes que matan a la gente ahora.

Un domingo, durante su último invierno, condujo hasta la ciudad. El cielo estaba plomizo y la tierra inerte, y volvió con unas bolsas de la compra llenas de bulbos de tulipán.

—He comprado todos los tulipanes rojos de la ciudad —anunció triunfalmente.

—A mí me parecen pardos —dijo nuestro padre, tras echar un ojo a una de las bolsas, sacar un bulbo y sostenerlo contra la luz—. ¿Qué son, comida de ciervo?

—Mi libro de jardinería dice que los ciervos no comen tulipanes —aclaró ella.

—Espero que el ciervo haya leído el mismo libro —respondió mi padre.

Para su satisfacción, ella suspiró con resignada paciencia, miró al cielo y le preguntó a mi padre a qué profundidad debería plantarlos, en su opinión. Luego llevó afuera las bolsas y se pasó toda la semana plantando los bulbos. Estaba ya en los huesos a causa del cáncer, pero recuerdo que parecía extraer su vitalidad de la tierra fresca, de los bulbos aún durmientes y del aire puro. Recuerdo también sus manos enrojecidas y agrietadas por el frío, y el olor arcilloso cuando entraba en casa para calentarse junto a la estufa, cerca de la cual yo estaba sentada con mi libro y mi taza de cacao.

«¿No queréis ayudar, chicas? —preguntaba alegre, estimulada por el contacto con la tierra, el trabajo y la promesa contenida en cada bulbo, burlándose de mí, colocando su mano helada en mi espalda, por debajo de la ropa, o apretando sus mejillas contra mi cuello, deteniéndose para abrir la puerta del estudio de Eva y volviendo a preguntar—: ¿No queréis ayudarme?»

Nosotras murmurábamos: «Más tarde, cuando termine este capítulo...», «Dentro de un ratito, cuando acabe con estos *pliés*», y yo regresaba a mi cacao caliente y al mundo cerrado de mi libro, y Eva terminaba con sus *pliés* y empezaba a trabajar con sus *frappés*.

Me pregunto ahora si tal vez no nos invitó a que la ayudáramos para poder hablar con nosotras de su muerte inminente. Ella, que siempre había sido tan franca con nuestras preguntas sobre pájaros heridos y abuelas enfermas, nunca hablaba con nosotras sobre lo que le estaba pasando, y se me ocurre si no estaría tratando de allanar un camino para que esa conversación pudiera tener lugar. Quizá, afuera, arrodilladas sobre la hierba, trabajando para enterrar los bulbos que la sobrevivirían, ella habría sido capaz de preguntarnos qué sentíamos, de decirnos lo que pensaba sobre la experiencia de la finitud, lo que quería que recordáramos cuando ella se hubiera ido.

Pero todo lo que yo sabía en aquel momento era que no deseaba salir de casa. Hacía frío fuera, y se estaba a gusto junto a la estufa de leña, haciendo lo que yo sabía hacer. No quería arriesgarme a enfrentarme con sus ojos, a tener que oír aquellas palabras —cáncer y muerte— en boca de mi madre, que tenía cáncer, que podía estar muriéndose.

Creo que tenía miedo de que si me preguntaba cómo me sentía, mi pena y mi rabia, liberadas, nos matasen a todos. En algún rincón escondido de mí misma yo estaba ya llorando, gritando y suplicando que no nos dejara, que no se marchara. Si empezaba a llorar de verdad, solo su consuelo podría detenerme, y si se moría antes de que hubiera terminado de consolarme, entonces me quedaría llorando para siempre. Además, en alguna parte había leído que la actitud de los pacientes de cáncer podía acelerar o ralentizar su enfermedad, y creo que tenía miedo de que si nosotras admitíamos que se estaba muriendo, eso la condenaría definitivamente.

De manera que mi madre tuvo que plantar sus bulbos sola, enterrar cada uno de ellos, y cuando todos estuvieron bajo tierra, regresó a las flores de su telar y ya no volvió a salir al exterior a trabajar. Para cuando las lluvias hubieron cesado y las primeras hojas de tulipán empezaron a brotar de la tierra húmeda, ya no pudimos sustraernos al hecho de que se estaba muriendo, pero entonces estaba ya demasiado débil y nosotras demasiado asustadas para mencionarlo siquiera.

Aquella primavera, el claro apareció rodeado de fuego, un círculo de rojos tulipanes roto solamente allí donde el camino lo cruzaba. El ciervo debió de mordisquear un par de retoños tempranos y decidió que los tulipanes no eran de su agrado, porque pronto, a través de todas las ventanas, vimos una línea de tulipanes escarlata, con su brillante color y su forma elemental, como las flores de un dibujo infantil o de uno de los tapices de nuestra madre.

Conformaban una franja de color rojo que separaba el verde primaveral de nuestro césped del verde salvaje del bosque. Cada día, mamá se sentaba en la

cama que nuestro padre había colocado en la terraza para ella, cubierta de mantas, apoyada en almohadas, con su cabeza calva envuelta en un turbante, los ojos escondidos bajo unas gafas oscuras, observando sus tulipanes hasta que la cálida insistencia del sol la devolvía al estado de somnolencia donde cada vez residía durante más tiempo.

«Brotarán cada año», susurró en una ocasión.

Murió un mes más tarde, justo cuando la glicinia del extremo sur de la casa había empezado a florecer. Para entonces sus tulipanes eran tallos marchitos y el verde había desaparecido. Se combaban en el límite del claro. La enterraron en el cementerio de la ciudad, un radiante y ventoso día de abril, un día en el que los ojos nos escocían no solo por el llanto, sino también por la luz excesiva del sol y la arenilla levantada por el viento. Una parte de ella sigue allí, supongo, pudriéndose entre el satén y la madera contrachapada del ataúd que el empleado de las pompas fúnebres le vendió a nuestro padre. Creo que ella misma se había enterrado en aquel círculo de bulbos durmientes, y ahora desearía haberla ayudado en su trabajo.



Antes de que todo esto ocurriera, no nos gustaba el té. Yo solía tomar cacao y Eva procuraba evitar los excitantes, pero ahora las bolsitas de té rancio de nuestra madre son uno de los escasos placeres que nos permitimos. Incluso Eva está dispuesta a racionarlo. De la caja de Fastco que contenía cuatrocientas bolsas quedan solamente nueve. Pero si quitas la grapa de la parte superior de la bolsa y echas el té en un tazón, verás que realmente solo hace falta un pellizco para transformar el agua hervida en un líquido con una pizca de cuerpo y cierto sabor, una suerte de alquimia que civiliza el agua, que resucita el fantasma de la infusión.

De esta manera, podemos hacer que una bolsita de té dure una semana entera, y quizá el conteo de las bolsitas de té nos informa mejor sobre el paso del tiempo que cualquier calendario.



Estoy avanzando con la enciclopedia. Terminé la D la semana pasada, y esta tarde he leído desde «Edén» hasta «Electricidad». Mientras leía sobre cargas y corrientes, conductores y campos, a la pálida luz de un sol plomizo, se me ocurrió la extraña idea de que quizá la electricidad hubiera vuelto. Era

posible que la bombilla que dejamos encendida hace seis meses se hubiera fundido sin que nos hubiésemos enterado.

Cuanto más rato me quedaba sentada a la mesa mirando el barro de fuera, más convencida estaba de que todo lo que tenía que hacer era levantarme y encender la luz para que nuestra amnesia temporal terminara. Sentí un estremecimiento, y la cautela que experimenté después no era tanto una advertencia ante la posibilidad de que estuviera equivocada como una manera de prolongar el delicioso instante. Al cabo de un momento me levantaría de la silla, cruzaría la habitación oscura y encendería la luz. Podía sentir ya la leve resistencia del interruptor al accionarlo. Podía ver ya la luz del filamento ardiente. Y podía oír la alegría de mi voz gritando: «¡Eva, Eva, ven, mira!».

Esperé todo lo que pude, y luego, lentamente, crucé la habitación, puse el dedo sobre el interruptor, hice una profunda inspiración y lo accioné. Percibí un casi inaudible *clic*.

Y eso fue todo.

Sentí una decepción brutal, y luego pensé: «Quizá la bombilla está fundida».

Fui corriendo al baño y probé allí. Tenía la impresión de que solo con desearlo intensamente, solo con concentrar todo mi ser en hacer que la electricidad fluyera a través de kilómetros de cables de colores hasta el pequeño interruptor, habría luz. Cerré los ojos, contuve la respiración y le di al interruptor.

Por un momento casi habría afirmado que vi luz a través de mis párpados cerrados, pero, cuando los abrí, el baño estaba oscuro. Mi mano se separó del interruptor con desmayo. Sentí cómo todo mi ser se desplomaba en una derrota tan abrumadora que parecía insondable.

Después me asaltó una esperanza aún más estúpida. Si la electricidad aún no había vuelto, quizá sí lo había hecho el teléfono, pero, hasta que alguien nos llamara, no lo sabríamos. Entré de un brinco en la cocina para descolgar el terminal tal como solía hacer cuando sonaba. Y me pegué el auricular al oído. En vez del zumbido que en su día le hacía parecer un ser vivo, no había más que silencio. Un silencio rotundo, hueco.

Más allá de ese silencio alcancé a oír el incansable tictac del metrónomo de Eva, así como el ruido carente de ritmo de la lluvia.



Aunque la lluvia que cae de continuo sobre el césped descuidado y los árboles, siempre tan pacientes, bien podría ser la misma que cayó hace una semana, el calendario afirma que hoy es primero de febrero. Estamos a ocho bolsas y cuarto de té, y yo he recorrido más de la mitad del camino de la F.

Hoy he llegado a «Floresta», «una extensa y compleja comunidad ecológica dominada por árboles que posee el potencial de perpetuarse por sí misma». Pero antes de que consiguiera memorizar los distintos nombres que reciben las masas arbóreas según sus características, me vi interrumpida por otro recuerdo, y levanté los ojos de la página para mirar por la ventana hacia el bosque.

En cuanto aprendimos a andar, nuestro padre empezó a llevarnos a Eva y a mí a hacer largas y lentas marchas por el camino de tierra que partía de nuestro claro en dirección al bosque. Contemplábamos las flores silvestres, escuchábamos los cantos de los pájaros y chapoteábamos en el hilillo de agua cristalina del arroyo. Recogíamos hojas y molestábamos a los ciempiés y a los tejedores, mientras él se erguía sobre nosotras, tolerante y benévolo como un árbol.

Conforme nos fuimos haciendo mayores, mamá nos daba permiso de vez en cuando para caminar solas los cuatrocientos metros que distaba la casa del puente para ir a recibir a nuestro padre a su regreso del trabajo. «No crucéis el puente», nos advertía mamá, hasta que aquel puente llegó a parecer una frontera tan evidente que jamás se nos habría ocurrido cruzarlo.

Lo que realmente nos gustaba era jugar en el bosque. Cada flor, cada pájaro y cada crujido misterioso nos invitaba a salir del camino y a pasear entre árboles y helechos, pero mamá insistía en que nos mantuviéramos en el sendero.

—Sois demasiado pequeñas —decía cuando, a los seis y siete años, suplicábamos que nos dejara ir a explorar—. Os perderíais. Es peligroso.

—Por favor... —Implorábamos a coro.

—Pero ¿qué queréis hacer allí?

—Solo queremos explorar —decíamos—, o quizá podríamos construir un fuerte. Tendremos cuidado.

—¿Y por qué no construís un fuerte en el claro? —replicaba ella.

—No es lo mismo, tiene que ser en el bosque.

—En el bosque hay garrapatas, serpientes de cascabel y hiedra venenosa.

—También hay garrapatas, serpientes de cascabel y hiedra venenosa en el claro —decía Eva—. ¿Te acuerdas de cuando papá encontró la serpiente en la pila de leña?

—Bien, ¿y qué me decís de los jabalíes?

Mamá odiaba los jabalíes. Le parecían motocultores fantasmales. Los veíamos pocas veces, pero dejaban profundas heridas en la tierra donde hurgaban en busca de larvas y bulbos, y sucios agujeros de lodo donde se revolcaban en los arroyos. Aunque no sabíamos de nadie al que hubieran herido, parecían encarnar todos los temores de nuestra madre vinculados con el bosque.

—Pueden pesar noventa kilos. Tienen colmillos afilados como navajas. Y ni siquiera las serpientes de cascabel consiguen atravesarles la piel de un mordisco. Comen excrementos y carroña —decía—. Pueden mataros. ¿Qué haréis si os encontráis con uno de ellos en el bosque?

A esas alturas de la conversación yo ya solía estar dispuesta a quedarme para siempre en la seguridad del claro, cuando de repente nuestro padre estallaba:

—Ya basta, Gloria. Te guste o no, estas dos van a ir a jugar al bosque antes o después. Además, los jabalíes son animales tímidos. Eva y Nell hacen suficiente alboroto para asustar a todos los jabalíes del norte de California. Demonios, si quedaran osos también saldrían corriendo. Déjalas que vayan al bosque.

Y llegó el día en que mamá cedió. Nos dio a cada una un silbato para que lo sopláramos si nos encontrábamos en problemas y nos abrumó con un sinfín de reglas: no debíamos alejarnos más allá del alcance del silbato, teníamos que permanecer siempre juntas, no podíamos poner el pie o la mano en ninguna parte si antes no habíamos comprobado que no hubiera serpientes de cascabel u otros bichos, debíamos revisar si llevábamos garrapatas antes de volver a entrar en casa y no debíamos comer nada, excepto la merienda que ella nos hubiera preparado.

—No comáis nada del bosque —nos recordaba cada vez que dejábamos el claro—. ¿Me habéis oído? Algunas plantas podrían mataros.

—Vale, mamá. Sí, mamá, lo prometemos —decíamos mientras, asustadas, nos dirigíamos a la espesura.

Nuestro bosque es variado, predominantemente abetos y secuoyas de segunda generación, aunque también hay unos cuantos robles, madroños y arces. Papá decía que nuestra tierra antaño había estado cubierta de secuoyas milenarias, pero todo lo que quedaba de aquel lugar mítico eran algunos troncos caídos, de la longitud y el diámetro de una ballena varada, y varios tocones carbonizados, del tamaño de un cobertizo.

Cuando teníamos nueve y diez años, Eva y yo descubrimos uno de esos enormes tocones y lo declaramos de nuestra propiedad. Era una cepa de secuoya, más o menos a un kilómetro y medio de casa, que se alzaba del suelo del bosque como el casco destrozado de un viejo barco. Estaba hueca, y en su interior había espacio suficiente para que hiciera de fuerte, castillo y casa de campo. Allí pasamos todo el tiempo que pudimos robar o distraer durante los siguientes dos años.

Un afluente del arroyo que bordea nuestro claro corría cerca del tocón y nos proporcionaba agua para lavarnos y hacer pasteles de barro. Allí guardábamos un desportillado juego de té junto con unas mantas, ropas para disfrazarnos y sartenes rotas, y pasábamos el tiempo jugando al «Hacemos que».

—Hacemos que —decía una de nosotras en cuanto llegábamos al tocón, mientras aún jadeábamos a causa del esfuerzo de la ascensión— somos indias. O diosas. O huérfanas. O brujas.

—Y hacemos que —respondía la otra con la tranquila intensidad que el juego requería— nos hemos perdido. O que estamos cazando ciervos. O que vamos a bailar con las hadas. O que un oso se nos está acercando y tenemos que escondernos.

En aquella época, el bosque parecía contener todo lo que necesitábamos. Cada seta, flor, helecho o piedra eran un regalo. Cada ruido, una aventura. Con frecuencia divisábamos ciervos o conejos, u oíamos el grito de los pavos salvajes. De vez en cuando veíamos un zorro gris o una mofeta. En una ocasión atisbamos un lince, cuando volvíamos a toda prisa a casa para la cena, mucho más tarde de lo que hubiéramos debido. En un par de ocasiones nos tropezamos con serpientes de cascabel que estaban tomando el sol pacíficamente, pero nos apartamos sin molestarlas. Otra vez, nos topamos con una manada de jabalíes, negros, de morro chato y pecho prominente, resollando mientras rebuscaban con calma bellotas otoñales. Inmovilizadas por el terror, observamos cómo los animales hurgaban y gruñían bajo los robles, y por último desaparecían en el bosque sin mirar atrás.

Nunca le hablamos a nuestra madre de las serpientes ni de los jabalíes, y ella empezó a llamarnos «ninfa de los bosques», se reía de nuestro pelo enmarañado y de los arañazos en los brazos, y se olvidaba de la inspección de garrapatas antes de dejarnos entrar en casa. Todo era idílico, y al final de un día en el bosque abandonábamos nuestra vida imaginaria y volvíamos corriendo al claro, a nuestros padres y a las confortables realidades de la comida caliente, el baño humeante y los besos de buenas noches.

Luego Eva empezó a bailar y todo cambió. Al principio yo le suplicaba o trataba de sobornarla para que viniera conmigo al bosque. «Ahora no —decía—. Tengo que trabajar en *mis fouettés*. Más tarde, quizá». En las pocas ocasiones en que pude convencerla para que se preparara algo de comer y se aventurara conmigo en la espesura, nuestros juegos supieron a algo forzado e infantil, y siempre parecíamos regresar a casa quemadas por el sol, mordidas por las garrapatas y de malhumor. También traté de ir sola al tocón, pero el rato que pasaba allí se me hacía interminable; los ruidos lejanos de los ciervos o los jabalíes me sobresaltaban, la visión de las ramas caídas empezó a asustarme por su parecido con las serpientes dormidas, y al final el bosque llegó a no significar otra cosa que la interminable distancia que había entre nuestra casa y la ciudad.



Llueve y llueve, llueve y llueve, llueve y llueve. Grandes agujas de plata cosen el cielo gris con la tierra empapada. Abajo, la casa está oscura y cálida, aunque hemos tenido que utilizar todos los botes de tintura de nuestra madre para recoger el agua de lluvia que se filtra por el tejado que nuestro padre nunca tuvo tiempo de reparar.

Cuando abro la puerta de casa a fin de dejar entrar un poco más de luz para leer oigo el sonido sibilante que produce la lluvia en el arroyo. Eva está en su estudio y, por encima del golpeteo de las gotas, distingo el tictac del metrónomo, los fragmentos canturreados de la *Música acuática*, el roce y los golpes sordos de sus pies contra el suelo de *mylar*.

Estos últimos días he deseado desesperadamente un perrito caliente: el pan tierno y un hilo de mostaza amarilla en su interior. Al morderlo, sientes la suave elasticidad del pan, el leve picor de la mostaza, la débil resistencia que opone la piel de la salchicha a tus dientes cuando se hunden en la carne sin fibra, y luego la placentera y gomosa bola de la carne junto con la mostaza y el pan.

No me acuerdo del último perrito caliente que comí, aunque debió de ser en el café Uptown, con Eva y Eli y el resto de la gente de la plaza. Por lo general todos decíamos que aquellos perritos calientes eran horribles, que estaban hechos de cosas que mejor no saber qué eran, morro de vaca, solíamos conjeturar con sorna, y quién sabe qué otros órganos. Pero de vez en cuando uno de nosotros pedía uno, y luego lo hacía otro, y entonces todo el mundo, menos Eva, daba bocados voraces. Ahora deseo uno con tal

impaciencia que pienso que cambiaría hasta este cuaderno por volver al Uptown y tener un perrito caliente en la mano.

Incluso cuando mamá tuvo que trasladarse al hospital, todos seguimos comportándonos como si pronto fuera a volver a casa. Mirando atrás, no podría decir si nos movía el miedo o la esperanza, si éramos demasiado cobardes para admitir que se estaba muriendo o si nos aferrábamos de forma heroica a las últimas migajas de la fe en su recuperación. No sé si éramos cómplices, ignorantes o ingenuos cuando nos prometíamos mutuamente que ella regresaría antes de que su glicinia se marchitara.

A última hora de la noche, parecía estar en su mejor momento, de manera que, después del trabajo, papá recogía a Eva en el estudio de *miss* Markova y venían a casa a buscarme con la vieja camioneta Dodge, el único vehículo que papá había conseguido mantener en funcionamiento. Los tres volvíamos a Redwood cuando el sol se ponía. Allí, nos dejaba a Eva y a mí en el Uptown, donde ella se tomaba un refresco y yo devoraba un cucurucho de patatas fritas, y él se marchaba al hospital, para cuidar a su mujer durante todos los tratamientos que tenía que soportar e insistirle en que tomara un poco de caldo o de gelatina con sabor a frutas, y otro sorbo de agua.

Cuando ella se incorporaba y la pura fuerza del amor de nuestro padre conseguía devolver un vestigio de color a su cara macilenta, la dejaba, y cruzaba nuevamente la ciudad iluminada por las farolas hasta el café donde yo andaba relamiéndome el ketchup de los dedos y Eva sorbía con la pajita las últimas gotas de refresco.

Caminábamos en silencio a través de las tranquilas calles de Redwood hasta el *parking* del pequeño hospital donde yacía nuestra madre. Eva y yo nos sentábamos una al lado de la otra en el asiento corrido de la camioneta, mirando los conos de luz que arrojaban las farolas y contemplando con un anhelo frío las ventanas de las casas, a través de las cuales nos parecía captar atisbos de una vida normal.

El trayecto nos permitía tranquilizarnos, efectuando la transición de un mundo a otro, mientras papá permanecía sumido en sus pensamientos. En aquella época, la camioneta estaba impregnada de una tristeza indecible y, sin embargo, ahora recuerdo esos viajes con añoranza. Pese a todas las preocupaciones y los temores que viajaban con nosotros, nuestro padre conducía, Eva y yo éramos aún niñas en el cálido interior de la Dodge, las

calles seguían resplandeciendo de luz y nuestra madre todavía nos esperaba con una sonrisa que le iluminaba la cara.



Esta mañana hemos descubierto que la bañera no se ha llenado por la noche, y durante unos minutos me ha embargado la desesperación, segura de que el manantial se había secado, segura de que a partir de ahora tendríamos que acarrear agua desde el arroyo, segura de que nunca volveríamos a darnos otro baño.

«Pero ¿por qué iba a secarse el manantial en invierno?», preguntó Eva, revisando la llave de paso para asegurarse de que no estuviera cerrada.

Como de costumbre, su pregunta me tranquilizó, y juntas examinamos el depósito del agua y luego subimos la ladera que queda en la parte de detrás de la casa hasta alcanzar la pequeña gruta de donde brota el manantial. Arrodillándonos en la tierra al lado de la tapa de madera, podíamos oír el murmullo del agua debajo, oler su aroma mineral. Levanté la tapa que cubría el depósito de cemento y vimos que el desagüe del fondo estaba atascado por el cieno. En vez de correr por el tubo que conduce hasta el depósito del claro, el agua de nuestro baño se vertía al exterior y empapaba la tierra.

Nos ha llevado casi un día entero limpiarlo, aunque la mayor parte del tiempo lo hemos dedicado a buscar herramientas, discutir procedimientos y prever problemas. Nuestro padre había construido el sistema de suministro del agua antes de que nosotras naciéramos, y, como todo lo que él hacía, era a la vez simple e inestable, un reflejo perfecto de su mente.

Ha habido momentos, cuando el agua del manantial corría por nuestras manos frías y trabajábamos para reparar su obra, en que me he sentido estrechamente unida a él. Pero la mayor parte del tiempo me he visto exasperada por la manera en la que siempre hizo las cosas para nosotras o cómo nos dejó que nos arregláramos solas.

Al final hemos conseguido que el depósito quedara limpio y seco, el filtro colocado de nuevo, y todos los tubos conectados otra vez, y aunque el agua que esta tarde llena nuestra bañera está un poco fangosa, al menos mañana por la noche podremos darnos un baño.



Después de la muerte de nuestra madre continuaron los viajes nocturnos a la ciudad. Supongo que los tres nos sentíamos tan hambrientos de rutina que incluso una rutina vinculada a su muerte alzaba una especie de estructura en nuestra vida. Por otro lado, una excursión a la ciudad constituía en cualquier caso un escape de la casa a la que ya no podíamos pretender que ella regresaría, una huida de la insoportable carga de nuestras penas. Era como si nuestra tristeza no pudiera ser compartida, ni siquiera entre nosotros. En apariencia, el sufrimiento de Eva se parecía demasiado al mío, y la angustia de nuestro padre amenazaba con arrastrarnos a ambas.

Sin embargo, en medio de la pesadilla que representaba la muerte de mi madre, había instantes que contenían paradójicamente la vastedad de mi propio infortunio, décimas de segundo en las que sentía alivio de que se hubiera ido, cuando reconocía una forma de libertad en verme liberada de una madre, en ser capaz de vivir sin ella. Y en otros momentos sentía una oleada tan exultante de alegría por el mero hecho de estar viva que yo misma me asombraba. Incluso atormentada por la pena, había instantes en los que la emoción de vivir era tan penetrante que la muerte de mi madre parecía un precio no demasiado alto por experimentar una sensación así.

Me sentía horrorizada por la traición que suponían aquellos pensamientos, por la insensible criatura que demostraba ser. Si papá y Eva conocían momentos parecidos, nunca lo mencionaban, y a mí ni se me ocurría hablarles de los míos por miedo a decepcionarlos o disgustarlos. De modo que cada uno de nosotros sufría solo, y miraba hacia delante, a su manera, hacia aquellas noches en que podíamos escapar a la ciudad.

Cada sábado por la tarde, y con frecuencia entre semana también —antes de que empezara a escasear la gasolina—, los tres nos apretábamos en la cabina de la camioneta tras una cena temprana y nos dirigíamos a Redwood. Una vez en la ciudad, siempre había recados que hacer. Nos abastecíamos en las tiendas de comestibles, parábamos en la ferretería o en la farmacia, íbamos a la biblioteca.

Finalmente, papá nos dejaba en el Uptown, que habíamos frecuentado con cierta timidez desde los días en que mi madre estaba en el hospital. Allí empezábamos la noche con una coca-cola helada y la vibración de la máquina de discos, mientras papá cruzaba la ciudad hasta un bar más tranquilo donde podía sentarse solo en una mesita, leer un libro de la biblioteca y dar sorbos medidos de una única cerveza.

Durante mucho tiempo fuimos unas intrusas en el Uptown. Eva y yo éramos chicas de campo, y no íbamos al instituto, una especie aparte de los

jóvenes de la ciudad, tan desenvueltos que parecían ser los dueños de aquellos reservados de asientos forrados de piel sintética y de los mostradores de borde de cromo. Por más cuidado que pusiera al vestirme para aquellas noches, parecía que mi ropa no era nunca del todo apropiada, y tampoco conseguía que mi pelo tuviera el aspecto del de las otras chicas. Cuando empezamos a ir al Uptown solo las camareras advirtieron nuestra presencia y nos acogieron con una sonrisa.

Los demás parecían muy seguros de sí mismos cuando pedían hamburguesas y patatas fritas, golpeaban la máquina de discos con el puño para elegir sus canciones y se movían de una mesa a otra en una especie de sofisticada versión del juego de las sillitas. Bromeaban y contaban chistes. Se pellizcaban, se empujaban y se abrazaban los unos a los otros. Ponían los ojos en blanco. Se inclinaban para susurrarse algo y luego estallaban en carcajadas, y yo anhelaba abandonar el marasmo en que estaba sumergida y convertirme en uno de ellos.

No estoy segura de cómo cruzamos aquella frontera, pero una noche, unos meses después de la muerte de nuestra madre, cuando el sol de mediados del verano no se ponía hasta después de las nueve y el aire fuera del Uptown era suave y fragante en el largo crepúsculo, descubrimos que el grupo del café se había ampliado para incluirnos a nosotras de una manera tan natural como un arroyo acepta algunas gotas más de agua.

Quizá se sentían atraídos precisamente por lo que tanto me había aterrado a mí. En medio de la pena y la conmoción, conocí una especie de alegría frenética. A pesar de todo, Eva y yo estábamos vivas, y quizá el inevitable reconocimiento de nuestra vitalidad nos confería un aura que compensaba de largo nuestra torpeza después de tantos años estudiando en casa. Teníamos la pasión de los supervivientes, así como su falta de cautela. Aquel verano éramos inmortales en un mundo efímero, y el grupo del Uptown debió de sentirlo así y nos permitió formar parte de él.

A partir de aquel día, cada noche que pasábamos en la ciudad comenzaba cuando abríamos la puerta de cristal del Uptown y entrábamos en el local, sintiendo resonar nuestros nombres: «¡Nell, Eva! ¡Aquí! ¡Venid!». Íbamos y veníamos por el café, charlando con los que habían llegado antes que nosotras, saltando de mesa en mesa, compartiendo bebidas y bromas, gritando qué canción considerábamos que debería ponerse a continuación en la máquina y saludando a voces a los recién llegados. Finalmente, cuando ya habíamos bebido toda la gaseosa que nos cabía o nos podíamos permitir, y nuestro grupo desbordaba el espacio de los asientos, nos invadía una nueva

inquietud. Entonces, en grupos de dos y tres y cuatro, nos diseminábamos por la noche, vagando por las calles hasta la plaza, impregnada por el olor de la hierba.

La plaza ocupaba una manzana de la ciudad situada en el corazón de Redwood. Era un amplio rectángulo de césped delimitado por una improbable mezcla de palmeras y secuoyas, atravesado por un paseo de cemento y salpicado de bancos de madera y farolas. En uno de sus extremos había un quiosco en el que cuartetos y bandas de *jazz* locales solían actuar los domingos por la tarde, y en el centro se alzaba una fuente que salpicaba a todo el que pasara cerca, en la que Eva y yo, cuando éramos pequeñas, arrojábamos los peniques que nuestra madre nos daba para nuestros caprichos. Allí nos congregábamos, junto con el resto de jóvenes de la ciudad, las caras iluminadas por las farolas zumbantes y teñidas de naranja que veían cómo nos agrupábamos y reagrupábamos, revoloteando como polillas, de una luz a otra.

No sé si era la incertidumbre de los tiempos, que añadía un sentido de urgencia y daba gran valor a aquellas noches, o si a todos les llega un momento en la vida en el que sienten que son los elegidos y que resplandecen más brillante y orgullosamente de lo que nadie haya hecho nunca, pero ahora me parece que, en algún nivel inconsciente, bajo una forma sutil y estrictamente física de la percepción, nosotros podíamos ya entonces sentir los cambios que iban a producirse. Cuando miro hacia atrás, hacia aquellas noches, desde la enclaustrada quietud de este claro, tengo la impresión de que el aire mismo estaba cargado de una intensa emoción, y recuerdo haber sentido una suerte de piedad por todos aquellos que no eran nosotros.

A las once en punto, nuestro padre detenía la camioneta en el lado sur de la plaza, y nosotras corríamos a reunirnos con él, despidiéndonos a voces por encima del hombro, apresurándonos como cenicientas a través de la hierba oscura, cruzando la divisoria que separaba la anhelada cercanía del sábado por la noche del triste e interminable resto de la semana.

Pero, pese al hecho de que en la plaza yo estaba rodeada de personas a las que llamaba amigos, seguía sintiéndome dolorosamente sola. Me pasaba los días estudiando, aislada con mis libros, cintas y sueños de Harvard. Anhelaba compartir mi tiempo con alguien, como antaño había estado con mi hermana, en aquellos días previos a su iniciación en el *ballet*, cuando ella y yo vivíamos como arroyos gemelos, charlando y riendo por el bosque.

Al principio traté de encontrar a una buena amiga entre las otras chicas que se congregaban en la plaza. Pero yo era una recién llegada y ellas

parecían conocerse desde siempre. Eran simpáticas conmigo, pero entre ellas compartían todo un universo de bromas y recuerdos, programas de televisión, maestros de álgebra y almuerzos en la escuela que pronto comprendí que me estaría vedado siempre.

Así que abandoné mi búsqueda y empecé a considerar la posibilidad de que fuera un chico quien pusiera fin a mi soledad. Por supuesto, había observado otras relaciones entre los chicos y las chicas de nuestro grupo, las había visto resplandecer y morir e incluso había añadido mis propias observaciones y especulaciones a la red de chismes que rodeaba a cada pareja. Las estudiaba con una especie de anhelo confuso mientras charlaban durante horas, o se miraban en silencio a los ojos. Las veía desaparecer en la oscuridad de los árboles y aparecer mucho más tarde, con la expresión dulcificada, la ropa arrugada y mal abrochada, para reunirse de nuevo con los demás, bajo las farolas. Y pensé que quizá mis penas se aliviarían si yo también encontrara un novio.

Pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Bajo aquellas farolas, mis conocimientos de *Anna Karenina*, *Cumbres borrascosas* y *Romeo y Julieta* no parecían ser de mucha ayuda. No sabía qué debía hacer ni por dónde empezar. En una ocasión intenté discutirlo con Eva. «¿Alguna vez has querido tener novio?», le pregunté. Ella se limitó a responder: «¿Para qué?», con tanto asombro en su voz que no se me ocurrió nada que añadir.

Siempre pensé que Eva era la chica más guapa de la plaza, con su pelo rubio, sus ojos grandes y oscuros y sus piernas de bailarina, y sin embargo ella nunca parecía advertir la presencia de los chicos que, con elaboradas muestras de indiferencia, se le acercaban durante aquellas largas tardes de verano. Eva era amable con todos, y a la vez tan reservada que ninguno de ellos la hacía reír nunca, ni sobresaltarse, ni sonrojarse. No parecía mirar de reojo ni a uno ni a otro mientras todos hacían su ronda de farola en farola. Y ellos lo notaban y buscaban a otras chicas. Y solo yo parecía darme cuenta de lo que ella se perdía.

Una noche de otoño, mientras algunos nos encontrábamos en la hierba oscura, fuera del haz de luz de las farolas, alguien me pasó una botella. Sentí el chapoteo del líquido que contenía, y tuve un momento de pánico antes de llevármela a los labios. Le di un trago largo, echando la cabeza hacia atrás, y se la pasé a la chica que había a mi lado mientras el alcohol se abría paso a través de mi cuerpo, desgarrándome las entrañas. Me mordí la lengua para no toser y di gracias a la oscuridad que ocultaba mis lágrimas. Con todo, cuando la botella hubo dado la vuelta, tomé otro sorbo y esa vez no me resultó tan

desagradable. Recordé cuando de pequeña me había tirado por el tobogán grande del parque por segunda vez. El tobogán era tan empinado como antes, pero había una fila de chicos esperando con impaciencia detrás de mí, y además, había sobrevivido ya a una bajada, había aprendido que la oleada de adrenalina y el hormigueo bien valían el miedo que había sentido.

Tras aquel segundo trago, poco a poco empecé a sentir una nueva y cálida camaradería hacia las personas que también habían bebido de aquella botella. Era como si mi soledad se aliviara un poco. Nadie decía nada nuevo, y sin embargo, de alguna manera, la charla de siempre tenía más significado que antes, como si nuestras palabras fueran un código que insinuaba todo lo que había tras ellas.

Después de aquella noche, siempre andaba por ahí cuando la botella aparecía, y me bebía lo que contuviera, por lo general cerveza o vino, y de vez en cuando ron o ginebra o *brandy*. Ser parte de aquel círculo de amigos en la oscuridad y beber de una botella que iba de mano en mano llegó a convertirse en el momento más dulce de la semana. Era un ritual que a veces me parecía de carácter religioso y otras una especie de juego infantil, pero que siempre ayudaba a aliviar mi desamparo.



A veces me pregunto si alguien vendrá alguna vez a buscarme, si llegará un chico —un hombre— al que entregarme. Me pregunto si me quedaré siempre así, sola, siempre obligada a satisfacerme yo misma, la mano entre las piernas, el cuerpo formando una especie de círculo, un cero, que encierra la pulcra vacuidad de la nada, una banda de Móebius, o un ouroboros, una serpiente que se muerde la cola. Soy un sistema cerrado, y anhelo, ansío desesperadamente, que alguien reclame eso que ofrezco.

Y, además, el único rostro que tengo para sostener mi deseo es el de Eli.



A lo largo del último invierno, el Uptown parecía ir oscureciéndose cada vez más, sábado a sábado. En algún momento después de la Navidad, el rótulo de neón se apagó; luego, uno por uno, los tubos fluorescentes de las lámparas fueron fundiéndose y nadie los sustituyó. Poco a poco, las cocalas iban perdiendo sabor y burbujas, las patatas estaban más rancias y las hamburguesas se encogieron hasta parecer galletas. La máquina de discos se

averió y ya no la arreglaron. Las servilletas de papel y las pajitas desaparecieron. Y, cada vez con más frecuencia, mucho antes de que dieran las nueve, la hora del cierre, el propietario, gordo como un sapo, se paseaba de mal humor por las mesas diciendo: «Bueno, chicos, es hora de cerrar. Tenéis que iros. Otro día volvéis, ¿vale?».

Poníamos mala cara y pedíamos refrescos para llevar —cuando aún quedaban vasos de papel—, y nos marchábamos gruñendo en busca de la fresca humedad de la noche invernal.

A finales de enero, los cortes de luz se fueron haciendo más frecuentes de lo que hubieran podido justificar las tormentas de aquella época del año, y al terminar febrero la ciudad de Redwood ya no podía permitirse mantener encendidas las farolas de la plaza. Recuerdo que hicimos bromas patéticas sobre los países en vías de desarrollo, donde los campesinos se quedaban sin electricidad cuando se encendían las luces de la mansión del cacique, pero en cierto modo casi recibimos con agrado la falta de resplandor y el cese del zumbido de las farolas. Las noches se volvieron más largas, más íntimas y más emocionantes, y no nos hicieron falta más que una o dos horas de estar arremolinados en la oscuridad para descubrir el fuego.

Preparar aquella hoguera se convirtió en otro ritual. Alguien dijo que podíamos utilizar el hueco de hormigón de la fuente, ahora vacía, para encender una fogata, y con el paso de los días todo el mundo fue adquiriendo la costumbre de traer algo que se pudiera quemar en la plaza, restos de una silla, una rama, un pedazo de madera contrachapada, unas piñas.

Cuando habíamos acumulado suficiente madera y desperdicios en la taza de la fuente, alguien encendía una cerilla que acercábamos a los pedazos de papel y hierba seca que colocábamos al pie de la pira. Todos observábamos en silencio cómo el fuego serpenteaba a través de la leña y los maderos, y cómo las primeras chispas saltaban hacia las estrellas. Durante un buen rato, éramos conscientes de la nueva oscuridad que nos envolvía, pero luego nuestra solemnidad se derrumbaba y dedicábamos de nuevo nuestra atención a quien tuviéramos al lado, a la malla que nuestro grupo tejía sobre sí mismo cada sábado por la noche.

Semana tras semana, a medida que el tiempo iba mejorando, los rumores se hacían cada vez más abundantes y amenazadores. Nos enteramos de que una nueva fiebre hemorrágica estaba azotando el país, así como cepas más virulentas de tuberculosis y sida. Nos enteramos también de que los disturbios iban en aumento, de que el humo de los incendios de Los Ángeles se había vuelto tan espeso que habían tenido que cerrar los aeropuertos, y las

autopistas estaban atestadas de coches abandonados por sus conductores, que no podían seguir conduciendo por falta de visibilidad.

Incluso tras quedarnos definitivamente sin suministro eléctrico, es curioso lo poco que significaban estos rumores para nosotros en la plaza un sábado por la noche. Formaban parte de nuestro entretenimiento, algo sobre lo que especular, un tema del que hablar, pero poco más. El mundo más allá de la plaza se había vuelto loco y escapaba a nuestro control, pero eso no era nada nuevo: ¿no había sido siempre así el mundo de los mayores? Lo que nos importaba eran los acontecimientos ocurridos dentro del círculo de luz arrojado por nuestra hoguera, como si no pudiera suceder nada tan importante en ninguna otra parte.

En algún momento del mes de marzo apareció una botella de *whisky* que quemaba la garganta como gasolina. Una y otra vez, fue llegando mi turno, hasta que finalmente la botella desapareció. De repente la noche era más aromática, más intensa y dulce de lo que nunca había sido, y sentí una profunda tristeza por no haberme entregado en el pasado a su belleza.

La tristeza era una emoción que conocía bien. Mi cabeza andaba a tuestas alrededor de sí misma, como si se hubiera apagado la luz en una habitación familiar, hasta que el dolor que provenía del recuerdo de mi madre me derrumbó. Con inmensa pena, me acordé de que llevaba muerta casi un año. Pero, de alguna manera, incluso ese dolor no era tan intenso como la melancolía que me producía el encanto de la noche.

—Es una noche bella, bella, bella —le dije a Eva. Sentía la boca como si acabara de salir del dentista, pero los ojos me escocían por las lágrimas.

Mi hermana me miró de un modo extraño.

—Es como la música —añadí, con tristeza—. Música bella. Música acuática. Haremos música acuática y nocturna.

De pronto, empecé a bailar.

Me quité la chaqueta, lancé al aire mis zapatos, me liberé también de los calcetines y bailé por la hierba, saltando y girando, danzando al son de la música de la noche. Bailaba para las estrellas, dibujando en el aire de forma intuitiva los movimientos que a Eva le había llevado años aprender. Sentía piedad por todos aquellos chicos y chicas, embutidos en sus gruesas y oscuras ropas de invierno. Ellos no comprendían lo que mi cuerpo sabía. No conocían la dulzura de sus movimientos, la plenitud de sus magníficos pulmones. La gravedad y yo habíamos llegado a una especie de acuerdo nuevo. Yo era una conjunción momentánea de carne, fuego y una música inaudible para nadie más, y comprendí que podía hacer lo que quisiera.

Mientras bailaba, decidí que yo también sería bailarina. Yo también ignoraría los deseos de mi madre y seguiría sus pasos. Sabía, en mis músculos recién descubiertos, que llegaría a ser tan buena bailarina como Eva, quizá mejor. Haríamos los ejercicios juntas, bailaríamos juntas. Compartiríamos su estudio como antaño habíamos compartido el bosque. Nunca volvería a estar sola. Juntas, mi hermana y yo dedicaríamos nuestra vida al baile.

Estaba dando la vuelta para buscar a Eva, para gritarle a través de aquella maravillosa oscuridad: «¡Ahora ya lo sé, ya lo comprendo! ¡Mírame! ¡Contéplame!», cuando un último y glorioso *tour jeté* me catapultó a la acera del centro de la plaza, y deslicé mi pie desnudo por el hormigón, arañándome el dedo gordo como si fuera yeso en vez de carne.

Al instante siguiente estaba hecha un patético ovillo en la acera, aturrida y jadeando. Las estrellas giraban sobre mi cabeza y yo no dejaba de repetir:

«No ha sido nada, nada. Solo he tropezado y me he caído. No ha sido nada».

Apenas sentí algo en aquel momento, aunque mi brinco de borracha tuvo como consecuencia punzadas por todo el muslo durante días. Pero aquella noche yo solo era consciente de una nueva sensación en mi pie, no de dolor, sino de transformación.

Eva cuidó de mí. Me vendó el pie con un pañuelo de alguien, y cuando nuestro padre vino a recogernos, le dijo:

«Nell se ha arañado el dedo».

Creo que lo dijo más para protegerle a él del dolor de tener que enterarse de que yo estaba borracha que para protegerme a mí de su decepción o su ira, y en aquel momento me sentí a la vez agradecida por su discreción y apenada porque él no conociera la verdad, porque quizá eso le habría sacado de su indiferencia.

Eva se deslizó a su lado en el asiento de la camioneta, me dejó apoyarme contra la puerta y dormitar mientras ella le hacía compañía, y cuando llegamos a casa me ayudó a subir las escaleras y a meterme en la cama, mientras nuestro padre decía entre bostezos:

«Buenas noches, chicas. Espero que tu dedo esté mejor por la mañana, Calabaza».

Por la mañana tenía resaca, una resaca tan tremenda que —pese a la vergüenza— no podía ocultar el dolor. Por suerte, para cuando logré salir de la cama, papá ya estaba fuera cortando leña, de modo que solo tuve que enfrentarme con Eva. Estaba sentada a la mesa, pelando con gran esmero un pomelo, cuando aparecí cojeando en el comedor. Sentía todo mi cuerpo

contrahecho y un hormigueo en la piel. Me dolían los huesos y me retumbaba el cerebro. El dedo del pie constituía una molestia insignificante comparada con la agonía que sufría en mi cabeza.

—Hola —dije de forma un tanto penosa, buscando desesperadamente un gesto de complicidad.

—Hola —respondió ella, sin ofrecerme nada así.

—Siento lo de ayer.

—No importa.

—Gracias por ayudarme.

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué están las hermanas? —preguntó de forma retórica. Después se levantó y desapareció en su estudio, dejándome a solas con mi dolor y mi soledad.



Eva y yo nos hemos pasado la mañana en la despensa, sacando gusanos y trocitos de telaraña de la harina de maíz, matando las polillas de alas quebradizas que revoloteaban entre los fideos y las judías.

El verano pasado encontré por vez primera vez gusanos en la comida. En el momento en que empezaba a echar una cucharada de harina de avena en el cazo de agua hirviendo que había encima de la estufa, bajé la mirada y vi algo retorciéndose entre los granos.

—¡Uf! —exclamé, y aparté la taza con tanta violencia que la avena se esparció por el suelo y la parte superior de la estufa.

Mi padre, que estaba sentado a la mesa, desplomado en silencio sobre un libro cuyas páginas nunca pasaba, levantó la mirada hacia mí con sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un gusano —dije, sintiéndome asqueada y estúpida. Los granos de avena de la estufa empezaron a humear y a encogerse, y su olor aumentó mi malestar.

—¿Dónde estaba? —preguntó.

—En la avena. Estaba en la avena.

Cerró el libro con pesantez y se obligó a levantarse.

—Vamos a ver —dijo.

Le seguí a la despensa, donde abrimos una bolsa de avena para descubrir una pareja de polillas polvorientas que revoloteaban repentinamente desconcertadas. Aferrados al papel desgarrado había grumos de una

membrana. Algunos gusanos muy delgados se revolvían entre los copos de harina.

Empecé a sentir un hormigueo en la piel.

—Tendremos que tirarla —dije.

—No podemos —respondió mi padre.

—Lo que no podemos es comernos esto.

—¿Y qué quieres que hagamos, Calabaza? ¿Saltar a la camioneta y correr a Fastco a comprar más? Ahora no podemos permitirnos tirar comida solo porque tenga unos bichos.

—Lo que no podemos es comer gusanos.

—Pues tendremos que librarnos de ellos. La pasaremos por el tamiz, como hacían los pioneros.

—Aunque la tamicemos, seguirá quedando la membrana, o los huevos, o lo que sea. Y además no conseguiremos quitarnos la idea de la cabeza.

Mi padre se encogió de hombros.

—Una idea no va a matarte... y tampoco los huevos o las telarañas, sobre todo si tienes hambre.

Aquel fue un día caluroso, duro, dedicado a la selección de judías, macarrones y arroz, a tamizar harina de trigo y avena con el viejo colador de mamá hasta que llegué a pensar que mi mano se quedaría agarrotada para siempre. Entre los tres movimos cada uno de los sacos y latas y cajas. Limpiamos las estanterías y todos los botes de conserva con agua hirviendo y los últimos restos de lejía, y los secamos y llenamos de harina cribada y grano limpio. Durante todo el tiempo que estuvimos trabajando tuve que hacer un gran esfuerzo para no llorar, para no pensar en nuestra comida infestada de gusanos, en los gusanos en la despensa de nuestra madre.

Esta mañana, sin embargo, ha sido una tarea como otra cualquiera, y me he sentido inmune tanto al recuerdo como a las náuseas, hasta que, al cabo de una hora más o menos de matar polillas y cribar sus larvas, he levantado por casualidad la mirada y he reparado en la estantería que nuestro padre llamaba la «bodega». De repente, me he visto de nuevo poseída por el recuerdo, embargada por él, y aunque el pasado recuperado con aquellas dos últimas y polvorientas botellas era insignificante, lo he revivido con tanta angustia que por unos momentos me ha faltado el aire.

Comenzaba el mes de septiembre, solo unos días antes de que nuestro padre muriera. Acabábamos de sentarnos a la mesa para nuestra cena de maíz, tomates y patatas hervidas, cuando de repente él se puso de pie de un brinco y desapareció en la despensa.

—La mejor ocasión es cualquier ocasión —dijo, regresando momentos más tarde con una botella de vino tinto y tres de las copas de cristal de nuestra madre. Descorchó la botella, la acercó al borde de una copa y la llenó.

Se la ofreció a Eva con solemnidad y luego llenó otras dos copas para mí y para él.

—¡Brindo por vosotras, chicas! —dijo, tan alegremente que me hizo estremecer, dividida entre la ilusión que sentía al ver que estaba tratando de ser otra vez él mismo, al cabo de más de un año, y mi resentimiento porque hubiera tardado tanto.

Agitó un poco la copa, dejó que le llegara su aroma, dio un sorbo y asintió para sí, dando el visto bueno.

—Bien, chicas, bebed y decidme qué pensáis... ¿es el alcohol tan maravilloso como decimos los mayores? —Eva me lanzó una mirada de fría ironía, y comprendí que ella, también, estaba recordando mis noches del sábado en la plaza. Pero no dijo nada. Se limitó a dar un sorbito y dejó el resto intacto. Yo me bebí mi copa lentamente, tratando de no pensar en Eli. Aquello resultaba extraño... beber en casa, de una copa y con mi padre. Él vació la suya, la de Eva, y luego la botella, esforzándose en bromear y charlar todo el tiempo, como si estuviera tratando de conjurar la felicidad.

Resultaba doloroso verle forzar una animación que no sentía, pero cada chiste malo y cada conversación semifrustrada no hacían más que aumentar la cuenta de agravios que yo, quizá a mi pesar, continuaba teniendo contra él. Permanecí sentada, rígida, indiferente o tal vez incapaz de responder a sus reclamos, hasta que, una vez terminada la botella, nos fuimos todos a la cama.

Después de aquello, todo el alcohol que quedaba en casa era una botella de jerez a punto de terminarse y una botella de Grand Marnier tan cubierta de mugre y polvo que ya no se podía ver cuánto licor contenía.

—Iremos tirando con estas dos —dijo papá aquella noche— para fines medicinales: mordeduras de serpiente, congelación o un parto. Lo cual quiere decir —continuó— que no habrá más bebida por estos lares hasta dentro de mucho tiempo, a menos que los casquetes polares empiecen a desplazarse y nos congelemos, o que uno de nosotros tenga suerte y se vea atacado por una amable serpiente de cascabel.

«Vamos tirando —pensé mientras cribaba la harina agusanada—. Los único que nos ataca es el recuerdo y lo único que sufro es el remordimiento».



Hoy he dejado de leer la entrada de la enciclopedia «Hershey, Milton Snavely». ¿Por qué, de todo lo que he perdido, a veces lo que más echo de menos es la comida?

Aunque en aquel momento lo ignoraba, entre las figuras que se inclinaban sobre mí mientras el cielo de la noche daba vueltas y mi dedo gordo no paraba de sangrar, estaba Eli, el de la melena rojiza, el de los ojos avellanados de mirada lenta, el del pendiente esmeralda en el lóbulo de la oreja izquierda, el que siempre andaba tocando la armónica, el solitario, el que se acercó a mí el sábado siguiente a la caída y dijo: «Te vi bailar». No dijo: «¿Cómo está tu dedo?», o: «¿Qué dijo tu padre?», ni siquiera: «¿Tuviste resaca?», sino: «Te vi bailar».

Nunca me preguntó por el dedo, a pesar de que yo seguía cojeando y dando saltitos. En vez de eso dijo: «Te vi bailar», y sin embargo supe que había visto tanto los saltos como la caída. Me sentía desnuda, orgullosa y cohibida al mismo tiempo. Sus palabras me quitaron el resuello. Endurecieron mis pezones, arquearon y retorcieron mi cintura y provocaron un destello de deseo en aquel lugar recién descubierto entre mis piernas.

Aquellas fueron las primeras palabras que me dirigió, aunque, por supuesto, nos conocíamos. Lo había catalogado junto con todos los demás habituales de la plaza, e incluso había tratado de evaluar su potencial como novio capaz de aliviar mi soledad. Pero, aunque apreciaba su malicioso humor y el ansia que expresaba en su música, parecía estar rodeado de un escudo de autosuficiencia que yo no tenía ni idea de cómo penetrar.

Eli imponía una especie de distanciamiento que resultaba a la vez excitante y extrañamente familiar. Solitario, observador, siempre parecía estar rondando el límite de las cosas, y me gustaba pensar que me reconocía a mí misma en esa reticencia. Me gustaba pensar que era mi propia falta de espontaneidad lo que me impedía, también, pertenecer por entero al grupo, e imaginaba que Eli y yo éramos dos miembros de una especie aparte, dos adultos condescendiendo a ser niños mientras el resto del grupo jugaba a ser mayores.

«Te vi bailar», dijo, y a partir de aquel momento pareció que éramos pareja. Pasamos el resto de la noche contemplando la fogata uno al lado del otro, y yo disfrutaba de su cálida proximidad, del sonido de su voz en la oscuridad y sobre mi cabeza. Es verdad que él tocaba su armónica casi como si yo no estuviera allí, pero a su lado me sentía más viva que nunca, cada uno

de mis poros abierto, cada célula despierta, y parecía imposible ser tan intensamente consciente de su presencia sin que él lo fuera de la mía.

No hablaba mucho, pero daba la sensación de que todo lo que decía — sobre el empleo que había perdido cuando el almacén de madera cerró, sobre el casco de motocicleta que quería cambiar por otra armónica, sobre el exorbitante precio de la gasolina y sobre dónde podíamos encontrar más vino — tenía un significado oculto pensado solo para mí.

Regresé el sábado siguiente dispuesta a casarme con él, dispuesta a poner toda mi triste vida a sus pies, a abandonar mis planes sobre Harvard y a vivir con él para siempre en Redwood. Le había pedido prestada a Eva su blusa de india navaja con su fila de botones de plata y sus anchas mangas de terciopelo, y decidí que tras la puesta de sol me congelaría antes que taparme con la chaqueta. Estuve muy nerviosa toda la noche, pero Eli no apareció.

Pasé la semana atormentada, vacilando entre el temor a no gustarle y el convencimiento de que había muerto. Pero al sábado siguiente lo encontré de nuevo junto a la fogata, y yo me quedé toda la noche a su lado, avelada y acalorada, escuchando con fervor cuanto decía y sin hablar apenas. A última hora tocó una pieza larga con su armónica, algo a medio camino entre una elegía y una canción de cuna, dulce, dura y triste, que a un tiempo me desollaba y me acunaba, convencida de que era para mí, y sobre mí. Estaba convencida de que su música me decía: «Lo comprendo, y está bien».

Aquella noche estaba convencida de que nos unía la conciencia muda de nuestra mutua presencia, y cuando, solo unos minutos antes de que nuestro padre llegara para llevarnos a casa, Eli me puso la mano en la cintura, me quedé sin respiración al sentir materializada la relación que nos unía. Siempre recordaré aquel instante en el que, incluso con el universo centelleando encima de nosotros, resplandeciente con sus infinitas estrellas y oscuro en su espacio infinito, me resultaba imposible creer que Ptolomeo no tuviese razón, que nuestra Tierra, nuestra pequeña tribu y la mano de Eli en mi cintura no fueran el centro de todo lo que existe.

El sábado siguiente faltó de nuevo, y yo me pasé toda la semana estudiando con una perseverancia taciturna y feroz. Y para el otro sábado ya estaba convencida de que había imaginado toda la historia. Sin embargo, aquella noche Eli estaba esperando bajo los árboles del borde de la plaza cuando llegamos, observando cómo me despedía de mi padre y cerraba de golpe la puerta de la camioneta tras de mí.

Era finales de abril, la primera noche cálida de la primavera. El aire soplaba con suavidad, como si fuera agua respirable, la lenta puesta de sol lo

bañaba todo con una luz que recordaba los tonos de las orquídeas, y allí estaba Eli, de pie en la acera, delante de nosotros.

«Hola», dijo. Eva respondió y pasó con gracia por su lado hacia la fogata recién encendida.

Pero yo me detuve, me quedé ante él, a la vez cautelosa y embelesada.

«Hola», volvió a decir él, en voz más baja esta vez, como si aquella simple palabra fuera algo demasiado privado para permitir que la oyera nadie más.

Yo ansiaba preguntarle: «¿Dónde te metiste la semana pasada? ¿Qué haces cuando no estás aquí? ¿Te gusta como llevo el pelo?». Quería hablarle del funeral de mi madre, de los silencios de mi padre, de mis últimos progresos con el cálculo integral, de lo que había cenado. En vez de eso, dije:

—Hola.

—Toma —respondió él, tendiéndome algo.

Al cogerlo, vi que era una rosa carmesí oscuro, con sus pétalos exteriores ya marchitos y los interiores aún curvados, uno alrededor del otro.

Debió de interpretar mal mi silencioso encantamiento, porque se apresuró a preguntar:

—¿No la quieres?

—Sí —respondí, y me la puse en el pelo, donde permaneció toda la noche mientras yo trataba de ignorar su roce molesto contra mi oreja, así como los arañazos que me producían su tallo y sus espinas.

A la mañana siguiente, en casa, en la intimidad de mi dormitorio, me comí uno de sus pétalos, metí otro en mi sujetador y deposité el resto de la rosa en un jarrón, donde durante los días siguientes la estuve estudiando como si fuera un icono, tratando de extraer alguna forma de amor de aquellos jirones de protoplasma escarlata.

Así que la cosa continuó, sábado a sábado, durante mayo y junio. Algunas noches Eli no venía, y a veces, cuando lo hacía, apenas se fijaba en mí. Y cuando advertía mi presencia, yo estaba rígida y muda, mis chistes eran demasiado complicados, mi conversación demasiado seria, mis silencios demasiado largos. Sin embargo, seguía habiendo momentos en que parecía que toda la electricidad que Redwood había perdido circulaba entre nosotros.

Durante los largos días que transcurrían entre dos sábados por la noche, yo estudiaba cálculo, memorizaba verbos irregulares franceses, planeaba bodas y bautizaba niños. Hacía resúmenes de la historia de Europa, leía la *litada* y aprendía el ciclo de Krebs, dedicaba también algo de tiempo a escribir de todas las formas posibles el nombre de Eli. Contenía la respiración

para atraer la suerte, pedía deseos al ver estrellas fugaces y buscaba tréboles de cuatro hojas. Cuando pienso ahora en todo aquello, me produce mucha vergüenza.

Mi padre estaba tan inmerso en sus propias penas que ni siquiera advertía lo que yo hacía, pero Eva acabó por notarlo.

—¿Qué pasa con ese tío? —preguntó un domingo por la mañana de comienzos de junio, mientras papá estaba en el jardín y nosotras en la antecocina, lavando nuestra ropa en la jofaina de hierro galvanizado, tan pesada que combaba incluso el suelo podrido.

—¿Qué tío? —pregunté mientras agarraba unos vaqueros empapados y empezaba a frotar una pernera contra la otra.

—Eli.

—Ah, ¿qué pasa con él? —pregunté, emocionada al oír mencionar su nombre en mi casa.

—Pues eso ¿qué pasa con él? —repitió Eva.

—Me gusta —respondí con toda la valentía que pude reunir, mientras seguía frotando los vaqueros.

—¿Por qué?

—Porque... —empecé. Y me detuve.

Eva había dejado de restregar para observarme.

—¿Porque qué?

—Porque sí —dije esta vez con indignación, como si eso fuera una respuesta más que suficiente para una pregunta tan estúpida.

—Debe de tener al menos veinte años.

—¿Y qué?

—¿Cuándo va a ir a la universidad?

—No lo sé. No hemos hablado de ello —dije, tratando de hacer que pareciera que habíamos estado demasiado ocupados hablando de otras cosas.

—¿Ha leído algún libro en su vida?

—Pues claro.

—¿Cuál?

—¿Y qué más da cuál? Tú tampoco lees.

—Ya, pero tú sí.

—¿Y qué?

Me miró extrañada.

—Si yo tuviera un novio, tendría que gustarle el *ballet*.

En aquella época me dije a mí misma que Eva estaba celosa, y después de aquella conversación me dediqué a escribir una larga lista de las razones por

las que me gustaba Eli, por qué era el chico adecuado para mí, de manera que, la próxima vez que me preguntara, no titubearía en busca de una respuesta. Pero nunca volvió a preguntármelo.



A finales de junio, cuando el jardín empezaba a florecer y el calor diurno persistía avanzada la noche, en uno de los viajes de regreso a casa el sábado por la noche, nuestro padre dijo:

—Chicas, tengo que daros una mala noticia: me temo que este ha sido nuestro último viaje a la ciudad por algún tiempo. Ya es la segunda semana que no hay gasolina en la estación de servicio, y nos quedan solo unos cuarenta litros. Creo que sería mejor que los guardáramos para emergencias, al menos hasta que sepamos con seguridad que podemos conseguir más.

Yo me quedé sentada en silencio, agonizando contra el asiento, entre él y Eva. Sus palabras me habían causado de repente un sufrimiento privado, una vez más me faltaba el aire.

—Pero tenemos que volver la semana que viene —dije jadeando.

Él, atento a los rayos de luz que el cristal de la camioneta proyectaba ante sí, y preguntó en un tono distraído.

—¿Por qué?

—Porque... —Traté de responder con desesperación, incapaz de decir nada más.

Porque tenía que ver a Eli, por supuesto.

Aquella noche yo había ido a la ciudad con un plan, imprudente y preciso, como si fuera a robar un banco. Había decidido que por fin iba a romper las barreras que nos mantenían separados. Me había pasado la semana pergeñándolo, analizándolo una y otra vez como si se tratara de un guión cinematográfico, cambiando amorosamente una palabra aquí, un gesto allá, hasta que estuve tan segura de su desenlace como si ya lo hubiera vivido.

Había llegado a la conclusión de que mi necesidad de una relación tangible con Eli era mayor que mi orgullo o mi temor. Pasaría a la acción una vez que hubiéramos bebido de la primera botella de lo que estuviera circulando. Entonces le tomaría de la mano y lo llevaría lejos del grupo. Había observado, noche tras noche, a las parejas que regresaban de sus incursiones entre los árboles, calladas, relajadas y cariñosas en compañía el

uno del otro, y me parecía que si Eli y yo podíamos encontrar nuestro propio rincón en la oscuridad juntos, lejos de aquel opresivo anillo de fuego y amigos, entonces, seguramente encontraríamos también una manera de conjurar la distancia que se estaba creando entre nosotros. Pensé que con nuestro cuerpo forjaríamos un camino para las palabras, y estaba convencida de que, si pudiera sentirme cómoda en compañía de Eli, me libraría de todas mis penas.

Me había pasado la tarde entera preparándome, calentando agua para mi baño, cepillándome el pelo secado por el sol, vistiéndome con todo el cuidado posible. Cuando nuestro padre nos dejó en la plaza sentí un escalofrío, me vi aterrorizada y petrificada, a la vez cazador y presa, mientras esperaba a que Eli llegara.

Pero aquella noche llegó tarde. Pasé tres largas horas sufriendo, mirando de reojo cada vez que alguien se unía a nosotros alrededor del fuego, sintiendo en cada ocasión una punzada de dolor al comprobar que no era él. Por supuesto, yo era demasiado orgullosa y tímida para preguntar a nadie dónde estaba, y cuando alguien me preguntaba de vez en cuando «¿Dónde está Eli?», tenía que encogerme de hombros y responder lo más despreocupadamente posible: «¿Quién sabe?».

Apareció la botella, y circuló, y la vaciamos, y él seguía sin llegar. Otras parejas habían desaparecido hacía mucho rato en la oscuridad y estaban empezando a regresar a la fogata, de la que no quedaba ya más que un montón de ascuas. Vi cómo mi plan se venía abajo y mi mente corría alocadamente por aquel laberinto de inquietud e indignación ahora tan familiar.

Al final, cuando faltaba solo media hora para que nuestro padre viniera a buscarnos, apareció Eli. Yo ya había renunciado a él y me encontraba de pie ante la fogata casi extinta, tensa y bufando de cólera, cuando una intuición me hizo girarme para mirar a mis espaldas. Eli se acercaba caminando por el paseo iluminado por la luna, como si no tuviera ninguna razón para apresurarse. Al verme, levantó el brazo y me apuntó con el dedo índice, como si estuviera disparando un arma o eligiendo un premio. Era un gesto íntimo, a la vez irónico y de amo y señor, y en cualquier otra circunstancia me hubiera encantado. Pero antes de llegar a mi lado se detuvo para hablar con un grupo que se encontraba de pie algo más lejos del fuego.

«Hola, Eli», oí que le decían.

Oí también su respuesta, así como las primeras notas de su armónica, y me di la vuelta para mirar las ascuas mientras las lágrimas me quemaban los

párpados como si fueran ácido. Cuando en mi confusa visión aquellas ascuas perdieron su nitidez, de pronto comprendí que no tenía razón para sentirme herida o irritada, menos aún para quejarme o enfadarme. Nuestra relación poseía ese carácter indefinido. Ni siquiera teníamos derecho a pelearnos. Nunca habíamos admitido ese vínculo que hubiera hecho posible la discusión. En cierto modo, estábamos más alejados que unos extraños, porque estos, al menos, aún cuentan con la posibilidad de establecer relaciones.

Me quedé mirando el fuego hasta que las brasas volvieron a definirse y mis ojos reabsorbieron las lágrimas, y cuando él por fin se acercó, yo estaba charlando animadamente con otra persona. Al oír el sonido del claxon de la camioneta de mi padre conseguí decir adiós al grupo sin acusar recibo siquiera de la mirada de Eli, y crucé la hierba oscura de unos pocos saltos, como si él no hubiera pasado nunca por mi mente.

—Porque sí —volví a contestar débilmente a la pregunta de mi padre—. Además, necesitaremos comida.

—Creo que nos quedan provisiones para un mes, más o menos —dijo—, y el huerto marcha muy bien.

—Querría despedirme de alguna gente —dije con brusquedad.

—¿Alguien en particular? —preguntó mi padre.

Yo sabía que él estaba tratando de aligerar el golpe que representaba finiquitar nuestro entretenimiento, y por lo general no le habría hecho caso, pero aquella noche sus bromas fueron el cristal de aumento perfecto para mi frustración.

—¿Por qué demonios no nos lo dijiste antes?

—Nell, yo mismo no lo he sabido hasta que traté de comprar gasolina esta tarde.

—Bueno, pues deberías haberlo sabido. Si prestaras más atención a las cosas en vez de preocuparte solo por ti mismo, lo habrías sabido.

En el largo silencio que se produjo a continuación percibí vagamente el jadeo rápido de Eva. Luego mi padre siguió hablando, y su voz sonó tan cansada y uniforme como siempre.

—Supongo que tienes razón, y lo siento. Pero no te preocupes, Calabaza. Tu amiguito no te olvidará. Y si lo hace —continuó mi padre—, no te merece.

—No es mi amiguito, y no soy tu maldita Calabaza —le espeté. Sentí que la camioneta se inundaba del dolor desconcertado de mi padre, así como de mi sufrimiento bochornoso y, por otra parte, tengo que confesar que resultaba

estimulante sentir aquella ira, verme embargada por una emoción que se limitaba a estallar sin amenazar con arrastrarme.

Podría haberlo arreglado. No me hubiera costado mucho: una palabra, una broma, un gesto. Podría haber puesto mi mano en su rodilla, o haber apoyado la cabeza en su hombro, o podría haber dicho: «Lo siento». En lugar de eso, me quedé sentada, rígida y distante, contenta de que, por una vez, fuera yo la que daba la espalda a alguien.



Volvimos a la ciudad una vez más después de aquella noche horrible. Fue a finales de agosto, hace menos de seis meses, aunque ahora aquello parece tan lejano como un sueño que perteneciese a otra vida. Habían pasado once sábados desde la última vez que estuvimos en Redwood. Hacía cinco meses que no teníamos luz, y el teléfono llevaba sin sonar al menos cuatro, pero seguíamos hablando como si para el otoño —o para el invierno a lo sumo— todo tuviera que fuera a funcionar de nuevo.

Nuestro padre llevaba unos días haciendo cálculos en la despensa y el jardín, y una noche, mientras cenábamos, dijo: «Chicas, creo que sería mejor ir mañana a la ciudad. Se nos están agotando las provisiones, y cuanto antes repongamos existencias, mejor. Me angustia gastar la gasolina, pero creo que nos queda suficiente para ir a Redwood y volver. De todas maneras —suspiró—, tenemos que intentarlo».

Aquella noche calenté más agua de la habitual para lavarme el pelo. Me depilé las piernas y las cejas, y planché el vestido de verano todo lo bien que pude, calentando nuestra plancha eléctrica sobre la estufa.

Mientras yo planchaba, papá contaba el dinero.

«Menos mal que saqué esto en su día —dijo mientras extendía cuatrocientos dólares en billetes sobre la mesa como si fuera una mano ganadora de póquer—. El banco cerró dos días después —recordó, y meneó la cabeza—. Ojalá hubiera sacado también nuestros ahorros».

Eva añadió setenta y tres dólares al montón. Yo aporté cincuenta y nueve.

No teníamos forma de saber si aquello era mucho o poco.

«Por supuesto, os lo devolveré, chicas —dijo, extendiendo con cuidado un pagaré para cada una de nosotras en el dorso de unos sobres viejos—. Tan pronto abran los bancos y pueda echar mano de mis ahorros, recuperareis lo vuestro. Y con intereses».

A la mañana siguiente, los tres nos levantamos temprano, y cuando salimos, me sentía como una muchacha de cuento de hadas, una muchacha campesina que acudía a la ciudad en el día de mercado, a ver las cosas dignas de verse, a escuchar música y probar algunos placeres, quizá a comprar una cinta para el pelo o un anillo nuevo, una muchacha que hacía el largo viaje a la ciudad para ver a su amado.

No podía haber mayor excitación que aquella, ninguna mañana tan agradable, impregnada de tanta alegría: iba a la ciudad. El sol proyectaba sus rayos cálidos sobre el bosque. Yo llevaba mi vestido verde playero. Mi vaporosa melena descansaba en mis hombros desnudos. Vería a Eli.

Pese a mi exultante estado de ánimo, la tierra más allá de nuestro claro me ofrecía una imagen extraña. La carretera estaba empezando ya a mostrar signos de abandono. Comenzaban a crecer hierbajos entre las grietas recientes del firme de grava, y por el centro de la pista corría una veta de maleza que golpeaba y arañaba la carrocería de la camioneta. Tras recorrer siete kilómetros, llegamos a la casa de nuestros vecinos más próximos. Los Coleman eran cristianos fundamentalistas, y papá solía decir que eran los vecinos perfectos para nosotros porque no compartíamos nada, ni siquiera el límite de nuestras respectivas propiedades, pues la tierra del estado serpenteaba entre las lindes. Pero su antaño ordenada casa tenía ahora el aspecto de haber sido saqueada. Las ventanas estaban rotas, la puerta de la casa colgaba de una única bisagra y la hierba del jardín era escasa y parduzca.

—Esperad aquí —dijo nuestro padre, agarrando el rifle. Nosotras nos quedamos sentadas en la cabina mientras él se dirigía a la casa y daba unas voces—. Se han ido —fue todo lo que dijo al regresar—. Parece que la hubiera arrasado una manada de búfalos.

—¿Dónde están? —susurré yo. Él se encogió de hombros.

—Quizá se hayan trasladado a la ciudad.

Cinco kilómetros más adelante llegamos a la carretera pavimentada del condado. A medida que la camioneta ganaba velocidad, hablábamos menos y nuestras voces se volvían más susurrantes, como si estuviéramos en un museo o en un funeral. Algunas de las casas que veíamos estaban quemadas hasta los cimientos o a todas luces desvalijadas. Un perro flacucho corrió ladrándonos desde el jardín de una casa que tenía las ventanas tapiadas. Cuando nos encontrábamos a unos pocos kilómetros de la ciudad, vimos por fin alzarse una tenue columna de humo desde una chimenea.

A medida que nos acercábamos a Redwood, fueron apareciendo más signos de vida: una mujer tendiendo la ropa, un hombre de expresión torva en

una bicicleta, un grupo de niños que interrumpió sus juegos para vernos pasar. Sin embargo, incluso bajo la luz de aquella brillante mañana veraniega, el paisaje ofrecía la deprimente sensación de estar en una región bajo asedio, expoliada.

Finalmente Eva dijo:

—¿Qué está pasando?

Nuestro padre se aclaró la garganta.

—Vamos a ver.

Pero lo que estaba pasando saltaba a la vista. Aunque había algunos coches y camionetas aparcados junto a las aceras, el nuestro era el único vehículo que circulaba por Main Street. Todas las tiendas que rodeaban la plaza estaban a oscuras. Algunas mostraban rótulos de cerrado, y unas pocas exhibían en su puerta de entrada carteles con los horarios de apertura del comercio en los que se veían unos relojitos con sus agujas señalando las diez en punto, como si al día siguiente sus dueños bien vestidos fueran a regresar y a abrir la puerta. También había escaparates tapados con papel de estraza o con placas de contrachapado; otros estaban rotos, sus agujeros se abrían a locales vacíos.

Cuando pasábamos por delante del Uptown atisbé a través de sus ventanas los jirones de unos cuantos carteles que colgaban de las paredes, y las mesas volcadas. Al otro lado de la calle, la plaza aparecía desierta. La hierba abundante sobre la que nos tumbábamos estaba ahora seca y salpicada de matojos, y todos los globos de las farolas estaban rotos, supongo que por pedradas o disparos.

Solo los árboles seguían conservando su aspecto.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Eva en un susurro. Ninguno quiso recordar que nuestro padre había dicho que la gente del campo debía de haberse trasladado aquí.

—Creo que voy a ir a casa de Jerry para averiguar qué es lo que sabe él — dijo papá Jerry Miller era el profesor de Ciencias y Matemáticas de sexto grado de la Escuela Elemental de Redwood, y uno de los mejores amigos de nuestro padre. Era un hombre grande y tranquilo, que había renunciado a un cargo en el Instituto Tecnológico de Massachusetts porque adoraba dar clase a los chavales y aborrecía la política, y durante años, cada viernes por la noche, él y nuestro padre se juntaban para tomarse una cerveza antes de que papá volviera a casa, al bosque, a pasar el fin de semana.

La mujer de Jerry era abogada en la gran ciudad, y como ella y mi madre nunca habían sido capaces de encontrar la manera de pasar una tarde en

compañía una de la otra, nuestras familias no se reunían muy a menudo, aunque Eva y yo disfrutábamos las raras veces que íbamos a su casa, bañándonos en su piscina mientras los adultos hablaban en el jardín y sus risas flotaban a nuestro alrededor. Los Miller vivían a unas manzanas de distancia de la escuela primaria, en el único barrio realmente adinerado de Redwood. Con todo, cuando pasamos por aquellas calles curvilíneas descubrimos que las largas extensiones de césped que las bordeaban estaban ahora pardas y descuidadas, y había coches a los que les faltaban los neumáticos.

Papá giró para entrar en el sendero circular, cubierto de hierbajos, de la casa de los Miller. Paró la camioneta, pero antes de que pudiera abrir la puerta un hombre salió de la casa para recibirnos. Su gesto era ceñudo, sostenía una escopeta apuntando al suelo a su lado.

Papá se asomó por la ventanilla.

—Hola, qué hay... —dijo con la voz firme de un director de escuela—. ¿Está el señor Miller por aquí?

El hombre sacudió la cabeza.

—¿Quizá la señora Miller?

El hombre negó de nuevo.

—Hmmm —dijo papá asintiendo, como si todo aquello tuviera sentido—. ¿No sabrá usted por casualidad a dónde fueron, verdad? Jerry es amigo mío.

—Debieron de irse hacia el sur.

—¿Hacia la gran ciudad, quizá? ¿Dónde trabaja la señora Miller?

—Tal vez.

—¿Cuándo se marcharon?

—No lo sé. Antes de que nosotros llegáramos aquí.

—¿Y eso cuándo fue?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Así que ustedes vigilan la casa hasta que los Miller vuelvan?

El otro le miró con fijeza y levantó el cañón de su arma un palmo del suelo.

—Bien —dijo papá—, será mejor que nos vayamos.

El hombre asintió.

En vez de pasar por delante de él, papá hizo retroceder la camioneta por el sendero y nos fuimos en silencio, tratando de no pensar en dónde estarían los Miller, tratando de no imaginar lo que les habría pasado o cuándo volveríamos a verlos.

Al cabo de un rato, papá dijo con voz triste: «Supongo que deberíamos pasar a ver cómo está la escuela», y recorrimos aquellas pocas manzanas como en un sueño, aturcidos por el velo de extrañeza que cubría calles tan familiares.

Cuando llegamos a la Escuela Elemental de Redwood, papá aparcó al lado del mástil vacío de la bandera, y nos quedamos sentados en la camioneta, estudiando el lugar que durante años había sido su segundo hogar.

Las puertas de entrada habían sido cerradas con una cadena y un candado, y las largas filas de ventanas de las aulas estaban tapiadas.

«Debe de ser cosa de Mike —dijo papá, refiriéndose al vigilante que había trabajado allí mucho más tiempo que él—. Quizá Jerry le ayudó antes de marcharse todos».

Paseamos la mirada a lo largo del patio hasta las instalaciones deportivas vacías. Una cuerda colgaba de manera inquietante de las barras de juegos, y las cadenas que en su día habían sostenido los asientos de los columpios se balanceaban en el aire. No había niños por ninguna parte.

Al cabo de un minuto interminable, papá volvió a poner la camioneta en marcha.

—¿No vamos a entrar? —pregunté.

—No —dijo—, no hay nada que yo pueda hacer ahí. Además, mejor será que solucionemos lo nuestro y regresemos a casa lo antes posible. —Tras otro silencio, añadió—: Me gustaría encontrar a algún conocido que me cuente lo que ha pasado. Pero no se me ocurre nadie de confianza que viva por aquí. Y no podemos permitirnos gastar más gasolina... El regreso a casa puede ser bastante problemático, tal como están las cosas.

Desde el momento en que papá dijo que íbamos a ir a la ciudad, yo había estado cultivando una imagen de Redwood como el bullicioso centro de una nueva —si bien provisional— sociedad. Había imaginado la plaza atestada de gente y rodeada de puestos, como un mercado al aire libre. Imaginaba granjeros y comerciantes vendiendo directamente pollos y huevos frescos, verduras de cosecha propia y pan, hecho en casa, así como cacharros viejos y herramientas usadas. Me había imaginado músicos callejeros y vendedores ambulantes de comida, compradores con cestos en los brazos, deteniéndose para regatear y chismorrear. Me imaginaba incluso carros y caballos, como si, mientras esperábamos que la vida que habíamos conocido volviera a empezar, todo el mundo hubiera decidido jugar a reconstruir un mundo antiguo y pintoresco.

Durante mucho tiempo había creído a pies juntillas que si podía recorrer de alguna manera aquellos cincuenta kilómetros hasta la ciudad, si podía cubrir la distancia entre nuestro claro y la plaza, entonces vería a Eli, y si podía verle, todo volvería a funcionar entre nosotros. Pero la plaza vacía venía a ratificar el hecho que lentamente había ido infiltrando mi conciencia: no vería a Eli. No tenía ni idea de dónde vivía, ni de cómo buscarlo. No podía llamarle. Y no podía arrastrar a Eva y a mi padre a una pesquisa desesperada que consumiría tiempo y gasolina. Además, tampoco sabía si se hallaba en la ciudad. Ni siquiera estaba segura de que estuviera vivo.

Y, en caso de que consiguiera encontrarlo, ¿qué? La última vez que nos habíamos visto, yo había fingido ignorarlo. De pronto me di cuenta de que todas mis esperanzas sobre Eli habían sido tan irreales como mis fantasías sobre el día de mercado. No, en realidad no sabía quién era Eli. Todo lo que creía saber provenía de mis fantasías, y ahora estas se habían desvanecido, agostadas y marchitas como la hierba de la plaza. Era como si estuviera asistiendo al desvanecimiento de mis últimas esperanzas de felicidad, y sentí que se apoderaba de mí una furia ciega. Quería dar un puñetazo, ser tan cruel con alguien como la vida lo estaba siendo conmigo. Me senté, aturdida, respirando con dificultad, tratando de encontrar algo hiriente que decirles a mi padre o a mi hermana, intentando imaginar una forma de hacerles sufrir. Pero al final no dije nada, me limité a permanecer allí, sentada, angustiada y vacía, mientras recorríamos las lúgubres calles de Redwood. Papá condujo hasta la tienda de comestibles de Savewell, pero sus puertas estaban tapiadas, al igual que las del supermercado rival situado junto a la oficina de correos. Esta también tenía una cadena con candado.

—Quizá todo está cerrado —susurró Eva.

—Puede ser —respondió nuestro padre, sacando pecho. Echó una mirada al indicador de la gasolina y luego nos dirigimos al otro extremo de la ciudad, al almacén de Fastco. Fastco era el único hipermercado que se había aventurado a instalarse en la remota y pequeña Redwood, y aunque había bastante gente que se negaba a entrar allí, atraía a suficientes compradores para estar siempre atestado. En Fastco todo se vendía en cantidades ingentes, jabón líquido de lavavajillas en envases de cuatro litros, harina en sacos de veinticinco kilos... Nuestro padre lo llamaba «Fortaleza Industrial del Consumo», y le encantaba bromear con mamá sobre el tamaño de los paquetes de papel higiénico que ella traía a casa. Cuando descubrió que tenía que adquirir una tarjeta de socio para hacer allí sus compras, comentó:

«Estados Unidos, un país en el que hay que pagar para tener el privilegio de comprar».

En aquella época, el aparcamiento de Fastco siempre estaba lleno de coches, carros y niños. Pero aquel día, salvo por algunos vehículos de aspecto lamentable esparcidos por la vasta extensión de asfalto, se encontraba vacío. Los escaparates de la tienda estaban oscuros, y los carteles de ofertas de espárragos frescos y suavizante descoloridos y rasgados. De todos modos, aparcamos, bajamos de la cabina de la camioneta y esperamos a que papá sacara de la guantera un rollo de papel de embalar adhesivo. Caminamos hacia el almacén.

—¿Está abierto? —preguntó Eva cuando llegábamos a la puerta electrónica que, por supuesto, no se abrió.

Papá hizo una pausa durante un segundo casi imperceptible, y luego dijo:

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Empujó la puerta y esta cedió, franqueándonos la entrada al enorme hipermercado, con el techo altísimo, donde cualquier ruido producía un eco bien sonoro. Parecía una gélida catedral. Nos quedamos por un momento en la puerta, esperando a que nuestros ojos se acostumbraran a la penumbra. Sobre nuestras cabezas, más allá del entramado de vigas de acero del techo, algunos tragaluces de fibra de vidrio permitían que se filtrara un débil resplandor.

—¿Hay alguien? —preguntó Eva.

—¿Hay alguien? —gritó mi padre.

—Ya lo creo —respondió una voz cordial desde la oscuridad—. No queda mucho, pero mientras pueda pagarlo en efectivo, es suyo.

Era realmente extraño ver aquella gigantesca nave tan oscura y vacía. Los anchos pasillos estaban desiertos. No había madres apresuradas empujando carritos llenos de paquetes de pañales de usar y tirar y enormes cajas de cereales con miel. No había parejas de jubilados comprando alpiste o licores. Ni carretillas elevadoras maniobrando, zumbando y emitiendo sus *biiips* mientras movían palés de guisantes en lata, o de servilletas de papel, o de lejía.

Y no parecía haber nada de comida. Las enormes estanterías que se alzaban desde el suelo de cemento hasta la mitad de la altura del techo estaban casi vacías. Lo que descubríamos en ellas más parecía basura que comestibles, algunos montones y pilas de desechos esparcidas, unas pocas cajas aplastadas y latas abolladas.

«Hemos llegado demasiado tarde —susurró Eva—. No queda nada».

Pero nuestro padre se había puesto ya manos a la obra, soltando un carrito de la compra de la hilera que había en la parte delantera del almacén. Lo empujó hasta el primer pasillo con una muestra de su vieja determinación.

«Queda mucho —nos dijo con una firmeza que resultaba contagiosa—. No tenemos más que buscarlo. Agarrad vosotras también uno de estos carritos de la compra típicamente norteamericanos y seguidme».

Iniciamos el que en otros tiempos fuera un ritual cotidiano, recorriendo arriba y abajo aquellos pasillos, pero ahora nuestros pasos resonaban en el suelo de cemento, y nuestras voces se escuchaban vacilantes en la penumbra. Pronto vimos que papá tenía razón... aquí y allá, en las grandes tablas de contrachapado que servían de estanterías, quedaba un poco de comida.

El primer pasillo que recorrimos había contenido en el pasado los artículos de pastelería. Ahora, esparcidas al azar sobre las estanterías, había una docena de botellas de medio litro de sucedáneo de extracto de vainilla, algunos paquetes enormes de papeles para revestir moldes y varios recipientes de sal de ajo y levadura.

—Nos vendrán bien —dijo papá, arrojando a su carrito la levadura y la sal de ajo—. ¿Qué más necesitamos? —preguntó, y nosotras nos miramos, no muy seguras de qué proporción de ironía había en aquella pregunta.

—Harina —dijo Eva, y empujamos nuestros carritos por delante de las estanterías, vacías excepto por unos restos de cacao y una caja rota de maicena.

Esparcidas en las sombras, en el fondo de una balda casi a la altura del suelo, encontramos media docena de sacos de veinte kilos de harina, pero cuando nos detuvimos para cargarlos en el carro de Eva descubrimos que estaban medio vacíos, y al tratar de levantarlos, solo conseguimos esparcir la harina por el suelo.

—Ya sabía yo que podía necesitar esto —dijo nuestro padre, sacándose el rollo de papel de embalar del bolsillo—. No hay que desechar nada si se puede embalar en un pedazo de papel —añadió, citando para sí mismo aquel epigrama que solía hacer estremecer a nuestra madre.

Le ayudamos a parchear los sacos con grandes X de papel adhesivo, y a meterlos en el carrito.

—Estos durarán seis meses, por lo menos —dijo, sacudiéndose el polvo de harina de las manos y los pantalones—, a menos que Eva decida abandonar el baile y dedicarse al sumo.

—¿No deberíamos dejar un poco para los que vengan? —preguntó Eva mientras cargábamos el último y pesado saco en su carrito. Señaló los carteles

que rezaban:

PIENSA EN LOS DEMÁS Y LLÉVATE SOLO
LO QUE NECESITES. LAS RACIONES DEL GOBIERNO
NO SON SUFICIENTE Y TODOS NECESITAMOS
COMPLEMENTARLAS.

Por un momento nuestro padre pareció impresionado. Luego se recuperó y dijo:

—Bueno, no vamos a volver aquí hasta dentro de algún tiempo, así que pienso que hacemos lo correcto. De todas maneras, no veo por aquí a nadie más.

Al final del pasillo encontramos una bolsa de azúcar de cuatro kilos, aunque era evidente que se había mojado en algún momento porque el azúcar que contenía estaba duro como el cemento.

—No está bueno —dije al verlo.

—¿Por qué no? —preguntó papá.

—Está duro.

—Hace tiempo que se lo habrían llevado si no tuviera algo malo, claro, pero sigue siendo dulce.

Colocamos el azúcar en mi carrito.

En las estanterías del siguiente pasillo quedaban unas cuantas garrafas de desinfectante para el retrete, unas pocas cajas aplastadas de detergente para lavavajillas, varios mangos de fregona, un paquete de esponjas roto y unos charquitos de un líquido verduzco del que emanaba un olor como a amoníaco. Cogimos una bolsa de plástico que contenía algunas pastillas rajadas de jabón para manos, y papá precintó una caja casi vacía de detergente para lavadora que añadimos a nuestra carga.

«Necesitamos velas», dijo Eva. Pero todo lo que pudimos hallar fue un único y grueso velón.

Proseguimos nuestro camino, hurgando en los oscuros rincones del almacén, pasando por delante de las grandes consolas refrigeradoras que ocupaban el pasillo en toda su extensión, vacías excepto por unos charcos de agua renegrida. También vimos montones de cajas que contenían cintas de vídeo vírgenes, contestadores automáticos de teléfono, reproductores de discos compactos y *software* de ordenador, mientras seguíamos buscando comida en mínimas condiciones de consumo.

En la parte trasera del almacén, donde la oscuridad era aún más densa, descubrimos algunas latas de sopa, bonito, macedonia de frutas y salsas. Todas estaban oxidadas o melladas y la mayoría había perdido sus etiquetas, pero aun así las añadimos a nuestro carrito, junto con dos cajas de cuatro kilos de espaguetis y macarrones rotos. Encontramos también varias bolsas medio vacías de judías pintas, así como una caja de dos kilos de galletas pulverizadas y tres enormes envases de mantequilla de cacahuete con una sustancia parecida al alquitrán cubriendo sus tapas.

Lo que no pudimos encontrar fue sal, o botes para conservas o papel higiénico. Y nos olvidamos de buscar loción corporal y desodorante.

Finalmente, papá dijo que ya teníamos bastante:

«Me gustaría haber conseguido algunos frascos más para envasar, pero creo que tendremos suficientes hasta que volvamos a tener electricidad».

Mientras empujábamos los carritos en paralelo a la fila de cajas que aguardaban como centinelas en la parte delantera de la nave, pudimos ver a un hombre sentado en una de ellas, leyendo un libro a la débil luz que se filtraba por la claraboya que tenía encima. Levantó la mirada cuando nos acercamos y me di cuenta de que le había visto antes. Llevaba una chaqueta con el logotipo de Fastco y el nombre de STAN, y las palabras DIRECTOR ADJUNTO bordadas a la altura de su corazón.

—¿Ya está? —preguntó, sonriendo y saltando de su asiento.

—Sí —murmuramos, sorprendidos por su energía, porque aquel hombre estuviera allí y por algo más, por esa pizca de locura que se percibía en sus ojos castaños.

—¿Puedo ver su tarjeta, por favor?

Nuestro padre se quedó mudo por un instante, pero luego sacó su billetero del bolsillo de atrás, rebuscó entre su colección de tarjetas de crédito, de la escuela y de la biblioteca hasta que apareció la brillante tarjeta anaranjada que probaba que era socio de Fastco.

—Gracias, señor —dijo Stan después de comparar la cara de papá con la fotografía de la tarjeta.

Entonces observamos, asombrados, cómo levantaba las bolsas remendadas, las cajas rotas y las latas abolladas de nuestros carritos y las apilaba con sumo cuidado en cajas de cartón, sumándolo todo mentalmente mientras trabajaba.

—Esto son 3,49 más 4,95, o sea 8,44, y 1,95, son 10,39, y 7,39 son 17,78, y 6,49 son 24,27, más tres de 1,89... hacen 29,94.

Parecía estar leyendo los precios en el aire, aunque deduje que cobraba noventa y nueve centavos por cada lata sin etiquetar. Ni se nos pasó por la cabeza discutir sus precios o sus sumas.

Siguió añadiendo cantidades hasta llegar a la última lata aplastada, y entonces se volvió hacia nuestro padre para decir: «Y 11,89, lo que hace un total de 404,54 dólares. ¿Algo más, señor?».

Nuestro padre se aclaró la garganta:

—Eso es todo.

—Entonces son 404,54. Ya no se cobran impuestos —añadió Stan con un guiño.

Nuestro padre contó sus billetes y se los dio al dependiente, que los frotó entre los dedos, los estudió con una lupa y, finalmente, le dio unos toques en la esquina a cada uno de ellos con una bolita de algodón que había humedecido en una taza llena de un fluido claro.

—¿Le llegan muchos billetes falsos? —preguntó nuestro padre.

—No me llegan muchos, ni falsos ni auténticos. Pero nunca se es demasiado prevenido. Por eso tengo a Sheila aquí, para que me haga compañía.

Nos dirigió otra sonrisa y alargó la mano para dar una palmadita al rifle que de repente descubrimos apoyado contra el difunto lector de códigos de barras.

—Sheila ha sido una verdadera camarada. Especialmente cuando los saqueadores merodeaban por aquí. —Meneó la cabeza con un repentino gesto de furia—: La gente quiere algo a cambio de nada... Eso es lo que nos ha metido en este lío. Pero a Sheila le gusta eso tan poco como a mí, y esa gentuza aprendió pronto que solo los clientes que pagan son bienvenidos.

Sus dedos se deslizaron por el cañón del arma durante un instante, antes de meter el dinero que papá le había dado en la ranura de la caja que tenía bajo su silla.

—Vivimos fuera de la ciudad, a cierta distancia —dijo nuestro padre, tratando de mantener un tono despreocupado, pero bajando la voz cuando hablaba—. Así que no nos hemos enterado de las últimas noticias.

—No hay mucho de qué enterarse —respondió Stan contando el cambio, que sacó de un bolsillo, para dejarlo en la mano abierta de nuestro padre.

—¿Dónde está todo el mundo? La ciudad parece bastante vacía.

—Bueno, mucha gente se fue, por supuesto, a consecuencia de los rumores. Algunos se marcharon a Sacramento. Otros se dirigieron hacia el sur. Se decía que allí había trabajo, alguna oferta pública de empleo... —Se

encogió de hombros—. Rumores. Todo muy incierto, pero ¿qué sé yo? Nadie ha vuelto todavía. Eso podría ser bueno o malo, ya sabe lo que quiero decir.

—Ocurrió todo muy deprisa... —dije yo.

—Sí. —Parecía encantado—. Eso es lo que la mayor parte de la gente dijo. La verdad es que en las convenciones de las franquicias de la cadena siempre nos explicaron que no hacía falta más que tres días de interrupción del servicio de distribución para que las estanterías empezaran a vaciarse. Si uno lo piensa bien, es sorprendente que durásemos tanto.

Asentimos con la cabeza.

—La mayor parte de las ciudades parecen vacías porque la gente se ha marchado. También las ha vaciado la enfermedad. El sarampión hizo una buena barrida. Yo perdí a mi pequeño. Luego vino algo más, no sé qué cosa del estómago, y cayó mucha gente. Y personas cercanas a mí han muerto por otras causas: envenenamiento por tomaína, un par de casos de apendicitis. Joder, ¡incluso un corte puede matarte si sangras demasiado o se infecta!

—¿Dónde están los médicos? —pregunté.

Me miró de forma inexpresiva durante un momento y luego dijo:

—Bueno, todavía andan por aquí, supongo, algunos al menos. No es que sirvan de mucho, ahora que los medicamentos han desaparecido y los aparatos no sirven para nada. Hay una mujer en la ciudad que cura con plantas... y algunos acuden a ella cuando necesitan ayuda. No sé, yo preferiría tomarme una pastilla. Aunque imagino que tendré que esperar algún tiempo. Espero tener suerte y no necesitar médico alguno hasta que las cosas vuelvan a funcionar.

—La gente que se ha quedado... ¿dónde está?

—En su casa. La mayor parte de la gente no se mueve de casa. Ya sabe... cuidando el huerto, criando pollos, esas cosas. Esperando. Supongo que se sienten más a salvo si están cerca de su propia casa. En una tierra que sea suya y todo eso.

Volvimos a asentir con la cabeza.

—Yo soy diferente, supongo. Me gusta salir un poco, venir aquí, ya sabe, y mantenerme ocupado —movió la cabeza como si quisiera excusarse—. Pero nada funcionará del todo hasta que regrese el Gobierno.

—¿Qué noticias hay al respecto?

—Corrió el rumor de que volverían a cobrar impuestos hacia el otoño. Pero, los rumores... ¡bah! Oí también que algunas personas de Grantsville habían construido una nave espacial y vendían billetes para la Luna.

Soltó una risotada, un estruendo despreciativo que hizo que sus hombros se levantaran y después se desplomaran, y entonces su rostro perdió su aspecto agradable y adoptó una expresión desesperada.

—Sobre qué van a cobrar impuestos... no lo sé. Los suyos son los primeros billetes buenos que veo desde hace una eternidad. Nadie compra nada. El dinero ha desaparecido.

—¿Queda gasolina en la ciudad? —preguntó papá, doblando sus últimos billetes para meterlos en su desgastada cartera.

Stan volvió a reírse, el mismo cáustico bufido.

—El viejo Mick Mitter, de la Exxon, dice que está esperando un envío para uno de estos días. Pero ya sabe cómo es Mick. O quizá usted no lo sabe. Le gusta mucho hablar. Lleva esperando ese envío desde mayo. —Stan sonrió con su sonrisa de director adjunto de Fastco, aunque en sus ojos seguía habiendo una expresión a la vez salvaje y alelada. Colocó la última caja en el carrito de Eva y dijo—: ¿Les ayudo a subirlo a la camioneta?



Hoy es un día aún peor que el de Navidad. Hoy es un día en el que vale la pena olvidar el calendario, perderlo. Es un día que jamás puede volver a significar otra cosa que dolor, duelo y una tristeza que penetra como el acero, tan afilada, tan dura, tan fría que el propio aire parece despiadado. Cuesta y duele respirar. El corazón se resiente al bombear la sangre. Como la mano de Midas, pero al revés: todo lo que toco o miro, leo o recuerdo, se convierte en polvo. Porque hoy es el cumpleaños de mi padre y todos los recuerdos que tengo de él están impregnados del recuerdo de su muerte.

Fue a comienzos del pasado mes de septiembre. Las mañanas eran gélidas a causa de la niebla que llegaba de la costa, las tardes sin embargo cálidas, y los atardeceres que las seguían, despejados y suaves, con ese aire que parece seda contra los brazos desnudos, y había nubes rosadas que colgaban en lo alto de un cielo azul cada vez más oscuro. El huerto había dado ya lo mejor que podía ofrecer; las lechugas y las espinacas las habíamos recogido meses atrás. Hacía mucho también que nos habíamos comido todos los rábanos y los guisantes; y el maíz, la remolacha y las zanahorias cada vez eran más escasos; las judías, las calabazas y los tomates directamente se estaban acabando. Las nueces estaban ya casi listas para su cosecha.

Papá decía que estábamos capeando el temporal. Pronto regresaría la electricidad, prometió. El teléfono volvería a sonar y él iría a la ciudad a buscar gasolina. Y no tardaría mucho en reabrirse la Escuela Primaria de Redwood. Eva podría reanudar sus clases de baile y presentarse a su audición, y yo empezaría a preparar en serio mis pruebas de acceso a la universidad.

Era como si el torniquete que la tristeza había puesto en nuestras vidas se estuviera aflojando. Papá seguía desapareciendo con frecuencia en su cuarto mucho antes de que el sol se pusiera, pero las largas horas que pasaba cortando madera y cuidando del huerto parecían conferirle un nuevo vigor. Ya no se mostraba tan distante como antes, y a veces quebraba su amargura con un chiste.

Mientras, yo me dedicaba a leer —más bien a releer— todas las novelas de la casa. Hacía mucho que me había abierto camino a través del último cargamento de libros de la biblioteca. Mis cintas de francés estaban mudas, el ordenador era una caja polvorienta y las pilas de la calculadora habían muerto, de manera que volvía a las novelas para proveerme de ideas, emociones y sensaciones que me proporcionaran una vida distinta de mi actual existencia suspendida.

Siddharta, A de asesinato, El hobbit, El cuaderno dorado, Tess de los Urberville, Catch-22, Crónicas marcianas, Adam Bede. Mientras leía me sumergía por completo en la historia y todo lo demás quedaba interrumpido. Podía leer durante horas, de un tirón, y cualquier distracción —una pregunta, una comida, la llegada de la oscuridad— me impacientaba.

De vez en cuando me descubría soñando despierta con Eli, pero eran fantasías de las que se había eliminado la mayor parte de la urgencia. Su recuerdo era como un viejo oso de peluche, algo de lo que antaño yo había dependido pero que había dejado atrás con la edad. Me agarraba a él como a un viejo hábito de vez en cuando, pero ya estaba convencida de que Eva tenía razón, de que Eli no era para mí, e incluso había empezado a imaginar a su sustituto... el chico que conocería en Harvard.

Por las mañanas hacíamos conservas.

Mamá había heredado frascos para conservas de casi todas las parientes ancianas de ambas ramas de la familia, y de vez en cuando preparaba algunos botes de *delicatessen*: zanahorias a las finas hierbas o melocotones en almíbar o salsa de tomate condimentada. Tras su muerte, encontramos una caja llena de tapas para los botes, y una tarde de verano, cuando las tomateras estaban bien cargadas, las remolachas se hinchaban hasta asomar de la tierra y las judías colgaban como largos dedos de los tallos vencidos, papá se sentó fuera,

en el porche, con *El libro del envasado doméstico* en su regazo, y lo leyó de cabo a rabo, y cuando la última nube rosada desapareció en el azul ennegrecido del cielo, cerró el libro, levantó la mirada y dijo: «Decidido, chicas. Este verano comeremos lo que podamos, y lo que no podamos lo envasaremos».

Desde aquel día comenzó a despertarnos al alba, y durante toda la mañana recogíamos y lavábamos, pelábamos y cortábamos en rodajas, y envasábamos, hasta que los dedos se nos quedaban teñidos de forma permanente por el jugo de los tomates, las remolachas y las ciruelas, y la cara y las manos acababan enrojecidas e hinchadas por las ollas de agua hirviendo de las que no nos separábamos.

La estufa tenía que rugir para mantener el agua de las ollas en ebullición con la fuerza que *El libro del envasado doméstico* recomendaba. A media mañana la casa estaba tan caliente que se hacía difícil respirar. Poco a poco, los montones de frutas y verduras mermaban y las pilas de huesos y pieles aumentaban. Poco a poco, la mesa se iba llenando de frascos a rebosar, y por encima del fiero rugido del fuego podíamos oír el ruido corto y metálico de las tapas sellándose a medida que se enfriaban. Y, poco a poco, Eva y yo nos mostrábamos menos serviciales y más malhumoradas, hasta que al final mi padre decía: «Dejadlo, chicas, ya termino yo esta última tanda. ¡Eh... setenta y cinco kilos! Ha sido un buen trabajo».

En una ocasión, pregunté a quemarropa:

—¿Para qué demonios estamos haciendo todo esto? ¿No decías que las cosas iban a volver a la normalidad pronto?

—Bueno, no lo sé —respondió con un tono demasiado tranquilo—. Siempre está bien tener a mano un frasco de conservas... aunque sea para cambiarlo por otra cosa. Además, me da coraje dejar que algo se pierda estos días.

Yo fruncí el ceño, y ambas salimos como flechas de casa en busca de aire fresco, dejando la preocupación y la tarea de limpiar a nuestro padre. Ahora me pregunto si él no sabía más de lo que quería admitir cuando insistía en que trabajáramos todas las mañanas hasta llenar todos los frascos que teníamos; incluso las manzanas caídas al suelo y los melocotones picados por las abejas acabaron en un bote más de las atestadas estanterías de la despensa.

A la hora más cálida del día, cuando nuestro padre salía finalmente de casa, lo hacía para trabajar en el huerto o para cortar leña en el bosque. «Este verano tenía previsto cambiar las tablillas del tejado y apuntalar el cobertizo —dijo—, pero ahora parece que la leña y la comida son más importantes».

Añadió que, para cuando llegaran las lluvias aquel invierno, quería tener leña al menos para tres años. Y sobrante para vender.

«Necesitamos sacarle un poquito de ventaja al otoño —dijo en una ocasión—. Seguro que las escuelas públicas son la última institución que se recupera. Y yo tengo a dos robustas hijas que pronto estarán pidiéndome una dote. O al menos zapatillas de baile, educación universitaria y barra de labios. ¿Será un Carmesí Bésame Rápido o un Malva Apártate? Para uno u otro habrá que ahorrar unos dólares».

Sabía que estaba tratando de recomponer todo lo que se había deshecho entre nosotros, pero incluso cuando deseaba bromear con él, sentía un nudo de resentimiento en la garganta. Una parte de mí ansiaba oír cómo me tomaba el pelo, se reía y me llamaba Calabaza, pero otra se encrespaba al pensar que él pudiera ser feliz ahora. Me aferraba a mi ira, a la ventaja que me daba, y cuando él veía que otra vez rechazaba la paz que me ofrecía, cogía la sierra mecánica y la de arco y se marchaba del claro, simulando que hablaba para sí mismo: «Había una vez un pobre leñador que no poseía nada más que una pequeña cabaña en el bosque y dos robustas hijas que pedían barra de labios...».

De manera que vagaba por los bosques, talando árboles que dejaba secar durante el verano, o cortando los que ya habían secado, despiezándolos en trozos que cupieran en la estufa y amontonándolos al lado de los viejos caminos madereros, listos para ser cargados en la camioneta en cuanto hubiera gasolina.

Había guardado un poco de gasolina para la sierra mecánica. «Ese es un combustible bien aprovechado —nos explicó cuando nos quejamos de que hubiera gasolina para su sierra pero no la pudiéramos emplear para ir a la ciudad—. Una sierra mecánica tiene uno de los motores de combustión interna más eficientes que existe. Y en estos momentos me temo que necesitamos mucho más la leña que un viaje a la ciudad».

Sin embargo, a medida que avanzaba el verano, mi padre utilizaba cada vez más a menudo la sierra de arco y el hacha, lo que hacía más pesado el trabajo, y solo ocasionalmente seguíamos oyendo su sierra mecánica gimiendo en la lejanía como un mosquito.

Mientras él pasaba las tardes en el bosque, Eva y yo permanecíamos en el claro, escardando sin mucho entusiasmo el huerto, ocupadas en trabajos de poca importancia en la cocina cada vez más espartana, o tratando de recuperar lo que en el pasado fueron nuestras pasiones. Pero, cada vez con más frecuencia, abandonábamos toda pretensión de trabajo y también la sofocante

casa en busca del frescor del bosque. Una al lado de otra, nos tumbábamos sobre las agujas de abeto salpicadas de sombra junto al depósito de agua. Allí jadeábamos y dormitábamos, a la espera de un vestigio de brisa.

Aquella tarde estábamos, de hecho, en el depósito de agua. El día avanzaba, se acercaba la hora en la que papá solía regresar al claro, en la que nosotras comenzábamos a pensar en preparar la cena. Por puro aburrimiento, me estaba pintando las uñas, echando mano del último resto de esmalte que guardaba como un tesoro; aún puedo sentir el frío cosquilleo del pincel y oler el intenso perfume que brotaba de aquella botellita rechoncha. Aún puedo ver los húmedos óvalos carmesíes de mis uñas recortándose contra los dedos manchados de fruta, y oír la sierra a lo lejos, zumbando. En mi recuerdo me veo demasiado inocente para sentir en aquel momento otra cosa que felicidad.

De repente oímos un grito.

Fue un sonido que hizo pedazos todo aquello que habíamos llegado a considerar real. Durante un instante eterno, suspendido en la inmensidad del tiempo, no fuimos capaces de darle un significado a aquel sonido, y nuestras mentes corrieron ciegamente de un lado a otro tratando de identificar su causa.

Yo nunca había oído gritar a mi padre, nunca había imaginado que tal cosa pudiera ocurrir. Al igual que verle llorar en el funeral de mi madre me hizo sentirme avergonzada, no tanto debido a la inesperada fragilidad que revelaba sino porque nunca había considerado siquiera la posibilidad de que mi padre pudiera llorar... o gritar.

Y aquel grito tenía que ser suyo. No había nadie más, aunque, mientras corríamos a través del bosque, yo seguía siendo incapaz de creer que aquel sonido viniera de él, incluso cuando, sin aliento por la fatiga y el terror, llegamos al lugar donde yacía, con un corte espantoso en su muslo del que manaba la sangre a borbotones.

Siempre me he preguntado cómo supimos en qué dirección teníamos que correr. Podría haber estado en cualquier lugar del bosque, y el sonido se propaga de forma extraña entre estas colinas. Sin embargo, las dos saltamos a la vez, emergiendo de nuestros sueños, y corrimos sin vacilar hacia el eco de aquel grito, corrimos a través de marañas de hiedra venenosa y zarzamoras, sin pensar en serpientes ni jabalíes, corrimos hacia donde nuestro padre yacía derramando su sangre y su vida sobre la tierra.

En su cara blanca, su fina piel se marcaba de forma espantosa sobre los pómulos. Iba sin camisa, y sus antebrazos morenos y cubiertos por el polvillo del serrín ofrecían un contraste enfermizo con el pálido pecho. Tenía los ojos

ensombrecidos y la mirada ausente. Sin embargo, sonrió cuando nos vio y me miró con calidez, dulzura y tristeza, de forma tan cariñosa e indulgente que a veces pienso que ahí se halla la causa de todas mis pesadillas.

«Tranquilas —susurró—. Tranquilas».

Por un momento vacilamos, como si, después de nuestra precipitada carrera a través del bosque, sintiéramos horror a mancharnos de sangre, a tener que contemplar la carne, el revoltijo de músculos, tendones y grasa en que se había convertido esa parte del cuerpo de nuestro padre. Creo que no queríamos reconocer lo que había pasado, no por miedo, sino por la absurda esperanza de que, si no admitíamos que estaba herido, tal vez no lo estaría... si nos negábamos a ver su herida, tal vez se levantaría de donde yacía y volvería a casa con nosotras a través del bosque y sus fragancias. Pero ese momento pasó, y nos encontramos a su lado, arrodilladas en la tierra, en un engrudo formado por agujas de pino, humus y sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eva sollozando.

Su rostro estaba contraído y tenso, y sus palabras brotaban con dificultad.

—Una rama. Debe de haberse caído. Me golpeó. Por atrás. Me empujó hacia delante. Encima de la sierra.

—Pensaba que eso no podía pasar —dije yo jadeando, mirando horrorizada la sierra empapada de sangre con su cadena de dientes brillantes.

Mi padre hizo una mueca.

—Lo quité. El sistema de seguridad. Para arrancarla más fácilmente. La semana pasada. Estúpido. Me está bien empleado.

—¿Qué hacemos? —dijo Eva, aunque no estaba claro a quién se lo estaba preguntando.

Nuestro agnóstico padre sonrió, y con el sonido más parecido a una risita que un hombre agonizante puede hacer, respondió:

—Rezar.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Eva, y esta vez se dirigía a mí—. Mi primera reacción —incluso después de todos aquellos meses de aislamiento— fue correr en busca de ayuda. Se me vino a la cabeza el número de urgencias, y me vi corriendo como una loca hacia casa, agarrando el teléfono, golpeando con el dedo las tres malditas cifras. Entonces supe que solo escucharía la muda pared de silencio del auricular, que llevaba muerto medio año.

Después pensé en los Coleman, que estaban a siete kilómetros de distancia yendo por la carretera; me imaginé corriendo en su busca. Pero entonces recordé que su casa estaba abandonada, que ya era una ruina

cubierta de inmundicias, por la que solo debían de corretear los jabalíes. Se me ocurrió lanzarme a una carrera suicida hasta la ciudad a pedir ayuda, pero ya no quedaba gasolina en la camioneta para llegar hasta allí. Finalmente, pensé en los silbatos de policía que nuestra madre nos había colgado como amuletos en el cuello a Eva y a mí, y creo que mis dedos incluso palparon mi pecho, como si, de haber podido encontrar aquel silbato y soplado con todas mis fuerzas, hubiera podido superar la barrera que había entre la vida y la muerte para que mi madre dejase su labor y llegase corriendo desde casa para ayudarnos.

Quería que alguien salvara a nuestro padre. Tenía miedo de intentar salvarlo yo misma.

—¡Vamos! —gritó Eva—, ¡tenemos que hacer algo!

Caí de rodillas al lado de mi padre.

—¿El qué? Eva, no sé qué hacer.

Pensé en el botiquín de primeros auxilios del baño, con su provisión de tiritas y yodo, y su manual de curas de urgencia.

—El botiquín de primeros auxilios —dije, poniéndome en pie de un salto, lista para correr—. ¡En el manual veremos lo que hay que hacer!

Pero papá respondió:

—No te vayas, Nellie. Te echaré de menos. Mucho.

Me sentí igual que aquella vez, cuando tenía ocho años, en que la fiebre me subió a cuarenta grados en un momento y mis sentidos estaban tan agudizados que las arrugas de los dedos me parecían montañas y daba la impresión de que podía sentir cada átomo de la realidad. Sentí como si mi vida anterior hubiera sido solo un sueño vago, y acabara de despertarme... y escuchara el grito que había estado dentro de mí todo el tiempo, una corriente subterránea de horror fluyendo en el fondo de mí cada día.

La única puerta de escape daba a la locura. Podía levantarme, correr por los bosques soleados y no recuperar nunca más la razón; y una parte de mí quería hacer eso. Pero era mi padre el que yacía allí y mi hermana la que esperaba que lo salvara, de modo que hice lo que pude, que, en definitiva, fue nada.

Él se estaba cubriendo la parte superior del muslo con ambas manos, y cuando apartó las manos y pude ver cómo la sierra de cadena había enmarañado sus pantalones con la carne, solté un gemido. Sin pensar, apreté mis manos temblorosas contra su muslo, tratando de recomponer su pierna, de recomponerla con la presión, para que no escapara más sangre.

Supongo que su arteria femoral estaba cortada. Aunque casi había dejado de sangrar cuando nosotras llegamos, cada vez que se movía, se filtraba un poquito más de sangre entre mis dedos. Recuerdo que en algún momento traté de detener la hemorragia aplicando presión a la arteria. Apreté con la palma de la mano el hueso púbico, allí por donde esperaba que corriera la arteria, y jamás sabré si habría vivido de haber pensado yo en hacer eso antes.

Había empezado a temblar, y comprendí que estaba en estado de *shock*. Hice que Eva le cubriera con su propia camisa y le elevara las piernas sosteniéndole los pies en el regazo. Pero incluso con las piernas levantadas y tapado, temblaba como si la tierra sobre la que yacía estuviera cubierta de nieve.

Dijo que tenía sed, y Eva fue a buscar su termo y le ayudó a tragar las últimas gotas que le quedaban. Pero todo aquello era muy poco. Un sorbo de agua, una camisa de algodón y nuestras cuatro manos incapaces de sanar su pierna. No se me ocurría qué otra cosa hacer.

Murió cuando el sol se estaba poniendo. Lo sostuvimos, le acariciamos la cara y hablamos con él como las madres les hablan a sus hijos enfermos, prometiéndole que se curaría, que no pasaba nada, murmurándole aquellas mentiras que se convierten en una forma de la verdad simplemente por la fuerza del amor o de la necesidad. Él escuchaba esas mentiras y trataba de descansar en silencio. «Tranquilas», jadeó en una ocasión, cuando ya hacía tiempo que parecía imposible que hablara. «Tranquilas». Luego reunió toda la fuerza que le quedaba en su cuerpo debilitado, desvió su mirada hacia mí y dijo: «No te preocupes, Calabaza».

Mucho rato después de que su mirada se hubiera vuelto hacia dentro, mucho después incluso de que sus temblores hubieran cesado y sus respiraciones entrecortadas nos pillaran por sorpresa, estuvimos hablando con él. «Lo siento», dije entre sollozos, mientras las primeras estrellas aparecían en el cielo claro. Pero, para cuando fui capaz de decir esas palabras, estaba hablando con un cadáver.

Y entonces nos encontramos huérfanas, solas en el bosque, con la noche que se cerraba sobre nosotras. Sea lo que sea lo que venga a continuación, sea lo que sea lo que nos depare el futuro, no podrá haber un momento peor que aquella noche. Teníamos que quedarnos con él. No podíamos soportar la idea de abandonar su cuerpo para los jabalíes, y sin embargo estábamos aterrorizadas ante su llegada, o la de las serpientes y los fantasmas que estábamos seguras que la oscuridad invocaba.

Era demasiado tarde para volver a casa a buscar mantas y cerillas, demasiado tarde para ir a buscar el arma con la que apuntalar nuestro valor en la oscuridad. Nos secamos la sangre lo mejor que pudimos con la camisa de nuestro padre, aunque nuestras manos seguían rígidas y pegajosas y el fuerte olor no se iba. Cada una de nosotras buscó una rama caída que tuviera el peso de un bate de béisbol, y, acurrucadas junto a su cuerpo, contemplamos cómo los últimos restos de color desaparecían del cielo, contemplamos cómo la oscuridad se apoderaba de la tierra, ambas tensas, a la espera de las bestias o los demonios que vendrían a rematarnos.

No ocurrió nada. Nos mantuvimos una contra la otra en la noche helada, demasiado entumecidas por el frío y el *shock* para hablar, ni siquiera para llorar, palpando las ramas que teníamos en el regazo cuando escuchábamos que una ramita se partía, o un árbol crujía, o un búho soltaba su grito hueco. Resistimos. Resistimos el paso de las lentas horas, mientras en nuestro interior seguía oyéndose el grito de la vida, incontenible. Cuando las estrellas empezaron a desvanecerse imperceptiblemente, nosotras seguíamos allí, seguíamos respirando, y nuestro padre seguía muerto, a nuestro lado, su rostro a la vez tenso y flácido.

Pero quizá sí había ocurrido algo. Porque cuando el bosque empezó a emerger de la borrosa oscuridad, apenas nos sentimos aliviadas al verlo. Ya no era el lugar agradable de nuestra infancia, ni siquiera el lugar neutral que había sido el día anterior. El bosque que se revelaba a medida que la noche retrocedía era un lugar duro, indiferente, donde un hombre podía verter su sangre en el suelo, y los árboles, las rocas y la ensangrentada tierra permanecerían impassibles. Solo los buitres, los jabalíes y los gusanos se interesarían por lo que había sucedido.

Lo enterramos allí mismo porque así teníamos que hacerlo, en medio de aquel mezquino bosque, cubierto con la tierra que su sangre había empapado. Cuando el cielo se iluminó lo suficiente para ver el sendero que nos había conducido hasta él, Eva fue en busca de palas, agua, toallas y una camisa limpia, mientras yo esperaba entumecida junto a su cuerpo. Cuando regresó, le hicimos una especie de toco amortajamiento. Le lavamos la cara, le estiramos los miembros y con gran dificultad le pusimos la camisa.

Pasamos el día cavando. Habíamos elegido un sitio próximo al lugar donde estábamos para enterrarlo, pero mi primer intento de cavar en la tierra endurecida por el sol no produjo más efecto que una nube de polvo y un tirón en el hombro, por lo que a punto estuve de abandonar. No obstante,

detenerme a imaginar lo que ocurriría si lo dejábamos sin enterrar me obligó a clavar la pala de nuevo en la muesca que ya había abierto.

Y así, una penosa palada tras otra, cavamos la tumba de nuestro padre. Trabajábamos en los extremos opuestos del hoyo. A media mañana, nuestras ampollas se habían roto y sangrado, y el absurdo esmalte carmesí hacía mucho que había saltado de mis uñas astilladas. A mediodía nos habíamos bebido toda el agua que Eva había traído, pero seguimos trabajando, decididas a cavar una tumba en la que ningún jabalí pudiera penetrar, mientras los buitres giraban en lo alto, encima de nosotros, con sus sombras planeando fríamente sobre nuestras espaldas sudorosas.

Solo la amenaza de tener que pasar otra noche al raso hizo que nos detuviéramos, cuando vimos que el sol estaba empezando a ocultarse tras la colina. Como teníamos que cubrirlo con la tierra que habíamos extraído, nuestras despedidas fueron breves. Le besamos, arrastramos su cuerpo hasta el borde de la tumba, que se desmenuzaba, y empujamos. No había forma de bajarlo suavemente, de ocultar el hecho de que aquel era un cuerpo muerto cayendo en un agujero. No había forma de evitar echarle tierra sobre la cara, y hubo un momento, cuando su cuerpo estaba ya medio cubierto de tierra, en que tuve que hacer lo imposible para evitar que un grito brotara de mi boca.

El cielo estaba ya bastante oscuro cuando terminamos. Recogimos las palas y las toallas, el termo, la botella de agua vacía y la sierra de arco con nuestras manos quebradas y temblorosas.

—¿Y qué hacemos con la sierra mecánica? —preguntó Eva.

La miré, vi las oscuras manchas y grumos de sangre y me estremecí.

—Dejémosla.

—Papá nos mataría —susurró ella—. Podemos necesitarla.

Cuando volvimos a casa, arrastramos los colchones de nuestras camas al cuarto de estar. Cerramos con pestillo las puertas y las ventanas, y por turnos tomamos un baño. Después de usar un poco de nuestro precioso jabón para tratar de quitarnos lo que nunca nos abandonaría, las dos nos dejamos caer, empapadas, en nuestros colchones, demasiado aturdidas y exhaustas para comer o llorar o siquiera secarnos.

Después de aquello, al parecer permanecimos sentadas durante días, cada una de nosotras acurrucada sobre sí misma mientras las hierbas se apoderaban de lo que quedaba del huerto. Creo que casi hubiera preferido seguir soportando la visión agonizante de mi padre que enfrentarme con el vacío que le siguió. Porque lo que vino a continuación fueron días de una completa inercia, jugando al *backgammon* o haciendo puzles, como una pareja de

pacientes de Alzheimer aguardando inexpresivamente algo que había olvidado, incapaz de sentir ni pena ni esperanza.

Fue entonces cuando mis pesadillas comenzaron. Noche tras noche, soñé que a mi padre lo arrancaban de su tumba. Soñaba que los jabalíes lo encontraban y lo sacaban de la tierra con sus brutales pezuñas. Cuando trataba de echar otra vez tierra sobre su cuerpo la pala se fundía. Cuando intentaba hacerlo con las manos, se disolvían y mis brazos se convertían en tocones. Solo conseguía volver a enterrarlo cubriéndolo con mi propio cuerpo sin brazos, y tenía miedo de tocarlo, tenía miedo de que si lo tocaba me infectara con su muerte.

Tanto si lo toco como si no, tanto si sueño como si estoy despierta, en su cumpleaños o en cualquier otro día, mi vida entera ha quedado ligada a su muerte.



Hoy nos hemos comido las últimas judías verdes. Abrí la tapa dorada del frasco, traté a la vez de recordar y de no recordar el calor, los calambres en el cuello, mi hosco resentimiento mientras me inclinaba sobre el cuenco que tenía en el regazo, partiendo judías, mientras mi padre sacaba otros cuantos frascos humeantes del agua que hervía.



¡Pero hoy también hemos hecho un descubrimiento fantástico, maravilloso, milagroso! ¡Hemos encontrado la fuente de la energía y del movimiento, el fluido que lo cambia todo! ¡Hemos encontrado gasolina! Podría llenar todo este cuaderno con signos de exclamación, y ni aun así sería capaz de transcribir nuestra emoción.

Era mediodía. Habíamos estado trabajando en el taller toda la mañana, clasificando las cosas de la mesa de trabajo y de las estanterías de nuestro padre. Mis dedos estaban rígidos por el frío y negros de grasa. Tenía calambres en el cuello, y casi no sentía los pies. Ya era hora de alimentar de

nuevo el fuego, de lavarnos las manos y preparar algo para comer. Eva quería bailar y yo quería acabar la J antes de la cena.

Estaba sentada a la mesa de metal, revolviendo en una caja de cartón empapada y llena de trastos. La ordené, un puñado de tuercas sucias, estropajos oxidados, alambre retorcido y un montón de irreconocibles piececitas de goma negra que podrían —incluso ahora— ser basura.

Eva había terminado con las estanterías y estaba en un rincón, hurgando en un odioso revoltijo de latas: esmaltes, barnices, disolventes, tintes de madera, masillas, quita óxidos, aceites, grasa para ejes y frascos llenos de líquidos de siniestro aspecto cuyas etiquetas de confección doméstica se habían caído o borrado hacía mucho tiempo. Era el mayor batiburrillo con el que hasta entonces nos habíamos enfrentado, y el miedo nos había hecho dejarlo para el final.

—No empieces con eso ahora —dije—. Ayúdame a terminar con esta caja y lo dejamos por hoy.

—Solo quiero ver qué hay aquí —murmuró, apartando una caja de fruta llena de pinceles, rodillos y desoxidantes.

—Puede esperar a mañana. Vamos dentro. Estoy congelada.

—Solo un minuto. Ven y ayúdame a mover este compresor.

—Eva, hace frío. Vamos dentro —repetí.

Mientras hablaba pude sentir el reclamo de la impaciencia en mi garganta. De repente, Eva soltó un jadeo y se agachó tras el compresor de aire.

—¡Nellie, mira! —exclamó, sacando una garrafa de plástico rojo de debajo de una maraña de mangueras de jardín.

—¿Qué es? —pregunté.

—¡Creo que es gasolina! —respondió.

Salté de mi silla, pero, justo después del subidón de adrenalina, surgió el temor a otra decepción y pregunté con cautela:

—¿Estás segura?

Ella giró la tapa para abrirla, olió y me tendió el recipiente.

—Huele —dijo.

Aspiré, y el olor penetró en mi cerebro como una droga. El áspero, dulce olor de un millar de estaciones de servicio invadió mi cabeza. Aquel olor me transportó, resolviéndose no en un recuerdo particular, sino en el regreso a otra época. Por un momento, mi cuerpo estuvo compuesto de otras células, células que la enciclopedia dice que hace mucho tiempo que había perdido, y yo estaba una vez más esperando en la estación de servicio mientras mi padre

o mi madre llenaban el depósito de gasolina con la traqueteante manguera negra y el olor llegaba incluso hasta el asiento trasero.

—Está casi lleno —dijo Eva con satisfacción—. ¡Tenemos casi veinte litros!

—No puedo creerlo —respondí.

Y en medio del frío montón de trastos del taller de nuestro padre saltamos, nos abrazamos y gritamos como seres salvajes.



Y lo que prometía salvarnos, ha arruinado nuestra vida, ha enrarecido la relación entre mi hermana y yo.

Llevamos adentro la garrafa de gasolina, la dejamos sobre la mesa para disfrutar de su visión mientras nos comíamos las judías pintas. Estábamos tan orgullosas como buscadores de oro que acabaran de descubrir el yacimiento madre. Durante toda la tarde nuestro júbilo nos mantuvo a flote: ¡teníamos gasolina, gasolina, gasolina! Y con ello nuestros problemas quedaban casi resueltos.

Hasta que intentamos ponernos de acuerdo sobre la manera de emplearla.

—Voy a rellenar el generador —dijo Eva, cuando se acercaba la noche y nuestra excitación había cedido, dando paso a una sensación cálida y sólida.

—¿Qué? —pregunté.

—Voy a rellenar el generador —repitió ella, mientras agarraba ya el asa de la garrafa.

—¿Ahora?

—Claro, ahora —dijo—. Si espero más, estará demasiado oscuro para ver lo que hago.

—Pero ¿para qué?

—Para nuestra fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Vamos a celebrar una fiesta esta noche. Encenderemos las luces, nos daremos una buena ducha caliente, y lavaremos un montón de ropa. Y también —añadió con júbilo— pondremos un poco de música. Esta noche voy a bailar.

—No podemos —dije yo.

—¿Por qué no? Estoy segura de que el generador todavía funciona.

—Quiero decir que no podemos gastar así la gasolina.

—¿Por qué no?

—Tenemos que guardarla para la camioneta. Para poder ir a la ciudad.

—Pero no tenemos que ir a la ciudad por ahora, y de todas maneras, ¿recuerdas la última vez?

—Sí. Pero antes o después tendremos que ir, y cuando eso suceda necesitaremos gasolina.

—Habrá unos veinte litros ahí. Y para ir a la ciudad solo nos harían falta unos ocho.

—Y otros ocho para volver.

—O sea, dieciséis. Eso nos deja aún cuatro litros.

—Quién sabe hasta dónde tendremos que ir con el coche para conseguir más. Además, ¿y si una de nosotras se pone enferma y necesitamos poner en marcha el generador, o tenemos que usarla para la sierra mecánica o algo así? Podría servir incluso para un trueque. Que no, Eva, no podemos gastarla.

—No la gastaremos... solo utilizaremos lo suficiente para poner un poco de música, una sola vez. Será un consumo mínimo.

—Mira, Eva, lo siento. Debemos guardarla para una emergencia.

—¿Y qué pasa si esta es la emergencia?

—¿Qué emergencia? —repetí como una estúpida.

Ella respondió con una voz a la vez furiosa y desesperada:

—Necesito bailar, Nell. Tengo que bailar con música. Solo unos minutos. Para levantarme el ánimo.

Le miré las manos. Sus largos dedos agarraban con fuerza el asa roja de la garrafa. Por alguna razón me acordé de las manos frías de nuestra madre transportando con amor sus bulbos de tulipanes, y por un segundo sentí deseos de secundar la locura de mi hermana. Pero entonces reviví el instante en el que mi padre se estaba desangrando en el bosque y recordé la camioneta sin gasolina.

—Quiero que bailes, Eva, sabes que quiero que puedas bailar. Pero ¿no te das cuenta? La gasolina es nuestro seguro de vida.

—¿Nuestro seguro de vida?

—Sí.

—¿Nuestro? ¿La mitad es mía? —preguntó.

—Claro que la mitad es tuya. Todo es medio tuyo. Ya lo sabes.

—¿Y si quiero utilizar mi mitad?

—Entonces no quedaría suficiente para que sirviera de nada. Tenemos que ahorrarla toda. Para cuando de verdad la necesitemos.

Esperé su réplica, pero en su cara solo vi tristeza y rabia.

—Para entonces quizá sea demasiado tarde —dijo finalmente, y salió de la habitación, dejándome allí de pie, sola, al lado del mugriento recipiente, odiándome a mí misma por decir que no, odiándome por tener razón.



A Lilith le pasa algo malo. Cuando abrí el gallinero esta mañana se encontraba sentada junto a la puerta, y ni siquiera se movió cuando Pinkie se precipitó sobre ella en su carrera hacia las sobras de la cena. Volqué el cubo para mostrarle a Lilith su contenido —unas pocas y delgadas mondas de patata y el corazón de una manzana mordisqueada hasta el tallo y las semillas—, y el pobre animal las miró embobado. La empujé suavemente con mi pie, y ella dio unos dolorosos pasitos, pero luego cayó de nuevo. Su ano estaba hinchado y manaba de él una fea supuración.

No tengo ni idea de qué hacer.



Cuando éramos pequeñas, Eva y yo solíamos fingir que éramos las gemelas que creíamos que deberíamos haber sido, ya que durante tres días al año teníamos la misma edad. Nos vestíamos con ropas parecidas, nos llamábamos con nombres rimados, éramos las mitades perfectas de un solo ser.

Cuando éramos pequeñas, Eva y yo éramos como una estrella binaria, las dos orbitábamos en torno a un centro común de gravedad, cada una de nosotras reflejaba la luz de la otra. Solíamos despertar por la mañana tras haber soñado los mismos sueños, y eso ocurría tan a menudo que llegamos a esperarlos. Nos vino la menstruación el mismo día, y nuestros periodos se acompañaron siempre, al menos hasta que el de Eva se tornó esporádico a causa del *ballet*.

Por supuesto, discutíamos. Casi a diario nos enfrentábamos en lo que nuestro padre llamaba «Las Guerras Que no Que sí», por el modo en que reducíamos cualquier disputa a un conflicto esencialista. «Que no», decía una de nosotras, en referencia a lo que pudiera ser la causa de nuestra disputa, y la otra respondía: «Que sí». Que no, que sí, que no, que sí. Y entonces empezábamos a reír como idiotas, unidas de nuevo por la ridícula letanía de nuestro desacuerdo.

Ahora, sin embargo, no podemos ponernos de acuerdo en lo que salvará nuestras vidas.



Cuando llegué al gallinero esta mañana, Lilith yacía desplomada al lado de la puerta, y Bathsheba y Pinkie le estaban picoteando su ano hinchado. Horrorizada, corrí hacia ellas, dando puntapiés y chillando. Las gallinas se apartaron, cloqueando su indignación, dejando a Lilith inmóvil en el suelo. El animal tenía los ojos abiertos, y pude ver su cuerpo palpitando con cada respiración. Me arrodillé a su lado sin ser capaz de tocarla.

Corrí a consultar la enciclopedia, pero para cuando regresé con el volumen que incluía la voz «Aves de corral», Lilith ya estaba muerta. Creo que se le atascó un huevo.

No soy capaz de llevarme bien con mi hermana. Y ni siquiera puedo mantener viva una gallina.

Quisiera haber sido capaz al menos de tocarla.



Eva bailaba. Llovía. El patio estaba cubierto por una lúgubre mezcla de niebla y humo de leña a través de la cual caía la lluvia, pero sin ahuyentarla. Yo estaba intentando leer la enciclopedia, abriéndome camino por la K como si me arrastrara a través de arcilla húmeda, y tenía que esforzarme mucho para no hacerme trampas saltando a los artículos que me llamaban más la atención.

Me levanté para pasear por la habitación. En un momento de descuido me dirigí por el pasillo al estudio de Eva, pero de inmediato el recuerdo de la gasolina llegó retumbando como otra ola fría en una marea creciente, y me aparté de la puerta.

En vez de eso, subí por las escaleras hasta la habitación que antaño había sido la mía. Estaba oscura y fría, sin vida. Olía a polvo, y bajo ese olor se podía percibir aún la débil fragancia de un saquito de flores secas desaparecido hace mucho tiempo. Fijados con chinchetas a las paredes estaban mis pósters de viajes, islas y océanos, castillos y ciudades iluminados en la noche. Animales disecados, pasadores para el pelo y brillantes collares de cuentas aparecían esparcidos por el suelo como si la persona que vivió allí se hubiera marchado a toda prisa.

Aún no hemos tratado de hacer inventario de nuestras habitaciones, pues sabemos lo que contienen, muy pocas cosas que puedan sernos de ayuda. Distráidamente, empecé a hurgar en los cajones de mi tocador, descubriendo todos los vestidos que ahora ya no tenía ocasión de llevar. Era como si pertenecieran a una extraña, aquellos pantis calados, aquellos calcetines

rematados con encaje, aquellos otros largos hasta la rodilla y de colores brillantes. Enterré los brazos hasta el codo en una fresca maraña de combinaciones cortas, y de pronto mis dedos toparon con algo duro.

Lo saqué del cajón y vi que era una cajita en forma de corazón que mi padre me había traído de una conferencia a la que había asistido. Sin prestarle demasiada atención levanté la tapa para recordar qué tesoros había ocultado allí dentro. Y entonces, sobre el rojo satén que forraba el fondo de la cajita, apareció un brazaletes de la suerte roto, un resguardo, algunas horquillas de colores, una pluma y dos conchas marinas.

Y cuatro chicles.

Y un bombón de chocolate envuelto en papel de plata. Cerré la caja. La volví a abrir y seguían allí: cuatro barritas de chicle y un bombón envuelto en papel de plata, depositados allí en una época en la que un chicle no era nada, en una época en la que tenía tanto que podía permitirme el lujo de olvidar cuatro chicles y un bombón de chocolate.

Quería sentarme en el frío suelo de la habitación en la que fui una niña y metérmelo todo en la boca de una vez, chicle y chocolate juntos para formar una masa dulce y blanda. Luego me acordé de Eva y durante un segundo quise correr a su estudio.

Pero Eva aún tenía que perdonarme por haber conservado intacta la gasolina.

Permanecí allí de pie, sopesando el bombón en mi palma abierta. Recordé todas las veces que ella se enfadaba conmigo cuando me veía comer dulces. «No quiero verlo —me soltaba—. Si tienes que comer esa porquería, por favor, que yo no lo vea. Solo el olor me hace engordar».

A esas alturas ya había quitado el papel de plata del bombón como si estuviera arrancando los pétalos de una flor. El chocolate de su interior estaba pálido por el tiempo, pero aún olía bien, aquel intenso olor aterciopelado que parecía la esencia de todos mis anhelos. Lo mantuve en la palma de la mano durante un momento y luego, antes de pensármelo dos veces, lo levanté hasta la boca y clavé los dientes en la superficie jaspeada. El chocolate invadió mi boca.

Entonces ya era demasiado tarde para volver atrás. «Además —pensé—, Eva no tiene por qué saber que me lo he comido. Está demasiado ocupada con su baile. Probablemente lo agradecerá. Y, de todas maneras, no debería haberse puesto tan intransigente con lo de la gasolina. Le daré un chicle».

Me senté en el suelo frío, chupando el bombón, invadida por un placer profundo. Me olvidé de Eva y de la lluvia y de la gasolina y me comí todo el

bombón en un sueño delicioso y voraz.

Cuando se hubo terminado aplasté el papel de plata en una bolita pequeña y dura, dejé caer aquella pepita plateada en la caja junto con los chicles, y lo dejé todo en su sitio. Ya abajo, me dirigí al baño. Mirándome en el espejo, me limpié una y otra vez los labios. Luego me enjuagué la boca, bebiendo y escupiendo hasta que escupí solo agua limpia.



Tras una mañana soleada regresa la lluvia de marzo. Eva se ha retirado a su estudio. Yo he regresado a la K, leyendo de forma tan distraída que lo mismo podrían estar corriendo mis manos en vez de mis ojos por aquellas páginas. Le entregaría mi alma al diablo a cambio de que el vídeo funcionara.

Un poco antes de que oscureciera, Eva ha salido de su estudio, ha abierto la puerta de la estufa y se ha sentado en el suelo, frotándose las pantorrillas y mirando fijamente las llamas enjauladas.

—¿Qué hacemos para cenar? —le he preguntado.

—No tengo hambre.

—¿Arroz y tomates?

—Me da igual.

—Queda un bote de albaricoques.

—No puedo seguir haciéndolo así —le dice Eva al fuego—. No puedo seguir bailando al ritmo de un metrónomo. He estado trabajando mis saltos hoy, y sé que no consigo la misma elevación que antes.

En ese momento ha levantado la mirada con la ferocidad de un animal atrapado.

—Balanchine decía que la música era el suelo para el baile, y yo no tengo ya ningún suelo, nada en lo que sostenerme. Siento que caigo. Como si nunca más pudiera volver a saltar.

De repente se ha puesto a suplicar:

—Nell, por favor, gastemos un poco de gasolina. Solo un poco. Dame diez minutos de música. Por favor.

No he podido responder. Me aterrorizaba ver a Eva derrumbarse, desesperada, pero rechazaba también la idea de utilizar una sola gota de gasolina.

Al final he dicho:

—Eva, lo siento, tenemos que resistir.

—No puedo —ha dicho ella despacio—, no puedo seguir bailando así.

—Pues tienes que poder —le he dicho, sorprendida al darme cuenta de repente de lo mucho que he llegado a depender del baile de mi hermana.

Me he agarrado a la primera idea que se me ha pasado por la cabeza. Como una madre tratando de distraer a una niña tristonaa, le he dicho con emoción:

—Tengo una sorpresa. No es tan bueno como la gasolina, pero lo encontré ayer y creo que te gustará.

Ella ni siquiera ha levantado la cabeza mientras yo salía de la habitación. Tampoco cuando he regresado de arriba con la cajita en forma de corazón.

La he dejado sobre la mesa y la he empujado hacia ella:

—¡Ábrela! —Como ella no ha respondido, he sido yo quien ha levantado la tapa y ha inclinado la cajita hacia el fuego para que se viera su contenido —. Mira... cuatro chicles —he dicho.

—¿De dónde los has sacado? —ha preguntado mientras los tocaba con un dedo vacilante.

—Los encontré ayer mientras tú estabas bailando. En mi cajón de la ropa interior. También había un bombón.

—¿Y dónde está? —me ha preguntado.

—Me lo comí.

—¿Cuándo?

—Cuando lo encontré.

—¿Y dónde estaba yo?

—En tu estudio.

—Mientras yo estaba allí tratando de bailar, ¿tú te dedicabas a comer chocolate?

—Pensé que no te importaría.

—¿Pensaste que no me importaría?

—Bueno, estabas haciendo tus ejercicios. No quería molestarte.

—No me lo puedo creer.

—Tú nunca comes chocolate.

—Pero tengo derecho a la mitad de todo lo que hay en esta casa.

—Era mi bombón.

—¿Por qué?

—Porque lo encontré en mi cajón.

—¿Entonces la gasolina es mía porque la encontré yo?

—No, el bombón estaba en mi cajón. Yo lo puse allí. Era mío, antes de que todo esto empezara. Oye —le he dicho, vacilando entre la ira y el arrepentimiento—, lo siento.

Pero ella ya había regresado como una furia a su estudio, cerrando la puerta de golpe.



Le di a Eva todos los chicles, aunque ignoro si se los ha comido. Ya no es un placer que podamos compartir. Ninguna de las dos se ha disculpado, pero la vida sigue su curso. A veces quiero gritarle: «¡Solo era un maldito bombón!». A veces quiero llorar: «Lo siento, lo siento. Gasta toda la gasolina. Perdóname». Pero no digo nada y ella tampoco. Dormimos junto a la misma estufa, compartimos la misma tetera, tomamos las mismas comidas espartanas, y hay ocasiones en las que casi podría llegar a creer que nuestra pelea solo fue otra de mis pesadillas.

Incluso discutir es un lujo que uno no puede permitirse si toda tu vida se ha visto reducida a la compañía de otra persona.



Era de noche y estábamos en casa. Bathsheba y Pinkie en su corral, la madera apilada junto a la estufa, las puertas cerradas y el agua del baño calentándose. A última hora de la tarde, las pocas nubes blancas que había esparcidas por el cielo claro habían empezado a espesarse y a oscurecerse, y cuando llegó la lluvia, esta fue tan constante y silenciosa que parecía casi un consuelo. Eva y yo seguíamos sin hablarnos demasiado desde nuestra pelea, pero el silencio comenzaba a agrietarse y daba la impresión de que una nueva ternura se estuviera abriendo paso entre nosotras.

Nos hallábamos sentadas a la mesa, una frente a otra, junto a la ventana, comiendo remolachas en conserva y trozos de macarrones hervidos a la última y grisácea luz del día. Comíamos en silencio, escuchando el ruido de la lluvia, los chasquidos del fuego y el zumbido de la tetera a medida que su agua iba acumulando calor; escuchando todos aquellos sonidos suaves y familiares que parecían dulcificar la noche.

Se oyó un golpecito en la puerta.

Fue un ligero *tap tap* que nos desgarró como un grito insondable, nos dejó paralizadas. Permanecimos sentadas, aturcidas durante un momento. Y luego sonó otra vez:

Otros tres rápidos golpecitos contra la puerta a la que no habían llamado en lo que parecía años, un sonido que significaba que, o bien nuestros más

profundos temores, o bien nuestras más grandes esperanzas, se habían cumplido.

«Abre la estufa», le susurré a Eva.

Ella se arrodilló e hizo lo que le dije. Un halo de luz proveniente del fuego iluminó la habitación.

Hurgué en el armario y saqué la escopeta de nuestro padre, pero no pude encontrar las balas. Ni siquiera sabía cómo sostenerla, o adonde apuntar, así que la mantuve recta ante mí, como un tercer brazo perfectamente rígido. Tenía casi tanto miedo de ella como de lo que pudiera haber fuera. Fui hasta la puerta y me apreté contra el arma, como si pudiera sentir las intenciones de la persona de la que nos separaba mediante algún latido de la propia madera.

—¿Quién es? —Gruñí, o traté de hacerlo a través de una garganta obstruida por el miedo.

—¿Nell?

—¿Qué quiere?

—¿Está Nell?

—Ah... —susurró Eva, levantándose del suelo junto a la estufa, mirándome.

De repente me invadió una sensación de alivio. Sentí la rápida mirada de Eva clavarse en mí, pero no le presté atención. Una alegría turbadora inundó mi cuerpo como una lluvia cálida, y mis temores se convirtieron en una emoción desbocada. Me llevó un segundo quitar el cerrojo de la puerta, mientras trataba de recordar lo que llevaba puesto y si estaba peinada.

El que se encontraba de pie allí fuera no era el Eli de un año atrás. Parecía más alto, sus rasgos más fuertes. Tenía la cara mojada por la lluvia y el agua le caía de su pelo enmarañado por el poncho que le colgaba hasta las rodillas, cubriéndole también la mochila que llevaba a la espalda, haciendo que se asemejara a una enorme tortuga marina.

Quizá fue tan solo la impresión de ver a otra persona distinta a mi hermana, pero por un momento quise cerrar la puerta de golpe, fingir que nunca había oído aquellos golpecitos, permanecer, si no a salvo, al menos en la atmósfera familiar y ajena a todo lo que nos amenazaba. Solo que, a fin de cuentas, era Eli quien estaba allí de pie, ante nuestra puerta.

Se me pasó por la cabeza alargar la mano hacia él, tocarlo para darle la bienvenida. Con todo, mientras una parte de mí deseaba hacerlo, otra era consciente de los infinitos sucesos y de la eternidad que me separaban de aquella muchacha de la plaza, y recordé con una llamarada de resentimiento lo que había descubierto la última vez que nos vimos: lo que nos separaba era

tan evidente que no tenía derecho a pretender siquiera un abrazo. Me hice a un lado y él entró por la puerta, chorreando agua.

—Hola —dije en un susurro. Él no pareció ni escucharlo.

—Eva, Nell.

Hizo una media reverencia, primero ante Eva y luego ante mí, aunque su mochila y su poncho desmerecían la elegancia de aquel saludo.

Luego alargó la mano para tocarme, un dedo húmedo que posó un instante en la base de mi cuello, allí donde se juntan las clavículas. Era un gesto curioso, más íntimo que cualquier otro que hubiera tenido conmigo hasta entonces, y le miré a los ojos para ver si se trataba de otra broma. Sin embargo, su cara había perdido aquella expresión agradable y despreocupada, y parecía solemne, cansada. Sentí un cosquilleo en la garganta y tuve que esforzarme para evitar que mis manos le devolvieran el contacto.

—¿Dónde está vuestro padre? —preguntó Eli, tratando de penetrar la negrura que había más allá del brillo siniestro de la estufa.

Nos quedamos en silencio por un momento, supongo que aturcidas, pienso, por el esfuerzo de reducir lo que habíamos vivido a unas pocas palabras. Al final Eva dijo:

—Murió.

—Ah —masculló Eli, todavía de pie junto a la puerta—. Pero vosotras estáis bien, ¿no? —preguntó, mirándome primero a mí y luego a Eva—. No estaréis enfermas o algo así, ¿verdad? ¿Seguro que estáis bien las dos?

—Estamos perfectamente —dije, aguantando las lágrimas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Eva.

Eli se sacó el poncho por encima de los hombros, se quitó la mochila y sacudió la cabeza de modo que el agua salió despedida de su melena revuelta, y pudo oírse un siseo fugaz cuando las gotas aterrizaron en la estufa.

—Empecé el viaje en mi bicicleta, pero pinché y no conseguí repararla. Así que me puse a andar. Salí ayer. No sabía cuál era vuestra casa, de modo que he tenido que ir buscando en todas. ¿Sabéis que estáis muy solas aquí? No hay nadie más, al menos en quince kilómetros.

Quería echarme en sus brazos, llorar con todas mis fuerzas, llorar hasta quedarme dormida, con la cabeza apretada contra su pecho. Pero la última vez que nos habíamos visto ni siquiera hablamos. Siempre había sido un extraño y ahora era un extraño en el lugar donde yo vivía.

Le pregunté: «¿Tienes hambre?», al tiempo que me inclinaba con disimulo sobre nuestros pequeños platos de comida, apartando algo más de lo que sería una ración.

Qué diferente parecía aquella habitación con él presente, con otra voz para llenar la oscuridad. Y qué extraña la sensación de estar con Eli lejos de las farolas del sábado por la noche, ayudándole a extender su ropa para que se secase, mostrándole la bañera llena que habíamos preparado para él en el baño oscuro. Mientras él se lavaba y suspiraba, yo subí y busqué en los armarios algunas mantas y otra almohada.

Eva alimentó el fuego de manera que las llamas arrojaron una cuña de luz hacia el suelo. Cuando terminó su baño, los tres nos sentamos con las piernas cruzadas en el borde de aquel círculo tembloroso, con las rodillas iluminadas y las caras en sombra. Durante un rato nos quedamos en silencio, contemplando las llamas. Recordé la plaza, no podía dejar de relacionar aquellos fuegos con este, a aquel Eli reservado y burlón con este hombre silencioso. Pero la plaza era un mundo cerrado sobre sí mismo, y nosotros ya no éramos los niños que entonces se pavoneaban y reían tontamente bajo las palmeras y las secuoyas.

—¿Qué está pasando en Redwood? —preguntó Eva, tratando de mantener un tono despreocupado, tal como hizo nuestro padre al hablar con Stan en Fastco.

—¿Redwood? —La voz de Eli era espesa, como si le acabaran de despertar con un susto. Se aclaró la garganta—. No mucho.

—¿No ha vuelto aún la electricidad? —dije yo.

—No. Aún no. —En su voz había un tono de excusa o de reticencia a seguir hablando.

—¿Qué noticias hay? ¿Tienen alguna idea de cuándo volverá?

—La verdad es que no. Alguien dijo que habían dicho, bueno, que en el Este había energía. —Hizo una pausa que aparentó ser un momento de indecisión, y luego añadió enseguida—: Solo son rumores.

—¿Qué otros rumores has oído?

—No muchos. La gente se queda encerrada en sus casas. Todo el mundo tiene miedo de los gérmenes. Y no hay muchos motivos para salir. No hay trabajo. No hay escuela. Y muchas personas se han ido. O han muerto.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Eva.

—Hace unas seis semanas, este otoño, todo el mundo pilló la gripe... o algo parecido —dijo, mirando al fuego, hablándole al fuego—. Nadie estaba realmente seguro de lo que era. Nadie sabía qué hacer. Pero mucha gente murió y eso volvió al resto paranoico. Mi madre también murió.

—¿Tu madre? —repetí.

—Sí. —Hizo una pausa y luego añadió con precipitación—: La gente de la plaza... algunos han muerto también.

—¿Quién? —pregunté, aunque deseaba saber qué le había ocurrido a su madre, cómo había sido para él perderla.

—Justin y Bees. Que yo sepa. Ah, y el Gran Mike. Creen que de apendicitis. Cuando dejasteis de venir a la ciudad, pensé que vosotras habíais muerto también.

—Nos quedamos sin gasolina —expliqué—. Fuimos una vez, el verano pasado, a buscar comida, pero no vimos a nadie.

—¿Tenéis bicicleta?

—No —respondió Eva.

Y yo le conté:

—Nuestro padre se las regaló a unos niños de su escuela porque habíamos dejado de usarlas. En cualquier caso, eran bicis de niño.

—Qué pena —dijo él, pero antes de que yo pudiera preguntar por qué, Eva cambió de tema.

—¿Y por qué has hecho todo este camino hasta aquí, si pensabas que estábamos muertas?

Yo lancé una maldición y le di mentalmente las gracias, conteniendo la respiración.

—Como os decía antes —respondió él—, nada funciona en la ciudad. Así que pensé que estaría bien un cambio, fuera el que fuera.



Aquella noche nos olvidamos de cerrar las puertas antes de irnos a dormir. Me desperté en una ocasión, sorprendida al oír el sonido de la respiración de Eli en un rincón del cuarto, pero la semilla del miedo que ese ruido hizo germinar en mi estómago mutó, y un nuevo calor se esparció dentro de mí, con un estremecimiento más propio de la excitación que sienten los jóvenes en la ciudad.

Cuando llegó la mañana, allí estaba él, los músculos de sus hombros y sus brazos hinchándose y tensándose bajo la camiseta desgastada mientras se estiraba y desperezaba. Me miró, contemplando la triste figura que yo debía de ofrecer con los andrajos de la camisa de franela de mi padre, y dijo: «Siempre supe que tendrías un aspecto fabuloso por la mañana».

Sentí que mis mejillas ardían de rubor, la piel tensa, cálida, una sensación mareante. No podía distinguir la ironía de la sinceridad, y la única respuesta

que fui capaz de dar fue demasiado larga y deplorable para su rápida finta: «Al menos aún te queda sentido del humor», dije, y corrí a refugiarme en el baño.

En aquel lóbrego santuario rebusqué en el armario hasta encontrar la caja que Eva y yo habíamos etiquetado como «Maquillaje, etc.», y agarré un frasquito de perfume francés que había sido de mi madre. Era minúsculo y estaba lleno de un fluido dorado. Le quité el tapón antes de darme cuenta de que no le había preguntado a Eva si podía usarlo. Pero la habitación ya estaba inundada del olor que despedía mi madre aquellas raras noches en que ella y nuestro padre salían sin nosotras, en que ella era más alta que de costumbre con sus tacones y olía de una manera extraña y deliciosa cuando se inclinaba para darnos un beso de buenas noches. Me levanté la camisa y toqué con el tapón mi plexo solar. La dulce punzada de perfume se elevó hasta mi nariz. Tapé el frasquito de nuevo y lo metí otra vez en la caja, que devolví al armario del baño. Me dirigí al espejo. A la eternamente pálida luz del baño me miré a los ojos, como si fuera a ser capaz de descubrir allí un conocimiento que aún no percibía dentro de mi cabeza. Me encontré con mi mirada, y me eché hacia atrás, aturdida por primera vez en mi vida al ver mi reflejo. Era el mismo rostro en el que apenas me había detenido el día anterior, los ojos azules, el cabello claro, la misma boca ancha y la nariz vulgar, pero esta vez parecía diferente, un rostro que merecía ser mirado, una cara adorable, a la vez suave y llamativa, con una nueva intensidad que exultaba en los ojos.

Justo entonces, Eva entró para cepillarse los dientes y yo aparté los ojos de mi imagen en el espejo con un sentimiento de vergüenza, como si me hubiera pillado mirando algo que no debiera.

Ella olfateó el aire y me miró fijamente, pero tan solo dijo:

—¿Qué piensas?

—¿Sobre qué?

Bajé la cara hasta sumergirla en el agua fría que había recogido con mis manos temblorosas, disfrutando de su golpe helado contra mis párpados.

—Sobre Eli.

—Es agradable tenerlo aquí —dije, levantando mi cara empapada, preguntándome por qué me costaba tanto responder, por qué me sentía confusa y avergonzada diciendo algo tan inocente y sincero como eso.

Ella me miró de manera penetrante durante un momento, como si supiera un secreto que yo aún tenía que descubrir.

—Bien —contestó tendiéndome la toalla.

Después del desayuno le mostramos a Eli los alrededores. Durante una breve tregua de la lluvia le presentamos a Bathsheba y a Pinkie, le enseñamos el taller de nuestro padre y le llevamos al huerto, ahora yermo. Imitó el cloqueo de las gallinas, abrió algunos cajones del cobertizo para admirar su organización y me permitió darle a conocer el nombre de cada árbol que veíamos, pero se notaba que había más interés por nuestra parte en mostrar que por la suya en mirar.

Le pregunté cuándo deberíamos empezar a podar, si pensaba que la batería de la camioneta conservaría su carga y qué debería haber hecho para salvar a Lilith, pero él dijo que jamás había podado un árbol frutal y que no sabía gran cosa de baterías ni de gallinas. Parecía distraído, como si la vida que para él tenía importancia se hubiera quedado en otro lugar.



Mientras escribo, Eli está repantingado delante de la estufa, haciendo que su armónica susurre algunas notas. La mantiene cogida con las dos manos como si le estuviera dando a conocer sus pensamientos. De vez en cuando me lanza una mirada, y cuando aparta los ojos y sigue tocando tengo la impresión de que su música es un secreto que me llega a través de un lenguaje que no comprendo.

Me siento impaciente y desarmada. Quiero que se vaya. Pero la lluvia que empezó la tarde antes de su llegada sigue cayendo, y él no parece tener prisa por aventurarse en ella. Las gallinas salen de vez en cuando, buscando en el suelo empapado alguna cosa que se arrastre o brote y que pudieran haber pasado por alto; por lo demás, el claro está vacío, de todo, excepto de lluvia.

Nosotros nos quedamos en casa, Eli y yo en la habitación delantera, Eva en su estudio, con la puerta cerrada. Ha dejado incluso de salir a comprobar el fuego. Pero alimentar la estufa nos da a Eli y a mí algo que hacer, cierta ocupación, algo más que estar pendientes el uno del otro.

Es extraño, después de todo este tiempo, que haya otra persona en casa. Estaba emocionada al verme sola con Eli en una habitación bien caldeada, mientras la lluvia caía fuera. Era como si, de manera muy retorcida, mi vida estuviera finalmente empezando a ser conforme a mis deseos. Pero después de una mañana de charla tan sosa y dificultosa como las de la plaza, me he visto pensando en todos aquellos cuentos de hadas cuya moraleja es: «Ten cuidado con lo que deseas». Ahí estaba yo, incapaz de permanecer sentada o

de pie o de hablar, incapaz de resolver los problemas con mi hermana, incapaz de estudiar, de hacer nada excepto soportar la presencia de Eli.

Hasta ahora hemos hablado mucho sobre la lluvia y solo un poco de la gente de la plaza, aunque incluso ese tema parece arriesgado, invadido ahora por un tipo de sinceridad que nuestra conversación jamás podría sostener. Eli pasea por la habitación mientras yo me quedo sentada y llena de angustia, tratando de mantener la conversación, tratando de no decir nada, deseando que se vaya.



Esta mañana Eva se encontraba ya en su estudio antes de que Eli o yo nos hubiéramos levantado. No se había parado ni a lavarse la cara; ni siquiera había encendido la estufa. A mediodía, cuando salió a comer un par de apergaminadas manzanas, sonreía con frialdad, pero no me miró a los ojos. Después se apresuró a volver a su estudio y cerrar la puerta.

Eli levantó la mirada de su armónica para preguntar:

—¿Siempre está así?

—Baila mucho —dije yo, desconcertada al ver la forma en que mi fidelidad se hallaba equitativamente dividida, sorprendida al darme cuenta de la poca lealtad que sentía hacia ninguno de los dos... Eva, irritada todavía por unos litros de gasolina y un bombón, y Eli, un extraño que ocupaba demasiado espacio en mi casa.

—Pensaba que era más simpática.

—Es simpática. Pero se esfuerza mucho. Es difícil mostrarse comunicativa cuando uno se obliga a estar solo.

—¿Por qué lo hace?

Me encogí de hombros, dispuesta a cambiar de tema, pero de repente descubrí que no me importaba el efecto que mis palabras pudieran ejercer sobre Eli. No soportaba tener que mostrar tanta cortesía y estaba cansada de ser precavida. De pronto, lo único que me importaba era contar mi historia. Eli se estaba comiendo nuestra comida. Me mantenía cautiva en mi propia casa. ¿Por qué no hacerle soportar mis penas? Quizá si me veía sollozando y con la cara enrojecida por las lágrimas se marcharía y me dejaría en paz, libre para estudiar la enciclopedia y tratar de hacer las paces con mi hermana.

De manera que empecé a hablar.

Le conté que Eva había descubierto el *ballet* y lo abandonada que me sentí cuando ella empezó a dedicar su vida a la danza. Le conté que había decidido

ir a Harvard, y que durante todos aquellos negros meses en que mi madre estuvo muriéndose, yo me había concentrado en mis estudios y Eva había seguido bailando. Le conté lo que imaginaba que jamás sería capaz de contar a nadie, confesé aquellos sorprendentes momentos de alivio que tuve al sobrevivir a mi madre. Le conté lo que había pasado en nuestro último viaje a la ciudad, cómo Eva y yo enterramos a nuestro padre, cómo habíamos sobrevivido desde entonces y que Eva había continuado bailando.

Y no lloré.

De una manera extraña, no estaba ni triste ni avergonzada mientras hablaba, aunque le estaba contando a Eli las historias que en el pasado imaginé que agrietarían y luego endurecerían su corazón, los secretos que yo había pensado que me deshonraban. Pero ya no deseaba compasión ni simpatía. En realidad, la emoción que sentía con más fuerza parecía emparentada con la ira. Estaba harta de mis propias historias, cansada de haberlas vivido, cansada de haber tenido que cargar con ellas durante tanto tiempo. Ahora deseaba librarme de ellas, y daba la casualidad de que Eli estaba allí, en su camino. En cierto modo, me recordaba a la leyenda del viejo Paul Bunyan, según la cual durante un invierno el frío fue tan atroz en su campamento de leñadores que todas las palabras que él y sus hombres pronunciaban se helaron, y cuando finalmente llegó el deshielo el aire se llenó de historias.

Entonces le tocó el turno a Eli.

Me habló de cómo habían transcurrido las cosas en la ciudad, y lo que me contó era peor de lo que yo había imaginado. Durante todo aquel tiempo yo había creído que nuestra lucha era la más ardua, preguntándome si la vida no sería más fácil y segura en Redwood, y preocupada por que hubiéramos cometido un error al no regresar a la ciudad.

Pero Eli me habló del hambre, de la furia y del miedo, de la reaparición de la sospecha y la superstición, de cómo la gente se había hartado de soportar el lúgubre presente y las vagas promesas de cambio, de cómo habían empezado a desconfiar de los vecinos. Me habló de la desconcertante manera en que todos se aferraron al hábito mucho después de que el hábito hubiera dejado de tener sentido: amas de casa saliendo cada mañana a comprobar el correo medio año después de la última entrega, hombres haciendo el intento de lavar su coche los domingos por la tarde, aunque hacía meses que no había presión suficiente en los grifos, ni gasolina para moverlos. Me habló de los vítores y los rugidos que se oyeron en la plaza una noche del otoño pasado, y de cómo el presidente del banco apareció colgado de una farola a la mañana siguiente,

con el rostro del color de una berenjena y los dedos de los pies rozando la hierba agostada.

Me habló de los días en que llegó la gripe, y de la conmoción y el pánico que la gente sintió cuando se dio cuenta de que no había nada ni nadie a lo que recurrir para curarse. Me habló del temor al contagio que reinaba en la ciudad, de cómo las personas dejaban de estrecharse la mano y de compartir su comida, de cómo se encerraban en sus casas y sin embargo morían, se encontraban bien una semana y fallecían a la siguiente.

Así fue como murió su madre. Me explicó que la enterraron en un ataúd que él y sus hermanos hicieron con una vieja cerca y una puerta rota, mientras su padre permanecía sentado en el cuarto de estar, contemplando la pantalla vacía del televisor y bebiéndose la botella de *brandy* que habían estado guardando para celebrar el regreso de la electricidad.

Cuando a Eli se le acabaron las palabras, se quedó allí sentado, inerte como una piedra, mirando con ojos de borrego la lluvia indolente. Le observé un momento, y luego, sin hablar, me levanté, caminé hasta donde estaba sentado y apoyé mis manos en sus hombros hundidos; las dejé allí, esperando, pesadas y pacientes, y más sabias de lo que hubiera imaginado, hasta que por fin él volvió su cara hacia mí.

Todas nuestras historias se desvanecieron en sus ojos moteados de oro.

Entonces la puerta del estudio de Eva se abrió de golpe y los dos saltamos hacia atrás como si nos hubiéramos escaldado.

«¿Cómo anda el fuego? —preguntó Eva, acercándose hasta la estufa y hurgando en las brasas—. Hay que avivarlo».



Hoy me siento retraída una vez más, pero esta vez mi timidez comporta cierta dulzura, y en nuestra charla no han estado presentes mi inseguridad y mi mordacidad habituales. Hoy puedo estudiar, puedo incluso levantarme para ir al baño sin sufrir horriblemente por lo que él está viendo, lo que está oyendo o lo que está pensando. Hoy cuando Eli toca su armónica disfruto de la música.

—Al menos no te quedes embarazada —me susurra Eva cuando él y yo salimos juntos a última hora de la tarde a buscar leña.

—¿Qué? —exclamo.

—Hagáis lo que hagáis, ten cuidado. Es todo lo que te pido.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo último que necesitamos en estos momentos es un bebé. Y parece que se está preparando el encargo.

—¿Qué te hace pensar que él está preparando nada?

—No él. Tú y él.

Eva sonríe, y a mí me pilla con la guardia tan baja que soy incapaz de interpretar la mezcla de emociones que hay en su voz.



El día ha amanecido claro y brillante, aún gélido y húmedo cuando fui a soltar las gallinas, pero con una promesa de calidez en el aire.

Eli estaba esperándome en la puerta cuando volví con una carga de leña en los brazos.

«Vamos a dar un paseo», dijo.

Llamé a la puerta del estudio de Eva, y al no recibir respuesta la entreabrí un poquito. Estaba de pie con la espalda vuelta hacia mí, pero pude ver su cara en el espejo, serena como agua estancada. Su mano estaba apoyada de forma rígida en la barra mientras ejecutaba unos *grands battements*, elevando su pierna una y otra vez tan recta como un signo de exclamación.

—Eli y yo vamos a dar un paseo —le comuniqué a su recta espalda.

—Bien —respondió ella, y su pierna izquierda volvió a elevarse con tanta facilidad que parecía que estuviera rellena de helio.

—Hasta luego —me despedí.

Ella se volvió hacia mí:

—Divertíos. No comáis nada del bosque.

Me pareció que repetía esas palabras de nuestra madre con tanta ironía que avancé hacia ella ilusionada, deseosa de compartir su broma. Sin embargo, al mirarla a los ojos quedé atónita al no encontrar en ellos ni una pizca de humor, en realidad ni siquiera ironía, sino una ráfaga de pura desolación.

Eli y yo nos precipitamos fuera como niños que salen al recreo, corrimos jadeando y riendo tontamente sobre la tierra brillante y empapada por la lluvia. Pasamos por delante del taller, y cuando saltábamos por encima de la alfombra putrefacta de los tulipanes me pareció sentir el severo zarandeo del pasado. Pero me desembaracé de esa impresión como un perro se sacude el agua y me adentré en el bosque con Eli.

Después de toda aquella lluvia, la espesura estaba húmeda, envuelta en vapor y voluptuosidad bajo aquel repentino regalo de luz solar, y me sentí a la vez desconcertada y de nuevo despierta, como si me acabara de levantar tras una larga convalecencia. El agua rezumaba de cada hoja y cada tallo, como una lluvia que sonara en segundo plano, mientras que el arroyo cercano corría crecido y alborotado. Las agujas de las secuoyas relucían, y por todas partes aparecían los duros y apretados nudos de los brotes como pequeños puños o pezones duros. El aire nos limpiaba los pulmones. Parpadeamos bajo el resplandor de la luz húmeda, y nos dirigimos hacia el torrente.

Incluso al cabo de cinco días de su llegada, me sentía como si estuviera acompañando a un extraño. Habíamos dejado atrás la opresiva habitación donde caminábamos, comíamos, dormíamos y hablábamos, y ahora, por primera vez, estábamos realmente solos.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Eli, mientras trepaba con dificultad por las ramas y los cantos rodados que bordeaban la corriente.

—¿Y por qué iba a llevarte a alguna parte? —bromeé.

—Es tu bosque.

Estaba a punto de decirle que aquel no era mi bosque cuando recordé el tocón de secuoya que Eva y yo habíamos imaginado una vez que era nuestro.

Sentí una punzada de remordimiento y me pregunté si ella pensaría que la estaba traicionando al mostrarle aquel lugar a Eli. Luego recordé cuántas veces se había negado a abandonar su estudio cuando le suplicaba que fuera allí conmigo, y pensé: «No le importará. Y, además, me da igual».

—Pues sí —dije—. Voy a llevarte a un sitio.

—¿Adónde?

—Ya lo verás.

Llegamos a una zona donde la ladera arbolada se volvía muy empinada, y aunque no había ningún sendero a la vista, empecé a subir. Doblaba las rodillas y clavaba las puntas de los pies, tratando de fijar puntos de apoyo en el lecho de hojas de roble y laurel que cubría el terreno, con las manos apartadas del cuerpo para mantener el equilibrio o a agarrarme a alguna cosa.

—¡No toques la hiedra venenosa! —le grité a Eli.

Podía oírle detrás de mí. Podía oler el musgo que mis pies ahuecaban bajo el mantillo de hojarasca. Una vez resbalé y caí de rodillas, tratando de agarrarme a las hojas húmedas hasta que recuperé el paso y, respirando con dificultad, por fin llegué gateando a la planicie de la cima con los vaqueros empapados. Me di la vuelta para ver cómo escalaba Eli los últimos metros.

—¿Qué hay ahí? —preguntó jadeando.

—Bosque.

—¿Toda esta subida para encontrar más bosque?

—Ya verás.

Nos quedamos de pie uno junto al otro un momento mientras nuestras respiraciones se apaciguaban, y yo trataba de orientarme. Por encima del arroyo, el bosque empieza a abrirse un poco. Hay menos maleza, aunque los árboles siguen siendo lo bastante densos como para que resulte difícil saber dónde enfocar la mirada, lo bastante densos como para hacerte desear con ansia un pedazo de cielo abierto. Los árboles son más grandes, y aquí y allá un círculo de secuoyas rodea una amplia depresión que sirve de tumba a algún árbol gigantesco.

—¿Qué se supone que voy a ver? —preguntó Eli.

—Vamos —dije yo—. Lo sabrás cuando lo veas.

Me hizo una reverencia y volvimos a caminar.

Mi inseguridad regresó. Me acordé de cuando Eva y yo jugábamos a ser indias, y para combatir mis titubeos traté de enseñarle a Eli a caminar con sigilo sobre aquellas hojas que nos llegaban hasta los tobillos y por encima de los tocones enmarañados. Finalmente, él decidió que sin duda yo era más silenciosa que él. Me empujó contra un árbol caído y comenzamos a jugar al cazador y la presa. Corrimos por el bosque destelleante, jadeando y riendo, tan ruidosos como el arroyo.

—Eva y yo jugábamos aquí —dije cuando al fin nos detuvimos, tratando de recuperar la respiración.

—¿Veníais aquí cuando erais niñas?

—Muchos días. Casi vivíamos aquí.

—¿Por qué dejasteis de venir?

Sentí que la sonrisa se desvanecía de mi rostro. Me encogí de hombros:

—Eva empezó a bañar. Y luego mi madre se puso enferma. Nos hicimos mayores, supongo.

Eli levantó la cabeza, me miró un momento, pero luego pareció cambiar de idea y calló. Me cogió la mano y caminamos a través de los árboles aún empapados por la niebla de la noche.

No es fácil darse la mano y andar a través de un bosque. Hay ramas que esquivar, troncos que saltar, árboles que rodear. Pero lo conseguíamos. A lo lejos podía oír aún el rugido del arroyo, tan insistente como siempre, pero amortiguado ahora por un millón de hojas. Pensé en mi hermana, trabajando en su estudio, en la casa silenciosa, su rostro inexpresivo, su espalda recta, su mano descansando en la barra como si flotara en el agua, su pierna alzándose

una y otra vez en el aire tranquilo, mientras que, lejos de ella, en aquel bosque frío, yo era feliz con otra persona.

Me desorienté varias veces, bien por culpa de Eli, bien porque el bosque había crecido y cambiado; de repente ninguno de los árboles me resultaba familiar y me vi a punto de abandonar. Estaba pensando en la broma que haría cuando volviéramos a bajar por la colina y de pronto oí el sonido del agua. Me dirigí hacia él y reconocí el riachuelo que corre cerca del tocón.

Conduje a Eli corriente arriba a lo largo de unos cien metros más o menos, y allí estaba, tan inesperado como siempre, de modo que en un momento estábamos rodeados por una maraña de árboles y al siguiente nos encontrábamos en un claro a quince metros de un tocón hueco de secuoya, del tamaño de una cabaña.

Nos detuvimos, cogidos de la mano.

Había olvidado lo enorme y sólido que era. Parecía de piedra más que de madera, y sin embargo daba la impresión de estar vivo. Sus paredes exteriores se encontraban cubiertas de una densa capa de musgos y líquenes. Por el lado norte había una abertura lo bastante ancha para que dos niños pudieran pasar cogidos de la mano, e hice entrar a Eli por ella. Las paredes interiores estaban ahumadas por algún fuego, ennegrecidas, cubiertas de líquenes y endurecidas por el tiempo, con un leve olor a humo tan antiguo que quizá ya no vivía nadie que pudiera recordar aquellas llamas.

Contemplé cómo Eli se echaba en el mullido lecho de hojas del año pasado, extendía sus brazos y se daba la vuelta despacio.

—¿Para esto me has traído aquí? —preguntó.

—¿Qué te piensas?

—Parece el tipo de cosa que te gustaría que yo viera —dijo, y antes de que pudiera averiguar qué quería decir con aquello, extendió los brazos y me atrajo hacia él. La sorpresa que me produjeron sus labios inesperadamente suaves no me permitió pensar en nada más.

Podríamos haber echado raíces, no sé cuánto tiempo estuvimos allí. Podrían habernos crecido alas y haber volado por el túnel del tocón hasta el cielo exterior hablando todavía aquel lenguaje mudo que de repente descubrimos que compartíamos, el idioma fluido y preciso de las lenguas. A veces parecía que el bosque se ocupaba de sus propios asuntos y a veces parecía que se acercaba, cerniéndose sobre nosotros.

Hicimos el amor, aunque la mayoría del tiempo lo que hicimos fue toquetearnos. Mientras nos desnudábamos, tímidos, voraces y con la piel de gallina, hubo cierto caos con los botones y una maraña de mangas y perneras.

Esparcimos nuestra ropa por las hojas, y allí, en el frío suelo del bosque, donde una secuoya había crecido durante un millar de años, hicimos lo que pudimos el uno con el otro.

Para mí, la mayor revelación del sexo no fue el pene de Eli, que de alguna manera parecía casi infantil, tan terso y ávido, brotando de aquel tumulto de pelos púbicos, balanceándose entre nosotros como una marioneta de cuerdas. Lo que más me sorprendió fue sentir su piel contra la mía, con sus exquisitas gradaciones de textura, temperatura y presión. El mayor impacto, de hecho, no fueron nuestras diferencias, sino nuestra semejanza, nuestra identidad.

Pasamos mucho tiempo esforzándonos por conseguir que él entrara en mí, y no sé si fue su inexperiencia lo que complicó la situación, pero parecía que ambos estuviéramos inseguros, no solo por la mecánica, sino también por los modos de aquello que la enciclopedia llama la «penetración». Durante mucho rato se apretó torpemente contra mi cuerpo, hasta que me di cuenta de que necesitaba ayuda y, al final, más colorada por la vergüenza que por el deseo, traté de echarle una mano. Pero entonces nos encontramos hurgando de forma ridícula entre nuestras respectivas piernas.

Yo estaba tratando de encontrar una manera cortés de cancelar todo el asunto cuando de repente sentí que algo cedía, como una nueva, húmeda y resbaladiza dimensión en mí misma. Sentí un instante borroso de dolor, otro nivel de resistencia y de pronto él estaba moviéndose dentro de mí. Tengo que admitir que la sensación era más extraña que agradable, aunque al final hubo un momento en que él gritó con un sonido tan puro que pensé que acababa de oír la voz de su alma.

Cuando todo hubo acabado, descansamos juntos un rato, y entonces Eli se separó con brusquedad de mí y sentí una rara humedad entre mis piernas. Nos quedamos tumbados sobre el marasmo de pantalones, camisas, calcetines, hojas de roble y frondas de secuoya. Abrí los ojos, miré hacia el cielo que había más allá de las ramas y me pareció que podía oír la savia corriendo por la madera fantasmal.

Resultaba extraño bajar por la colina, mis ropas aún arrugadas, el cabello lleno de pinchos y de hojas, la entrepierna dolorida y pegajosa, y Eli dándome la mano.

Cuando llegamos a casa, Eva estaba en la cocina, enjuagando nuestros platos del desayuno. Levantó la mirada del fregadero y preguntó:

—¿Qué tal el paseo?

—Nell me enseñó el tocón —dijo Eli, haciendo un nuevo esfuerzo por mostrarse amistoso. Por un momento Eva pareció afectada. Luego su cara se

endureció un poco y, volviéndose hacia mí, preguntó:

—¿Qué tocón?



La tarde siguiente Eli y yo regresamos al tocón. Acabábamos de hacer el amor y disfrutábamos de aquel lánguido después, dormitando y bromeando, sonriendo vagamente, más allá de las paredes chamuscadas, al cielo limpio de nubes por la brisa. Yo apoyaba la cabeza en su pecho y escuchaba los cierres y aperturas, seguros y firmes, de las válvulas de su corazón.

En algún momento mi languidez se desvaneció como hace la niebla bajo el sol de la mañana, y me incorporé para mirarle, para observarle, mientras él me decía que nuestra espera había terminado. Porque allá en el Este, dijo, en los alrededores de Boston, las cosas habían empezado a marchar de nuevo. Dijo que habían recuperado la electricidad. Que los teléfonos funcionaban. Que la gente tenía trabajo. Que había comida en las tiendas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, vacilando entre el júbilo y la incredulidad.

—Un amigo de mi tío nos lo dijo.

—¿Ha estado allí?

—En Sacramento. Regresó la semana pasada.

—Pero ¿cómo...?

—Cuando volvía a casa se encontró con un hombre e hicieron la mayor parte del camino juntos. El tipo tenía familia en algún lugar cerca de Grantsville. De todas maneras, debió de caerle bien Charlie, porque antes de llegar a Redwood se lo contó todo, le dijo que regresaba a su casa para recoger a la familia y llevársela a Boston antes de que llegara el invierno.

También le contó que durante un tiempo las cosas habían sido espantosas en el Este, peor aún de lo que habían sido aquí. Los disturbios fueron tremendos y al parecer las bandas eran las únicas que imponían una especie de orden. Muchas, muchas personas murieron de hambre o de frío o después de enfermar. Pero Eli dijo que a estas alturas las cosas habían vuelto a la normalidad. Dijo que las personas que se habían quedado allí vivían como reyes. Estaban reconstruyendo Boston. Habían establecido un gobierno provisional y un sistema para permitir que se ocuparan los edificios abandonados si cada cual se responsabilizaba de repararlos. Boston era una ciudad en auge. No obstante, los que ya estaban allí trataban de mantenerlo en secreto.

—Si todo el país se entera, Boston acabará invadida. Por eso Charlie anduvo ciento cincuenta kilómetros con aquel tipo antes de que este le dijera una palabra, porque todo el que se entera hace la maleta y se larga al Este.

—¡Es la fiebre del oro, pero al revés! —exclamé yo, poniéndome en pie de un brinco—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Él sonrió y se incorporó, apoyándose en un codo.

—Primero tenía que averiguar quién eras tú.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién soy yo?

—La mujer que deseo que venga conmigo al Este.

Incluso de pie, desnuda ante él, con los restos de nuestro amor empezando a gotear de mi cuerpo hasta el humus del bosque, me impactó mucho que se refiriera a mí con la palabra «mujer».

—¿Qué quieres decir? —repetí.

—Quiero que vengas conmigo.

Al oír aquellas palabras, algo aplastado, vacío, se hinchó dentro de mí como si fuera un nuevo pulmón. Quería que Eli se detuviera, se deleitara en ello, que celebrara conmigo lo que acababa de decir. Pero estaba embalado.

—Tenemos que irnos pronto —dijo—, para no acabar pasando el invierno en algún lugar de Dakota del Sur. Cada día que perdamos es la ventaja que le estamos dando a alguien.

—¿Y Eva? —pregunté.

—Que se venga.

Sus hermanos también vendrían. Y su primo. Con Eva seríamos seis.

—Seis es un buen número —dijo Eli—. No tantos como para que sea difícil avanzar juntos, pero sí los suficientes para poder protegernos unos a otros. Tenemos que irnos pronto —repitió—, ahora que la primavera se acerca. Estamos a mediados de marzo y necesitaremos otro día y medio solo para volver a pie a la ciudad. Mike y Adam dijeron que podían esperarme solo dos semanas, y llevo aquí ya una entera.

Resultaba extraño oír hablar de semanas otra vez a alguien, pensar que en alguna parte seguían existiendo, cinco días de trabajo precediendo un fin de semana. Recordé lo importante que antes parecían el «lunes por la mañana» o el «sábado por la noche». Y me di cuenta, con una punzada de algo parecido al deseo, de que esas palabras recuperarían su significado allá, en Boston.

Solo pensar en todo eso me hizo sentirme comunicativa, generosa, despierta, viva. Imaginaba Boston resplandeciente con sus luces. Imaginaba las tiendas de comestibles y las gasolineras, los museos y las avenidas, los restaurantes y los centros comerciales, los teatros y los cines. Pensé en cómo

me sentiría dejando de guardarlo todo, dejando de tener miedo y de sentir pena, y, por primera vez en mi vida, lloré de alegría.

—Estáis locos —dijo Eva cuando le contamos aquella noche lo que pensábamos hacer, sentados alrededor de la estufa—. Nunca lo conseguireis.

—Claro que lo conseguiremos —dijo Eli, removiendo las brasas del fogón mientras mirábamos fijamente las llamas con la misma intensidad hipnotizada con la que solíamos ver la televisión.

—¿Y pensáis ir andando hasta Boston? —dijo, y yo puse mala cara al percibir el tono de burla en su voz.

—Sí —dijo Eli.

—¿Antes del próximo invierno?

—Sí.

—¿Y si no lográis llegar tan lejos?

—Pues nos meteremos en algún agujero.

—¿Dónde? ¿Quién va a aceptar a media docena de personas para pasar el invierno?

—Nos ganaremos el sustento. Joe tiene un rifle. Y un cargador. Y si vosotras venís, también tendréis vuestra arma. Podemos cazar y cortar leña.

—¿Sabes cazar?

—Claro —dijo sonriendo—. Aprendo deprisa.

—¿Y Boston tiene algo que nosotros no tengamos?

—Sí.

—¿Qué?

—Energía. Comida. Empleos.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo he dicho. Un amigo de mi tío...

—¿Y si está equivocado? ¿Y si se trata de otro rumor?

—Si fuera un rumor, ¿crees que ese tipo lo hubiera mantenido en secreto tanto tiempo? Él y Charlie anduvieron ciento cincuenta kilómetros juntos antes de que se decidiera a mencionarlo. ¿Te parece un rumor? Además, Charlie es inteligente. Se hubiera dado cuenta si aquel tipo fuera un farsante.

—¿Cómo?

—Lo habría sabido. De todos modos, aunque se equivocase, que no es así, no nos puede ir peor que ahora. Al menos estaremos allí cuando las cosas vuelvan a funcionar.

—Si estás tan seguro de que la historia es cierta, explícame, ¿dónde están los aviones?

—¿Los aviones?

—Sí, los aviones. ¿Por qué nadie ha venido volando hasta el Oeste... o conduciendo? Si las cosas han vuelto a funcionar en el Este, ¿por qué no sabemos algo más sobre lo que está pasando?

—Mira, Eva —dijo él armándose de paciencia—, por supuesto que no hay aviones. Las cosas no están funcionando con gasolina. La gasolina hace tiempo que se acabó. Son energías alternativas... todo es energía solar o eólica. No hay aviones. Además, nadie quiere que el secreto se extienda. Aún no hay suficiente para todos.

—¿Y entonces para qué vas a ir tú?

—Para buscarme la vida. Para tener la oportunidad de progresar. —Se quedó en silencio un momento, y más triste de lo que jamás le había visto—. Ha sido una época muy dura en Redwood.

—Venga, Eva —estallé yo—, ¡podrás bailar! Habrá música. Y maestros. Podrías unirme a una compañía de baile... y yo iré a Harvard.

Ella me miró directamente a los ojos, fue una advertencia, pero su mensaje era demasiado denso y yo estaba demasiado exaltada para tratar de descifrar su significado.

—Los hermanos de Eli están construyendo una carreta y tratan de encontrar un caballo —le expliqué.

—Es absurdo —respondió Eva.

—No más absurdo que quedarse aquí y esperar a que regrese la electricidad —dijo Eli—. No más absurdo que ocultarse en estas colmas, contando clavos y gomas, y contemplando la despensa vacía. ¿Qué crees que va a pasar con vosotras si os quedáis aquí?

—Nada. Estaremos bien.

—Nada. Eso es verdad. No os ocurrirá nada... si tenéis suerte. Si vuelve la electricidad antes de que se os acabe la comida, o antes de que una de vosotras se haga daño o enferme, o antes de que la casa se incendie. Y supongamos que tenéis suerte —añadió—. Supongamos que conseguís sobrevivir aquí hasta que vuelva la electricidad... ¿Entonces qué? Seguíis estando a cincuenta kilómetros de la ciudad. Cincuenta kilómetros de distancia de una maldita ciudad fantasma. Aun antes de que todo esto ocurriera, Redwood ya era un lugar del que más valía huir. Pensé que al menos eso lo tendrías claro, Eva.

—Lo tengo claro —replicó Eva, roja de rabia—. Pero cuando me marche será por algo real, no detrás de una quimera.

—Es verdad, quedarse aquí de brazos cruzados es mucho más realista...

—Al menos, si nos quedamos aquí seguiremos vivas —dijo Eva de forma cortante—, que es más de lo que podéis esperar vosotros si tratáis de caminar cinco mil kilómetros antes de que llegue el invierno.

—Corréis más riesgo aquí solas que viniendo conmigo —la voz de Eli se suavizó—. Eva, por favor. Tómatelo como una aventura. Ven con nosotros. Hazlo por Nell.

—Ella es dueña de sí misma. —Eva se apartó de nosotros y se acercó al fuego—. Nell irá si quiere.



Quise. Deseaba ir a Boston con Eli más de lo que he deseado nada en la vida. Pero Eli se ha ido. Eli está cruzando el país sin mí, dirigiéndose hacia las luces de un mundo vivo, y yo sigo aquí, escribiendo sobre viajes mientras Eva baila y vuelve a llover.

Había zurcido mis calcetines, había remendado por todos lados mis vaqueros. Había limpiado, reparado y llenado la mochila enmohecida, excedente del ejército, que encontramos en el taller de papá. Llevaba mi carta de Harvard, una copia de mi expediente escolar, mi calculadora y este cuaderno. Había considerado con detenimiento cada jersey, cada cerilla, cada lápiz, cada carrete de hilo que metía en la mochila, sopesando su valor de cara al viaje, el peso y el volumen que ocupaba, añadiendo a esa ecuación cuánto pudiera necesitarlo Eva aquí.

Dividimos el dinero, pero yo le dejé a ella la lupa y las últimas dos bolsas de té. Y la gasolina.

—Lamento no haberte dejado usarla antes —dije, y añadí pensativa—: Quizá deberíamos quedarnos otro día para celebrar esa fiesta y verte bailar.

Ella movió de un lado a otro la cabeza.

—No, es mejor que os pongáis en marcha.

Me dio las botas de montaña que habíamos encontrado debajo del armario de mamá. E insistió en que cogiera el rifle.

—Lo necesitaréis —dijo—, al menos más que yo...

La interrumpí para darle las gracias, pues en aquel momento no sentía otra cosa que júbilo. Tenía diecisiete años, era fuerte, libre y, de repente, bella. Era una mujer que se aventuraba en el mundo con su amante. A pesar de todo, iba a ir a Harvard, y una triste hermana no podía ensombrecer mi alegría.

Tengo que confesar que hubo momentos incluso en los que pensé que sería un alivio que Eva se quedara, para que yo no me sintiera incómoda por

sus mudas observaciones. Quedarme significaba aislamiento, preocupación, miedo y una presencia distante. Marchándome, tenía a Eli, la aventura, el futuro por el que tan duramente había trabajado. Además, seguía medio convencida de que, en el último momento, cambiaría de opinión y se vendría con nosotros, de que el viaje nos convertiría en aliadas de nuevo. Mientras yo me organizaba y continuaba con el resto de los preparativos, seguía esperando el instante en que ella cedería y empezaría a hacer la maleta.

Pero a la fría luz de aquella última mañana, mientras Eli andaba fuera apilando una última carga de leña y Eva y yo estábamos sentadas a la mesa con nuestras tazas de insípido té, ella se mostró inflexible:

—No, Nell. Me quedo. Es un viaje disparatado.

—¿Y qué pasa entonces con tu baile? Todo este tiempo has conseguido seguir bailando cuando nadie más hubiera podido hacerlo, ¿y ahora vas a dejarlo todo?

—No voy a dejarlo, Nell. Seguiré bailando.

—Eva, puede que esta sea tu única oportunidad.

Ella pestañeó y respondió con tanta rapidez que diría que ya había pensado sobre ello:

—Quizá eso no sea lo más importante.

Tratando de mantener el miedo alejado de mi voz, pregunté:

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé.

Vacilé un momento, pero vi los bultos que esperaban, como promesas, junto a la puerta, y volví a intentarlo:

—Somos la única familia que nos queda. Deberíamos permanecer juntas.

—No, no lo creo —y añadió—: No te preocupes, Nell. Las dos hemos elegido con libertad.

—No te puedes quedar aquí sola.

—¿Por qué no?

Eli entró justo entonces, con una brazada de leña, y Eva y yo nos quedamos en silencio. Fingimos comer. Luego hablamos sobre las gallinas y el tiempo, e hicimos bromas poco convincentes. Al final, rompió nuestra inercia, dirigiéndose a Eva con un tono que era rotundo y reticente a la vez.

—Bien. ¿Seguro que no vas a cambiar de opinión, Eva?

—Sí, señor —replicó ella—. Estoy segura.

—Qué cabezota...

—Pues sí. Soy muy cabezota.

Se sonrieron, con una compenetración tan profunda, tan divertida y tan auténtica que sentí celos, como si cada uno de ellos hubiera usurpado, sin haberlo intentado siquiera, el lugar al que yo aspiraba. Eva se volvió hacia mí, me cogió las manos y me miró tanto rato y con tanto cariño que pensé de nuevo que iba a cambiar de opinión. Pero lo que dijo fue:

—Adiós, Nellie. Siempre seré tu hermana.

Y para quitarle un poco de hierro a la situación, añadió:

—¡Que no te tomen el pelo! Y escíbeme cuando tengas trabajo.

Asentí como una estúpida, abrazándola por primera vez desde que descubrimos la gasolina. Observé a Eli mientras se ajustaba la mochila en los hombros, recogía el rifle y abría la puerta. Al final, cuando no hubo nada más que pudiera hacer para posponer nuestra marcha, levanté del suelo mi pesado bulto, me lo cargué a la espalda y le seguí fuera de casa, hacia el fulgor de la mañana.

Y era una mañana gloriosa. El aire era frío pero el sol resplandecía con fuerza. Yo tenía los ojos húmedos y mi aliento abandonaba los pulmones en vaporosas bocanadas. Cuando llegué al borde del claro, en el lugar donde el círculo marchito de tulipanes de mi madre se cruzaba con el camino, me detuve, me di la vuelta y levanté el brazo para despedirme.

Eva estaba ante la puerta abierta, su rostro sereno. El humo escapaba lentamente de la chimenea por encima de ella y el aire a su alrededor parecía espesarse y vibrar. Nos miramos a través del claro durante un buen rato y luego ella levantó la mano hacia mí. En aquel simple gesto se condensaba toda su gracia y destreza de bailarina, y al darle la espalda los ojos me ardían y las lágrimas pugnaban por salir.

Pero retuve aquellas lágrimas antes de que cayeran, y el escozor solo parecía aumentar la intensidad del momento. En aquel instante yo era una novia, una aventurera, una pionera. Los árboles resplandecían húmedos bajo la luz del sol recién levantado, y en el camino se alzaban neblinosos y centelleantes fantasmas. El bosque olía a castaño y a abeto, y podíamos oír el gorjeo cristalino de los pájaros. Más allá se veían las montañas, envueltas en un azul velado, lleno de promesas, y yo sabía que no tenía más que cruzarlas y seguir caminando para ver realizados todos mis sueños.

Cuando llegamos al puente me detuve y miré, por entre las tablas astilladas, el hilo de agua que corría mucho más abajo. De pronto, el propio tiempo pareció volverse fluido, tan vacilante e irreal como el humo que brotaba de la chimenea. Recordé que, cuando era pequeña, aquel puente había constituido la frontera de mi mundo, y me detuve.

—Parecía bastante sólido cuando vine —dijo Eli después de verme dudar, y entonces hice un gesto de asentimiento y crucé, aunque sentía como si me estuviera abriendo camino a través de una maraña de zarzas, o que unas manos me retuvieran con suavidad.

Y entonces ya estaba al otro lado y cada paso que daba me llevaba mucho más lejos de la fuente de mis miedos, mucho más cerca de todo lo que siempre me habían prometido. Había seguido aquella carretera durante diecisiete años, aunque nunca había caminado por ella. Parecía como si estuviera andando por una ruta desconocida, como si Eli y yo nos adentráramos en un territorio nuevo para mí. Cada curva revelaba algún lugar donde parecía que no había estado nunca, y todo era brillante y verde y tan bello que no era capaz de recordar que lo estaba recorriendo para dejarlo para siempre a mis espaldas.

Eli aceleró el paso. Las botas de mi madre me hacían sentir extraña y pronto empecé a sudar para mantener el ritmo. Aun así, era un placer tratar de igualar sus zancadas, esforzarme para algo. A medida que alcanzábamos y superábamos cada nuevo lugar medianamente significativo, sentía que estaba llevando a cabo algo, que por fin llegaba a alguna parte.

El invierno había dejado su rastro en la carretera. Ya no estaba mi padre para mantener abiertas las cunetas y limpiar de zarzamoras las rejillas de las alcantarillas, y las lluvias habían excavado profundos canales en el trazado. En algunos lugares, la ladera se había desplomado sobre este. En una zona, una sección de la carretera tan grande como nuestra casa se había desmoronado, dejando apenas un par de metros de pista.

—No sé si con nuestra camioneta hubiéramos podido pasar —dije, contemplando la garganta que se abría donde antes había estado la grava.

—Muy justo —respondió Eli, sin detenerse.

Dejamos atrás la casa de los Coleman mientras el aire seguía siendo frío y llegamos a la carretera del condado antes del mediodía. Resultó un tanto inquietante volver a ver asfalto, y me encontré hablando más bajo, echando miradas por encima del hombro y de vez en cuando susurrándole a Eli si no le parecía escuchar el motor de un coche... que nunca llegaba.

A la hora del almuerzo nos detuvimos unos minutos al lado del arroyo para beber agua y comer unas judías que yo había cocinado el día anterior. En cuanto terminamos, Eli se puso de pie de un brinco, agarró el rifle, se echó nuevamente la mochila a la espalda y emprendió otra vez el camino. Anduvimos toda la tarde, mientras él planeaba en voz alta lo que haríamos una vez llegáramos a Redwood y yo asentía y pensaba y soñaba con Boston, y

el vaivén de las correas de la mochila me producía rozaduras encima de las clavículas.

Eli tenía razón: las casas que rebasamos aquel día estaban vacías, pero aun así, a medida que nos acercábamos a ellas, yo aceleraba el paso y apartaba los ojos, tratando de ignorar la amenaza de sus ventanas vacías y las historias que insinuaban.

Aquella noche, acampamos en el bosque, en un llano que encontramos entre la carretera y el arroyo. Eli hizo un fuego con unas pocas ramas y yo calenté el resto de las judías, que nos comimos con un poquito de queso rallado. Después enjuagué los tenedores y la cacerola en la corriente mientras él colocaba nuestros sacos de dormir junto a la fogata.

Uno al lado del otro, nos tumbamos y contemplamos el nacimiento de las estrellas en el cielo sin luna. Eli quería hablar del viaje, de qué tipo de ruedas iría mejor para el carro, de cómo podíamos conseguir más munición para mi arma, por dónde sería más fácil cruzar las Montañas Rocosas. Yo, por mi parte, descubrí que anhelaba hablar de lo que acababa de dejar, de aquello de lo que me estaba alejando. Pienso, también, que confiaba en que hubiéramos hecho una suerte de ceremonia allí mismo, bajo aquellas estrellas florecientes, algo que hubiera servido para reconocer lo que yo acababa de hacer. Pero las palabras que deseaba que nos dijéramos el uno al otro nunca brotaron, y en vez de ello hablamos de cuánto tiempo durarían las botas de mi madre, de qué carreteras sería mejor seguir y de cuándo podrían caer sobre Ohio las primeras nieves del invierno.

Nuestra charla fue menguando al compás del fuego, hasta que finalmente nos quedamos en silencio contemplando las estrellas, resplandecientes. Me quedé sola con mis pensamientos, que acabaron dirigiéndose hacia Eva. Supuse que ella habría cenado ya. Habría cerrado la puerta con llave y atizado el fuego, y la vi sentada en la oscuridad, contemplando las llamas. Me pregunté qué estaría pensando, qué sentiría estando tan sola.

Fui consciente de que mi decisión de abandonarla vacilaba y, para reforzarla, me recordé a mí misma lo distantes y diferentes que nos habíamos vuelto, y que lo mejor para las dos era que yo me hubiera marchado. Me acordé de todas nuestras peleas, y rememoré, con indignación, lo fría y severa que se había mostrado con Eli, y la aspereza con la que me había advertido que no me quedara embarazada.

Se me ocurrió una nueva idea y, volviéndome hacia Eli, le dije:

—Hasta ahora no has dicho una sola palabra sobre los anticonceptivos.

Él se quedó en silencio a mi lado, tanto rato que llegué a pensar que no me había oído. Luego se incorporó, extendió la mano en busca de un trozo de madera con el que atizó las brasas y reavivó el fuego. Cuando respondió, en su voz se podía percibir cierta cautela:

—Creí que tú te ocuparías de eso.

—¿Cómo?

—Bueno, no lo sé. Lo has hecho, ¿no?

Me vi incorporándome yo también y removiendo las brasas con una rama de secuoya, observando con la mirada perdida cómo se alzaban y retorcían las llamas. Por alguna inexplicable razón, mi primer impulso fue fingir que no se me había ocurrido hasta entonces cuál podría ser el resultado de nuestro acto. Al fin, dije:

—Cuando tuvimos nuestro primer periodo, nuestra madre nos enseñó la forma de calcular cuándo estamos ovillando. Creo que es un método bastante seguro.

—Bien —dijo él, dándome un golpecito en el muslo—. Ya supuse que habrías tenido cuidado.

—¿Y qué hubieras hecho en caso contrario? ¿O qué harías si la cosa no funciona? —pregunté, tratando de darle un tono despreocupado a mi voz.

—No lo sé —respondió—. Pero no creo que pudieras hacer este viaje con un bebé ahí dentro.

Se inclinó hacia mí, luego me besó en ambos ojos de tal modo que la cálida presión de sus labios contra mis párpados me liberó de toda necesidad de ver. A continuación me besó en la boca hasta que ya no sentí más ganas de hablar.

Hicimos el amor, pero estaba tan oscuro que no podía distinguir su cara, era solo una respiración sobre la mía. En su lugar, contemplé las estrellas, las vi volverse más brillantes y planear hacia nosotros hasta que parecieron estar justo encima de nuestras cabezas, tan cerca que hubiera podido levantar mis manos de los hombros de Eli y hacer que formaran nuevas constelaciones. Pero de repente lo que estaba sucediendo en la tierra exigió toda mi atención. Cerré los ojos y sentí una nueva galaxia originándose en mi interior.

Más tarde nos levantamos para mantener vivo el fuego y arreglar nuestros sacos arrugados, y luego, acurrucada contra Eli, me dormí.

Soñé que estaba de nuevo en la tumba de mi padre. Todo estaba exactamente igual que el día en que lo enterramos: el agujero que habíamos cavado Eva y yo, las dos palas, la sierra mecánica ensangrentada, incluso su camisa. Vi su sangre en la tierra junto al hoyo, y me acerqué hasta el borde,

temiendo lo que pudiera ver dentro. Fue peor de lo que esperaba: la tumba estaba vacía.

Empecé a llamar a mi padre de manera frenética, busqué en el bosque, desesperada por encontrar aunque solo fuera su cuerpo desmembrado. Había desaparecido. «Tengo que decírselo a Eva», pensé. Sin embargo, aunque la busqué y grité hasta que me quedé ronca, no pude hallar rastro de ella. Me desperté al alba con lágrimas cayéndome por las mejillas... y no tenía a ninguna hermana cerca que me asegurara que solo había sido una pesadilla. Miré a Eli, dormido todavía a mi lado. Estaba muy guapo, allí acostado bajo las primeras luces del día. Pensé en la suerte que había tenido de que hubiera venido a buscarme, y en lo duro que sería decirle lo que ahora sabía que tenía que decirle.

Me levanté sin molestarle, me vestí, fui detrás de un árbol a hacer pis, y luego al arroyo a enjuagarme las lágrimas con agua fría. Eli estaba incorporado cuando volví, desperezándose y bostezando bajo la luz creciente del amanecer.

—Si nos hace tan buen tiempo como el de ayer, estaremos en Redwood a media tarde —dijo—. ¿Qué te parece?

Tragué aire con dificultad y me atreví a decir lo que tanto temía:

—No voy a ir.

—¿Qué? —me espetó, saliendo bruscamente del caos de nuestros sacos de dormir.

—Que no voy a ir —repetí.

—¿Que no vas a ir? —preguntó, la cara se le ensombreció por la incredulidad.

—No —respondí.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Siento que no puedo.

—¿Tienes miedo del viaje?

Sacudí la cabeza.

—No es eso.

—¿No quieres estar conmigo?

—No; sí quiero...

—¿Entonces qué pasa?

—Supongo que no puedo dejar sola a Eva.

—Ella dijo que estaría bien.

—Lo sé.

—Nell... ella te dejaría sola a ti llegado el caso.

—No... no lo haría.

—Bueno, no quiso venir contigo.

—Eso es distinto —dije, impotente.

—¿Ah, sí...?

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho.

—Mira... ya la has dejado sola. Te has venido conmigo. No puedes volver ahora.

—Eli...

—Vamos a hacer una cosa. Iremos al Este, nos estableceremos y enviaré a alguien a buscarla. No tardaremos mucho.

—¿Cuánto?

—Dentro de un par de veranos estaréis juntas otra vez.

Pensé en cuánto tiempo representaba aquello, pensé en lo incierto que era todo y en lo mucho que podían cambiar las cosas.

—Me gustaría hacer lo que dices —respondí—, pero no puedo.

—Claro que puedes. Lo que estás diciendo es que no quieres.

—Bien, pues entonces... no quiero.

Eli trató de encontrar otros argumentos. Pero de pronto dejó de pensar y me miró como si estuviera viendo algo nuevo. Con calma, dijo:

—Tal como dice Eva: eres dueña de ti misma.

—Lo siento —repetí, pero él ya se había apartado y estaba recogiendo su ropa. Se vistió en silencio, y en silencio enrolló nuestros sacos de dormir y los cargó en nuestras mochilas. En silencio echó tierra con los pies sobre el fuego agonizante, mientras yo le observaba con una tristeza tan profunda que llenar de aire mis pulmones una y otra vez suponía un esfuerzo inmenso.

Al final, no quedó nada por hacer. Balanceó la mochila para cargársela a la espalda y me tendió el arma.

—Adiós, Nell.

—Adiós —repetí yo, mientras sosteníamos el arma entre los dos. Luego la apreté contra él, añadiendo:

—¿Por qué no te quedas tú el rifle?

Vaciló un momento y respondió con firmeza:

—No. El rifle te lo quedas tú.

Alargó la mano para tocarme la mejilla.

—Cuídate —se despidió—. Te seguiré queriendo mientras pueda.

Después se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas, dejándome de pie al lado de las brasas frías de nuestro fuego con las palabras que yo había

estado anhelando oír durante tanto tiempo resonando en mi cabeza, de modo que tuve que morderme los labios, hasta hacerme sangre, para evitar llamarle.

Mucho más tarde, temblando de frío y guiñando los ojos a través de la bruma de las lágrimas y el resplandor del sol de la mañana, empecé el largo regreso a casa. Kilómetro tras kilómetro, tropezando en incontables ocasiones, con la pesada mochila a la espalda y las botas de mi madre como plomo en los pies. Anduve todo el día, deteniéndome tan solo para beber agua, mientras se me hacían ampollas en los talones, en los dedos y en la mente, al rozarme una y otra vez con las mismas y ásperas superficies.

Cuando llegué al claro ya había oscurecido. La casa era un monolito recortándose contra el negro bosque, y en la puerta abierta se encontraba mi hermana, las lágrimas iluminando su rostro como un regalo.



Se ha marchado, caminando hasta Boston, y quién sabe lo que encontrará o a quién. Quién sabe qué milagros serán necesarios para que yo vuelva a verle.

Ahora, durante el día, reina un silencio cada vez más profundo. Ahora las noches son más largas que nunca. A veces mi desesperación al pensar que he abandonado a Eli es tan grande que apenas puedo respirar. Otras veces siento mucha vergüenza por el hecho de haberlo amado, por haberme estremecido junto a él. Luego, eso pasa y anhelo de nuevo su presencia.

Lo único que regresa es la lluvia, impropia de esta época, y molesta. Fuera, los brotes se apiñan ateridos en los extremos de sus tallos. Dentro, Eva baila y yo trato de estudiar, sumiéndome en la L. El fuego arde con dificultad, pues la madera está húmeda. En la despensa, los sacos se vuelven más planos, las latas desaparecen, los botes se vacían.

Tengo la sensación de que siempre ha sido así.



Hoy descubrí una mancha de sangre en la entrepierna de mis bragas andrajosas, y sentí una oleada de alivio tan intenso que por un momento pensé que iba a desmayarme. Comprendí que una parte de mí se había estado preparando para el siguiente desastre. Pero junto con el alivio que sentí a la vista de mi propia sangre, tengo que confesar que también experimenté cierta pena, porque ahora mi cuerpo ha borrado todas las huellas de Eli.

Las ampollas de mis pies se han curado. Eva los cogió con sus manos de bailarina y los cuidó con tanto esmero que ya tengo piel nueva en los talones y los dedos. Estos días somos muy amables la una con la otra, pero se trata de una simpatía distante que parece haber nacido más del remordimiento y de la pérdida que de cualquier relación actual. No hablamos mucho, y aunque me gustaría charlar con ella, me siento también incapaz o demasiado cansada para interrumpir nuestro silencio.



En alguna parte, en un libro que hace mucho tiempo saqué de la biblioteca, leí que los campesinos de China que cultivan té no pueden permitirse tomarlo. En su lugar beben tazas de agua caliente a la que llaman té blanco. Mañana, nuestro té será también blanco.

Esta noche tomamos agua caliente con sabor a té con los últimos restos de polvillo que quedaban en el fondo de la caja de Fastco. Le da un tinte, un perfume y un sabor tan débiles al borbotante líquido de nuestras tazas que una persona que no supiera que estábamos tomando té pensaría que solo era agua.

Pero nosotras sabemos que es té. Y sabemos que mañana ya no habrá más.

A estas alturas parece como si toda la vida fuera una serie de últimas cosas: esta última taza de té que cada vez es más agua clara, la última media cucharadita de azúcar dispuesta entre la lengua y el paladar hasta que cada grano se disolvió y el jarabe se deslizó gota a gota por nuestras gargantas. Las últimas raciones de macarrones. Las últimas lentejas.

Hoy nos hemos tomado el último bote de compota de manzana. Cuando Eva no miraba, enterré la cara en el tazón vacío y lamí hasta la última gota. A día de hoy, detesto comer. Cada sorbo, cada mordisco, cada migaja es una agonía, como un pinchazo que graba en mi conciencia una imagen indeleble de la pérdida y la necesidad. Entrar en la despensa ahora es un acto de valentía. La aritmética, la simple adición y sustracción que muestra cuánto comemos en un día, cuántos días de comida nos quedan, es una operación a la que no puedo enfrentarme. Mi mente se bloquea y se queda en blanco cuando intento calcular cuántas tazas salen de veinte kilos de harina o para cuántas comidas nos dará el último saco de judías pintas.

Nunca he sabido cuánto consumimos. Parece como si todo fuera hambre, como si un ser humano fuera simplemente un puñado de necesidades que satisfacer extrayendo para ello los frutos del mundo. No es extraño que haya

guerras, no es extraño que la tierra, el agua y el aire estén contaminados. No es extraño que la economía se derrumbe si Eva y yo consumimos tanto tan solo para mantenernos vivos.

A veces pienso si no sería mucho mejor aplacar nuestros deseos, deshacernos de nuestras necesidades de agua, cobijo y comida. ¿Por qué nos preocupamos? ¿Qué importancia tiene? ¿Para qué sirve? Solo para prolongar un poco más la agonía.



Eva y yo hemos estado a punto de discutir durante todo el día, hablándonos con brusquedad y lanzándonos pullas, como si las dos nos hubiéramos olvidado ya de que lo abandoné todo para volver con ella. Una parte de mí está deseando arremeter contra ella, culparla de la alacena vacía y de la carretera bloqueada y de toda mi soledad. La otra se encoge ante la idea de un desacuerdo, desea desesperadamente llevarse bien con la única persona que me queda.



Anoche Eva quiso abrir el último bote de tomate en conserva para darle sabor al arroz. Pero yo acababa de leer el artículo de las limas en la enciclopedia y estaba preocupada por el escorbuto.

—Creo que deberíamos guardarlo —dije—. El tomate es la única fuente significativa de vitamina C que nos queda.

Ella me lanzó una mirada fulminante y abrió la puerta de la despensa, diciéndome por encima del hombro mientras entraba:

—¿Guardarlo para qué? ¿Para nuestro funeral?

—Guardarlo hasta que lo necesitemos de verdad —respondí, siguiéndola hasta la despensa—. No sabemos cuánto tiempo más tendremos que permanecer aquí.

—Pues por eso mismo —dijo ella, alargando la mano en busca del único bote que quedaba en la estantería, por encima de su cabeza—. Por eso necesitamos darnos un pequeño homenaje de vez en cuando.

—¡Eva! —grité, cogiéndola del brazo, y en aquella fracción de segundo que duró el rifirrafe, el bote se deslizó entre las manos de ambas, estallando en el suelo en un farrago de vidrio y salsa.

Durante un buen rato nos quedamos mirando fijamente los tomates que podrían habernos curado, o al menos aliviado, la monotonía de la comida, ahora entreverados con trocitos de cristal y sus jugos formando un charco que parecía sangre.

—Qué chica más delicada... —rezongó entre dientes Eva, y de repente mi estupor y mis remordimientos fueron reemplazados por la rabia. Me encontré buscando en la despensa algo duro y con mango, algo con lo que golpearla. Quería herirla, darle patadas y puñetazos, agarrarla del pelo. Quería gritar: «¡Mira lo que has hecho! ¡Lo has echado a perder todo otra vez!».

Había cogido una de las botellas del vino de mi padre de la estantería y estaba calibrando su peso cuando la magnitud de lo que iba a hacer me impactó como un golpe aún más fuerte.

Jadeé y caí de rodillas al lado de los tomates desparramados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eva.

—No lo sé —dije, sacudiendo la cabeza—. No lo sé.

—¿Qué tienes en la mano?

—¿Qué tengo? —repetí, aturdida. La botella era marrón, fría, y estaba ligeramente pegajosa. Le di la vuelta y leí la etiqueta.

—Grand Marnier —respondí.

—¿Vas a limpiar con Grand Marnier?

—No —dije, y empecé a reír como una imbécil.

—¿Qué te parece tan divertido? Hace un momento estabas decidida a conservar estos tomates contra viento y marea, y ahora que los has echado a perder, te ríes.

—Bebamos —sugerí. De repente me sentía feliz, envuelta en una exquisita sensación de alivio por no haber matado a mi hermana.

—¿Qué?

—¿No usan naranjas para elaborar el Grand Marnier? Debámonoslo. Quizá tenga un poco de vitamina C.

—Si fuera así, sería mejor guardarlo, o al menos eso pensabas antes —dijo Eva.

—¿Para qué? —dije con tono alegre, ignorando el sarcasmo que había en su voz—. ¿Mordedura de serpiente, congelación o parto? Además, aún nos queda el jerez. Vamos —apremié, citando una vez más a nuestro padre—: la mejor ocasión es cualquier ocasión.

Y agarré del brazo a Eva para hacerla salir de la despensa, pero ella se liberó y cogió la escoba.

Desde el cuarto de estar pude oír a mi hermana barriendo y arrastrando los cristales rotos. De pronto, yo tenía otra vez once años y Eva estaba demasiado ocupada con sus ejercicios para ir al bosque conmigo. Vacilé y luego hice girar el tapón. Los olores de naranja y alcohol llenaron el aire, y me llevé la botella a la boca en un gesto desafiante. El primer sorbo fue dulce, como un ardiente jarabe con un agradable regusto ácido. Volví a beber.

—¿Eva? —llamé.

—¿Qué?

—¿Quieres un poco?

—No.

—¿Por qué no?

—Estoy tratando de separar los fragmentos de cristal de los tomates que has tirado.

—Yo no los he tirado... Ha sido entre las dos.

—De eso nada.

—Vente. Prueba un poco de esto.

—No.

Tomé otro trago, y el insoportable peso de la soledad se me clavó en el pecho. Volví a beber.

—¡Sabe como las piruletas de naranja! —grité.

La oí suspirar. Entró en el cuarto de estar un minuto más tarde, con un cuenco. Sentada junto a la ventana, donde había algo más de luz, empezó a hurgar en la salsa de tomate con un tenedor y a frotar los grumos de tomate entre sus dedos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Intentando dejar la salsa limpia de cristales antes de que nos la comamos... Las dos, pese a que quisiste matarme.

—¿Sabes qué? —dije, y volví a beber—. Me alegro de no haberlo hecho. —Podía sentir ya el hormigueo familiar en mi garganta, el calorcillo en mi barriga, ese algo que se liberaba en mi cerebro.

—¿Eva?

—¿Qué? —preguntó, dándole un cariz afilado a su voz.

—Me gustaría que compartieras esto conmigo. Por favor. Te he echado de menos.

Eva suspiró, y luego hubo un silencio que duró mucho rato, mientras ella seguía inclinada sobre su cuenco. Finalmente se levantó y se dirigió a la cocina con el bol. Cuando regresó, sus manos estaban limpias. Se sentó a la

mesa frente a mí y echó mano de la botella. La levantó hasta su boca como si estuviera realizando otra tarea rutinaria y bebió.

—¿Bien? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Sabe como las piruletas de naranja?

—Supongo que sí.

Bebió otro trago y me pasó la botella.

De manera que el Grand Marnier fue pasando en silencio de un lado a otro de la mesa mientras las últimas luces iban desapareciendo del cielo. Cuando ya no hubo claridad suficiente para ver la botella, Eva se levantó para alimentar el fuego y dejó abierta la puerta de la estufa.

Bajo aquella luz débil estudié las curvas y los hoyuelos del rostro de mi hermana. Pensé en todo lo que nos incomodaba, en todo lo que yo necesitaba pedirle o decirle para salvar la distancia que había entre nosotras, y cuanto más observaba su cara triste e inmóvil, más difícil parecía que llegara a hablarle alguna vez.

Eva me acercó la botella y bebí. Por último, dijo:

—Mmm.

—¿Qué? —pregunté ansiosa, precipitándome sobre cualquier posibilidad que nos llevara a hablar.

—Estaba pensando... en qué diría papá...

—¿Sobre qué?

—Lo de beberse el Grand Marnier.

—Pásame la botella —dije.

—Ya la tienes —respondió ella.

—¿Qué?

—La botella.

—No, eso es lo que él habría dicho.

—¿El qué?

—Pásame la botella.

Empezamos a reír tontamente, y la risa nos sentaba bien. Resultaba tan fácil —tan imposible, en cierto modo, parar— que nuestras carcajadas fueron en aumento, adquirieron vida propia e inercia hasta que acabamos riendo con grandes espasmos, la barriga nos dolió y nuestros ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya... la... tienes —soltaba Eva entre arranques de histeria.

—¿Qué? —preguntaba yo jadeando.

—La botella —respondía ella, y nos reíamos hasta que nos dolían los músculos de las mejillas.

—Me voy a mear encima —gimió Eva, y eso fue aún más divertido.

—¿Te acuerdas —articulé con gran esfuerzo cuando recuperé el aliento— de cómo nos reímos cuando el jefe de papá hizo todo este camino hasta aquí para cenar?

Eva estaba rodando por el suelo, riendo a carcajadas y agarrándose el estómago.

—Y tú —espeté yo— echaste leche por la nariz...

—¡Sobre la ensalada! —gritó Eva.

—Y mamá...

—Oh, no, no —suplicó, como si la estuviera sujetando por los pies y haciéndole cosquillas.

—Se la llevó a la cocina y sacó los trozos manchados de leche...

—Y la puso en un cuenco diferente...

—Porque esa era toda la ensalada que teníamos...

—¡Oh, no, por favor, para!

—... Y teníamos bistec, y él soltó que era vegetariano.

—Y tuvo que llevarselo también a la cocina...

Nos fuimos quedando en silencio. Le tendí la botella a Eva, que estaba agotando sus últimas risitas. Bebió, agitándola con desmaña por encima de su cabeza.

—¿Qué diría mamá? —pregunté pensativa.

Eva respondió con rapidez:

—Diría: «Una bailarina no bebe».

—¿Por eso nunca bebías en la plaza?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Era eso? Siempre pensé que estabas enfadada conmigo, que te creías mejor que el resto.

—Bueno, quizá también lo pensaba, un poco. Parecía tan ridículos...

—Era divertido —dije a la defensiva.

—Lo sé.

Suspiró, y esta vez su suspiro fue débil y triste.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dije.

—¿Cuál?

—¿Vas a responderla?

—No lo sé. Prueba.

—¿Por qué no te gustaba Eli?

—Sí me gustaba Eli.

—Pero...

—Pero no me gustaba la forma en que a ti te gustaba Eli.

—¿Qué...?

Ella se encogió de hombros.

—Es la verdad. Era como si no fueras tú misma cuando estabas con él. —
Alargó la mano en busca de la botella, dio un largo trago y dijo—: Ahora me
toca a mí.

—¿El qué?

—Hacerte una pregunta. ¿Por qué volviste, si te gustaba tanto?

«¿Por qué volviste?». Era la pregunta que me había estado atormentando,
la pregunta para la que no creía tener respuesta.

«¿Por qué volviste?». Traté de responder desde lo más profundo de mí
misma, desde una profundidad oscura y a la vez radiante, y la respuesta brotó,
clara como el agua:

—Porque eres mi hermana, estúpida.

Alargó el brazo a través de la mesa para darme un golpecito en el hombro,
y luego permanecimos sentadas durante mucho rato, escuchando el fuego.

Después agarré la botella e hice una última pregunta:

—¿Eva, por qué sigues bailando?

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué voy a hacer con el tiempo, si no?

Entonces se calló, y yo supuse que estaba recordando algo más, pero de
repente volvió a hablar.

—Te voy a contar un secreto —dijo mientras echaba hacia atrás la cabeza
para tomar otro trago—. La botella está vacía.

—¿Eso es el secreto?

—No... eso es una putada.

Nos reímos otra vez y luego ella prosiguió:

—Este es el secreto: ahora ya no podría seguir bailando si no fuera por la
gasolina.

—¿La gasolina? —repetí, con un sentimiento de culpabilidad.

—Eso es lo que me permite seguir. Sigo bañando porque sé que nos queda
esa gasolina. Y si realmente, realmente, tuviera que usarla para poner música,
podría hacerlo.

Había un ligerísimo tono interrogativo en su voz, y yo respondí de
inmediato, con una generosidad nacida del amor y del alcohol:

—Por supuesto.

Hizo una pausa para asimilar mi regalo. Luego prosiguió:

—Esa gasolina mantiene las cosas lo bastante cerca para creer en ellas. ¿Sabes que a veces voy allí solo para mirarla? A veces incluso quito el tapón y me echo una gota en las muñecas, como si fuera perfume, de modo que más tarde, cuando estoy bailando, pueda olería. La gasolina es lo único que me mantiene en marcha.



Aunque podía oír sus sollozos, mi primer pensamiento cuando la vi tirada en la tierra, junto al tajo fue: «Está muerta. Mi hermana está muerta. Ahora estoy sola de verdad».

Corrí hacia ella y la sostuve mientras temblaba y gemía:

—Eva, Eva, ¿qué ha pasado? ¿Qué ocurre? —le pregunté, pero ella seguía llorando y era incapaz de responder.

Cuando por fin levantó la cara, vi que tenía la boca hinchada y sanguinolenta, y sus ojos eran los de alguien a quien yo jamás había visto.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar, y al final consiguió obligar a las palabras a salir de sus labios hinchados:

—Un hombre... me ha violado.

La ayudé a ponerse de pie y entrar en casa, y alimenté el fuego, empleando con las prisas una página entera de papel. Le di un sorbo de jerez y cubrí la placa superior de la estufa con teteras y cazos llenos. Por fin, mientras el agua se calentaba, mi hermana pudo contarme lo que había pasado. Me dio la espalda para hacerlo, a veces la voz le temblaba y flaqueaba. Escupía palabras con un tono monocorde, duro, que no parecía suyo.

Había salido. Estaba cortando leña, disfrutando de su pericia con el hacha, orgullosa de cómo partía los troncos como si los hiciera bailar. El sol calentaba con fuerza. Soplaba una brisa ligera.

No le oyó venir, no sintió su presencia hasta que él estuvo casi a su lado.

Resopló, pero él alargó la mano para calmarla, como si ella fuera un animal al que no quería asustar. «No pasa nada», dijo.

Le contó que se dirigía al norte a ver a unos amigos de Grantsville, pero que debía de haber tomado un camino equivocado. Le dijo que había oído su

hacha y olido el humo, y que pensó en pasar a ver quién vivía en un lugar tan apartado, detenerse un momento, presentarse y charlar un rato.

Pero no llegó a decirle su nombre.

—¿Cómo os va por aquí? —preguntó, mientras lo inspeccionaba todo con la mirada—. Tenéis una buena reserva de leña.

Resultaba tan raro hablar con alguien que ella se sintió un poco torpe, pero no tuvo miedo.

Apoyó el hacha contra el tajo de partir la leña y le preguntó:

—¿Se sabe algo nuevo? ¿Tienes idea de cuándo volverá la electricidad?

—Quién sabe... —dijo él.

—Hemos oído que las cosas empiezan a funcionar otra vez en el Este.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Un amigo.

—¿Tienes amigos aquí?

—Ahora no. Vino a ver a mi hermana. Pero se ha ido.

—Ya. Sí, yo también he oído esas tonterías sobre Boston. Incluso he oído que bastantes locos se han ido para allá, siguiendo los rumores, cruzando a pie todo el país. No durarán mucho.

—¡Eso es lo que dije yo también!

Intercambiaron una sonrisa. Luego él prosiguió:

—Menuda cantidad de leña...

—Sí.

Él examinó algunos troncos, sus ojos se entrecerraron.

—No habrás cortado toda esta leña a mano, ¿verdad?

—La cortó mi padre —dijo ella.

—¿Tu padre? —preguntó él bruscamente—. ¿Está tu padre por aquí?

—Sí —respondió ella, sorprendiéndose a sí misma por la naturalidad con que dijo aquello—. Está por ahí.

—¿Dónde? Me gustaría hablar con él, ver lo que sabe.

—Tendrás que esperar un rato —dijo ella, su voz tranquila, neutra—. Está en el bosque.

—¿Os queda algo de gasolina? —preguntó luego, estirando el cuello para mirar hacia la casa.

Ella quería que se marchara. Respondió:

—Lo siento.

—Lo siento, ¿el qué sientes? —preguntó él—. ¿Sientes no tener gasolina o sientes no poder compartirla?

Ella se encogió de hombros y alargó la mano para alcanzar el hacha, dispuesta a continuar trabajando.

Pero antes de llegar a tocar el mango, él la agarró por la muñeca y se la retorció de manera que su brazo quedó doblado detrás de la espalda.

—Escucha, puta —dijo él—. Si crees que te vas a guardar esa gasolina para una emergencia, piénsatelo mejor. ¿Dónde está?

Como ella no respondió, él la hizo girar para verle la cara. Su rostro era inexpresivo y duro. Tenía los ojos entrecerrados y sus párpados sufrían sacudidas y temblores. Aun así, ella le devolvió la mirada con la misma furia. Consiguió liberar un hombro y trató de golpearle con la rodilla en la entrepierna.

Pero falló... aunque le dio en el muslo con tanta fuerza que él soltó un jadeo y dio un traspié. Agarrándose y forcejeando, cayeron juntos al suelo. Su fuerza de bailarina podría haberla salvado si él no la hubiera golpeado en la cara, un golpe que levantó una oleada de dolor en su cerebro, cegándola durante un momento crucial, y dejándola tan confusa que todo lo que pudo decir cuando él preguntó: «¿Dónde está?», fue: «No, no, no».

Cuando todo hubo acabado, él se levantó, se quedó de pie ante ella durante un momento cruel, mientras se abrochaba los pantalones y la pesada hebilla de metal del cinturón, en tanto ella yacía acurrucada a sus pies. Luego escupió en el suelo, junto a su cara.

—Lamento no poder quedarme hasta que vuelva tu papá —dijo—. Pero ya le das las gracias tú misma por su hospitalidad.

Se marchó del claro, y la dejó allí en el suelo, con el hacha a su lado, paralizada por la conmoción, el horror y el dolor, en el mismo lugar donde yo la encontré.

Cuando el agua que había puesto en la estufa estuvo caliente, llené la bañera y la conduje hasta el baño. Ella permaneció quieta como una niña mientras la desnudaba y examinaba sus heridas. En sus brazos empezaban a aparecer los moretones. Su cara estaba herida e hinchada, y tenía los muslos manchados de sangre.

Se estremeció al meterse en el agua humeante, y creí que volvería a llorar, pero al sumergirse por completo, su cuerpo pareció relajarse. Volvió a hablar por primera vez desde que me relató la violación:

—¿Queda algo de jabón?

—Tenemos el jabón de Navidad —dije—. Iré a buscarlo.

Era un diminuto y agrietado pedazo de jabón de un antinatural color verde, perfumado con una fragancia que alguna vez pasó por pino, el último que nos quedaba, el último de un cestito de mimbre de jabones que habíamos encontrado entre las cosas de nuestra madre. Los habíamos estado estirando hasta que nos quedó solo este... un trocito del tamaño de una moneda de diez centavos, la pizca que habíamos convenido guardar para nuestro triunfal regreso a la ciudad.

Cuando se lo puse en las manos, lo levantó hasta la altura de su nariz, inhaló su perfume casi desvanecido y luego, mirándome, preguntó:

—Pero ¿no querías guardarlo?

—No —dije, encogiéndome ante la inocente recriminación implícita en la pregunta—. Úsalo ahora.

Me pidió una esponja, y cuando se la di, perdió los nervios y comenzó a restregarse la piel con tanta violencia que pensé que se haría sangre. Hizo una mueca de dolor cuando se tocó por primera vez entre las piernas, y pude ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero apretó con fuerza los dientes, dominó el llanto, y se frotó con cuidado los muslos, el vientre y los pechos con el jabón, después se lavó los hombros, los codos, las muñecas y los dedos, las rodillas, las espinillas y los tobillos, y también entre los dedos de los pies, sin olvidar uno solo. Al final, con mucha delicadeza, se mojó la cara magullada.

Cuando terminó se volvió hacia mí e hizo un ademán para levantarse de la bañera. La ayudé a salir y la envolví en las toallas que había dejado calentándose en la estufa. La obligué a volver a su colchón y puse una taza de té blanco entre sus manos, haciendo que cerrara los dedos y se lo bebiera junto con la última aspirina.

Cuando se la ofrecía, Eva protestó:

—Deberíamos guardarla.

—Tranquila. Tómatela.

—Podríamos necesitarla más adelante. Quizá debería tomarme solo la mitad.

—La mitad no te serviría de nada. La desperdiciarías —respondí, preguntándome qué podría hacer una simple aspirina contra una violación.

Se tragó la aspirina y me observó en silencio mientras yo sacaba el rifle de su escondrijo en el armario de la ropa e introducía con torpeza una bala en la recámara. Comprobé el seguro media docena de veces, alimenté el fuego y luego me senté en el suelo al lado de su colchón con el arma cruzada sobre mi regazo.

Hacia el amanecer se durmió, mientras yo me quedé despierta junto a ella, contemplando el fuego, encogiéndome bajo el sonido del viento, temerosa de respirar.



No hay ningún lugar donde nos sintamos a salvo. Salir a buscar leña es un auténtico acto de coraje, y sigo haciéndome un ovillo y poniéndome tensa, esperando el ataque en cada momento. Dentro, nos sentimos a la vez expuestas y atrapadas. Miro por la ventana cerca de una docena de veces cada hora, estudiando el bosque, atenta a divisar la figura que sé que nos está esperando allí.

Con un rifle, apoyado, como si fuera una advertencia, contra el marco de la puerta, el cuarto de estar parece distinto. Un arma es algo ruin. Más que consolarme, su frío cañón, su pesada culata y su estilizado gatillo me aterran, me recuerdan que la violencia está por todas partes.

No hay escapatoria. Incluso el fuego de la estufa parece amenazador. La savia rezuma hirviendo en la leña crujiente, las llamas chisporrotean. Estamos rodeadas por la violencia, la furia y el peligro, tanto como estamos rodeadas por el bosque. El bosque mató a nuestro padre y de ese mismo bosque vendrá el hombre —o los hombres— que querrán matarnos a nosotras.



Ayer me obligué a salir de casa y buscar entre la pila de desechos de detrás del taller hasta encontrar algunas hojas de chapa ondulada. Las clavé contra cada una de las ventanas de abajo, excepto la del cuarto de estar. Mientras Eva yacía sin moverse en su colchón, con su cara hinchada vuelta hacia la pared, tapié la puerta que comunica la cocina con el trastero y puse la lavadora como barricada delante de la puerta que da al exterior.

De modo que ahora tenemos una sola entrada y una sola ventana en nuestra casa, pero eso solo significa que podremos oírle forzando la entrada antes de que nos alcance.



Pese al excelente tiempo y a los días cada vez más largos, Eva y yo permanecemos dentro de la caverna que es ahora nuestra casa. Hora tras hora

nos quedamos sentadas a la mesa junto a la ventana sin tapiar, que es nuestra única fuente de luz. Para desayunar compartimos una taza de arroz, no por hambre sino por hábito. El almuerzo consiste en medio bote de fruta en conserva, envasada por nosotras mismas, y la cena en un tazón de judías. Estos tres acontecimientos pautan nuestra vida.

Trato de estudiar, pero las palabras se deslizan por mi cabeza sin llegar a cobrar sentido, y solo llaman mi atención cuando me recuerdan lo que me estoy perdiendo, lo que aún tengo que ver o hacer o tener u oír o dónde tengo que ir aún: «Lindos», «Liszt», «Londres».



Sueño que estoy levantando piedras del suelo, pedazos rugosos de pizarra de color tierra sobre una fría llanura bajo un cielo gris, y me despierto en medio de una desesperación tan intensa que me supone un esfuerzo ingente moverme.



Después de la «Bolsa Londinense» viene «Londonderry». Después de «Londonderry» viene «Llanero Solitario». Y después viene la «Mujer solitaria de la isla de San Nicolás^[1]».

«En 1853 se supo de una mujer india que vivía completamente sola en una isla a setenta millas de la costa de Santa Bárbara. Según los informes de la época, en 1835, mientras su tribu estaba siendo evacuada de la isla por orden de la Misión de Santa Bárbara, se levantó un fuerte vendaval. En medio de la confusión, una niña se perdió. Cuando su madre descubrió la ausencia, saltó al agua y nadó hasta la isla para buscarla, pero mientras lo hacía, la galerna se volvió más amenazadora y el capitán dio la orden de continuar sin ella.

»Transcurrieron dieciocho años antes de que la mujer solitaria fuera descubierta por una tripulación de cazadores de nutrias. Aunque nadie conocía su lengua, la mujer se hacía entender mediante signos con bastante elocuencia. Les contó que nunca llegó a encontrar a su hija, y que temía que los perros salvajes se la hubieran comido.

»Regresó al continente con los cazadores de nutrias y se sintió muy desilusionada al no poder localizar a nadie de su tribu. Murió siete semanas más tarde».

Y de este modo el inexorable orden de la enciclopedia sigue aludiendo otra vez a mi vida, enfrentándome ahora a la más cruel de todas las verdades: no habrá ningún rescate.

Desde que esto empezó hemos esperado que alguien venga a salvarnos, hemos esperado como estúpidas princesas a que los príncipes del Gobierno o de las empresas energéticas restablecieran nuestra vida anterior, a la que tenemos derecho. Pero no hemos hecho más que engañarnos, contándonos otro cuento de hadas. Nuestra historia no puede tener un final más feliz que el de la mujer solitaria. No volverá la electricidad. No volverá a sonar el teléfono. Eva y yo viviremos así hasta que muramos, atesorando, temiendo y pereciendo finalmente de hambre... Eso si no nos degollan antes.

No importa cómo, pero moriremos aquí. Solas. No habrá matriculación en Harvard ni debut en el *Ballet* de San Francisco. No habrá viajes, ni diplomas, ni llamadas a escena para saludar. No habrá más amantes, ni maridos, ni hijos. Nadie leerá este diario, o lo que sea, a menos que las malditas gallinas aprendan a leer.

Este tipo de cosas siempre ha ocurrido. He estudiado la suficiente historia para comprenderlo. Las civilizaciones caen, las sociedades colapsan y quedan pequeños grupos de individuos que luchan por encontrar comida y defenderse de la enfermedad o de los merodeadores mientras la hierba crece en el suelo de los palacios y los templos se derrumban. Pienso en Babilonia, Roma, Creta, Egipto, pienso en los incas y en los indios norteamericanos.

E incluso si esto no es otra civilización doblemente milenaria que llega a su fin, no hay más que pensar en las devastaciones menores, las guerras y las revoluciones, los huracanes y los volcanes, las sequías y las inundaciones, las hambrunas y las plagas que llenaban las páginas satinadas de las revistas que leíamos. Pienso en las fotografías de los supervivientes acurrucados entre los escombros, con su mirada desesperada y su vientre hinchado. Pienso en Sudamérica, en Sudáfrica, en Asia Central, en Europa Oriental, y me pregunto cómo pudimos ser tan arrogantes. Pienso en la mujer solitaria de la isla de San Nicolás y me pregunto por qué alguna vez llegamos a suponer que alguien nos salvaría.

Nuestros padres creyeron que estaban dándonos una buena educación. Creyeron que nos estaban preparando para ser adultas felices, inteligentes, creativas, productivas, generosas, seguras de sí mismas. Pensaron que iban a criarnos y que luego nos marcharíamos y llevaríamos una vida interesante y próspera. Encontraríamos compañeros que serían nuestros iguales, enriqueceríamos el mundo con nuestra presencia. En vez de eso nos

encontramos aquí, viviendo sin electricidad ni jabón, abandonadas en medio del bosque sin otra cosa que esperar salvo el final.



Los tulipanes están floreciendo, una brillante e inútil pared que nos separa del bosque, que aísla una y otra nada. Si pudiera sentir algo, creo que me irritarían. Resultan tan vanos que ahora pienso que hice bien al no ayudar a mi madre a plantarlos, porque ¿qué son sino un engaño, un fraude, otra mentira?

Aquí estoy, sentada en la caverna de una habitación donde antaño, en otra vida, comía palomitas de maíz y veía películas con mi familia. Ahora miro los tulipanes de mi madre y considero la posibilidad del suicidio.

Es una urgencia física, más fuerte e intensa que la sed o el sexo. En el centro del lado izquierdo de mi cabeza hay un lugar que anhela, que desea ardientemente, que suplica el impacto de una bala. Deseo esa rabia, ese fuego, ese desgarrón último y su hueco. Quiero salir de esta caverna oscura, entregarme a la quietud de la ausencia de vida. Estoy cansada de la tristeza, de las luchas y de las preocupaciones. Estoy cansada de mi lánguida hermana. Y deseo apagar la última luz.

Podría hacerlo.

Podría levantarme de esta silla y decir: «Voy a buscar leña». Eva asentiría en silencio, sin levantar la mirada, ni siquiera me vería coger el arma.

Podría salir al exterior y cerrar la puerta tras de mí para siempre. Cruzar el anillo de tulipanes de mi madre. Entrar en el bosque crepuscular, el rifle rígido apretado contra mi costado. Abrir un nuevo sendero en el bosque. En algún lóbrego círculo de árboles, podría sentarme en la tierra. Quitarme las botas. Meter el dedo en el frío anillo del disparador. Apretar el gatillo hasta que cediera.

A fin de cuentas, soy dueña de mí misma.



Me levanté. Cogí el arma y abrí la puerta. Me quedé de pie en el umbral, contemplando la puesta de sol tras los árboles negros, y entonces oí su voz, ligeramente asustada.

—¿Adónde vas?

—Afuera. A buscar leña.

No la miré a la cara. El aire del bosque soplaba contra mis mejillas y mis manos, era frío.

—¿Por qué coges el rifle?

—Es casi de noche.

—Pero ¿por qué coges el rifle?

—Porque me da la gana, ¿vale? —Gruñí, volviéndome hacia ella con una ferocidad tan fuera de lugar que las dos nos quedamos sorprendidas. Eva buscó mi mirada, la sostuvo, su cara magullada como el cielo oscuro.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Salí al exterior, cerré la puerta y me dirigí temblando al patio. El rifle resultaba frío y pesado. Rodeé el claro, penetrando en el círculo de tulipanes, sus pétalos como llamas oscuras, como copas de terciopelo. Más allá de ellos, el bosque parecía sólido, impenetrable. No encontré la forma de entrar en él. Me quedé en el claro bajo el cielo pálido, contemplé cómo se iban desvaneciendo el púrpura y el amarillo, atenta hasta que aparecieron las primeras estrellas, mudas.

En aquella oscuridad recogí una brazada de leña. Y en aquella oscuridad regresé a casa.

Una vez más mi hermana me impedía ir a donde hubiera querido llegar.



Los días van pasando despacio. Creo que estamos a mediados de abril, pero voy perdiendo la noción del tiempo. Han transcurrido semanas desde la última vez que escribí, y cuando trato de encajar las casillas vacías de mi calendario con los días que hemos pasado, no consigo cuadrarlo.

Respiramos y llega otra noche, así que supongo que el tiempo avanza. Pero el calendario ya no me sirve.



Anoche soñé que alguien estaba de pie en la linde del bosque, amenazándonos y mofándose de nosotras mientras Eva y yo nos escondíamos en el taller, bajo el telar de mi madre. Yo agarraba unas tijeras y le susurraba a Eva que si el hombre se acercaba demasiado le cortaría el pelo. De repente las paredes se desvanecían y yo me encontraba apuntando con el rifle a través del claro.

«¡Voy a disparar!», le gritaba, y sentía una oleada de energía atravesando mi cuerpo.

«¡Voy a matarte, voy a matarte!», gritaba. Apreté el gatillo. Aun así, no ocurrió nada. Con desesperación, traté de volver a disparar, y vi que, en lugar de una bala, brotaban gusanos del cañón.

Me desperté presa del pánico, pero antes incluso de calmarme lo bastante para ser consciente de que se trataba solo de un sueño, su significado ya había cristalizado. Me quedé mirando fijamente la ventana por donde la débil luz de las estrellas se filtraba en la habitación, y supe que tenía que aprender a disparar con el rifle.

Esta mañana lo saqué al porche y traté de recordar lo poco que mi padre me había enseñado sobre las armas. Tenía miedo de malgastar balas, así que una y otra vez hice prácticas cargando, soltando el seguro y apuntando al bosque. Finalmente, después de más de una hora de simulacro, clavé un palo de la altura de un hombre al lado de la carretera, en el borde del claro, y puse un viejo bote de conserva boca abajo en su extremo. Luego volví al porche y, apoyándome en la barandilla, apunté con la mira y apreté el gatillo.

Se produjo una detonación tan fuerte que pensé que me había disparado a mí misma. El hombro me escocía, los oídos me zumbaban y por mis mejillas empezaron a correr las lágrimas. Cuando me recuperé, me di cuenta de que había retrocedido casi un metro desde la barandilla, el bote de conserva estaba intacto y Eva se encontraba en la puerta con una mueca de pánico.

—Lo siento —dije—, tengo que hacerlo.

—Lo sé —susurró a través de sus labios rígidos, y desapareció en la casa.

Me obligué a probar de nuevo. Esta vez intenté evitar el golpe de la culata contra mi hombro y apunté con prisas, asustada al prever el retroceso del arma antes incluso de apretar el gatillo. El cañón se sacudió como un animal salvaje y el disparo rasgó el aire.

Decidí obligarme a hacerlo correctamente. Traté de engañarme soltando el gatillo con tanta lentitud que fuera imposible anticipar el instante preciso del disparo. Sentí la sacudida en el hombro, y si bien el cañón conservó su horizontalidad, la bala se perdió en el bosque y el bote siguió intacto en el palo.

Creía haber oído en alguna parte que uno siempre debe disparar un poco por encima del blanco, de modo que, al siguiente disparo, apunté al aire que había sobre el bote. De nuevo evité el retroceso, pero de nuevo la bala se perdió sin consecuencias en el bosque.

Me sentía como si me hubiesen dado una paliza. Notaba el hombro débil y dolorido. La cabeza me zumbaba, tenía las manos húmedas y pensaba que no sería capaz de apretar el gatillo otra vez. Pero el bote de conserva se burlaba de mí desde el límite del claro, tan amenazador como el hombre de la pesadilla.

Desesperada, repasé mis conocimientos sobre trayectorias y curvas parabólicas, y razoné que, antes de que la bala caiga, primero debe elevarse. Me agaché un poco y apreté el gatillo lo más suavemente que pude. Una fracción de segundo después el bote estalló, dejándome temblorosa de júbilo y de terror.



Su cara está mejorando, pero día tras día mi hermana permanece en silencio, no malhumorada, sino con una desvalida dulzura que me recuerda la sonrisa agonizante de nuestro padre. Parece casi ausente para sí misma, como si dejara atrás su conmoción y su miedo, como si se desprendiera de ellos a la manera de una piel vieja, como si hubiera aprendido a hacerlo. Está empezando a cuidar del fuego otra vez, pero yo soy quien hace el resto de cosas de las que hay que ocuparse. Le pongo la comida, y lo que ella no se come, me lo como yo, o lo guardo para después.

—¿Quieres jugar al *backgammon*? —le pregunté una vez, pero se encogió de hombros con tal indiferencia que supe que era inútil preparar el tablero.

No ha vuelto a entrar en el estudio desde el día de la violación.

—¿Por qué no intentas bailar? —le propuse ayer.

Sorprendida, levantó la mirada de su regazo. Era como si le hubiera preguntado por qué no tocaba la gaita o por qué no volaba.

—No puedo —dijo.

—Entonces utilicemos la gasolina —sugerí—, para que puedas volver a escuchar música.

Pero su cuerpo permaneció inerte y ningún deseo iluminó su cara.

—No —respondió—. Será mejor que la guardemos.



Esta mañana me desperté con el sol golpeándome en plena cara, y el dolor de cabeza con el que llevaba días luchando había desaparecido. Me sentía ligera como un ángel, imbuida por esa energía nerviosa que aparece tras una

enfermedad. Mis pulmones no estaban precisamente en forma y sentía debilidad en los músculos, pero mi cuerpo deseaba con ardor hacer cosas. Cogí el rifle y salí al porche. Enjuagué un montón de ropa y la tendí al viento perfumado por el sol, y luego —entre miradas furtivas hacia el bosque— me invadió durante milésimas de segundo un placer absoluto al recibir en la cara la brisa cálida mientras barría.

Más tarde pasé por el huerto. Estaba hecho una porquería, y sentí una punzada de remordimiento. Ni siquiera habíamos recogido la cosecha del último otoño. Nunca arrancamos las plantas, ni guardamos las semillas, ni cubrimos los terrones. No habíamos podado los árboles. Deberíamos haber empezado a preparar las simientes detrás de la estufa, en febrero. Deberíamos haber plantado los cultivos de invierno el mes pasado. Deberíamos estar plantando tomates, pepinos, pimientos y melón. Pero la última vez que una de nosotras cogió una pala fue para cavar la tumba de nuestro padre.

Abrí la puerta y entré en el huerto. Recorrí despacio su perímetro, tratando de recordar todo aquello que me había resistido a aprender sobre horticultura. Bajo la maraña de hierbas secas distinguí las hojas de una patatera nacida de forma salvaje. Caí de rodillas, dejé el rifle a un lado, agarré una mata de hierbas con una mano y tiré. Las hierbas resistieron y tuve la sensación de que eran una mata de pelo arraigada en un cuero cabelludo. Me estremecí, apreté los dientes y tiré con más fuerza. Finalmente, las raíces cedieron y estuve a punto de caer hacia atrás cuando las hierbas se soltaron. El pequeño círculo de suelo desnudo que revelaron era oscuro y estaba húmedo. Escarbé, sentí cómo la tierra se hundía bajo mis uñas y se desmenuzaba entre mis dedos. De repente, estaba tirando del resto de malas hierbas, hundiendo las manos en su verdor exuberante, arrancándolas a puñados, hasta que mis palmas quedaron manchadas y apestando a una especie de almizcle rezumante.

Sentía el sol como una mano posada en mis hombros, los pájaros cantaban al borde del claro y, en una ocasión, una mariposa aterrizó en el suelo desnudo, a mi lado. Se quedó inmóvil un momento y luego cerró y abrió sus anchas alas y echó a volar. Olvidé por completo otear el bosque en busca de intrusos.

Pensé en las semillas. Levantándome de un salto, me dirigí a buen paso hacia el taller, donde encontré en una de las estanterías más altas una caja de plástico hermética atestada con un revoltijo de sobres de papel. Algunos eran de semillas comerciales, pero la mayor parte eran sobres recuperados de viejas facturas, etiquetados con la letra de nuestro padre y llenos de semillas

de nuestro propio huerto. Al volver los esparcí por el terreno y los distribuí con los pies, atenta y absorta, imaginando un huerto recién florecido.

Cuando acabé la tarea, hacia el mediodía, una franja de un lado a otro del terreno estaba desherbada, removida y sembrada.



La enciclopedia me recuerda que la única razón que justifica la existencia de una flor es la producción de semillas. Todo ese color, perfume y néctar existen solamente con el objetivo de que se transporte polen, para llamar la atención de los insectos o para inclinarse ante el viento. La razón de ser de las flores son estas inertes e insignificantes motitas y bultitos, estos pellizcos de cromosomas que quizá un día nos den de comer.

Esta mañana he plantado semillas de calabaza, tres por montículo, en una misma fila, en el lado oeste del huerto. En el sobre donde las encontré había una única palabra garabateada con la letra de mi padre: «Calabaza». Durante un instante dominado por el asombro, pensé que era una carta para mí. Cuando lo abrí y vi que solo había semillas, como las que solíamos recoger de las calabazas ahuecadas que vaciábamos para hacer lámparas, unas lágrimas que no me quería permitir trataron de abrirse camino desde mis ojos.

Sin embargo, a veces una forma de lucidez brota en esos momentos en los que ves el mundo a través de tus lágrimas, como si estas sirvieran de lente para clarificar la realidad. Mientras yo contemplaba fijamente la palabra que mi padre había escrito allí, me di cuenta de que, en cierto modo, quizá sí fuera un mensaje para mí.



Me duelen tanto las manos que resulta difícil sostener esta pluma. Las tengo llenas de ampollas y arañazos, tan endurecidas por la tierra que me parece que por más que las restriegue no conseguiré limpiarlas por completo. Los brazos, las piernas y la espalda me duelen como si tuviera la gripe. Hasta ahora no había sido consciente de lo duro que es trabajar la tierra.

He plantado más o menos la mitad de las semillas, y mañana quitaré la alambrada que pusimos para evitar que entraran los ciervos. Así ampliaré el huerto hasta el cobertizo. Necesitaremos todo ese espacio, si queremos que nos mantenga.



—Necesito ayuda —dije esta mañana mientras soplaba mi té blanco y tomaba un sorbo—. En el huerto.

Eva mantenía su mirada baja sobre el arroz intacto.

—No consigo colocar rectos los postes del nuevo vallado. Y es casi imposible que una sola persona estire el rollo de la alambrada.

—Tal vez mañana.

—Estarás igual de segura que aquí —razoné—. Más aún. Tengo el rifle, y hay más espacio para huir.

—No me siento capaz de salir ahí fuera hoy.

—Eva, el huerto no puede esperar hasta que te sientas capaz. Tenemos que plantar el resto de las semillas lo antes posible. Además, si no hemos colocado la alambrada antes de que las que ya he plantado broten, los ciervos se comerán los retoños.

—Da igual.

—¿Qué?

—Da igual lo que hagamos. Da igual si los ciervos se comen los retoños.

Me sentí como si acabara de recibir una patada. Tomé un sorbo del agua ardiente de mi taza, como si el calor pudiera hacer de mediador en la disputa. Pero sus palabras me llegaron antes al corazón que a la cabeza.

—Tienes razón —respondí con calma.

Ella levantó la mirada, sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tienes razón. Da igual. Probablemente nos matarán antes de que esas semillas lleguen a brotar.

Inclinó la cabeza. Me terminé el arroz y el agua en silencio y pensé en cómo podría instalar yo sola los postes de secuoya que había cortado para la alambrada, y cómo podría desenrollarla, tensarla y fijarla con clavos sin la ayuda de mi hermana.

Pero cuando me levanté de la mesa, Eva también lo hizo y salió afuera. No lo hacía desde la violación.

Yo había podado ya media docena de árboles pequeños y cavado los agujeros donde iba a colocarlos con el azadón herrumbroso de mi padre. Eva me siguió hasta el cobertizo, observó cómo levantaba un saco medio lleno de cemento y luego me siguió despacio hasta el huerto. Cuando traté de vaciar el saco en un cubo, ella se quedó de pie, inmóvil, mirándome, sus manos colgando como muertas a ambos lados.

—Mira —dije, para acabar con aquella situación absurda—, ha debido de mojarse el saco por el fondo, pero con suerte nos queda aún suficiente cemento para seis agujeros. ¿Puedes sostenerme el cubo?

Eché una mirada rápida al bosque antes de inclinarse como un robot para sostener el cubo. En cuanto hube vertido suficiente cemento para una primera mezcla, Eva se enderezó, como si su trabajo hubiera terminado. Miró hacia casa, dispuesta a volver corriendo. Empecé a hablar de nuevo para que no se fuera:

—Bien, ahora tenemos que remover. ¿Por qué no buscas un palo mientras yo voy a por el agua?

Regresó con el palo y yo continué hablando:

—Yo voy echando mientras tú remueves... Eso es, hasta el fondo del cubo... Déjame que añada un poco más de agua... Perfecto, ahora meteré este primer poste en el agujero y lo mantendré recto. Tú mete algunas piedras como cuña a su alrededor. Bien... así está bien. Ahora echemos el cemento. ¿Puedes buscarme algunas piedras más?

Uno a uno fuimos colocando los postes, mientras yo seguía hablando y dándole ánimos, y Eva respondiendo maquinalmente a mis preguntas e indicaciones. A mediodía, ya eran tres los postes que se alzaban a lo largo del lateral izquierdo del huerto.

A la hora del almuerzo tuve que abrir un segundo bote de melocotones, y hacia el final del día, cuando todos los postes salvo uno estuvieron colocados, Eva ya se adelantaba a mis acciones y hacía incluso sugerencias.



Eva se ha comido todo el arroz del desayuno esta mañana. En el huerto se ha ofrecido a mezclar el cemento mientras yo recogía piedras para meterlas a modo de cuñas alrededor del poste del último agujero. Pero cuando me incliné para coger el poste, levantarlo y colocarlo en su lugar, algo pareció ceder en la parte inferior de mi espalda. Avancé vacilante unos pasos hasta caer de rodillas mientras mis músculos gemían y se retorcían.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva agachándose junto a mí.

—La espalda —dije resoplando—. Me duele.

—Échate —ordenó ella, con una autoridad que no le había visto desde que dejó de bailar—. Boca arriba. Dobla las rodillas. Toda la columna ha de tocar el suelo. Tienes que relajar los músculos antes de que te hagas más daño. ¿No te ha dicho nunca nadie que no se debe levantar peso con la espalda?

Me quedé quieta hasta que los espasmos cedieron. Pero cuando traté de sentarme los músculos volvieron a contraerse y me estremecí de dolor.

—Tumbate otra vez —ordenó Eva—. Lleva un rato. Si descansas ahora, probablemente podrás bailar, quiero decir, trabajar, mañana mismo.

—Casi hemos terminado —gemí—, y las lechugas están empezando a brotar.

—Yo me ocupo —dijo—. Los ciervos tendrán que cultivar sus propias lechugas.

Así que mientras me quedo echada con la columna apoyada contra el suelo, Eva coloca el último poste y se pelea con el rollo de la alambrada para cerrar el huerto recién ampliado.

—Podemos tensarlo y clavarlo mañana —dijo cuando terminó—. Es provisional —añadió con un tono de satisfacción que me recordó a nuestro padre—, pero creo que mantendrá alejados a los animales por esta noche. Vamos, Nell, tenemos que meterte en la cama.



A la mañana siguiente mi espalda estaba bien, pero Eva insistió en darme un masaje antes de que fuéramos al huerto.

«Si no te cuidas ahora, te molestará durante mucho tiempo. Lo sé», dijo, empujándome para que me echara en el colchón con esa nueva y fascinante potestad. Para complacerla, me levanté el camisón y después me quedé quieta, maravillándome de cuán rápidamente sus manos encontraban los lugares doloridos que ni yo misma habría sabido indicarle. Suspiré y me relajé bajo sus cuidados, entregando los restos de mi dolor a sus dedos. Sus manos parecían tan capaces, tan inteligentes y tan atentas, y yo disfrutaba no solo con las sensaciones sino también con lo que todo aquello implicaba, que la hermana que tanto amaba seguía existiendo, que por fin había regresado.

«Se acabó —dijo—. ¿Qué tal?».

Solté un gemido de placer y ella se apartó, dejándome tumbada en mi colchón, los ojos cerrados, los brazos estirados, un montón de carne feliz preparándose para el día que me aguardaba, tratando de prever las necesidades del huerto en el que había concentrado toda mi atención y mi devoción desde que arrancara el primer puñado de hierbajos.

«Recuperada o no —dije cuando concluía mi planificación mental y parecía que no podía seguir más tiempo echada—, ¡aquí estoy!».

Hice un esfuerzo para levantarme del colchón, y estaba buscando una camiseta para trabajar cuando me fijé en Eva.

Estaba sentada en su sitio junto a la mesa, y unas lágrimas silenciosas resbalaban por su rostro, las primeras que le veía desde que la había encontrado magullada y sollozando junto a la pila de leña.

—Eva —dije—, ¿qué pasa?

Ella meneó la cabeza como para deshacerse del llanto, pero mientras las lágrimas seguían bajando por su cara, respondió:

—Estoy muy asustada, no puedo evitarlo. Son como olas negras que veo llegar y yo soy un corcho diminuto. Me balanceo en la superficie y pienso que todo va a ir bien, y luego llega otra ola y vuelvo a hundirme.

Me acerqué a ella, me incliné y la rodeé con mis brazos desnudos. Ella permaneció sentada, inmóvil, su cara iluminada por las lágrimas. Luego, de repente, se dio la vuelta, sollozando violentamente, y enterró su rostro en mi pecho. Lloró hasta que mis senos estuvieron resbaladizos por las lágrimas, mientras la sostenía y la mecía en mis brazos.

—Ahora me toca a mí —susurré, cuando su llanto empezó a ceder. Ella trató de soltar una risita de protesta entre sus gimoteos, pero yo la tomé de la mano, la hice levantar de la silla y la conduje a su colchón.

—Échate —ordené—. Vamos a ver si he aprendido algo.

Hice una mueca de dolor cuando mis manos, llenas de ampollas, se encontraron con su piel. Al tacto de mis dedos ella empezó a llorar aún con más fuerza.

—Tranquila —le dije—. Puedes llorar todo lo que quieras.

Al principio me limité a acariciar la espalda de mi hermana. «Mira —decían mis manos—, aquí está el cuello de Eva, aquí están las curvas de sus costillas, estos son sus hombros caídos por la tristeza y las adorables vértebras de su columna, este es el tierno hueco de los músculos que conforma su región lumbar». Luego, empezando justo por debajo de su hueso occipital, masajee los fuertes trapecios que recorrían su cuello y sus hombros, amasándolos como pan entre mis dedos, la simetría de mis manos correspondiendo con la simetría de su espalda. Una y otra vez pellizqué, distendí y relajé aquellos músculos contraídos mientras ella no dejaba de sollozar sobre la sábana en la que estaba echada. Me olvidé de mis ampollas, me olvidé incluso de la tierra húmeda que me esperaba fuera, y me concentré por entero en cómo mis manos hablaban con sus hombros.

Poco a poco incité y requerí a sus penas reprimidas que desaparecieran de sus hombros. Por fin sentí que los músculos cedían, se aflojaban, se relajaban,

de una manera tan imperceptible que bien podría haber pensado que era fruto de mi imaginación, de no ser porque su llanto también empezaba a ceder. Suspiró, y mis manos siguieron explorando en su espalda, a través de sus costillas y a lo largo de la columna vertebral.

Cuando me pareció que la relajación la hacía volver en sí, me esforcé aún más, empujando, amasando y apretujando los horribles recuerdos y los nuevos hábitos que su cuerpo aún albergaba. Ella se estremeció, se puso tensa y rígida, se resistía, pero poco a poco se abandonó, se relajó aún más profundamente a medida que sus músculos descubrían que ya no había necesidad de aferrarse a todo aquel dolor.

Muy despacio, mi hermana fue rindiéndose, hasta que por último cada músculo de su espalda se destensó, y cuando le levanté el brazo, su mano se desplomó con flacidez. Por primera vez desde la violación, su carne no tenía miedo, y sentí cómo la alegría brotaba en mí, a través de mis manos, subiendo por mis brazos, colmándome el corazón, porque parecía que estaba en mi poder hacer que mi hermana se sintiera bien.

Empecé a acariciarla despacio, mis manos trabajaban con suavidad, como si fueran un soplo, diciéndole adiós, diciéndole que mi trabajo había acabado. La toqué como se toca a un pajarito, como se acaricia y protege a un ser tan frágil que difícilmente uno hubiera podido imaginar que se dejara coger. Sin embargo, mientras la acariciaba para liberarla con dulzura de mi presencia, me pareció sentir que una nueva tensión penetraba en su cuerpo. Porque si bien su carne estaba ahora relajada, resultaba también más vulnerable a la intrusión, y pude sentir el miedo a que yo me apartara.

Así que continué acariciándola, esperando el momento en que su cuerpo les dijera a mis manos que ya no las necesitaba. Amaba tanto a mi dulce hermana, amaba en ella todo lo que siempre había amado, amaba todo lo suyo, todo lo que conocía y todo lo que sabía que jamás podría conocer, amaba a aquella bailarina, a aquella mujer tan bella que tenía entre mis manos, una hermana con quien antaño había recorrido el bosque, una hermana con la que había sufrido tantas cosas terribles, una hermana de la que no me podían separar ni el amor ni la muerte.

«Te amo», decían mis manos. «Recuerda que esto es tuyo», le contestaban. «Este cuerpo es tuyo. Nadie puede quitártelo, si tú lo aceptas, si lo vuelves a reclamar... son tus brazos, tu espalda, tus costillas. Es todo tuyo. Toda esta belleza, toda esta fuerza y esta gracia son tuyas. Este jardín es tuyo. Tómalo. Recupéralo».

Sentí que suspiraba de amor por ella. Mis manos temblaban en su espalda. Quería salvarle la vida, quería que su alma regresara del lugar oscuro en el que se hallaba acurrucada. Amaba cada hoyo y cada ángulo de su cuerpo, cada peculiaridad, cada respuesta, la manera ansiosa con la que sus pulmones respiraban, la forma con la que su columna se arqueaba cuando mis manos recorrían suavemente la curva de sus caderas, bajaban por las columnas gemelas de sus muslos hasta el hueco de sus rodillas, y luego rehacían el camino, para encontrarse en esa sombra donde convergían sus piernas.

Cuando se dio la vuelta, pude ver que había regresado del todo. Estaba viva, expresando un anhelo que me inquietó al punto de acobardarme. Pero antes de que pudiera retirarme, ella empezó a enseñarme, con los dedos y las palmas y la respiración y la lengua, más de lo que yo acababa de mostrarle a ella sobre el placer de la carne.

Hicimos el amor. Resucitamos el gozo de nuestros cuerpos. Juntas aprendimos que la fuerza puede ser lo contrario de la violencia, y cuando Eva, que había estado acurrucada en su vergüenza, su silencio y su dolor, se arqueó, se abrió y gritó, supe que algo precioso había quedado redimido.

Permanecemos abrazadas como niñas hasta dormirnos. Al despertar, nos levantamos a la vez de su cama, nos vestimos, bebimos agua y salimos afuera a plantar el nuevo huerto.



Debe de ser junio, pero es poco más que una suposición. Estos días pasamos mucho tiempo en el huerto. Con el amanecer nos tomamos nuestra taza de té blanco y comemos nuestro magro desayuno. Para cuando el cielo ha empezado a tomar color ya estamos fuera, temblando bajo el aire frío mientras abrimos la verja con los dedos rígidos. Removemos y desherbamos, al tiempo que el sol se levanta y nuestros cuerpos se desentumecen, calentándose con el trabajo. Más tarde, cuando las manos soportan bien el frío, empezamos a regar. Primero utilizamos un tubo para sacar a sifón el agua de la vieja bañera de patas en forma de garra, esa que nuestro padre instaló para recoger el agua cuando la bomba eléctrica dejó de funcionar. Cuando la bañera está vacía, empezamos nuestros interminables viajes al arroyo, cubo a cubo.

Hemos plantado todas las semillas que tenemos, todas las semillas que nuestro padre nos dejó, incluso las que no reconocemos y encontramos

desperdigadas por el fondo de la caja. Estamos fertilizando cada planta salvaje, tratando de que viva, se desarrolle y llegue a convertirse en comida.

Cavamos, escardamos, regamos con cuidado, la misma cantidad de agua cada vez, trabajamos hasta que el sol está en lo más alto. Nos detenemos para comer y descansar, y luego trabajamos hasta que la luz empieza a apagarse y el aire fresco trae enjambres de mosquitos. Por la noche, tumbadas en la cama, los músculos me tiemblan y me duelen las manos llenas de callos. Cierro los ojos y veo tierra. Pero no tengo sueños.

Seguimos echando miradas al bosque con más frecuencia que antes del incidente, y no nos aventuramos fuera del claro, más allá del círculo de tulipanes marchitos. Seguimos pegando un brinco cada vez que un halcón chilla o un arrendajo grazna o un ciervo atraviesa la espesura. Llevo conmigo el rifle a todas partes, y seguimos volviendo a casa siempre antes de caer la noche. Mucho antes de que estén dispuestas a irse a dormir, atraemos a Bathsheba y a Pinkie con algún resto del huerto para que se metan en su gallinero. Y, una vez dentro de casa, comprobamos concienzudamente las ventanas tapiadas y bloqueamos la puerta con la cómoda antes de empezar a preparar la cena. La verdad es que todo esto ha comenzado a parecerme más un ritual que una estrategia de supervivencia. Estoy casi segura de que el hombre que arrasó nuestra vida no está escondido en el bosque. Creo que estamos a salvo, hasta que al siguiente se le ocurra venir.

Me preocupan las semillas que guardó mi padre, porque son el resultado de hibridaciones del último año, y no sé qué haremos el próximo, cuando las que plantemos habrán sido polinizadas de manera natural, sin control. Me preocupa cuándo y cómo abonar y si tendremos o no bastante agua. Me preocupan los bajos índices de germinación y las plagas, los insectos y los imprevistos. Pero desde el día en que entré en el huerto no he vuelto a desear morir.

Eva sigue sin bailar. No obstante, trabaja tan duro como yo, y por la mañana a veces se ríe cuando acogemos con júbilo las filas de nuevos plantones que se han abierto camino a través de la tierra mientras dormíamos.

Hemos comenzado a cogernos de la mano durante un instante antes de empezar a comer, con la cara inclinada sobre nuestro plato, y aunque en realidad no sabría decir qué significa ese gesto, lo cierto es que no somos capaces de comer sin hacerlo. Es el único momento en que nos tocamos.



Eva vomitó ayer por la mañana. Mi primera reacción fue de horror al pensar en un envenenamiento por tomaña, o en la disentería o el cólera, o en la gripe que había matado a la madre de Eli. Insistí en tomarle la temperatura. Pero era normal, no tenía diarrea y tampoco había comido nada que yo no hubiera comido.

«Me encuentro bien —no dejaba de decir—, solo estoy un poco mareada».

Al final me mandó al huerto.

«Me encuentro bien —repitió—. Solo necesito echarme un rato».

Y cuando regresé al mediodía me había preparado la comida.

Sin embargo, esta mañana volvió a vomitar, y de nuevo tuve que irme al huerto sin ella. Regué los brotes de zanahoria, desherbé las patatas, y estaba partiendo leña, el hacha levantada sobre mi cabeza, cuando la razón de su malestar estalló dentro de mi cabeza. Mis brazos se aflojaron y el hacha cayó sin fuerza. Experimenté un espantoso sentimiento de incredulidad. La hoja había golpeado el tronco por un lado, y este rodó entero a mis pies.

Al mediodía, Eva dijo que se sentía mejor, y trabajó en el huerto hasta que oscureció. Aun así, me he pasado la noche mirándola de reojo, espiando su barriga, sus pechos, y ojeando también la enciclopedia: «Además de los tests para determinar niveles elevados de gonadotropinas coriónicas, el embarazo se reconoce, al principio, por las náuseas frecuentes, los senos hinchados y la ausencia de periodos menstruales».

«No, por favor —grita una voz dentro de mi cabeza en una oración sin esperanza, en un mantra de desesperación—, esto no. Después de todo lo que hemos pasado, esto no».



«Aborto: expulsión espontánea o inducida de un feto no viable desde el interior del útero. En casi todas las culturas se han practicado técnicas de aborto, con o sin el apoyo de la comunidad».

¿Qué técnicas? ¿Cómo se han practicado? No necesito una definición o un vago comentario sociológico. Necesito hechos. Detalles. Instrucciones.

Necesito saber cómo se practica un aborto casero.

Tiene que haber una forma. Pienso en ello a todas horas. Cuando me inclino bajo el sol o me arrodillo en la tierra entre los frágiles brotes verdes que garantizan nuestro futuro, pienso en ese aborto. Eva no deja de vomitar mientras dice que no pasa nada. Sus periodos siempre han sido tan

irregulares, debido al baile, que quizá ella misma no se ha dado cuenta todavía.



Esta mañana estuvimos arrancando hierbajos, una al lado de la otra, entre las hileras de judías cuyos cotiledones se estaban desplegando como pares de alas. Yo acababa de terminar mi desayuno, y Eva se había negado una vez más a desayunar.

«No puedo comer», dijo cuando le ofrecí un huevo duro, no mayor que un hueso de aguacate, el primero que ponían las gallinas desde hacía meses.

Hace nada se estaba arrastrando a mi lado sobre la tierra húmeda, nuestras sendas separadas por una línea de plantas nuevas y delicadas. De una manera extraña, parecía algo casi sagrado, avanzar centímetro a centímetro sobre las rodillas, respirando sobre las plantas, cuidándolas. La tierra estaba fría, el sol ganaba fuerza, los pájaros andaban atareados de acá para allá, y me di cuenta, con un repentino asombro, de que, por primera vez desde la llegada de Eli, tenía un momento de clara y tranquila felicidad.

—Si todo esto crece —dije, abarcando con el brazo nuestro amplio huerto—, quizá podamos aguantar el próximo invierno.

Eva también se había detenido. Se balanceó hacia atrás sobre sus caderas y dijo:

—Seremos tres.

Durante un instante creí que quería decir que Eli iba a regresar, y al instante siguiente preferí seguir desherbando. Ella se sentó, sin quitarme ojo, esperando que yo hablara.

—¿Qué quieres decir? —pregunté tartamudeando.

—Hay un bebé en camino.

—Me lo temía.

—Sí —dijo, hendiendo sus manos en la tierra oscura—, no estaba segura, pero ahora ya lo estoy.

—¿Qué quieres hacer?

Ella me miró con curiosidad mientras estrujaba un puñado de tierra.

—¿Qué podemos hacer?

—Bueno, no estoy segura —respondí—, aunque tiene que haber una manera. Lo averiguaremos.

—¿Averiguar qué?

—Ya sabes.

—¿El qué?

—La manera de detenerlo.

—¿Detenerlo? —Abrió el puño mostrando el terrón de tierra que yacía en su palma, surcado con el dibujo de su mano—. ¿Por qué?

—Eva... no puedes tenerlo.

—¿Por qué no? —preguntó, como si no se hubiera pasado todos aquellos años en su estudio luchando contra la ley de la gravedad.

—¿Estás de broma? ¿Cómo vamos a cuidar de él?

—No lo sé. Ya nos arreglaremos. De todas maneras —dijo encogiendo un poco los hombros—, el proceso ya ha empezado. No podemos detenerlo.

—Pues claro que podemos. De muchas formas. La enciclopedia no aclara demasiado, pero lo descubriremos. Hay baños calientes... y ejercicio intenso... y quizá hierbas. Podríamos probar con el jarabe para la tos.

—¿Tú sabes lo que estás diciendo? Es un bebé. No puedes detener algo así.

—Aún no es un bebé. Y claro que una puede detenerlo si es necesario.

—¿Y por qué iba a ser necesario?

—Eva —dijo con un hilo de voz—. Te han violado.

Se encogió y se agarró el vientre como si así pudiera protegerlo de aquellas palabras.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Ah, no?

—No, no tiene nada que ver.

—Pero, Eva, es su hijo.

—¿De quién? —preguntó ella con brusquedad, y por un segundo hubiera jurado que realmente no sabía a quién me refería. Luego se mofó—: ¿De ese hombre? ¿De verdad piensas que él podría hacer un hijo? —Se movió hacia delante sobre los pies y las manos, reanudando su lento arrastre en paralelo a las judías—. E incluso si hubiera sido así como comenzó... —dijo, mientras arrancaba un hierbajo de su sendero, sus raíces como tiernas venas blancas bajo la luz del sol—. Incluso si esto comenzó en aquel momento —repitió, alzando los ojos para encontrarse con los míos—, ¿cómo iba a ser suyo este bebé?

—Eva, es una cuestión de genes...

—¡Genes! —Escupió la palabra como si fuera el nombre del violador—. Genes. ¿Tiene sentido para ti, Nell, que una mujer pueda quedarse embarazada y llevar un bebé en su interior durante nueve meses, que luego lo

alimento, lo cuide y le cambie los pañales, y que un hombre pueda pretender que la mitad de todo eso es suyo?

—Nuestro padre nos cambiaba los pañales.

—Y así es como se ganó nuestro cariño, como nos ganó a nosotras. Además —añadió tirando de otro hierbajo, su voz fuerte, suave y segura como nunca la había oído—, ¿cómo va a ser mío este bebé?

—¿Qué quieres decir?

—Este bebé es dueño de sí mismo.



De modo que mi hermana va a tener un bebé. Durante estos últimos días, varias veces me he visto arrastrada por una preocupación tan fuerte, tan sobrecogedora, que me sentía como si una ola me proyectara hacia un torbellino de agua helada y arena, incapaz de respirar, luchando desesperada por llegar a la superficie.

Luego la ola retrocedía, y yo volvía a estar seca, con la tierra bajo los pies, regando calabazas, desherbando tomates, rodrigando judías, haciendo preparativos para el futuro que pudiera quedarnos. Anoche soñé que Eva y yo estábamos sentadas al lado del tocón de secuoya donde hice el amor por primera vez con Eli. Un oso se acercaba a nosotras arrastrando las patas. Paralizadas por el miedo, lo veíamos aproximarse, contemplábamos el balanceo ligero de sus poderosos músculos bajo su pelaje. Cuando estuvo más cerca, observé las garrapatas hinchadas que se amontonaban alrededor de sus ojos, y fui consciente de la sorprendente longitud de sus garras desnudas y amarillas. Sentí un terror puro.

El oso se acercó hasta situarse justo frente a mí. Abrió la boca, y pude ver sus dientes gruesos y la desnudez rosada de su lengua. Mi respiración cesó, como si alguien estuviera estrangulándome, y cerré los ojos, dispuesta a entregarme a aquellas mandíbulas. Pero lo que sentí a continuación no fue el desgarrar de sus dientes, sino la húmeda aspereza de una lengua y un fétido aliento en mi cara.

Un momento más tarde se olvidó de mí, y se arrastró para lamer y olfatear el cuerpo de Eva, envolviéndole la cara, también, en sus amplias fauces. Luego desapareció en el bosque, y yo me quedé sentada junto al tocón, pensando: «De modo que así es como se hacen los niños».



La enciclopedia no dice gran cosa sobre el embarazo y el parto, aunque hay algunos artículos sobre la concepción y el desarrollo fetal, y un texto bastante irrelevante sobre los distintos fármacos que emplean los obstetras durante el alumbramiento. Hay una sección titulada «Cambios anormales a lo largo del embarazo» y otra sobre «Posibles accidentes en el parto», pero aún no logro decidirme a leerlas.

Finalmente las leo. «La fuerza y el estado general de salud de una mujer son algunos de los múltiples factores que inciden en la duración y el resultado del parto». Y también: «Pasear se considera el ejercicio ideal para la mujer parturienta».

A pesar de ir armadas con el machete y el rifle, al abandonar el claro y entrar en el bosque para nuestro primer paseo sentimos como si caminásemos hacia la muerte. Era mediodía, hacía calor, y aun así llevábamos botas y pantalones largos, y al alejarnos de casa por el camino de tierra nos pareció que el aire llegaba cargado de ominosos presagios.

El bosque tenía un aspecto exuberante, tranquilizador, aunque pegábamos un brinco con solo oír el sonido de nuestros pasos. Incluso la brisa nos ponía tensas. Acabábamos de tomar la primera curva del camino cubierto de hierbajos cuando algo se movió en la maleza y siguió saltando y armando ruido colina arriba, alejándose de nosotras. Con cierta vergüenza, convinimos en que ya habíamos ido bastante lejos para ser el primer día, y regresamos a casa.

Volvimos a salir al día siguiente y nos aventuramos un poco más lejos. Al otro inspeccionamos los árboles frutales, y un día después llegamos hasta el puente. En el camino de vuelta descubrí con sorpresa que me había dejado el rifle en el huerto.



Tras un duro invierno y una primavera incierta, las dos gallinas están poniendo nuevamente, de modo que somos ricas en huevos, la mayor parte de los cuales comemos revueltos con perejil, romero y albahaca del huerto, o duros con un poquito de nuestra sal de ajo.

El huerto sigue adelante, aunque no ha llegado a germinar ni una sola semilla de melón ni de brócoli, el maíz parece haber detenido su crecimiento y la última fila de lechugas que planté ha producido tan solo unas pocas plantas miserables. Pero ya estamos comiendo acelgas y espinacas y guisantes, y para esta noche tenemos una ensalada de remolachas diminutas.

Hasta ahora no había sido consciente de que una parcela sembrada de hortalizas es un jardín repleto de flores. Las de las calabazas son grandes y doradas, las de los tomates están esparcidas como estrellas blancas entre los sarmientos verdes, y las plantas de judías aparecen decoradas con yemas color lavanda.

En el vergel, los árboles están cargados de frutas pequeñas y duras, y las nueces, aún verdes, colman el nogal.



El vientre de Eva ha empezado a mostrar un ligero abultamiento, aunque todavía hay momentos en que no puedo creer que realmente esté embarazada, momentos en los que estoy segura de que todo es un sueño, que su periodo irregular retornará. Ha recuperado algo de su antigua gracia y vuelve a moverse como lo hacía, pero sigue sin bailar.

Estos días no parece preocupada. Se olvida de cerrar la puerta por la noche. No le concede un solo pensamiento a la despensa, cada vez más vacía. Apenas se fija en los agujeros que presentan las hojas de las acelgas, en el crecimiento atrofiado de los pimenteros, en el feo aspecto de los pepinos o en el raquitismo del maíz. No se preocupa, como yo, por los cruces o por las semillas estériles. No se le ocurre contar los frascos o preguntarse qué pasará si la fuente se seca.

Yo me preocupo por las dos. Me preocupo por las plagas, las enfermedades y los accidentes. Me preocupo por el fuego y los merodeadores. Me preocupo por las gallinas y los frutales, por las tablillas rotas del tejado y por el altillo que amenaza con hundirse. Por la noche me quedo despierta en la cama, mirando fijamente la oscuridad y preguntándome cómo conseguiremos que salga el bebé, y cómo demonios nos las arreglaremos una vez esté aquí.



A ratos sigo leyendo la enciclopedia, ya no para las pruebas de acceso a Harvard, sino de la misma manera en que antes leía novelas, por las historias que contiene. Ahora leo solamente por la tarde, en esos pocos minutos que quedan entre el momento en que se termina el trabajo del día y aquel en que las últimas luces desaparecen. He abandonado el orden alfabético y voy dando saltos, leyendo superficialmente los artículos, tumbada sobre mi

colchón con el volumen apoyado a mi lado y siguiendo el dictado de mis caprichos, hasta que mi cuerpo fatigado me arrastra hacia el sueño y las frases finales se mezclan con mis fantasías oníricas.

«Secuoya (*Sequoia sempervirens*): la secuoya costera es el árbol más alto del mundo y uno de los más longevos. En las zonas más favorables de su hábitat, las secuoyas costeras pueden vivir más de dos mil años. Si bien solo una semilla de cada millón llega a convertirse en un árbol maduro, el viento, las tormentas y el hombre constituyen las únicas amenazas para un árbol desarrollado.

»Incluso cuando las secuoyas son derribadas o dañadas, muestran una notable capacidad para la supervivencia. Las excrecencias verrugosas de los brotes inactivos, llamados nudos, estimulan la producción de retoños que crecen a partir de estos árboles caídos o afectados. Es habitual, por tanto, ver árboles jóvenes, formados a partir de nudos, rodeando a un árbol padre dañado».



No teníamos intención de llegar hasta allí cuando empezamos a caminar. Cogimos sin más la pista, y luego, inmediatamente antes del puente, decidimos tomar un sendero que habíamos descubierto unos días antes. A través de la espesura, el sendero nos condujo a un terreno llano donde el dosel del bosque se elevaba a gran altura por encima de nuestras cabezas, y en el que había poca maleza. Al cabo de un rato los árboles empezaron a hacerse más pequeños, y enseguida nos encontramos subiendo por la colina. Siguiendo el estrecho camino fuimos ascendiendo en fila india, de forma lenta y constante, ambas concentradas en el sonido de nuestra respiración y en la tensión de los cuádriceps.

Cuando me di cuenta de que estábamos caminando por la misma zona del bosque que habíamos atravesado en la loca carrera hacia nuestro padre, agonizante, mi primer pensamiento fue dar la vuelta. Pero ese impulso pasó, y de repente sentí la necesidad urgente de ver su tumba. Quería enfrentarme a ella, saber con certeza lo que había sucedido. Quería ver si mis pesadillas eran ciertas.

Lo deseaba con tanta intensidad que no me atrevía a mencionarlo, por si acaso a Eva se le ocurría dar la vuelta. Yo caminaba a su espalda, y justo cuando empezaba a sentirme culpable por engañarla y no decirle nada sobre el lugar al que nos estábamos dirigiendo, vi que ella empezaba a andar más

despacio. Un segundo después se enderezó y siguió andando. Más tarde, cuando pasamos junto a un grupo de flores silvestres de color púrpura, se detuvo a recoger unas pocas.

Para cuando llegamos al claro, mis manos también estaban llenas de flores y jadeaba, estaba acalorada y agotada. Me aproximé al lugar con actitud vacilante, preparada para echar a correr.

Allí estaba la tumba de nuestro padre, intacta, apacible. Pese a haber pasado todo un invierno recibiendo lluvia, hojas de roble y agujas de pino, parecía más desnuda que la tierra que la rodeaba. Pero no había sido hollada. Era un montículo uniforme, ni rastro de la tierra revuelta y la carne desparramada de mis pesadillas.

Tengo que admitir que experimenté una sensación de orgullo al mirar aquel túmulo tan sencillo. Al menos habíamos sabido qué hacer. Habíamos cavado hondo y lo habíamos cubierto bien, de modo que ahora, después de un invierno, la tumba de nuestro padre permanecía cerrada, cicatrizando limpiamente como una herida bien curada.

Dejamos las flores sobre el montículo, y después nos sentamos a su lado en un silencio profundo, como si estuviéramos junto a la sepultura de un viejo amigo con quien ya no eran necesarias las palabras. Apreté las palmas contra aquel suelo que cubría las células en descomposición de mi padre y pensé en gusanos, podredumbre y lombrices, recordé todas las pesadillas que me habían despertado en la oscuridad de nuestra casa, todas aquellas imágenes que me habían dejado rígida y empapada en sudor por el miedo y la culpa.

Imaginé la cara abotargada de mi padre deshinchándose bajo su carga de tierra. Imaginé los insectos retorciéndose, los líquidos espesos, la putrefacción. Y, sin embargo, todo eso no me producía horror. «¿Y qué? — pensé—. Cagamos cuando estamos vivos y nos pudrimos cuando estamos muertos. Eso es la naturaleza. Esa es nuestra naturaleza».

Bajo el baño suave de un naciente sol de verano, me quedé dormida, volví a soñar y sentí, entremezclados con la luz que me caía sobre la cabeza, el peso y el calor de la mano de mi padre. Recordé cuando yo era una niña y él solía venir a mi habitación a la hora de acostarme, cómo se sentaba en mi cama para hacerme una broma y charlar un rato antes de inclinarse para besarme y decir: «Dulces sueños, Calabaza», haciéndome sentir tranquila, permitiéndome confiar en la noche.

Se me ocurrió entonces que podía haber cierto consuelo en el hecho de que mis padres hubieran muerto, en la certeza de que el misterio de la muerte los había abrazado ya. Lo que pueda pasarle a una persona cuando muere, a

ellos ya les había pasado. Iban por delante, abriendo camino, y así la muerte parecía un poco más familiar, un poco más confortable, un poco menos aterradora. Al pensar que mis padres estaban ya allí —en la muerte—, sentí que podía permitirme disfrutar de la luz del sol tanto tiempo como me fuera posible. Sentada al lado de la tumba de mi padre me sentía feliz —y sin miedo— de estar viva.

Entonces Eva, que había estado hurgando en las hierbas que había al otro lado del montículo, dijo:

—Mira esto.

—¿Qué es?

—¿No son fresas? —preguntó, mostrando en su mano dos frutos del color y el tamaño de unas gotas de sangre.

—Supongo que sí —respondí.

—Parecen maduras —dijo, y se las llevó a la boca.

—¡Eva! —grité antes de que pudiera morderlas.

—¿Qué?

—No puedes comértelas.

—¿Por qué no?

—Podrían ser venenosas.

—¿Las fresas?

—Quizá no sean fresas.

—¿Y qué van a ser?

—No lo sé. Pero no puedes correr el riesgo —dije, señalando con el dedo su barriga.

Ella bajó los ojos para mirarse, se encogió de hombros y me ofreció las fresas.

—De acuerdo. Pruébalas tú.

«Las plantas silvestres pueden mataros», oí decir a mi madre mientras Eva dejaba las fresas sobre la palma de mi mano. Con todo, parecían tan inocuas, tan dulces e inocentes, que, antes de que pudiera pensar, ya me las había metido en la boca. Las semillas semejabán diminutos granos de arena entre mis dientes, y su sabor estalló en mi lengua.

—¿A qué saben? —preguntó Eva.

—A fresas —respondí—, solo que con más intensidad. Fresas elevadas a la décima potencia. Me incliné para buscar más.

—Si van a matarme —dije—, quiero asegurarme de que lo hacen bien.

—Oye —gritó Eva—, ¡no acapares!

Nos alejamos de la tumba de nuestro padre y regresamos a casa, sin dejar de mordisquear, hurgando en cada escondrijo del bosque, como ávidas ardillas, siguiendo el débil y serpenteante rastro de fresas que parecía irradiar desde aquel tranquilo claro por toda la espesura.

Esta noche, mientras sorbíamos nuestras tazas vespertinas de té blanco, se me ha ocurrido que el bosque seguramente esconde algo más que una simple ofrenda de fresas. Debe de estar está lleno de cosas que comer. Los indios vivieron aquí y sobrevivían sin frutales ni huertos; comían solo lo que estos bosques les ofrecían.

No tengo ni idea de por dónde empezar. He estudiado un poco de botánica. Sé cosas sobre la morfología y la fisiología de las plantas. Sé cómo crecen y se reproducen. Puedo reconocer una célula vegetal bajo el microscopio y puedo describir el conjunto de reacciones químicas que dan lugar a la fotosíntesis. Pero ignoro el nombre de las flores que depositamos sobre la tumba de nuestro padre. Ignoro el nombre de las hierbas que arrancamos del huerto o incluso qué clase de hojas usamos desde hace tiempo como papel higiénico.

Puedo reconocer la hiedra venenosa. Puedo distinguir un roble de una secuoya. Sin embargo, he olvidado casi todos los demás nombres: latinos, indios o vulgares. Ni siquiera me atrevo a conjeturar qué plantas son comestibles o cómo podrían sernos útiles. «Ese arbusto —digo—, esa flor o esas hierbas». ¿Y cómo podrían esos arbustos o flores o hierbas alimentarnos, vestirnos, curarnos?

¿Cómo he podido pasar mi vida entera aquí y saber tan poco?



—Tiene que haber una manera de aprender a usar las plantas silvestres — le dije a Eva esta mañana, después de habérmelo repetido a mí misma durante toda la noche.

Ella levantó la mirada de su plato de huevos para preguntar:

—¿Cómo lo hicieron los demás?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo consiguió alguien aprender qué plantas eran comestibles?

—Supongo que no les quedó más remedio que probarlas.

—Pues...

—No podemos hacer eso... podríamos acabar muertas.

—¿Y qué dice tu enciclopedia? —preguntó ella, levantándose de la mesa.

—Nada.

Eva llevó su plato a la pila, y estaba ya junto a la puerta de casa cuando se dio la vuelta para decir:

—Recuerdo que mamá compró un libro sobre las plantas que crecen por aquí... para tratar de hacer tintes con ellas.

Entrar en el taller de nuestra madre era como entrar en la oscuridad asfixiante de una tumba. Con la ventana tapiada, ni siquiera había luz para leer los títulos de los libros amontonados en las estanterías que cubrían dos de las paredes, de modo que, brazada a brazada, los fui trasladando al cuarto de estar, y luego, brazada a brazada, los devolví a sus estanterías... libros sobre teorías educativas y técnicas de costura, manuales de reparación de automóviles, cuentos, biografías, novelas románticas y policíacas. Rechacé la Biblia, *La edad de la inocencia* y *La vida de Einstein*.

Finalmente me dirigí al taller de nuestro padre en busca del martillo de orejas y la palanca.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Eva a gritos desde el huerto al verme pasar.

—Necesito un poco de luz —respondí.

Los clavos crujieron y protestaron, el martillo se me resbaló y golpeó el marco de la ventana, y me hice un corte en la mano con la chapa ondulada que habíamos colocado como cerramiento, pero conseguí mi propósito, y la luz del día invadió de nuevo el taller de nuestra madre.

Así encontré *Plantas autóctonas de California del Norte*, encajado en un estante superior, entre *Madame Bovary* y un libro sobre la Guerra Civil

española. Aunque mi madre había escrito su nombre dentro, el lomo estaba intacto y las páginas inmaculadas, como si no hubiera tenido oportunidad de leerlo antes de que el cáncer le robara incluso su amor por los colores. Lo abrí con ansia, atraída no tanto por la belleza de las ilustraciones como por la posibilidad de que aquella información se convirtiera rápidamente en comida.

Fue una decepción. Pienso que de manera inconsciente había estado esperando a una amiga, una consejera, una abuela. Había estado imaginando a una mujer sabia que nos amaba y que sabía cuánto habíamos sufrido, que se alzaría desde las páginas de aquel libro y me conduciría al bosque, arrodillándose junto a la corriente para señalarme unas hierbas, usando su bastón en la orilla para desenterrar las raíces, enseñándome con paciencia dónde buscar, qué recoger y cómo cocinar los frutos del bosque.

Por supuesto, no había semejante mujer, solo un artículo tras otro con nombres latinos, descripciones botánicas e ilustraciones preciosas, aunque bastante vagas y en blanco y negro. *Plantas autóctonas de California del Norte* era tan denso y confuso como el bosque que supuestamente describía. Durante todo el día, mientras Eva cuidaba del huerto, yo me he ido abriendo camino a través de sus páginas, tratando de relacionar las hierbas que pudiera haber visto en el bosque con aquellos estilizados dibujos, tratando de reavivar el significado de algunas palabras que en el pasado había memorizado: peciolo, umbela, racimo.

Esta noche estoy más confusa que nunca. Me siento como si intentara aprender un nuevo idioma sin la ayuda de audios o libros, un idioma cuyos hablantes han muerto, y, por primera vez en mi vida, me pregunto si seré capaz de aprobar el examen.



Hay una pequeña planta que crece junto al taller. Creo que es acederilla. La enciclopedia no menciona la acederilla, pero este libro tiene una descripción que parece encajar, aunque no hay ninguna ilustración. Dice que la acederilla tiene gustosas hojas de sabor ácido y forma auricular. «Auricular» significa con forma de oreja, y supongo que esas hojas lobuladas podrían considerarse similares a las de una oreja, aunque también recuerdan a una punta de flecha desgastada.

No encuentro otra descripción que encaje mejor, y, según razono una y otra vez, si el libro dice que tiene un agradable sabor ácido, seguramente no

sea venenosa... aunque en la definición que da más adelante de la belladona tampoco dice nada de que sea tóxica...

Qué acto de valor y de fe es arrancar y probar una simple hojita verde. En la fría noche, con Eva a mi lado y las advertencias de nuestra madre zumbando en mi cabeza, me sentí como si estuviera recreando la historia de la humanidad mientras me inclinaba, cogía una hoja, soplabla la delicada capa de polvo de su superficie y le daba un mordisquito, con tanto cuidado que creo que esperaba que me quemara los labios. Pero tenía un gusto fresco, sutil, limpio. Sabía a ácido y a verde, como la clorofila o el aire de la noche. Era un poco dura, casi como la lechuga que se ha espigado, solo que más fresca, más viva.

—¿A qué sabe? —preguntó Eva.

—Está buena —dije—, un poco ácida.

Entramos en casa para preparar nuestra cena de hojas de remolacha, guisantes y huevos pasados por agua. Por la noche me desperté una vez con un ligero retortijón y permanecí desvelada un rato, preguntándome si me iba a morir y deseando desesperadamente vivir.



No hay muchas plantas silvestres con apariencia boyante en mitad del verano. Las más primaverales se han vuelto tan duras y amargas que no se pueden comer, y la mayoría de frutas y frutos aún no están maduros. Aun así, hasta ahora he probado berros, verdolaga, llantén, raíz de jabonera, acedera de secuoya, berza de pastor, amaranto, hojas de mostaza silvestre y lechuga de minero.

Poco a poco estoy empezando a desenmarañar el bosque, a atribuir nombres a las plantas que lo llenan. Las hojas que usamos como papel higiénico son gordolobo. La planta de flores diminutas, parecidas a margaritas, que crece al lado del taller es cimarrona, una prima de la manzanilla. El hierbajo del huerto con hojas triangulares es berza de pastor. Aunque yo no lo supiera, durante todos estos años, los arbustos que bordean el camino han sido arbustos de avellano. Y las flores que dejamos en la tumba de nuestro padre eran un tipo de iridáceas, cuya raíz se supone que reduce la fiebre y ayuda si tienes la tripa revuelta.

El libro dice que los arces de estos bosques producen savia azucarada, que las hojas de tusílagos pueden proporcionarnos sal, que los indios que antaño vivieron aquí usaban los líquenes como pañales, las adormideras de California

como analgésicos y la harina de bellota como antibiótico. Hay plantas para bajar la fiebre, plantas para calmar los escalofríos, plantas para aliviar los sarpullidos y otras para los pinchazos menstruales. Hay plantas para provocar las contracciones de Eva y para aliviar su dolor durante el parto, plantas para fortalecer a su bebé, plantas para ayudarla a que le suba la leche.

Hay té. Durante meses hemos tomado agua caliente cuando podíamos haber estado bebiendo infusiones de menta silvestre, de escaramujo, de zarzamora, de laurel, de uva silvestre, de mostaza negra, de poleo, de manzanita, de semilla de hinojo, de berza de pastor, de ortiga, de aguja de pino, de corteza de madroño, de hierbabuena, de salvia negra, de violeta, de frambuesas silvestres...

Y hay bellotas. El libro dice: «En todo el mundo y a lo largo de la historia, las bellotas han sido un producto fundamental en la dieta de muchos pueblos, como los japoneses y los chinos, las primeras culturas del Mediterráneo y los nativos norteamericanos.

»Las bellotas han constituido una destacada fuente de alimento tanto por su abundancia como por su valor nutritivo. En Estados Unidos, por ejemplo, algunas variedades de roble, preferidas por las tribus indígenas, pueden proporcionar casi media tonelada de bellotas por árbol al año. Aunque en el caso de los robles la temporada productiva se condensa en unas pocas semanas, se ha calculado que un individuo laborioso, trabajando ocho horas al día, podría recoger más de cuatro toneladas. Semejante cosecha podría alimentar a una familia de cinco personas durante más de un año, al aportar más de cinco mil calorías y cincuenta gramos de proteínas al día por persona».

He vivido en un robledal toda mi vida y jamás se me había ocurrido que pudiera comerme una bellota.



Durante mucho tiempo yo fui Nell y en el bosque había árboles y flores y arbustos. Ahora el bosque es matorral de manzanita, árbol de la cera, arce rojo y arce negro, castaño de indias californiano, laurel, uva espina, grosellero, rododendro, jengibre silvestre y yo soy solo un ser humano, otra criatura que vive en él.

Poco a poco, el bosque por el que paseo se está convirtiendo en mío, no porque yo sea su dueña, sino porque empiezo a conocerlo. Lo veo de manera diferente. Ahora comienzo a distinguir su variedad: en las formas de las hojas,

en la organización de los pétalos, en el millón de matices del verde. Estoy empezando a comprender su lógica y a percibir su misterio. Allá donde voy trato de observar lo que me rodea: un macizo de menta, una mata de hinojo o un campo de amaranto listo para ser recolectado, o al que habrá que volver algún día, cuando sea más necesario, o cuando la estación sea la adecuada.

¿Por qué comprábamos aquellas flores —grandes, pesadas, voluminosas, en macetas de plástico— que regábamos, abonábamos, protegíamos y rociábamos, y que, aun así, terminado el verano, se comían las babosas, los caracoles y los saltamontes? ¿Por qué no dejábamos que las flores crecieran donde debían, saludables y fuertes, y cuando les correspondía?

Quisiera que mi madre estuviera viva para poder decirle que no necesitábamos aquellas petunias de la floristería, que no necesitábamos su círculo de tulipanes. *Clarkia*. Columbina. Clintonia roja. Anisillo. Aciano. Cardo rojo. Trébol de mochuelo. Zapatilla de Venus. *Calochortus amabilis*. Campanilla china. Amapola de California. Cornejo del minero. Botón de oro. Anémona. Sello de Salomón. Altramuz. Algarroba. Flor de lis montañosa. *Ceanothus*. Hierba hedionda. Bardana.

Estábamos rodeadas de flores, siempre.



Comemos como reinas de las semillas que nuestro padre conservó, del huerto que labramos, plantamos y regamos entre mi hermana y yo. Calabazas y calabacines, tomates, zanahorias, remolachas... Cada cosecha es una fiesta, un regalo.

Pero la hibridación está saliendo mal. Tenemos algunas plantas que producen calabacines redondos y otras que dan extrañas calabazas verdes. Ninguna de las semillas de col, berenjena o rábano ha germinado, y algunas de las tomateras que pensé que se darían estupendamente porque su follaje crecía con vigor no han echado flores.

Y hay otras preocupaciones. El maíz sigue teniendo un aspecto escuchimizado, y tal vez sea mi imaginación, pero creo que tanto el arroyo como el manantial están empezando a reducir su caudal. Y la alacena se va vaciando. No quedan más que una o dos tazas de harina agusanada en la despensa, y apenas la cuarta parte de un saco de judías pintas. El arroz se ha terminado. Las latas de Fastco también se han terminado. Solo quedan otros tres botes de las remolachas de nuestro padre, y dos botes más de ciruelas. Por la noche no dejo de darle vueltas a esto: «¿Y si fallan las judías? ¿Y si el maíz

no crece? ¿Y si las tomateras no florecen? ¿Y si la fuente se seca o una plaga invade el huerto? ¿Qué haremos cuando hayamos terminado el último bote?».

Y a la mayor y más constante preocupación: «¿Qué vamos a hacer con un bebé?».



El otro día estaba en el bosque, detrás de casa, recogiendo hierbabuena para añadirla al creciente surtido de hierbas de la despensa. Me sentía tranquila mientras avanzaba despacio por la tierra moteada por el sol, cortando ramitas y metiéndolas en la vieja cesta de Pascua que he empezado a usar para recoger plantas.

Cogí una hoja diminuta, la enrollé entre los dedos, la llevé hasta mi nariz y, cerrando los ojos, inhalé el fuerte olor a menta. Recordé que en *Plantas autóctonas de California del Norte* había leído que los indios empleaban la hierbabuena como sedante. Durante un buen rato me sentí feliz inhalando aquel perfume, pero en el momento en que mis pulmones se llenaron y supe que pronto tendría que interrumpir mi placer para exhalar, otro pensamiento me atormentó con tanta urgencia que me olvidé por completo de la hoja aplastada que tenía en la mano.

«Los indios —pensé—. ¿Qué pasa con ellos?».

Esta noche, agotada por el trabajo y medio dormida, con una taza de té de hierbabuena humeando en el suelo, a mi lado, abrí la enciclopedia, volví a leer lo que ya había leído el invierno pasado, cuando para mí no tenía más relevancia que la de cualquier otra información que debía memorizar para las pruebas de acceso a la universidad: «A los indios que acabaron habitando la región de California del Norte, conocida ahora como los condados de Mendocino Meridional, Sonoma y Lake, se los denominaba pomo, aunque no formaban una única tribu. Al menos durante diez mil años antes de la llegada de los españoles, los pomo disfrutaron de una vida apacible, si bien con rigores.

»Gracias a algún tipo de control primitivo de la natalidad, al clima templado y a la abundancia de caza, pesca y plantas nativas en esa región, su población se mantuvo en una proporción adecuada con sus recursos. No se tiene constancia de que sufrieran hambrunas. Incluso en los años en que la cosecha de maíz era floja, siempre había otras fuentes de alimento a las que recurrir.

»Hoy en día, la población nativa de California se ha reducido enormemente. Entre 1769 y 1845, su número descendió de unos 310 000 a 150 000 individuos. En 1900 había menos de 20 000 indios viviendo en California».

De repente me acordé de otro libro, una antología de historias, canciones y entrevistas de los indios californianos. Le había echado una ojeada años atrás, cuando Eva y yo buscábamos la manera de construir un tipi, pero lo abandoné tan pronto descubrí que ninguna de las tribus que mencionaba vivía en tipis. Lo he encontrado esta noche en las atiborradas estanterías del taller de mamá. Lo he llevado al cuarto de estar y me he sentado frente a la estufa, y allí he estado leyendo las palabras de los pueblos que habitaron nuestro bosque antes que nosotros.

Lo que sigue proviene de una entrevista con Sally Bell, una de las últimas indias sinkyones. Tenía noventa años cuando contó esta historia, en 1928 o 1929.

Matanza en Needle Rock

Mi abuelo y toda mi familia —mis padres y yo— estábamos en casa, y no hacíamos daño a nadie. Temprano, serían las diez de la mañana, llegaron varios hombres blancos. Mataron a mi abuelo y a mis padres. Yo les vi hacerlo. Era ya una niña mayor en aquella época. Mataron a mi hermana pequeña, le sacaron el corazón y lo arrojaron a la maleza, cerca de donde yo había corrido a esconderme. Mi hermanita era solo un bebé, apenas gateaba. Yo no sabía qué hacer. Supongo que estaba tan asustada que me quedé oculta allí durante horas y horas, con el corazón de mi hermana en las manos. Finalmente hui al bosque y me escondí. Viví allí durante mucho tiempo con otras personas que habían huido. Nos alimentábamos de bayas y raíces, y no nos atrevíamos a encender fogatas porque los hombres blancos podían volver a buscarnos. Así que comíamos lo que encontrábamos. Al cabo de un tiempo nos quedamos sin ropas, y tuvimos que dormir bajo troncos y en agujeros de árboles porque no teníamos nada con que cubrirnos, y hacía frío... Era primavera.

Eso es lo que la enciclopedia quiere decir con: «En 1900 había menos de 20 000 indios viviendo en California».



Estaba en el arroyo buscando berros cuando, entre la multitud de guijarros, rocas y trozos de madera del lecho de la corriente, me llamó la atención una piedra y la saqué del agua. Era un cilindro de granito gris, solo un poco más corto que mi antebrazo. Era pesado, suave, y estaba perfectamente trabajado. Se iba estrechando de un extremo al otro, y encajaba tan bien en mi palma que al instante supe que la mía no era la primera mano que lo sostenía.

Al principio, su peso y su tamaño me hicieron suponer que se trataba de un arma, pero luego recordé que la energía es necesaria para muchas tareas, y concluí que debía de haber sido una especie de mano de mortero. Parecía un regalo.



Los pomo dividían el año en trece meses y se guiaban por el tipo de comida disponible en cada uno de ellos: la luna en que puedes encontrar trébol, la luna en que los peces comienzan su migración, la luna en que llegan las bellotas.

Ya no estoy segura de en qué mes estamos, pero anoche había luna llena, y hoy hemos enlatado nuestra primera cosecha de tomates. Al alba, Eva encendió fuego en la estufa mientras yo salía a recoger tomates al huerto, y hacía frío. Cuando regresé, en casa se estaba de maravilla, y al verter agua hirviendo sobre el primer cuenco de tomates y coger uno para quitarle la piel, mis manos heladas agradecieron el calor.

Pero pronto el calor en la habitación se hizo insoportable, y los dedos me dolían a causa del contacto prolongado con el agua caliente y el ácido de los tomates. Recuerdo que mi padre decía: «Hace falta más agua hirviendo para envasar un tomate que para dar a luz a un niño». En la palma de mi mano, la pulpa de cada fruto pelado parecía un corazón, y pensé en Sally Bell y me estremecí.

Trabajamos hasta el mediodía, hasta que el último tomate maduro estuvo preparado y envasado. Finalmente, dejamos que los botes se enfriaran y que el fuego se fuera apagando, y salimos al huerto a recoger ciruelas. Cuando regresamos a casa, al anochecer, había diecinueve botes de tomate esperándonos sobre la mesa, solo uno de ellos no había quedado sellado.

Mañana les toca a las ciruelas, y pasado empezaremos con los melocotones. Nos quedan solo ochenta y tres tapas de envasar, así que muy

pronto este ardoroso trabajo estará acabado, y todo lo que no podamos embutir bajo una tapa se pudrirá bajo el sol de verano.

Me gustaría que pudiéramos comérselo todo ahora, e hibernar hasta primavera.



Hemos pasado la tarde en la loma, no muy lejana, que queda al norte de casa. Estuvimos recogiendo las bayas cerosas de la manzanita para hacer infusiones. Regresábamos a casa en silencio a través del bosque, disfrutando del ruido sordo que hacían las bayas al entrechocar en la bolsa contra nuestra espalda, y de los ocasionales golpes de aire que llegaban como una brisa fantasma. Yo iba pensando en lo que ahora me obsesiona: la manera de llenar nuestra despensa. Calculaba el número de botes que daría la cosecha de judías, contando las comidas y planeando qué debíamos envasar a continuación, cuando de repente Eva dejó caer al camino la bolsa y se desvió a través del bosque.

—Vuelvo enseguida. Quiero refrescarme un poco —dijo, siguiendo el sonido del agua de la pequeña corriente que avanza paralela al sendero en aquel punto.

—Espérame —dije, dejando mi bolsa al lado de la suya. El calor del verano había reducido aquel arroyuelo a poco más que un hilillo. El agua me produjo la fría impresión de la seda en los pies desnudos. Permanecí en el barro y la grava del lecho mientras sentía la presión de la corriente contra los tobillos, y el frescor me iba subiendo por las espinillas. Por un momento dejé de contar frascos.

De repente me fijé en algo que hizo que el mundo en su totalidad se convirtiera en una materia dura y rígida.

—¿Qué pasa? —preguntó Eva cuando sintió mi respiración alterada. Sin decir una palabra, señalé la huella en el barro.

Era ancha y roma, más corta que mi propio pie pero ancha como mi mano extendida, la huella de un grueso talón coronada por las marcas de cinco dedos. Mi primer pensamiento fue: «Ha vuelto», y me quedé paralizada, de pie en aquel arroyuelo como un conejo aturdido, esperando a que la tarde soñolienta fuera hendida por un golpe y un grito.

Luego observé las marcas más pequeñas y puntiagudas que había sobre las de cada dedo, entendí que eran marcas de garras, y sentí una breve sensación de alivio: esa huella no podía ser humana. Un segundo más tarde ya

me estaba girando y aguzando el oído, escrutando el bosque en busca del nuevo peligro que albergaba.

El bosque no había cambiado. Estaba tan tranquilo e impenetrable como un instante antes. Éramos nosotras las que cambiábamos.

—¿Un oso? —susurró Eva.

Asentí con la cabeza.

—Eso parece.

—Pero aquí no quedan osos —dijo ella, agarrándose el vientre como si al cubrirlo pudiera mantenernos a salvo—. Se supone que desaparecieron cuando llegaron los colonos.

—Imagino que habrán vuelto —respondí, incorporándome y acelerando el paso.

«¿Qué es peor? —me pregunté mientras corríamos hacia casa con nuestras bolsas de bayas golpeándonos en la espalda—, ¿un oso o un hombre?».



«Oso negro (*Ursus americanus*)»: el oso más extendido en Norteamérica y uno de los mamíferos más grandes de la región. Antaño disfrutó de un extenso hábitat de tierra boscosa, aunque en tiempos recientes este se redujo mucho y consecuentemente también su población.

»Al igual que el hombre, todos los osos son plantígrados, andan apoyando todo el pie y por lo general dejan una huella en la que es visible una palma ancha y la almohadilla, y, en algunos casos, las garras. A diferencia del oso grizzly, su pariente más fiero, el oso negro raras veces ataca a los seres humanos, prefiere casi siempre la retirada antes que la confrontación.

»El oso negro es omnívoro; además de cazar, come insectos y vegetales. Si tiene la oportunidad, le gusta hacer incursiones en vertederos y *campings*. En las regiones septentrionales, pasa el invierno durmiendo en su cueva, pero a diferencia de otros mamíferos, como la ardilla de Richardson o la ardilla listada, en realidad no es un animal hibernante».



Anoche oímos a humo.

Había sido un día caluroso, con ese bochorno opresivo de finales del verano que te deja sin aliento. Conseguimos pasar tanto la mañana como la

tarde en el huerto, arrancando las lechugas espigadas y recogiendo semillas, desherbando las patatas y las calabazas, y regando las plantas, que falta les hacía.

Habíamos cenado en el porche —unas rodajas de tomates con albahaca, judías verdes cocidas al vapor y calabaza— y estábamos entreteniéndonos con nuestras infusiones de manzanita, observando cómo la luz iba desapareciendo en el cielo por el oeste, mendigando una brisa antes de que la oscuridad nos obligara a entrar en casa, que aun a esas horas seguía como un horno.

Habíamos decidido envasar otra tanda de tomates por la mañana, y yo seguía obsesionada con nuestra menguante provisión de tapas.

La brisa que anhelábamos finalmente llegó... aunque fue un soplo tan débil que no consiguió movernos el pelo. Me descubrí rememorando el otoño, las heladas matutinas, la luz dorada, las hojas amarillas y rojas de los arces. Y volvió la brisa. Al principio pensé que el aire nocturno, de alguna manera extraña y caprichosa, traía el perfume incrustado en las paredes del tiro de la chimenea, pero cuando me llegó de nuevo, me di cuenta de que no se trataba del olor de nuestra vieja chimenea.

Me puse de pie, olfateando el aire y recorriendo el porche bajo la oscuridad creciente.

—¿Qué pasa? —preguntó Eva.

—Creo que huelo a humo —dije.

Se levantó al instante y comenzó a olisquear también. Hubo momentos en que me parecía que nos lo estábamos imaginando todo, me sentía tan frustrada que solo deseaba irme a la cama. Pero luego una u otra decía: «¡Por allí!» y el propio aire parecía tensarse.

—¿Crees que ha regresado? —preguntó Eva—. ¿Puede ser una fogata?

La noche era tan calma, la brisa tan cambiante, que resultaba imposible señalar una dirección, calcular cuánto había viajado aquel humo para llegar hasta nosotras.

—No lo sé —respondí, y fui a buscar el rifle, aunque de repente se me ocurrió que un incendio en el bosque podía ser una amenaza aún mayor. Con un hombre se puede hablar, o puedes dispararle. De un oso puedes huir. Pero un incendio a finales de verano destruiría todo aquello que necesitamos para sobrevivir. Arrasaría nuestra casa y el depósito de agua, el huerto y toda nuestra comida almacenada. Un incendio nos dejaría a merced del bosque.

—No sé qué deberíamos hacer —le susurré a Eva después de que las dos volviéramos a percibir, casi con cierta sensación de triunfo, aquel débil y

siniestro olor.

—No creo que haya mucho que hacer, salvo esperar —respondió ella.

—¿Y si es un incendio?

—Nos iremos.

—¿Adónde? —pregunté.

—Al arroyo —respondió ella, y yo traté de imaginarnos a las dos aplastadas en aquellos veinte centímetros de agua negra y fría, mientras encima y alrededor de nosotras, por todas partes, el bosque ardía, rugía y se desmoronaba.

Y allí seguimos, aterrorizadas. Teníamos miedo de quedarnos fuera, en la oscuridad, pero también temíamos entrar en casa, donde no podríamos seguir atentas a la brisa. Nos sentamos en el porche, una a cada lado de la puerta de casa, crispadas como ciervas que escuchan los ruidos de la noche, respirando hondo cuando la brisa venía a ráfagas ligeras hacia nosotras, esperando a que el cuarto creciente de la luna iluminara las copas de los árboles, esperando a que el resplandor del incendio nos rodeara.

—Quizá deberíamos tratar de salvar algunas cosas —dije.

—¿Cómo? —preguntó Eva desde su puesto al otro lado del dintel.

—Podríamos llevar algo al arroyo.

—¿Y qué nos llevaríamos? —preguntó, y yo me quedé en silencio. No podíamos llevarnos lo que la gente suele llevarse cuando hay un incendio. No podíamos llevar los álbumes de fotos ni las cartas familiares, las obras de arte o los objetos de plata heredados. Tendríamos que llevarnos las cosas que necesitábamos. Pero lo necesitábamos todo. Si queríamos sobrevivir, lo necesitábamos todo, cada bote y cada clavo, cada prenda de ropa, trozo de papel y migaja de comida, todas las cosas del taller de nuestro padre, y lo peor es que necesitábamos las cosas que no podríamos llevarnos al arroyo. Necesitábamos la estufa, el depósito de agua y el huerto, los frutales y la camioneta. Necesitábamos la casa. Si eso se quemaba, lo mismo daba que nosotras nos quemáramos con ellas, porque seguramente moriríamos muy pronto.

De manera que nos quedamos donde estábamos, sentadas en el porche bajo aquella agradable noche veraniega, escuchando los grillos, contemplando la luna y las estrellas, imaginando lenguas y paredes de fuego, árboles que gemían, llamas que rugían, aquella luz horrible.

Al alba seguíamos allí, acurrucadas bajo las mantas que yo había sacado cuando finalmente refrescó. Nuestro claro aún estaba verde, el huerto seguía intacto, la casa en pie. Al principio nos sentimos un poco avergonzadas por

toda aquella preocupación, hasta que descubrimos los delicados y blanquecinos cilindros de ceniza esparcidos por el porche como huesecitos de duendes.

—Al menos no es una fogata —observó Eva. Era un día extraño, inquietantemente normal excepto por nuestro agotamiento y aquellas lascas de ceniza. El sol brillaba. Cuando salimos a recoger los tomates, el huerto rebosaba de su propia magnificencia, y las tomateras cedían con suma facilidad sus frutos, pesados y olorosos, con la pulpa aterida aún por el frío de la noche.

Pero cuando Eva se arrodilló para encender un fuego en la estufa con el que pudiéramos calentar el agua destinada al envasado, sentí un estremecimiento y tuve una intuición.

—Quizá no deberíamos envasar hoy —dije.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—No creo que nuestro propio humo nos permitiera saber si el fuego se está acercando.

—Supongo que tienes razón.

Miré los cuencos llenos de tomates rojos, tomates repletos con la promesa de una comida para el próximo invierno, y dije con desesperación:

—No lo sé. Quizá deberíamos seguir de todos modos. Tampoco podemos dejar que se pudran.

—Podríamos secarlos —sugirió Eva.

—¿Secarlos?

—Como las uvas o las ciruelas. Hoy también va a hacer mucho calor. ¿Por qué no usar el sol? Además, ahorraríamos tapas.

Lo dijo en un tono tan neutro y tranquilo que me hubiera gustado estrangularla. Claro que podríamos secar los tomates. Y las manzanas. Y los albaricoques. Y las peras. Y los melocotones. Y las ciruelas. ¿Y por qué no las cebollas y los pimientos? El calor durará hasta que lleguen las lluvias invernales, un día tras otro de calor seco. Probablemente, si quisiéramos, podríamos secar incluso la calabaza, las acelgas y las remolachas.

En la parte de atrás del taller encontramos dos puertas de malla metálica, y mientras las sacábamos a la luz del sol recordé el día en que nuestro padre las trajo a casa.

—Creía que ibas al vertedero a librarte de las cosas, no a coger más —dijo nuestra madre cuando él llegó a casa con la camioneta—. ¿Para qué demonios queremos unas puertas viejas de malla metálica que otra persona ya ha desechado?

—Gloria, mi amor —protestó nuestro padre, encantado tanto con sus puertas como con su esposa—. Son unas puertas excelentes. Él marcó está intacto y la reja no tiene ni un rasguño. La persona que las tiró es una indecente o está loca. Además, ya se las he asignado al gallinero.

Aquello hizo callar a mi madre el tiempo suficiente para que él pudiera arrastrarlas hasta su taller, y allí se quedaron, perdidas detrás de otras cariñosas y más recientes disputas de mis padres, hasta que nosotras las resucitamos para secar nuestra comida.

Limpiamos la suciedad y las telarañas con agua y dejamos las puertas en el porche. Mientras entramos a cortar los tomates en rodajas.

—Cuanto más finas, más deprisa secarán —dijo Eva con repentina autoridad.

Así que las cortamos muy finas. Repartimos las rodajas sobre las rejas, fila tras fila, como una colección numismática, y luego fuimos a trabajar al huerto. Pero cuando regresamos al mediodía, las rodajas eran un hervidero de avispas, y los jugos habían empezado a corroer la tela metálica.

—Tenemos que encontrar algo para aislarlas del metal, y también necesitamos algo con lo que protegerlas de los bichos —dije.

—¿Como qué?

—No lo sé. Una gasa o algo así.

—¿Una sábana?

—Demasiado grueso. El aire no circularía por debajo y no recibirían bastante sol.

—Tengo una idea —respondió Eva, y corrió hacia casa, mientras yo retiraba con un pincho los tomates descoloridos del aluminio corroído.

Cuando Eva regresó arrastraba una especie de portatrajes alargado.

—¿Crees que esto puede servir? —preguntó, abriendo la cremallera para enseñarme el vestido de boda de nuestra madre, con sus metros de tul blanco y faldas de gasa—. Podríamos extender la gasa bajo las rodajas... y también cubrirlas con ella.

Entre titubeos, saqué el vestido de su bolsa polvorienta, recordando, mientras lo sostenía en alto y parpadeaba ante su blancura, cómo en algún momento de nuestra infancia las dos habíamos declarado que aquel sería el vestido que llevaríamos para nuestra propia boda.

—No sé —dije, tendiéndoselo a ella—. ¿No se pegará a la malla? Estos tomates son muy jugosos.

—Bueno —respondió Eva, levantando el vestido hasta sus hombros, alisándolo sobre sus caderas y su vientre hinchado—. ¿Y si nos olvidamos de

la malla y hacemos unos marcos nuevos para la gasa?

Levanté el borde del vestido, acaricié la tela diáfana con mis manos manchadas de tierra, y recordé cómo los Tapices del Unicornio habían sido utilizados por los campesinos para evitar que sus patatas se congelaran durante la Revolución francesa, y cómo, después de la Reforma, las piedras de las catedrales de Inglaterra fueron empleadas para construir pocilgas y pórticos, y las páginas de los libros de las bibliotecas de los monasterios fueron arrancadas una a una para ser usadas en los retretes.

Me pregunté si aquella gente también había sentido remordimientos ante lo que la necesidad les empujaba a hacer. Luego dije «probémoslo», y volví a casa en busca de unas tijeras.

Estuvimos trabajando toda la tarde, buscando entre los montones de trastos de nuestro padre unas maderas con las que hacer los marcos, midiendo y cortando y martilleando, fijando el tul con chinchetas y deteniéndonos de vez en cuando para olisquear el aire, cálido y tranquilo, y escrutar el cielo en busca de humo. El fuego seguía siendo invisible, aunque de vez en cuando percibíamos su olor. Aun así, su mera existencia impregnaba nuestro trabajo, amenazando con hacerlo inútil. Cortamos más tomates en rodajas, los extendimos en la gasa y trasladamos las nuevas rejillas de secado al sol con un cierto sentido de urgencia. Para cuando el sol hubo abandonado el claro, nuestros dedos estaban arrugados y olían a los ácidos del tomate, en tanto que las primeras rodajas que habíamos colocado ya se habían encogido a la mitad de su tamaño. Parecían costras arrugadas sobre la gasa maculada del vestido de boda de nuestra madre, pero tenían un tacto parecido al cuero, y un sabor dulce y fuerte, un concentrado de tomate y de sol que parecía asegurar el calor a través de los días más húmedos del invierno.

Al anochecer llevamos las rejillas al interior de casa, encerramos a las gallinas, cenamos y nos instalamos nuevamente para nuestra vigilia en el porche. Eva se durmió de inmediato, pero, después de una noche de insomne preocupación y un largo día de trabajo, yo estaba tan cansada que ni siquiera podía dormir. Cuando cerraba los ojos, no veía otra cosa que hileras de rodajas de tomate, así que, durante mucho rato, mantuve los ojos abiertos, atenta a la oscuridad en busca de señales del fuego.

El único fuego que pude ver fue el lejano ardor de las estrellas a medida que, una a una, iban haciéndose visibles en el firmamento. Justo encima de las copas de los árboles, en el límite septentrional del claro, apareció la Osa Mayor. Recordé lo que decía la enciclopedia sobre los mitos e historias asociados a esa constelación en la Antigüedad, y cómo, aunque la habían

llamado cazo, ataúd o arado debido a la configuración de sus siete estrellas, culturas tan dispares como los caldeos y los indios iraqueses habían visto en ella una osa, moviéndose con pesantez a través del firmamento en busca de sus pequeños, o corriendo para escapar de los cazadores que la asediaban, de modo que cada otoño manchaba los bosques con su sangre.

Al cabo de un rato dejé de intentar ver una osa en aquel grupo de estrellas y tracé la recta que une dos de sus astros con la Estrella Polar. Encontré la Osa Menor y Casiopea, y desde allí mi mirada fue vagando a través de los jardines estelares cuyos nombres y dibujos aún tenía que aprender.

Cuando me desperté era tan tarde que los rítmicos sonos de los grillos habían cesado, y el claro estaba envuelto en el interminable terciopelo de una noche de verano. Las estrellas habían cambiado de lugar. Casiopea estaba encima de mí y la Osa Mayor, oculta por los árboles.

Eché una mirada a Eva, y vi que incluso en su sueño se agarraba la barriga con las manos. Olisqueé el aire en busca de humo, pero solo me llegó el limpio olor del pino, el laurel y el rocío. Parecía que había pasado el peligro, y supuse que nunca llegaríamos a saber lo cerca que había estado el fuego de arrasarnos vidas.



La cosecha está llegando a su fin. Hemos utilizado todas las tapas de envasado que teníamos y las estanterías de la despensa están atestadas de botes de tomate, judías verdes, remolachas, ciruelas, compota de manzana, melocotón, albaricoque, calabaza y pera. Del techo cuelgan cordeles de fruta, pimientos y judías, junto con manojos de hierbas del bosque. Las cebollas secas llenan una andrajosa bolsa de supermercado y nuestra magra cosecha de maíz seco otra. Las calabazas de invierno están apiladas en un rincón de la despensa, y detrás de ellas hay una caja de patatas.

Parece un montón de comida, pero cuando pienso en lo que necesitan comer tres personas, me pregunto si esta despensa será suficiente para mantenernos vivos.



Más o menos a dos kilómetros hacia el este, el bosque empieza a clarear. Primero desaparecen las secuoyas, y luego, muy despacio, los pinos y los arces. Al final también desaparecen el madroño y el laurel, y la tierra se abre

y se nivela hasta llegar a una ancha arista donde solo crecen encinos, encinos memelito de hoja perenne aferrados tan sólidamente a la tierra que más parecen monumentos que simples árboles. Lejos de la confusión y la maraña del bosque, sus troncos se hacen gruesos y sus ramas se extienden con gracia sobre la hierba dorada. Son árboles viejos y tranquilos, cargados de hojas duras y enrolladas y montones de frutos color miel, y a ellos acudimos para aprender cosas sobre la cosecha de bellotas. Si quieres recoger bellotas tienes que arrastrarte, a gatas como un animal o un suplicante, sobre el polvo y el mantillo, arrastrarte por la tierra apoyándote sobre las palmas y las rodillas, trillando, entre las hojas puntiagudas y las vainas vacías, las bellotas maduras.

Hace falta más habilidad de lo que pensaba, y estoy aprendiendo algunos trucos para hacer la tarea más fácil. Ayer había recogido ya un saco entero antes de darme cuenta de que incluso el más diminuto alfilerazo en la cáscara de una bellota significa que hay un gusanito blanco retorciéndose dentro. Esta mañana tuve que perder tiempo inspeccionando cada fruto en busca de agujeritos antes de meterlo en el saco. Pero por la tarde ya casi siempre podía decir si una bellota estaba sana simplemente por el tacto, en el momento mismo de recogerla.

Nuestras manos están ocupadas, sin embargo, es un trabajo lento. Dar la vuelta a un árbol puede llevar horas de cuidadosa labor, empezando en el tronco y luego moviéndose en espiral hacia fuera, hasta el límite marcado por las hojas. Se pasa calor y se traga polvo, y es duro para la espalda y las rodillas. Aun así me gusta el ritmo que impone esta tarea, lento y ensimismado. Al cabo de un rato es casi como una plegaria.

Los grillos cantaban como si el día estuviera respirando, una canción que se hincha y deshincha en el calor, expandiéndose y encogiéndose y girando sobre sí misma. En ocasiones aparecía una bendición otorgada por la brisa. Tres buitres planeaban a gran altura, con tanta elegancia que casi llegué a convencerme de que había algo sagrado en el hecho de comer carroña.

Durante mucho rato, Eva y yo trabajamos en silencio, llenando nuestros sacos de lona y nuestras fundas de almohada. Para cuando el sol estuvo en lo alto, habíamos colmado todas las bolsas. Con la espalda apoyada contra el tronco del roble bajo el que habíamos estado trabajando, comimos huevos pasados por agua y manzanas, mientras contemplábamos las silenciosas colinas agostadas.

—Podríamos ser las únicas personas que quedan en el mundo —dijo Eva con una voz que no albergaba ni miedo ni tristeza.

Yo asentí con la cabeza, y le respondí en su mismo tono:

—Podría ser.



Sueño con el oso. Una vez más sale del bosque arrastrando las patas. Una vez más se acerca a mí, y puedo ver el poderoso vaivén de los músculos bajo su grueso pelaje. Pero esta vez, aunque estoy empapada en sudor por el miedo, este miedo tiene una textura distinta y me doy cuenta de que ya no temo que vaya a salir muerta del encuentro, o bien no me asusta tanto como antes la idea de morir.

De nuevo el oso se inclina sobre mí. En esta ocasión, en lugar de lamerme, abre sus mandíbulas para engullir mi rostro. Mi cabeza entera está dentro de su boca y me veo mirando el túnel oscuro de su garganta. Siento que sus dientes atraviesan mi cuello, y al instante siguiente me ha arrancado la cabeza de un mordisco. No obstante, cuando separa las fauces de mis hombros vacíos, puedo ver el mundo igual que siempre; de hecho, estoy imbuida de una lucidez nueva, y pienso: «Qué esfuerzo era tener que llevar la cabeza conmigo a todas partes».



«Las bellotas producidas por la mayor parte de encinas y robles contienen ácido tánico, el cual, si bien es un conservante natural, hace que el fruto tenga un desagradable sabor amargo. En consecuencia, preparar para el consumo la mayor parte de variedades de bellota exige una serie de procesos de lixiviación o filtración del tanino contenido en el fruto».

Una bellota tierna tiene sabor a cerumen. Te arruga la lengua, te seca la boca y deja un amargor que permanece mucho rato después de que la hayas escupido.

Los indios cahuilla decían que al principio las bellotas eran dulces, pero que hubo una época en que los humanos enfadaron tanto a su creador que se volvieron amargas, y desde entonces la gente se ha visto obligada a endulzarlas para comerlas.

Me llevó unos días establecer el proceso para secar, pelar, machacar, lixiviar y cocer las bellotas. Al principio utilicé la mano del mortero para intentar molerlas sobre una piedra plana que Eva me había ayudado a traer desde el arroyo. Las ampollas de las manos se me habían reventado, y había echado a perder ya un montón de frutos antes de reconocer que moler bellotas

solo las convierte en una pasta imposible de lixiviar porque el agua no se filtra a través de ella. Finalmente, supuse que tenían que machacarse en lugar de molerse y, aunque me duelen todavía los brazos de las horas que me he pasado levantando la mano con el mortero y dejándola caer, he aprendido a convertirlas en un alimento solo un poco más basto que la harina de maíz gruesa.

Empleé un viejo filtro de café para colarla con agua hirviendo, una y otra vez hasta que el líquido color de té que goteaba del filtro suavizó su sabor. La harina estaba casi desprovista de gusto, como judías sin sazonar. La mezclé con agua fresca y la herví a fuego lento hasta que las gachas estuvieron blandas.

Estoy segura de que los pumo se hubieran reído de mis métodos, pero debo confesar que estaba orgullosa de mí misma cuando me senté con Eva a cenar aquella noche. Nos cogimos de la mano un instante a través del humo que salía del cuenco, y después comimos. Estaba soso y apelmazado —como arroz o pan sin refinar—, tenía un ligero sabor a nuez, un poco terroso: una comida resistente como el roble.



Cada vez que cortaba una bellota y encontraba allí un gusano retorciéndose, sentía un escalofrío. Luego leí que los pumo consideraban los gusanos una exquisitez, y empecé a sentirme avergonzada al cortarlos. Deseo ser capaz de comerme aquellas larvas que en mis sueños significan muerte. Deseo morderlas, masticarlas, tragarlas. Quiero aprender a comer gusanos.



Más arriba del tocón de secuoya encontramos un grupo de robles cargados de las bellotas más gordas que jamás había visto. Pero cuando tratamos de llevarlas hasta casa, la caminata resultó tan fatigosa que después de un día entero de viajes arriba y abajo de la colina acabamos exhaustas, y no habíamos recogido ni de cerca lo que esperábamos.

Casi habíamos decidido concentrarnos en la más escasa y agusanada cosecha cercana a nuestra casa cuando Eva sugirió que secáramos las bellotas en el bosque y después las almacenáramos en el tocón de secuoya hasta que llegara el invierno. De modo que al día siguiente llevamos nuestros marcos de secado a la cepa, junto con ocho barriles de plástico de ciento quince litros de

capacidad cada uno, que en su día usábamos para lo que entonces considerábamos basura.

Creo que no habíamos estado juntas en el tocón de secuoya desde que teníamos doce o trece años, y mientras subíamos por la colina con nuestra primera carga, tratando de arreglárnoslas con la voluminosa barriga de Eva y nuestro equipo en aquella empinada pendiente, me sentí extrañamente desorientada, paralizada por demasiados recuerdos y confusa por la novedad del presente, por mi hermana embarazada y resoplando a mis espaldas, por nuestra urgente necesidad de bellotas.

Cuando llegamos al tocón noté que me costaba volver a entrar en aquel lugar donde había estado con Eli. Mientras vacilaba, llegó Eva jadeando. Arrojó al suelo su carga con un suspiro y, frotándose la ancha barriga, miró a su alrededor.

«Me imagino que servirá —dijo—, aunque tendremos que cortar algunos de esos árboles jóvenes de modo que entre suficiente luz para el secado. ¿Qué hacíais Eli y tú por aquí? ¿Plantar más árboles?».

Nos reímos las dos, con cierta tristeza, y Eva subió hasta los robles con los sacos, dejándome a mí la tarea de colocar los recipientes dentro del tocón y cortar tres de aquellos pinos flacuchos que obstruían la entrada. A medida que fueron cayendo con estrépito a través de la maraña de ramas, el cielo se ensanchaba y penetraba algo más de luz en el claro. Para cuando Eva regresó con su primera carga de bellotas, yo ya tenía los marcos de secado extendidos y esperando en una parcela de sol delante de la secuoya.

Estuvimos trabajando toda la tarde, recogiendo bellotas, esparciéndolas sobre las gasas, recolocando los marcos para acompañar al sol en su huida. En uno de los viajes descubrimos un montón de zarzamoras cargadas todavía de frutos tardíos. Recogimos una cesta entera de moras y esparcimos las que no pudimos comernos para que se secan al lado de las bellotas.

El aire empezaba a cargarse y a enfriarse. De repente nos invadió la oscuridad, y deseamos estar lejos del bosque, de vuelta en casa. Echamos las bellotas en uno de los recipientes para protegerlas del rocío, pero las moras aún estaban demasiado jugosas para moverlas sin convertirlas en mermelada.

—Dejémoslas fuera durante la noche —dijo Eva, inclinándose sobre el marco—. El rocío no las perjudicará, pero las echaremos a perder si las movemos ahora.

—¿No se las comerán las ardillas, o los pájaros? —pregunté.

—¿Por la noche? Volveremos a primera hora de la mañana.

Nos marchamos antes de que la oscuridad se hiciera más densa.

Al día siguiente, antes del alba, ascendimos por la colina, resoplando y riendo bajo la neblina brillante, transportando tazas, platos y un cacharro de cocina lleno de brasas y cenizas. Nuestro plan era un desayuno a base de té de menta, gachas de bellota y zarzamoras cocinado en una fogata, y pienso que las dos nos sentíamos casi tan contentas como las niñas que en el pasado fueron felices jugando en el bosque.

Llegué a nuestro nuevo claro unos pasos por delante de Eva, y solté un gemido, demasiado sorprendida para dar la vuelta y correr.

Los marcos estaban destrozados, los restos diseminados y las gasas colgaban en jirones. Había unas pocas zarzamoras desperdigadas por el mantillo del bosque. Nos juntamos, cogiéndonos de la mano. El bosque parecía tranquilo, excepto por el alboroto habitual de los pájaros.

De no ser por la muda violencia de aquellos marcos desvencijados, nada hacía pensar en la presencia de un oso.

Había que tomar una decisión, otra elección sobre el modo en el que queríamos vivir, sobre los riesgos que merecía la pena correr. Teníamos que decidir qué íbamos a temer más. Había que elegir entre el miedo a un invierno con hambre, acompañadas de un bebé, y el miedo a un oso negro a comienzos del otoño. Teníamos que sopesar entre el futuro del oscuro y húmedo invierno —cuando la despensa se hubiera vaciado y nos viéramos obligadas a hervir las suelas de nuestros zapatos y a comer el cámbium de los árboles— frente a las garras y los músculos de un oso.

Al final decidimos que el invierno era más temible. «La enciclopedia dice que los osos negros son tímidos —razonamos—. Dice que solo son agresivos en primavera, cuando están hambrientos y las crías son jóvenes. No podemos volver a dejar comida en el exterior por la noche».

Aunque construimos argumentos lógicos y elaboradas justificaciones, no fue el pensamiento racional lo que finalmente nos convenció, sino el hecho de que era agradable estar en el bosque, recoger bellotas, secar moras, tomar té silvestres y cocinar nuestra comida en las fogatas que Eva encendía delante del tocón de secuoya.

Cada mañana, en cuanto nuestras tareas en el menguante huerto finalizaban, nos dirigíamos al bosque. Nos pasábamos el día recogiendo y secando bellotas, y por la tarde añadíamos nuestra cosecha a los barriles. Fijábamos las tapas con cintas elásticas, bloqueábamos la entrada con láminas de contrachapado, y mientras regresábamos a casa al atardecer, atravesando el bosque, que se había hecho tan salvaje que ahora albergaba un oso,

experimenté un júbilo desconocido. De alguna manera extraña, me sentía menos sola.



Ahora que el huerto está casi agotado, pasamos cada vez más tiempo en el tocón. Hemos hecho un pozo en el arroyo para recoger agua —que yo insisto en hervir antes de bebería—, y, a cierta distancia de la corriente, hemos cavado una letrina.

Terminamos nuestra cosecha hace unos días. Nuestro esfuerzo se ha transformado en cinco barriles llenos de bellotas y un cuarto de barril de zarzamoras secas. Hemos decidido dejarlo todo en el tocón, por ahora, y llenar las otras dos cubas que tenemos con comida seca de la despensa. De esta manera, si ocurriera algo, siempre dispondremos de un escondrijo en el bosque.

Quien tiene un barril lleno de bellotas posee una riqueza inconmensurable. Cuando hubimos vaciado el último saco en el quinto barril me incliné sobre él. Metí las manos y los brazos hasta los codos entre los frutos fríos y tersos, y pegué una mejilla a las bellotas, en una especie de abrazo. Olí su leve perfume de polvo, pensé en toda la lluvia y la oscuridad y el hambre que evitarían y me sentí tremendamente agradecida.



Sigue haciendo buen tiempo, aunque los días son más cortos y fríos... un veranillo de san Martín antes de que lleguen las lluvias de invierno. Las gallinas han dejado de poner hace tiempo, el huerto también ha dejado de producir, aunque aún recogemos unos pocos tomates de piel gruesa, insípidos, los últimos pimientos y algunas acelgas. Los barriles del tocón están repletos, una reserva que espero que pueda ayudarnos a sobrevivir si llegara el caso. Me he pasado los dos últimos días claveteando un tejado de contrachapado y una plancha de uralita sobre el tocón, de modo que ahora parece más una choza que la casita de cuento de hadas que nosotras pensábamos que era.

Es curioso, la barriga de Eva parece hacerla más pequeña. A veces puedo ver todo su vientre agitándose bajo la camisa de trabajo. «Es un bailarín —dice ella riendo—. Practica sus *frappés*». Pero su vientre en movimiento me pone enferma, como los géiseres que vimos en Yellowstone el verano en que

yo cumplía ocho, el lento y estúpido burbujeo de aquel barro caliente de colores, más una amenaza que una promesa de vida.

Estos últimos días se ha quejado de mareos. Está pálida y cansada, y no come mucho. Dice que se encuentra mal a todas horas. Cuando le hago té de menta sonrío y comenta que se siente un poco mejor.

Quizá ha pasado más tiempo del que yo había pensado. Quizá ocurra pronto.



Finalmente me decidí a leer las secciones de la enciclopedia sobre «Cambios anormales a lo largo del embarazo» y «Posibles accidentes en el parto». Leí acerca de «diabetes de gestación», «colapso cardíaco», «eclampsia», «epilepsia», «quistes placentarios», «inflamación de la placenta», «molas hidatiformes», «toxemia», «hipertensión», «polihidramnios», «placenta previa» y «accreta», así como «desprendimiento prematuro de la placenta».

Leí sobre «partos prematuros», «presentación de nalgas, posterior y transversal», «accidentes del cordón umbilical», «desproporción cefalopélvica», «edema cervical», «falta de progresión», «distocia de hombros», «rotura o inversión uterina», «sufrimiento fetal», «placenta retenida», «hemorragia posparto» y «apnea neonatal».

Cuando empecé estaba sentada a la mesa frente a Eva, pero después de un par de párrafos me di cuenta de que tenía que levantarme y alejarme de ella, irme al porche, donde me senté en el frío crepúsculo y seguí leyendo entre la fascinación y el espanto.

Jamás hubiera imaginado que dar a luz fuera tan arriesgado. No puedo dejar de pensar en ello. Es como la picazón de la hiedra venenosa: tratas de aliviar la terrible agonía rascándote, pero no haces más que intensificar el dolor.



Anoche apilé un enorme montón de leña junto a la puerta e hice un nido para un recién nacido con un cajón del tocador y unas cuantas mantas. Luego, en un intento desesperado de prepararme para hacer de obstetra, agarré la enciclopedia una vez más. Estaba echando una ojeada a los órganos reproductores femeninos y a las secciones tituladas «Cambios anatómicos y

fisiológicos en los órganos y tejidos no reproductivos durante el embarazo», cuando la palabra «anemia» captó mi atención: «Si aparecen la fatiga y las náuseas en el segundo o tercer trimestre, puede sospecharse la existencia de una anemia; no obstante, solo un análisis de sangre puede certificar el tipo y la gravedad de una deficiencia de hierro. La parturienta que sufre anemia presenta un riesgo mucho mayor de cara al parto, así como una posibilidad más alta de sufrir una hemorragia posparto. Además, la anemia macrocítica, causada por una deficiencia en los niveles de vitamina en la dieta, está asociada con la parálisis cerebral y otras lesiones neurológicas en el neonato. Sin embargo, ya que la vitamina B12 se halla en cantidades importantes en casi todos los productos lácteos y de origen animal, este tipo de anemia es tan solo una amenaza para los veganos».

Sentí la misma clase de satisfacción que experimentaba cuando colocaba la pieza final del rompecabezas: «No hemos comido productos de origen animal desde que terminamos la última lata de atún el invierno pasado, y hace un mes que no comemos siquiera huevos. Y Eva siente náuseas, está pálida y decaída».

Problemas en el parto. Hemorragia posparto. Parálisis cerebral y lesión neurológica en el neonato. Si tuviera que hacerlo, supongo que sería capaz de matar a Bathsheba o a Pinkie, aunque después de todo este tiempo las considero de la familia. Pero, en todo caso, ¿cuánta B12 puede haber en una gallina?



«Tanto los cerdos salvajes como los jabalíes pertenecen a la especie *Sus scrofa*, que evolucionó en la India hará unos treinta millones de años. Aunque Colón llevó cerdos consigo en su segundo viaje, realizado en 1493, fueron realmente los sucesivos conquistadores los responsables de introducir los jabalíes en el Nuevo Mundo. Cuando los cerdos españoles domesticados escaparon a los desiertos americanos, se adaptaron con rapidez a su nuevo medio, perdieron en el lapso de algunas generaciones sus rasgos característicos de animales de corral, recuperando las orejas erectas, el morro largo, la cola recta, los hombros anchos y los prominentes colmillos de sus antepasados salvajes.

»Los jabalíes son bastante fieros, aunque también muy sociables entre ellos. Son inteligentes, tienen sentidos del olfato y el oído muy agudos y son sorprendentemente rápidos. Consumen una gran variedad de vegetales,

aunque son omnívoros y se sabe que también comen caracoles, serpientes, ratones, insectos, huevos y carroña, así como cierto tipo de suelos y rocas de los que obtienen minerales y otros nutrientes».

Hay mucha carne en un jabalí, mucha más que en un ciervo de cola negra. Ahumada —o secada al último sol del otoño—, la carne de un jabalí podría durarnos mucho tiempo. Además, no me parecen especialmente amables... son chatos, feos y de pelaje duro, arrancan los bulbos y hacen sucios revolcaderos en los arroyos. No sería como matar un ciervo, con sus dulces ojillos y sus patas de bailarina.

Creo que sería capaz de matar un jabalí.

Creo que debería intentarlo.



Matar un jabalí es más difícil de lo que parece. Supongo que había pensado que, una vez que estuviera decidida a hacerlo, no tenía más que coger el rifle, que jamás había usado contra otra cosa que no fuera un bote de conserva, irme a dar un paseíto y disparar al amable y complaciente cerdito que estaría esperándome junto al camino. Pero estuve todo el día vagando por el bosque, nerviosa y asustada, topándome solo con ardillas y gorriones. Con el rifle torpemente colgado al hombro, gateé arriba y abajo por las colinas empinadas, abriéndome camino a través de las marañas de ramas y zarzales, encaramándome y rodeando los árboles, buscando a los jabalíes que llegaron a estos bosques con los primeros europeos. Seguí las sendas animales en una dirección y otra. Nada.

Al final me senté en la tierra, a medio camino de una pendiente, con el arma a mi lado, rodeada de un espeso tejido de árboles hambrientos de luz, y traté de pensar como un cazador, y luego como un jabalí. Me quedé sentada un buen rato, inmóvil, observando cómo surgían y desaparecían las manchas de luz en el suelo cubierto de hojas, escuchando el sonido de un lejano pájaro carpintero.

Quería levantarme, volver a casa. Pensé: «No puedo hacerlo». Algún tipo de inercia me mantenía sentada. Finalmente me levanté, seguí subiendo la colina, más allá de nuestro tocón, hasta el arroyuelo. Remonté la corriente hasta llegar al revolcadero que recordaba haber visto allí. Era un hoyo ancho como una bañera vieja, el lodo negro removido por las pezuñas hendidas de las patas de los jabalíes.

Me senté en el sotobosque con el rifle reposando en equilibrio sobre mis rodillas hasta que la luz empezó a decaer, pero, excepto un tardío enjambre de mosquitos, no apareció nada.

Al día siguiente volví antes del amanecer. Con las primeras luces me oculté a unos metros del revolcadero en un espeso grupo de arbustos de avellano, decidida a esperar la llegada de un jabalí.

Estuve allí acurrucada hasta el mediodía, hasta que los nervios alcanzaron su clímax y decayeron, como una fiebre que sube y baja, hasta que los pinzones adquirieron la suficiente confianza para venir a ocuparse de sus asuntos junto a mis pies. En un momento dado percibí el chasquido lejano de unas ramas. La adrenalina irrumpió en mi estómago y en mi cerebro, pero no ocurrió nada más. El ruido se alejó y desapareció. Estuve tanto tiempo sentada que me dolía el trasero, la espalda se me puso rígida y las rodillas se me anquilosaron, pero no apareció ningún jabalí.

—Quizá son animales nocturnos —dijo Eva durante la cena.

—No lo sé. La enciclopedia no dice nada al respecto.

—¿Por qué no lo olvidas? —preguntó ella con tono alicaído—. Tenemos mucha comida.

Señaló con el dedo su calabaza cocida, las rodajas de tomate y la compota de manzana. Después empujó su plato hacia mí y preguntó:

—¿Lo quieres? Me siento algo mareada.

Yo pensé: «Problemas en el parto. Hemorragia posparto. Daño cerebral y neuronal en el neonato».

Y dije:

—Quizá me huelen.



A la mañana siguiente llegué hasta el revolcadero llevando conmigo la camisa con la que había dormido. Era una de las de mi padre, y estaba gastada y deforme por los años de uso. Por lo demás, guardaba el rastro fuerte pero agradable de mis propios olores nocturnos. La extendí con cuidado sobre el barro del revolcadero y me marché.

Al día siguiente la camisa seguía allí, tal como la había dejado sobre el barro, aunque el agua negruzca había empapado la tela, filtrándose a través de ella como si fuera musgo. Me quedé mirándola un momento antes de dar la vuelta y marcharme, atormentada por una intensa conciencia de fracaso.

Cuando regresé un día después, estaba tan preparada para una nueva decepción que al principio pensé que la camisa simplemente había desaparecido. Luego observé una especie de gurrño de tela pisoteada en el barro. Por un segundo, al ver la camisa de mi padre, sentí que aquello era como una pequeña violación: la camisa que yo me ponía para dormir estaba rasgada y embarrada, pero un momento más tarde sentí una alegría tan grande que tuve que contenerme para no gritar. En vez de eso, me desabroché mis vaqueros raídos, me quité mis bragas andrajosas y las dejé sobre el barro. Luego me puse en cuclillas e hice pis, y regresé a casa.

A la mañana siguiente mis bragas estaban medio enterradas en el barro.

—Voy a echarme una siesta —le dije a Eva cuando volví a casa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí. Solo necesito descansar un poco. Esta noche voy a subirme a un árbol al lado del revolcadero, a esperarlos.

—¿De noche?

—Claro. —Me encogí de hombros, diciéndolo antes de poder pensar en ello—. ¿Por qué no? Hay luna llena —añadí—. Tranquila.

Me fui un poco antes del crepúsculo. En la mochila llevaba el cuchillo de deshuesar de mi madre, la piedra de afilar de mi padre, el hacha y una botella de agua. Los bolsillos de mi chaqueta rebosaban de rodajas de manzana secas y balas. El rifle colgado del hombro era una agradable compañía mientras atravesaba el bosque frío, pasaba por delante del tocón con su tesoro comestible, y seguía corriente arriba hasta llegar al revolcadero, justo cuando caía la noche.

Miré a mi alrededor en busca de algo adonde encaramarme, pero no podía alcanzar las ramas de ninguno de los árboles.

Los más próximos eran los robles que crecen en estas laderas atestadas, altos, esbeltos, y casi desprovistos de ramas hasta que alcanzan el dosel del bosque. Más allá estaban las secuoyas, cuyas ramas más bajas se encontraban unos nueve metros por encima de mi cabeza.

Fui dando vueltas entre sus troncos, mientras pensaba: «Bueno, al menos lo he intentado. No es culpa mía que no haya árboles a los que me pueda encaramar. No es culpa mía que Eva esté embarazada. De todos modos, es probable que no tenga anemia. Solo me estoy emparanoiando. Su parto irá bien. Seguro que el bebé está muy bien. Y si no lo está, no lo está. Es demasiado tarde para arreglarlo».

La luz estaba menguando con rapidez y quizá la idea de volver a casa en plena oscuridad me hizo quedarme donde estaba. No quería pasar la noche en

el suelo, así que al final abordé el árbol más prometedor que pude hallar: un roble que crecía corriente arriba y se curvaba sobre el revolcadero. Me colgué el rifle a la espalda junto a la mochila y coloqué una mano a cada lado del tronco. Tenía un tacto frío, húmedo y áspero. Era sorprendentemente sólido.

Me costó mucho encaramarme a él. Las primeras ramas apenas eran unas simples ramitas que se rompieron en mis manos cuando traté de sujetarme en ellas. Pude llegar a una lo bastante robusta para utilizarla como apoyo. Me sujeté y me alcé más arriba, con el cañón del rifle golpeándome en la mejilla. Al final alcancé una rama capaz de sostener mi peso. Me encaramé a ella y me senté a horcajadas, como si fuera un caballo. Estaba más alta de lo que me hubiera gustado, y tenía que girarme para ver el revolcadero. Pero era demasiado tarde para probar con otra.

Aferrándome al tronco, me balanceé hasta que el arma se deslizó sobre mi regazo. La cargué, comprobé tres veces el seguro, busqué una manera de apoyar el codo contra la rama, y luego me dediqué a ejercitar en silencio la puntería en dirección al revolcadero. Cuando estuvo demasiado oscuro para distinguir mi blanco imaginario, encajé el rifle entre el árbol y mi cuerpo, y busqué en el bolsillo una rodaja de manzana seca.

El sol se ocultó por completo. Estaba sola en la oscuridad con la boca llena de pulpa de manzana, encaramada a un roble situado encima de un lodazal, en medio de un bosque más allá de las lindes que conocía, la inmensidad de la noche cerniéndose sobre mí. Por encima veía una oscura telaraña de ramas, y más allá distinguía unas motitas de luz en forma de estrellas. Sentí un cosquilleo en la pierna y alargué la mano para darle una sacudida, tratando de no pensar en lo que pudiera ser. El suelo del bosque se había desvanecido en la sombra, y me aferré al cuerpo terso y frío del roble, esperando a que la luna se alzara por encima de las copas de los árboles.

Me pareció que había pasado una eternidad. Me quedé suspendida en la oscuridad mucho tiempo, escuchando el canto débil y lejano de los últimos grillos, poniéndome rígida ante las escaramuzas ocasionales o los chasquidos que se producían debajo de mí, y quitándome con la mano arañas reales o imaginarias. Las piernas se me dormían, y empecé a preocuparme porque los jabalíes pudieran venir y marcharse antes de que la luna me permitiera verlos. Luego me sobrecogió el temor a que la luna no llegara a salir. Quizá me había confundido sobre la fase en que estaba... o quizá hubiera un eclipse. Quizá la luna, simplemente, se había evaporado.

Las sombras empezaron a perfilarse en la oscuridad. Al principio creí que eran mis ojos los que se inventaban algo que mirar, o que se estaban

adaptando a la noche, pero al final estaba segura de que la luna estaba saliendo.

Una luna llena es mucho más oscura cuando te hallas en medio de un bosque que si estás en un claro. Fría e imperturbable, la luz que arrojaba se quebraba contra el dosel de árboles, de manera que llegaba hasta el suelo en retazos plateados, en medio de unas sombras espesas y negras.

Deslicé la mano en el bolsillo en busca de otra rodaja de manzana. Intenté aliviar el peso sobre los muslos, traté de recolocar la mochila que llevaba a la espalda en una posición más cómoda, y procuré apoyarme más atrás sobre la rama en que estaba montada, retorciéndome y cambiando de posición hasta sentirme momentáneamente más cómoda. La luna ocupaba un círculo de cielo despejado, y, para pasar el rato, intenté recordar todo lo que había aprendido sobre ella. Recordé que la luna órbita alrededor de la Tierra a una distancia media de 380 000 kilómetros, que su superficie es más o menos la misma que la del continente americano, que su albedo es solo del siete por ciento y que los basaltos del mar de la Tranquilidad tienen una antigüedad de 3700 millones de años.

Sin embargo, yo he aprendido algo que la enciclopedia no sabe. Si la luna está en su fase creciente, puedes cogerla y encajar su curva exterior en la palma de tu mano derecha. Si está en cuarto menguante, encajará en la palma izquierda.

Una brisa agitó las hojas. «Mece a un pequeño —cantó una voz en mi cabeza—, en la copa del árbol».

Cuando el viento sopla, la cuna se mece.

Cuando la rama se rompe, la cuna se cae.

Abajo la cuna y con ella el bebé.

Solté el arma para buscar en el bolsillo otra rodaja de manzana. Me dolían las piernas, y traté de recordar lo que estaba haciendo, encaramada a un árbol en medio del bosque en mitad de la noche. Recordé a mi hermana y al bebé que iba a tener. Me di cuenta de que siempre pensaba en la criatura como una niña, y sentí que mi intuición era correcta. Sabía que Eva llevaba en sus entrañas a una hija, y aunque fuera a regañadientes, empezaba a sentir cariño por aquella pequeñita que nos complicaba tanto la vida. Imaginé que sería una especie de combinación de mi hermana, mi madre y yo. La llamaríamos como su abuela, pensé, y una vez más una Gloria viviría entre nosotras.

Imaginé las historias que le contaría a aquella niña sobre cómo fueron las cosas antes, cuando todo era normal, cuando se podía encender la luz a

medianoche, cuando había aparatos que emitían música, lavaban la ropa y calentaban la comida, cuando la gente podía viajar sentada. Imaginé cómo la recogida de las bellotas, la cosecha de las patatas y la siembra se convertirían en puros juegos. Me vi enseñándole los nombres de las flores y las hierbas, y con qué mano hay que atrapar la luna menguante.

Eva le enseñaría a bailar, pensé, y a leer y escribir, y mientras me aferraba al roble y planeaba el futuro de mi sobrina me pareció que podía sentir a generaciones enteras de mujeres que se alejaban en el tiempo por detrás de mi hermana y de mí y nos sucedían también. Sentí un vínculo tanto con mis antepasadas como con las que hubieran de venir, y experimenté —sin olvidar todos los inconvenientes— la profunda alegría de la perpetuación.

Poco a poco los grillos dejaron de cantar. La luna se levantó por encima de los árboles, un círculo sereno que necesitaría de ambas manos para asirlo. Ahora podía ver el revolcadero con claridad; contuve la respiración y traté de enviar una suerte de plegaria silenciosa para que los jabalíes aparecieran. Al cabo de un rato, escuché un crujido que llegaba del suelo, debajo de mí, pero no me atreví a darme la vuelta y el sonido cesó. Tiempo después, no sabría decir cuánto, vi una forma oscura detenida en la orilla del arroyo. Por mis venas corrió una mezcla equilibrada de miedo y excitación. Estaba tratando de bajar lentamente el arma de mi hombro cuando me di cuenta de que algo no encajaba. La criatura era demasiado pequeña, su cola demasiado larga. Mientras yo vacilaba, el animal se movió hasta un retazo de luz de luna y distinguí una franja blanca.

«No queremos mofetas», susurré.

Fueron pasando las horas, pero permanecí allí, dormitando, cada vez más nerviosa. Me dolían las piernas, tenía los músculos agarrotados, la espalda y las manos rígidas, y no ocurría nada. La luna avanzó centímetro a centímetro por el cielo, hasta que se desvaneció en un laberinto de ramas. Entonces quedé sumida en la oscuridad, aferrándome al árbol, aferrándome al arma, esperando como una estúpida la mañana. Sentí el rocío, suave y sólido, condensándose en mis mejillas, mi pelo y mis manos, y a lo largo del cañón del fusil, y luego, lentamente, la luz fue regresando, el color y las formas retornaron al bosque. Tiritando y dolorida, observé el amanecer y sentí una especie de alivio culpable. Había hecho todo lo posible, pero los jabalíes eran más listos que yo. «En cuanto haya un poco más de luz —pensé—, regresaré a casa a dormir, dormiré toda la mañana y ya trabajaré en el huerto por la tarde. He hecho todo lo que he podido. No es culpa mía si los jabalíes no aparecen».

Y entonces aparecieron. Eran más silenciosos de lo que yo esperaba. En el pasado, cuando los había visto u oído, se sobresaltaban y huían de inmediato. Ahora venían confiados, se acercaban a beber después de toda la noche en el bosque, bajaban al revolcadero antes de su descanso diurno, y el ruido de su llegada apenas si era el de unas ramitas quebradas y unos suaves gruñidos.

Eran tres, uno un poco más grande que los otros. Temí que mi olor los pusiera en guardia, pero el viento debía de favorecerme o quizá mi olor ya les resultaba familiar, porque olfatearon un momento mis bragas y luego prosiguieron su camino, resoplando. Bebieron en el mismo remanso donde lo había hecho la mofeta. El bosque se iba iluminando. Podía distinguir los colores de las hojas caídas al otro lado del revolcadero.

Contuve la respiración, observando aquellas monstruosas, antiquísimas criaturas, burdas y —en ese momento— sorprendentemente bellas. Distinguí sus lomos rígidos, sus orejas puntiagudas y sus colas tiesas y negras. Las oía gruñir en el barro debajo de mí, y fue un privilegio verlas así, relajadas y ajenas a mi presencia.

Recordé que debía matar una.

Solo para ponerme en situación, levanté con cuidado el arma hasta el hombro. Aguanté la respiración, me giré, un codo apoyado en la rama, las rodillas rígidas aferrándose como lapas al tronco. Mientras trataba de encontrar a los jabalíes con la mira del rifle, empezaron a moverse, dando vueltas, en una tierna danza, olisqueando, resollando y frotándose los unos contra los otros. «Disfrutan juntos», pensé. Y luego, de forma más inmediata, más visceral, me asaltó otro pensamiento: «Son una madre y sus dos crías».

La idea me produjo vértigo, y por un instante temí caerme del árbol y aterrizar en el revolcadero en medio de los animales, que me pisotearían y me desgarrarían como habían hecho con mis ropas. Pero me agarré fuerte, me obligué a pensar en Eva y en su hija. «Problemas en el parto. Hemorragia posparto. ¿Quieres que tu hermana sangre hasta morir porque no eres capaz de apretar el gatillo? Daño cerebral y neuronal en el neonato. ¿Quieres que esa niña nazca con algún defecto? ¿Quieres pasarte sentada en este árbol otra noche entera?».

Me aferré al árbol con las rodillas y los muslos. Hice tres largas inspiraciones y traté de recordar todo lo que sabía sobre cómo disparar un arma. Esperé a que el rifle dejara de balancearse y luego apunté al centro del lomo de la hembra grande. Inspiré de nuevo y después contuve la respiración. Exhalé y apreté el gatillo con tanta suavidad que no supe cuándo debía encogerme.

El estallido fue espantoso. El arma rugió, aunque durante un segundo pensé como una boba que no había disparado, pues con los nervios no llegué a sentir el culatazo. Algunos pájaros que no sabía que estaban ahí salieron volando de sus nidos en los árboles cercanos. Llovieron hojas y ramitas a mi alrededor. Debajo de mí la tierra hervía. Los jabalíes jóvenes habían desaparecido, y observé, horrorizada, temblando, cómo la hembra se agitaba y chillaba.

En una ocasión había visto cómo unos niños ataban una bufanda alrededor de un gato, y recuerdo haber contemplado con enfermiza fascinación cómo el animal se esforzaba por caminar mientras sus patas traseras se aflojaban y se tambaleaban sin control, como las de un borracho. Debajo de mí, el jabalí estaba haciendo algo similar. Incapaz de mantenerse en pie, se retorció y soltaba patadas, sus patas delanteras escarbaban en el suelo para tirar de su cuerpo mientras las traseras daban bandazos en vano.

«Lo he hecho», pensé, mientras trataba de meter otra bala en el cargador, pero mis manos temblaban de tal manera que la primera cayó al barro como una bellota. Al final conseguí sacar otra del bolsillo, la metí como pude en el arma y volví a disparar. Fallé. Lo intenté de nuevo, y le di en la espaldilla. Aferrándome al árbol, estremecida y horrorizada por lo que había provocado, observé cómo el animal luchaba con las balas, bufando y gruñendo, revolcándose en el barro, liberando toda la energía de su cuerpo, aferrándose al mundo.

«Muere, muere. Por favor, muere», supliqué en voz alta. En medio de su sufrimiento, el animal oyó el sonido extraño de mi voz. Levantó la mirada, sus ojos miopes parecieron encontrarse con los míos.

«Por favor, muere —volví a suplicar—. Mi hermana ha de tener un bebé».

Ella gruñó, trató de levantarse una vez más, pero sus patas delanteras le fallaron. Se derrumbó sobre el barro y yació allí, jadeando, invadida de repente por una calma atroz. Volví a disparar. Esta vez le di donde apuntaba, en la parte trasera de la cabeza. Se puso rígida y cayó con todo su peso sobre la tierra, sin vida.

Llorando, orgullosa, horrorizada, casi me caí al bajar del árbol, despellejándome las manos, lastimándome las piernas. Cuando llegué al suelo, mis músculos gemían y temblaban a causa de la adrenalina y la falta de circulación de la sangre, y estuve a punto de desmayarme. Me apoyé vacilante contra el árbol donde había pasado la noche, incapaz de apartar los ojos del montón de carne fangosa que yo había creado. Sentí una especie de alegría, una sensación de poder, me vi a mí misma más grande, entre maravillada y,

asustada y orgullosa, convencida —por un momento al menos— de que aquella cacería había sido algo más que la suerte del novato.

Cuando por fin pude mantenerme en pie me acerqué a ella, y me incliné para conocer a la criatura cuya vida había segado. Vi la carne desgarrada, la sangre sobre la tierra, así como, firme y dura, igual que el retroceso de su rifle, la imagen de mi padre yaciendo en el barro que su propia sangre había humedecido. Sentí náuseas. Los trozos de manzana seca rehidratada por la bilis se abrieron camino desde mis tripas y dejaron un rastro ardiente en mi garganta.

Vomitó hasta que me vacié por completo, y luego me derrumbé sobre la tierra y lloré. Lloré por mi padre y por mi madre, por Eva y por su hija aún no nacida, y por mí misma. Lloré por Sally Bell y por la mujer solitaria, por aquellas mujeres que hacía mucho tiempo habían perdido a su hermana y a su hija, a la que yo estaba tratando de salvar. Lloré por aquella hembra de jabalí y su agonía. Lloré de agotamiento y de júbilo, y lloré porque sabía que, cuando dejara de llorar, tendría que convertir aquel montón de músculo y cartílago en comida.

«Vestir», lo llama la enciclopedia, aunque se parece más a un desvestir, y, como de costumbre, la enciclopedia no dice casi nada sobre cómo se hace en realidad^[2]. Pero yo sabía que de algún modo tenía que clavar un cuchillo en el animal, abrirlo, dejar manar la sangre, quitarle las tripas, despellejarlo, cortarle con el hacha la cabeza y las patas, desprender la carne de los huesos. Y sabía que no podía esperar demasiado tiempo o la carne se volvería rancia y se instalaría el *rigor mortis*.

«La mataste a tiros. Le debes un hogar. Se merece volver a vivir en ti y en Eva y en la hija de Eva».

Me levanté, permanecí junto a ella un momento, y la agarré con cuidado de una pata trasera con la punta de los dedos, rechinando los dientes al sentir su pelo duro, el barro frío y el calor que quedaba en su cuerpo. Tiré con precaución de la pata, pero su cuerpo no se movió. La sujeté más fuerte, acobardada, y luego cogí la otra pata con la otra mano y di un tirón. El animal se movió unos centímetros.

Me llevó mucho rato, pero lo hice con calma, esforzándome, tirando primero de un extremo y luego del otro. La arrastré fuera del barro y traté de colocarla de manera que su cuello y su barriga se orientaran colina abajo. Fue un trabajo duro, pero cuando hube terminado estaba casi acostumbrada al olor y al tacto de su cuerpo. Poco a poco se iba convirtiendo en un objeto.

La agarré del morro y tiré hacia atrás. Con precaución, empujé la hoja del cuchillo contra su garganta, pero, como de costumbre, mi decisión de hacer algo no significaba que ese algo pudiera hacerse fácilmente. Clavé y corté, hasta que al final el cuchillo penetró en su yugular y una espesa sangre roja se escurrió por la pendiente y fue a parar al revolcadero, a aquella confusión de barro y vómito.

Le abrí la barriga con el cuchillo. Le rompí el esternón con el hacha y lo separé, y mientras cortaba entre los pezones hinchados aún, sus entrañas empezaron a escaparse por el agujero que estaba haciendo y cayeron con un ruido sordo al suelo del bosque, pesadas y apestosas. Corté alrededor del ano para desgarrarlo, metí la mano en aquella cavidad pegajosa, hedionda, íntima, agarré el intestino grueso y lo saqué al exterior.

«No hay nada que no pueda hacer ahora», pensé mientras buscaba su corazón y su hígado entre las entrañas cálidas e iridiscentes, mis primeros regalos para Eva y su hija.

Trabajé durante todo el día, separando la piel de la carne y la carne del hueso, convirtiendo el animal en comida: unos pocos pedazos para hervir y freír, un montón de tiras para secar y ahumar. Me detuve solo para beber agua, afilar el cuchillo y quitarme la chaqueta cuando el sol comenzó a calentar el bosque.

Una paletilla y la mayor parte de su lomo estaban deshechos por las balas, pero aun así hemos estado ocupadas durante días preparando su carne. La luna del cazador, bajo la cual murió, ya ha menguado, y el color ha regresado a las mejillas de Eva.



Duermo la siesta en el tocón, en un retazo de pálida luz solar. Sueño que estoy enterrada hasta el cuello, mis brazos y mis piernas como raíces primarias que se van estrechando para convertirse en una telaraña de rizomas más finos, hasta que al final ya no existe una clara separación entre esos capilares y el suelo. Cuando miro por encima de la tierra, mi cráneo se expande como si yo estuviera absorbiendo el mundo que hay más allá del suelo e incluso el cielo a través de las cuencas de mis ojos. Mi cabeza crece hasta convertirse en una concha que abarca la totalidad de la Tierra. Me despierto con una sensación de calma infinita.



Las hojas de arce ya han caído, y los días siguen siendo aún claros. Seguimos comiendo carne seca de jabalí, y he conseguido fabricar una especie de jabón blando a partir de manteca y cenizas, y una suerte de lámpara humeante con un cuenco lleno de grasa de jabalí y una mecha de seda.

A veces siento como si llevara el alma vieja y salvaje de ese animal junto a la mía. A veces, al atardecer, cuando Eva y yo bajamos de la colina y entramos en casa, me descubro paseando la mirada por las habitaciones con una sensación de terror. Tengo que recordarme a mí misma: «Es solo una puerta. Son solo paredes. No pueden hacerte daño». Y a veces, cuando me despierto por la mañana, mi primer pensamiento es de pánico: «Tengo que salir afuera».



Anoche me despertó el sonido de la primera lluvia del invierno. Estuve echada en la oscuridad sin luna, escuchando el suave golpeteo del agua contra la ventana. Me acordé de que el año pasado, cuando las lluvias empezaron, Eva y yo estábamos haciendo puzzles y comiendo sopa de lata mientras esperábamos que alguien nos salvara, y sentí una oleada de compasión por aquellas niñas asustadas. Ahora parece solo una broma que aquel fuera el otoño en el que Eva iba a incorporarse a la compañía de *ballet*, el otoño en el que yo debería haber ingresado en Harvard, que uno de aquellos días fuera el día en que yo cumplí dieciocho años. Esta mañana entré en la despensa, por el simple hecho de estar allí, rodeada por todas partes de nuestra colaboración con la tierra, el agua y el sol. Estuve en aquella habitación cerrada, sin ventanas, contemplando la comida que habíamos enlatado, las calabazas y las patatas amontonadas en el suelo, las hierbas, las frutas y las judías que cuelgan del techo en sus cordeles, los manojos y los botes de raíces y las hojas y las cortezas y las flores, todo etiquetado con notas sobre los lugares donde se encuentra, sobre lo que puede aliviar o provocar o curar. Pensé en las bolsas de semillas del taller, secas y marcadas, esperando la primavera, y en los barriles del tocón, cargados de bellotas, bayas y carne seca de jabalí, y me sentí como si, a fin de cuentas, hubiera pasado las pruebas de acceso.



En el prado, el fresco reverdecer del invierno está empezando a traslucir bajo la alfombra de hierba dorada. En el bosque hay diminutos retoños que se alzan como destellos a través de las hojas, negras y húmedas, mientras las pacientes esporas de los hongos dan de repente su fruto. Algunas de las ramas de secuoya que usamos como postes para la alambrada están echando brotes.

Cada nuevo día nos trae regalos. Ayer descubrimos unas matas de acederilla para añadir a nuestra sopa de jabalí. Hoy he encontrado lo que parecían brillantes cuentas derramadas por el sendero que conduce al tocón: bayas de madroño. Recogí algunas, y una especie de plegaria de agradecimiento cruzó por mi mente. Mordisqueé una. Tenía un sabor suave, ligeramente dulce, carne seca y amarilla alrededor de un corazón de semillas oscuras.



Ayer hizo un tiempo tan húmedo que nos quedamos en casa, sentadas cerca de la estufa, dormitando y escuchando la lluvia invernal. Las gotas empujadas por el viento chocaban como semillas arrojadas contra las paredes y las ventanas. Le había preparado a Eva una taza de té de frambuesa como reconstituyente, y entre sorbo y sorbo ella se divertía sosteniendo el tazón sobre su enorme barriga y observando cómo las patadas del bebé amenazaban con derramar el té en el suelo.

Yo estaba machacando una hornada de harina de bellota junto a la estufa cuando, de repente, la casa entera se estremeció. Desde la antecocina llegaban una serie de interminables crujidos y chasquidos. La taza que sostenía Eva se estrelló en el suelo y yo me puse de pie de un brinco. Hubo un momento de silencio, seguido de otro fuerte estallido, más golpes y luego todo volvió a la calma.

Eva me lanzó una mirada de terror y de súplica.

—¿Qué hacemos? —imploró.

—Escondernos —susurré.

—¿Dónde? —preguntó ella, y yo no supe qué decirle, porque en aquel momento comprendí que fuera cual fuera el cuarto o el rincón o el armario en que se escondiera, aquel lugar terminaría por ser una trampa cuando él rompiera la puerta trasera.

—Espera en la puerta delantera —le susurré a Eva—. Voy a ver lo que pasa detrás, y si grito, corre hacia el bosque.

Ella asintió y dijo suplicante: «Ten cuidado», mientras yo agarraba el rifle y enfilaba el pasillo hacia la cocina. En cuanto entré, me di cuenta de que había algo raro. La luz del día se filtraba por el ventanuco de la puerta que da al trastero. Con paso lento me dirigí hacia ella, el rifle apuntando hacia ese ventanuco por el que esperaba que asomara una cara lasciva. Pareció llevarme una eternidad dejar atrás la encimera, pasar por delante de la nevera y del horno polvorientos. Cuando por fin llegué a la puerta, me agaché debajo de la ventana, y esperé. Empezaba a sentirme mareada, y las piernas me dolían, pero no ocurrió nada. Cada vez más nerviosa bajo el peso del silencio, me levanté para mirar por el cristal. Lo que vi me produjo tal impresión que por un momento no pude encontrarle sentido: estaba contemplando un montón de escombros. La lavadora estaba volcada y yacía de costado junto al congelador fuera de su sitio, el suelo se inclinaba hacia abajo y el tejado se abarquillaba sobre la habitación revuelta. La lluvia entraba por la abertura, entre los escombros y la puerta de la cocina. «¿Cómo ha podido hacer esto? —pensé estúpidamente—. No puede ser un hombre solo».

Pero seguía sin aparecer nadie, y cuando salí afuera en busca de huellas no pude encontrar más que pisadas de mapache y de zarigüeya.

El trastero se había derrumbado, las planchas de madera habían cedido por el peso del sumidero de hierro colado, el congelador vacío, la lavadora inservible, la secadora inerte.

La casa de nuestros padres se está desmoronando a nuestro alrededor.



De nuevo se acerca la luna llena. La lluvia ha dado una tregua, pero el tiempo es tan frío y Eva está tan enorme que nos quedamos cerca de casa, cerca de la estufa y de la despensa y de nuestros confortables colchones. Eva dormita y toma los tés que yo le preparo. Teje vestiditos con las sedas que nuestra madre nos dejó, mientras yo examino la enciclopedia en busca de los sueños que contiene, y escribo a la luz de la luna y de la estufa, mi pluma garabateando sus pequeñas marcas en estas últimas hojas de papel.

Esta tarde he leído: «El uso más antiguo de la palabra “virgen” no tenía que ver con la condición fisiológica de la castidad, sino con el estado psicológico de no pertenencia a un hombre, de pertenecerse a uno mismo. Ser virginal no significa ser inmaculado, sino más bien auténtico desde el punto de vista de la naturaleza y del instinto, del mismo modo que una selva virgen

no es algo yermo, sino algo indómito. Así, los hijos nacidos fuera del matrimonio fueron conocidos en una época como “nacidos de virgen”».



Esta noche hemos cenado bien: pastelillos de bellota, moras secas cocidas, calabaza asada y unos berros que planté junto al arroyo. Eva dormita junto a su taza de infusión de flor de gordolobo, el vapor alzándose hasta su cara como el inicio de un sueño.

Pienso en cómo se estará en el tocón esta noche. Pienso en si el tejado resistirá, si aguantará la puerta de contrachapado. No sé si algo se habrá refugiado allí, si habrá anidado cómodamente entre nuestros barriles de bellotas y bayas. Me pregunto cómo se estará ahora en su interior, escuchando la lluvia y el viento, oliendo la noche, las hojas, la tierra húmeda y la vieja leña carbonizada. Ignoro qué clase de criaturas nos observarían desde el bosque, qué espíritus nos rondarían y nos envolverían bajo la lluvia.

¿Por qué aquel lugar parece más seguro, más vivo, que este?



Ha empezado. Me da miedo pensar en cómo terminará, incluso escribir estas palabras me asusta... ¿y si fueran proféticas?

Anoche Eva se limitó a tomar un par de cucharadas de su puré de bellotas, y un poco más tarde saltó de la silla y corrió hacia el baño más deprisa de lo que le había visto hacer en meses. Cuando salió, se apretaba el vientre con las manos.

—Toca aquí —dijo mi hermana. Palpé su vientre y estaba tan duro como un tronco de roble; era algo con voluntad propia.

—¿Es una contracción? —pregunté, al sentir que empezaba a aflojarse.

Ella asintió con la cabeza.

—¿La primera?

—La más fuerte. Han estado yendo y viniendo todo el día. Pero no estaba segura de lo que eran.

—¿Cuándo ha sido la última?

—Hace un rato. Antes de la cena.

—¿Y cómo te sientes?

—Bien. Un poco asustada. —Me miró y preguntó—: ¿Estás preparada para esto?

«No», pensé, y respondí:

—Lo importante es: ¿lo estás tú?

—Sí. No. No lo sé. De todas maneras, está llegando —añadió con un tono casi festivo.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Irme a dormir, supongo. Tratar de descansar.

Se acomodó en su colchón, mientras yo sacaba la enciclopedia y trataba de extraer los últimos fragmentos de conocimiento, de memorizar las palabras, de arrancarlas de las páginas.

Ella se durmió, y más tarde lo hice yo, arrullada por la lluvia y por el calor de la estufa. Poco antes del alba me desperté. Eva estaba tumbada en su colchón, balanceándose adelante y atrás y conteniendo los gemidos.

—Eva —dije con la voz ronca de la mañana—. ¿Cómo estás?

—Bien, creo.

—¿Aún tienes contracciones?

—Sí.

—¿Y cómo son?

—Cada vez más fuertes.

—¿Con qué frecuencia?

Se rio.

—¿Tienes un cronómetro?

Herví un trozo de corteza de aliso y la apremié para que se bebiera la infusión. Preparé un poco de puré de bellota, aunque yo fui la única en comerlo. De vez en cuando, Eva se agarraba el vientre, y yo abandonaba lo que estaba haciendo para ir a sentarme a su lado y masajearle los hombros hasta que la contracción cesaba.

Lentamente fueron pasando las horas. Alimenté el fuego y barrí el suelo, alisé las sábanas y preparé las infusiones que debían facilitar el parto de Eva y calmar mis nervios, mientras ella seguía tumbada en el colchón, soportando las contracciones que no terminaban ni tampoco se volvían más frecuentes. Hacia el atardecer, levantó la cabeza de la almohada para hacer la pregunta que yo había estado temiendo:

—¿Crees que va a durar mucho más?

—Seguro que no. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Hay algo más que podamos hacer?

—No lo sé, no creo.

—¿Qué dice la enciclopedia?

—Dice que lo estás haciendo muy bien.

En realidad, dice: «La duración media del parto para una primeriza es de dieciséis a dieciocho horas».

—Mi querida Nellie —dijo Eva, mirándome como si fuera una desconocida—, es muy amable por tu parte hacer todo esto.

Me encogí de hombros y le respondí lo que siempre me decía ella:

—¿Para qué están las hermanas?

Pero todo lo que puedo hacer es darle friegas en la espalda, animarle a que beba té y mentirle.



La enciclopedia afirma que el impulso que lleva a la mujer a empujar es instintivo. Sin embargo, Eva no habla de empujar. No dice nada más que «ya viene», y lo que viene no es otra cosa que una nueva contracción.

Después de otra noche y otro día de parto, la casa está caliente y huele a cerrado. También huele a carne dolorida, y rebosa de los gemidos de Eva. Hora tras hora, ella yace en su viejo colchón, mientras yo voy alimentando el fuego y le doy friegas, esperando, frenética e impotente.

Maldita sea la enciclopedia.

Eva se está muriendo y la enciclopedia habla de instinto. Sigue perorando, distante, pedante, con extrema suficiencia, reduciendo el mundo a nuevos hechos, pero reteniendo los conocimientos que necesito para salvar la vida de mi hermana. ¿Qué sabrá ella del instinto?

El instinto es más antiguo que el papel, más ingobernable que las palabras. El instinto es más sabio que cualquier artículo sobre las tres fases del alumbramiento o sobre los distintos tipos de intervenciones obstétricas. Pero ¿de dónde viene el instinto? ¿Y cómo puedo encontrarlo ahora, después de vivir sin él tanto tiempo?

Sally Bell tenía instinto. Se escondió en el bosque con el corazón de su hermana en las manos, y, cuando los asesinos se marcharon, vivió de bayas y raíces, durmió desnuda en los huecos de los árboles y sobrevivió a ese horror ochenta años. La mujer solitaria de la isla tenía instinto. Abandonó a su gente para salvar a su hija, y al descubrir que su hija había muerto, sobrevivió sola. La hembra de jabalí tenía instinto. Vino en busca de agua con sus jabatos y luchó con las balas hasta que le llegó la hora de morir.

Pero seguramente yo también tenga instinto.

Y se me ocurre: «Tenemos que dejar esta casa. Si Eva ha de sobrevivir, debemos abandonar este lugar. Si Eva va a ser madre, hemos de encontrar

otra manera para que dé a luz».

Hay una urgencia tan apremiante en este pensamiento que lo suelto antes de planteármelo a fondo:

—Escucha, Eva... ¿Te parece que puedes andar?

—¿Qué?

—¿Puedes andar?

—¿Por qué?

—Quiero que vayamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—Al tocón —respondo sin pensar. Y, en lugar de la incredulidad o indignación o indiferencia con que yo esperaba que recibiera mis palabras, ella me mira con un diminuto resquicio de interés.

—¿Al tocón? —repite.

—Quizá ayude. ¿Crees que puedes caminar?

—Lo intentaré —dice ella, respondiendo a la firmeza que hay en mi voz, al alivio que representa la acción, mientras se esfuerza por levantarse.

Lleno una mochila con mantas y comida, y cojo un cubo de cenizas en cuyo corazón arde un puñado de brasas. Consigo, no sé cómo, vestirnos con ropa de abrigo, y atar los cordones de nuestras botas. Y salimos, deteniéndonos en la puerta para que Eva se doble y atenúe, aunque sea de forma mínima, una nueva contracción.

Mientras le froto la espalda, de pie bajo el umbral, observando el bosque con sus tonalidades gris verdosas, sufro, yo también, una contracción, de puro miedo. ¿Por qué estoy haciendo que mi hermana vaya a pasear por el bosque húmedo y frío después de haber estado de parto durante casi dos días? ¿Hago esto solo para acelerar lo inevitable, para acabar con su agonía?

Pasito a pasito, cruzamos el claro. Atravesamos el círculo de tulipanes podridos y entramos en el bosque, caminando junto al arroyo, corriente arriba. Eva se apoya en mí, anadeando como jamás hubiera hecho la bailarina que fue en su día, y sin embargo sé que está utilizando todo el nervio y el coraje de esa misma bailarina que sigue siendo para dar cada nuevo paso. A veces se detiene, y se agarra a mí cuando le sobreviene una contracción.

Llegamos a la ladera de la colina que tenemos que subir. Hacemos una pausa para otra contracción, y luego arriba. Y arriba.

Y subimos. Y nos detenemos. Y proseguimos. Seguimos subiendo, dando un pasito cada vez.

Mis brazos se entumescen por la presión. Me duele la espalda por el peso de la mochila. Nuestras caras están llenas de lágrimas, o de sudor, o de

neblina, pero seguimos subiendo. Algo es algo. Al menos estamos haciendo algo.

Pero, a medio camino de la ladera, Eva dice: «No puedo». Mira a su alrededor frenética, desesperada, luego fija su mirada en mí, y me repite en un tono profundo, como si estuviera defendiendo la mayor verdad del mundo:

—No puedo.

—No falta mucho.

—No puedo —dice—. No me refiero a la colina. Es esto. No puedo más. No puedo hacerlo. No voy a lograrlo.

Solloza, y después empieza a gritar, su cabeza echada hacia atrás mirando el cielo gris. Su cara parece una máscara, un pedazo de carne anónima sumida en un dolor eterno. Esta criatura que grita mientras ascendemos por la colina ya no es mi hermana. Alrededor de nosotras, el bosque aguarda, contempla nuestros esfuerzos.

—¡No puedo, no puedo, no puedo!

La agarro por los hombros, la obligo a mirarme y le digo, con una voz que no esconde mi desesperación:

—¿Y qué vas a hacer si no?

Por un momento, Eva vuelve en sí, me mira, como confundida, mientras yo vuelvo a gruñir:

—Dime, ¿qué vas a hacer si no?

Luego me calmo, le ruego:

—Sube la colina, por favor. El bebé no va a nacer ahora. Por favor, te lo suplico, sube la colina.

Sigue caminando, casi a rastras. Se detiene. Se aferra a mí, balanceándose por el esfuerzo. Luego avanza otro pasito, sus pies trazando surcos en el hondo manto de pinaza, hojas y bellotas.

De este modo continuamos, paso a paso, arriba y arriba. Cuando llegamos a la parte más empinada me pongo detrás de ella, la empujo, primero con las manos colocadas en sus omóplatos, y luego, en la parte más difícil, haciendo fuerza contra sus nalgas, consiguiendo que avancemos centímetro a centímetro.

Cada vez que ella dice entre jadeos: «Ya llega», nos detenemos, recobramos fuerzas, dejamos que su contracción nos inunde, hasta que me doy cuenta de que también yo me estremezco con su fuerza, también yo respiro profundamente como un océano, también yo gimo, gruño, trato de aventar mi dolor hacia el bosque indiferente.

No sé cómo, pero conseguimos llegar al claro. Eva se derrumba en el suelo y yo me dejo caer a su lado, abrazándola, arrullándola en mis brazos, murmurando plegarias y agradecimientos y bendiciones a todas las cosas que están más allá y dentro de nosotras, que nos han permitido alcanzar este lugar. Cuando al final levanto la cabeza para mirar a mi alrededor, veo el bosque húmedo e intrincado, el cielo oscurecido por las nubes de lluvia, el tocón rematado por el tejado y lleno de barriles, y, en un momento de lucidez, comprendo que me he vuelto loca.

Pero no podemos volver. Reprimo el pánico, ayudo a Eva a ponerse en pie, la animo a dirigirse —pasito a pasito— hacia el tocón. Avanzamos despacio, como estatuas que cobran vida por un instante para sumergirse de nuevo y de inmediato en su inmovilidad, y recuerdo aquel viejo juego que tanto nos gustaba, un, dos, tres, al escondite inglés...

La luz casi se ha marchado para cuando llegamos al tocón. Eva se apoya en él, jadeando y gimiendo, mientras yo peleo con los barriles para sacarlos fuera y hacernos sitio. Ella se arrastra, su barriga casi rozando el suelo. Se derrumba contra la pared chamuscada. Yo extiendo unas mantas para que se tumbe, y, como está temblando, le echo otra por encima. Luego corro a buscar leña seca antes de que desaparezcan los últimos rastros de luz.

Vuelco las brasas del cubo en el hoyo del fuego y trato de encender una hoguera. Eva observa con mirada bovina. Se enciende una chispa, que prende en los preciosos trocitos de papel, y me pongo en cuclillas para alimentarla.

«Se está bien aquí», dice castañeteando los dientes. Son las primeras palabras que le oigo que no se refieran al parto en días. Miro y veo que tiene razón. El fuego lanza chispas hacia las estrellas y oscurece los pliegues y los nudos del tocón, en cuyo corazón descansamos. Olemos los lípidos perfumes del roble y del laurel quemados, del humus y de la secuoya chamuscada y de la noche húmeda. La luna sigue casi llena y parece que no hay nada en estos bosques que quiera hacernos daño. No siento ya amenaza alguna, sino una nueva benevolencia, como si el bosque por fin se hubiera vuelto compasivo, como si, acurrucadas aquí, en la oscuridad, por fin le importáramos.

Eva se dobla bajo la sacudida de una nueva contracción, su mano se alarga para buscar a ciegas la mía, y se aferra a ella con tanta fuerza que estoy convencida de que me va a romper un hueso.

«Creía que a estas alturas ya me había acostumbrado —dice jadeando—. No pueden ser peores».

Pero sí pueden.

Violentas y rápidas, las contracciones la zarandean como una tormenta, dejándole solo unos segundos para prepararse antes de la siguiente acometida. No grita, pero los gruñidos y sonidos que hace van más allá del dolor y del trabajo del parto, más allá de la vida humana... e incluso animal. Son los sonidos que mueven la tierra, los sonidos que dan voz a las profundas y violentas fisuras de la corteza de las secuoyas. Son los sonidos de las células que se dividen, de los átomos que se fusionan, los sonidos de la luna menguante y de las estrellas en formación.

—Bebe —le digo, levantando una taza de agua hasta su boca. Ella ingiere un sorbo tembloroso y luego dice:

—Tengo que hacer pis.

La ayudo a salir, la ayudo a levantarse la falda. La sostengo mientras se pone en cuclillas, pero lo único que llega es otra contracción. Luego oigo un sonido, un gruñido abisal que brota de su garganta mientras el esfuerzo le hace entrecerrar los ojos.

Cuando ha terminado, dice jadeando:

—He empujado.

Es sorprendente lo cerca que revolotea la esperanza de la desesperación. Tenía la sensación de haber renunciado a todo hace horas, pero un nuevo júbilo me invade y pienso: «Quizá mi hermana no muera».

No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvo empujando. El fuego amenazó con apagarse varias veces y tuve que dejarla a ella para atenderlo. En algún momento la ayudé a apoyarse contra la pared del tocón, y al final, cuando miré entre sus piernas, pude ver, a la vacilante luz del fuego, cómo comenzaba a dilatarse su vagina. Cuando volvió a empujar, vi que sus labios hinchados se separaban y asomaba, bien lisa, una cabecita.

Cuando la contracción acabó, la cabeza desapareció, pero, a la siguiente, cogí una de las manos de Eva y la guie entre sus piernas para que pudiera sentir aquella otra carne, y por su cara cruzó una expresión de éxtasis, cuyas huellas persistieron incluso durante las siguientes contracciones. Le di sorbitos de agua, le sostuve las manos y añadí mis propios gruñidos de aliento a los suyos, y lentamente su vulva se fue distendiendo más y más hasta que la cabeza asomó.

De repente sus ojos se ensancharon por la sorpresa. Volvió a empujar, el cuerpo de la criatura seguía dentro de ella, su cara oscura y achatada como la de una deidad de otro tiempo. Eva empujó de nuevo, y el bebé se deslizó

hacia mí. Lo cogí con torpeza, más para evitar que me golpeará que para protegerlo. Estaba caliente, húmedo, resbaladizo e inmóvil como la muerte. Durante un instante de aturdimiento contemplé su rostro. Parecía bien tal como estaba, y sentí una extraña reticencia ante la idea de estimularlo para que viviera.

Pero justo en el momento en que empezaba a recordar las páginas de la enciclopedia dedicadas a la técnica de reanimación de un mortinato, el bebé efectuó una inspiración. Y luego otra. Abrió los ojos y miró hacia el fuego, hacia el tocón, hacia el cielo levemente iluminado por el alba. Eva se dejó caer hacia atrás, las lágrimas deslizándose por las mejillas. Yo coloqué aquella cosita sobre su pecho, amontonando toda la ropa alrededor de ellas.

Lloramos y reímos, estábamos más allá de las palabras. Entonces las contracciones de Eva retornaron, y durante un horrible momento pensé: «Gemelos», pero luego me acordé de la placenta. Ella volvió a empujar y el órgano se deslizó afuera, de un color rojo sangre, púrpura, como una enorme babosa.

Recordé que debía examinarla, pero en mi aturdimiento de júbilo y cansancio no fui capaz de acordarme de lo que debía buscar. Por supuesto, la enciclopedia no decía nada sobre la forma de cortar el cordón umbilical, así que lo hice a mi manera, empezando con un tímido corte, y luego, al ver que ni Eva ni el bebé acusaban dolor alguno, doblándolo sobre la hoja del cuchillo y tirando de él hasta partirlo en dos.

Alimenté el fuego mientras Eva le murmuraba palabras a su bebé, riendo mientras la criatura buscaba vacilante su pezón. Un poco de humo flotó por el claro, llenando el aire del alba con su perfume.

Salió el sol.

Miré las mantas que se amontonaban sobre el pecho de Eva, y dije:

—Bueno, ya hay bastante luz. Déjame que le eche una mirada a esta jovencita.

Eva le acarició la cabeza lánguidamente con las puntas de los dedos:

—Es un niño.

—¿Qué?

—Es un niño.

Sentí que me ponía rígida.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—Hace meses que lo sé.

—Pero tiene que ser una niña.

Ella se rio, después dobló el cuello para poder echar una mirada al bulto que tenía sobre ella.

—No. Es un niño. Y será un niño dulce, inteligente, fuerte y guapo.

—No me lo habías dicho.

—No me lo habías preguntado.

—¿Estás segura de que es un niño?

—De hecho, puedo apostarme lo que quieras.

—¿De verdad quieres apostar?

—Sí —dijo con tono alegre—. Me apuesto contigo la gasolina a que es un niño.

Retiró las mantas, las dos miramos, y allí, entre sus diminutos, rojos y arrugados muslos colgaba un par sorprendentemente grande de testículos y el gordo gusanito de un pene.

—¡Un niño! —exclamé, con un tono de decepción tan evidente que Eva levantó la mirada para preguntar:

—¿Qué hay de malo en que sea un niño?

—Nada, supongo. Solo que confiaba en que pudiéramos llamarla Gloria.

—Bueno, Gloria sería un nombre bastante raro para ti, ¿no, pequeñín?

«Todo este trabajo para que sea un niño», pensé. De repente el pene se puso rígido y un rápido manguerazo de agua clara brotó de él.

—¡Está haciendo pipí! —dijo Eva encantada y asombrada—. Me ha bautizado.

Empezó a reírse como una niña, o como si se hubiera bebido una botella de Grand Marnier, de una forma tan contagiosa que acabé riéndome yo también, con un alivio que me dejó limpia, purificada.

Nos reímos, y la luz se hizo más intensa. Nos reímos hasta que nos dolieron las mandíbulas y sentimos debilidad y cosquilleos en el estómago, hasta que las lágrimas nublaron nuestros ojos y corrieron sin impedimento por nuestras mejillas doloridas; y nos pareció que, si el bebé había nacido y respiraba, y mi hermana una vez más era ella, nada podía volver a ir mal.

Descansamos en el tocón hasta el mediodía, dormitando, sonriendo y contemplando cómo aquella criatura de facciones elásticas observaba el mundo a través de sus ojos. Pero era un día frío, el fuego precisaba mucha atención para mantener en el tocón la temperatura que necesita un recién nacido, y me encontré metiéndole prisa a Eva para regresar con el pequeño a casa. Quería encender un fuego estable en la estufa, preparar una comida caliente y una manzanilla, y dormir durante días.

Enterré la placenta y el cordón umbilical en nuestro nuevo claro, a una profundidad suficiente para que los jabalíes no pudieran encontrarlos. Metí las mantas en un barril, esparcí las brasas, tomé al bebé en mis brazos y luego, paso a paso, ayudé a mi hermana a bajar por la colina.



Anoche me desperté al oír que se abría la ventana. La oscuridad de la habitación giraba a mi alrededor mientras trataba de orientarme. Durante un momento desquiciante, pensé que habíamos sobrevivido a los últimos nueve meses solo para que el violador regresara. Entonces escuché a Eva, que volvía arrastrándose a su cama.

—¿Qué pasa? —susurré.

—Nada. Hace un poco de calor aquí, ¿no?

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

Me acerqué a ella y estaba ardiendo. Tenía la cara empapada, y su cuerpo se estremecía. Encendí la lámpara de manteca, fui a buscar agua para darle de beber y un paño húmedo para refrescarle la cara y los brazos. Luego fui a la despensa, me quedé pensativa un momento ante mi acopio de hierbas del bosque, tratando desesperadamente de recordar o intuir cuáles podrían ayudarla a ponerse bien.

Estuve sentada a su lado en el colchón, durante mucho rato, ofreciéndole sorbitos de té de hojas de frambuesa, y observando cómo una luz fría se filtraba en el cuarto con tal lentitud que daba la impresión de que solo era mi imaginación precediendo al sol. Temores y preguntas cristalizaban en esa luz como se congela el agua formando cuchillas y puntas de hielo. «Eva debe de tener una infección —pensé—. Es lo único que puede ocasionar una fiebre tan alta apenas dos días después de dar a luz».

Pero no tenía ni idea de cómo la había pillado.

Y menos aún de cómo curarla.

Mientras tanto, el bebé lloraba... un sonido estridente y aparentemente ajeno a lo humano que cada vez que brotaba parecía que no fuera a cesar nunca. Era incapaz de apaciguarle. Cogerlo en brazos no era un consuelo. Mecerlo tampoco ayudaba, ni llevarle de un lado para otro y canturrearle. Le cambié los pañales y lo dejé en el cajón que hacía las veces de cuna, pero seguía llorando. Me las arreglé para acercarlo al pecho de Eva, donde se esforzó por mamar y al poco se apartó, llorando de nuevo. Al final, medio

gimoteando, cayó en un sueño nervioso del que despertó al cabo de unos minutos, llorando más fuerte.

Eva comenzó a agitarse, y yo le enjuagué la cara y acerqué una taza de té de raíz de cornejo a sus labios resecos. Mientras sorbía, a veces muy lentamente y otras con cierta ansia, empezó a mirar a todas partes.

—¿Dónde está mi pequeñín? —preguntó, aunque la criatura estaba a su lado, llorando.

—Está aquí —dije con voz calma—. Lo está haciendo muy bien —mentí.

Se echó hacia atrás, sumergiéndose de nuevo en la fiebre, murmurando:

—Levanta esa pierna. Más alto. El tobillo recto. Cabeza arriba. Eso es. Arriba, arriba, arriba. —Y cada vez más acelerada—: *Plié à arabesque, temps levé, sauté*, tres, cuatro y *pirouette*.

Yo mecía al bebé, paseaba con él de un lado a otro de la habitación, que olía a sudor agrio, le cambiaba la toalla que utilizábamos como pañal, y el crío no dejaba de llorar. Por pura intuición, le di trapos húmedos que chupar y le ofrecí mi dedo. Traté de conseguir que ingiriera un poco de puré de bellota o unas gotas de té de rosas. Lo arrullé, le canté y finalmente me mordí la lengua para no gritarle.

La casa ardía con la fiebre de Eva. Ardía con los llantos del bebé y con mi miedo. El crío no dejaba de llorar, y sus gemidos eran una acusación, una condena, un agudo recuerdo de mi incapacidad, de mi ignorancia. Su llanto me despeñaba por una especie de espiral, a través de la impotencia, la ira y la desesperación, y pese a todo él seguía llorando, su cara endurecida y roja, sus ojos —de los que no brotaba ni una lágrima— apretados con fuerza.

Lo metí de nuevo en su cajón y salí a buscar leña. Cuando regresé seguía llorando, y unas lágrimas surcaban silenciosas el rostro de Eva.

—¿Por qué llora? —preguntó al verme.

—Creo que tiene hambre —respondí—. Aún no tienes leche.

—¿Cuándo subirá? —preguntó suplicante.

—Pronto. Se supone que cuesta un poco más la primera vez.

«Como si fuera a haber una segunda», pensé.

Eva suspiró y se dio la vuelta en la cama, quejumbrosa.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Ella respondió:

—Fría.

Y yo pensé: «Estoy perdiéndola».

El niño seguía llorando, y aquel sonido me horadaba el cerebro, anulaba todo pensamiento que no fuera «hazlo callar». De repente, desesperada por la

impotencia, me precipité sobre él, lo levanté, mis dedos tensos como garras, mis brazos deseando arrancarlo de sus gritos, hacer cualquier cosa para detener aquella voz y sus espantosas exigencias. Aun así, en lugar de sacudirlo o abofetearlo o estrellar su cabeza contra el canto de la estufa, me dejé caer en mi colchón. Estaba bañada en lágrimas y apretaba a aquel ser gimoteante contra mí. El niño empezó a acurrucarse y a buscar con la boca contra mi pecho, y, aturdida, levanté mi camisa para dejar al descubierto mi propio seno, como si nunca se me hubiera pasado por la imaginación matarlo. Por un momento, su pesada cabeza se balanceó de forma frenética en el tallo de su cuello, y luego se agarró a mi pezón. Me dejó sin aliento. Fue una conmoción tan repentina y violenta como el sexo, esa forma en que chupaba... como una pequeña aspiradora, pensé, mareada casi por el alivio que sentía al no haberle hecho daño, por el júbilo ante aquel repentino silencio. El bebé chupaba con decisión, los ojos abiertos y sin parpadear, su boca mordiendo mi pezón con tanta naturalidad como si fuera una tortuga comiendo hojas. Parecía saber exactamente lo que estaba haciendo, y el sentimiento que me embargó a continuación fue el remordimiento: por haberle engañado con un pezón sin leche. Me preparé para el espantoso instante en que descubriera que mis pechos eran aún más baldíos que los de Eva.

No obstante, bien porque había abandonado sus esperanzas de comer o porque estaba demasiado cansado para preocuparse, estuvo mamando mucho rato de mi pecho vacío, y mamaba como si el consuelo fuera de mayor sustento que la leche. Me incliné sobre él, acunando su cabeza en la palma de mi mano, y observé cómo sus ojos acababan por cerrarse lentamente y sus frenéticas chupadas iban reduciéndose hasta detenerse por completo. Al final su boca se separó de mi pezón y se durmió.

Se durmió en mis brazos mientras el fuego ardía en la estufa hasta convertirse en brasas y el invierno se desvanecía de la casa. Se durmió en mis brazos hasta que me dolieron, como si se hubieran estado aferrando a un roble toda la noche. Y estuvo dormido durante horas, mientras yo lo contemplaba, aquel ser humano diminuto, único, íntegro, rebosante de promesas, de inteligencia y de necesidades, mientras yo le juraba que no se moriría. Aunque tuviera que alimentarlo con mi propia sangre.



«Flores de la baya del saúco, raíz del cornejo, hojas de menta y frambuesas, árnica, hierba ojizarca y milenrama para bajar la fiebre; tallos de hierba estañera, hojas de ajeno y laurel para aliviar los calambres; savia de secuoya, hierbabuena y hojas de artemisa como tónico; menta de coyote y manzanilla para los cólicos; semillas de hinojo, hojas de ortiga, escaramujo, frambuesas y romero, flores de manzanilla y trébol rojo para inducir la lactancia». Rebusco en las páginas de *Plantas autóctonas de California del Norte*, recogiendo toda la ciencia y la esperanza que puedo. Las plantas que aún no tengo en la despensa las busco en el bosque, escudriñando los lechos de los ríos, los prados, las cimas de las colinas, recogiendo lo que encuentro en mitad del invierno. De regreso a casa, donde la temperatura es sofocante, pelo las raíces, machaco las hojas, hiervo agua y preparo las hierbas, y trato de no pensar en mi vasta ignorancia, en el experimento que estoy llevando a cabo.

—Bebe esto —le digo, levantando a mi hermana del colchón, ayudándola a sostener la taza humeante mientras ella da unos sorbitos dóciles, se estremece y sonríe ante el sabor áspero y salvaje. Y sorbe de nuevo.

—Esto es para la fiebre, esto para tus pezones, esto ayudará a que te suba la leche, esto te fortalecerá las defensas —le digo, ofreciéndole insistentemente pomadas, cataplasmas, infusiones y decocciones, mientras hiervo más agua, preparo más hierbas y rezo al bosque para que la cure.

Cuando el niño se despierta y ganguea en busca de un pezón, lo sostengo ante el pecho cálido de Eva. Pero si gime y se aparta, o si se pone rígido y llena la casa con sus llantos de frustración, vuelvo a acogerlo en mis brazos, me levanto la camisa y meto mi propio pezón en su boca. Entonces, sentada junto a la ventana donde en su día memorizaba las fases de la mitosis, lo observo mientras bebe de mí, maravillándome ante la extraña alquimia del amor, la necesidad y la química que llena mis pechos de leche, maravillándome ante la fiereza de esta diminuta cabeza, ante la curva perfecta de sus orejas.



Le di a mi hermana té de baya de saúco, hierba ojizarca, milenrama y menta, y supongo que jamás sabré si fueron esas hierbas las que la curaron, pero finalmente su fiebre remitió. Le di compota de frutas y puré de bellota y caldo de cecina de jabalí, y poco a poco fue restableciéndose hasta que, cuando la luna volvía a estar llena, pudo incorporarse sin ayuda y agarrar la

taza caliente con ambas manos. Le di té de hojas de frambueso, de hinojo y de ortiga, y su leche por fin subió, tanta que ahora sus pechos se han hinchado hasta duplicar su tamaño normal, y cuando el bebé llora, unos círculos oscuros se extienden sobre nuestras camisas.



Eva le ha llamado Robert, por nuestro padre, pero yo suelo llamarle Burl, y es mi compañero constante. Hora tras hora, cocino y limpio y me preocupo de él y de mi hermana, y mientras ella sigue recuperándose, mi Burl crece y se vuelve más despierto.



Esta mañana, para olvidarme de la casa, que tengo la impresión de que ha llegado a poseerme, me llevé a Burl a dar un paseo. Lo até contra mi pecho utilizando dos de las camisas de su abuelo para hacer una especie de mochila. Eva estaba durmiendo cuando me marché, y aunque pensé en despertarla para decirle a dónde iba, al final decidí que necesitaba aquellas horas de sueño. Alimenté el fuego, cogí mi cesta de hierbas, salí en silencio, atravesé el claro y me dirigí a la tumba de mi padre.

Era un día templado, húmedo, de nubes grises y bajas. El bosque estaba exuberante, preparándose para el rebrote. Los mizcalos surgían como canicas de colores en la maraña de hojas invadidas por el rocío. Los tiernos bucles de los brotes de helecho se desplegaban desde la tierra empapada, y fui llenando la cesta mientras andaba.

Burl era buena compañía. La mayor parte del tiempo dormía, limpio y tranquilo como un gato, su cuerpo ofrecía una presión blanda y cálida contra mi pecho. Pero aun cuando estaba dormido, yo era consciente de su presencia, y el bosque parecía más penetrante, más fresco, más vivo, porque él estaba allí, conmigo.

Cuando se despertó, guardó silencio, su mejilla suave haciendo un poquito de fuerza justo debajo del hueso de mi cuello, la cabeza vuelta para poder ver el mundo a través del cual yo lo llevaba. Entonces empecé a murmurarle, a hablarle del bosque, de los hongos y los helechos, de los osos y los jabalíes, de las secuoyas, los olmos y los madroños. Le hablé de su familia, de su abuelo y de su abuela, de Eva y de Eli, de mí... una urdimbre de historias que lo envuelven y lo atrapan.

Cuando llegamos a la tumba observé que esta se hallaba cubierta de una capa de hojas y olía a la vez a fresco y a viejo. Me puse en cuclillas cerca de aquel montón de tierra, desenvolví a Burl y le di de mamar. Mientras él contemplaba el bosque de reojo, le susurré al cielo: «Tienes un nieto».

Cuando regresamos a casa, Eva estaba sentada junto a la ventana, y se levantó para recibirnos con una expresión tensa en la cara.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó, alargando los brazos para coger a Burl antes incluso de que lo hubiera desatado de mi pecho.

—Dando un paseo.

—Me desperté y no había nadie.

—Llevé a Burl hasta la tumba de su abuelo —le expliqué.

—¿Por qué no me avisaste?

—Estabas dormida.

—¿No pensaste que sería importante para mí también... llevar a mi hijo a ver la tumba de su abuelo?

—Podemos volver en cuanto estés más fuerte —le propuse.

—Pero ya no será la primera vez —dijo ella, apretando a Burl contra su cuerpo como si ambos acabaran de sufrir una dura prueba.

—Lo siento —dije—. ¿Has podido descansar?

—No.

Se sentó y se abrió la blusa, y Burl empezó a mamar de manera obediente.

—¿No lloró porque me echara de menos? —preguntó Eva, acariciando el bracito que se agitaba.

—No —respondí—. No ha llorado. Burl se ha portado muy bien.

—No se llama Burl —replicó ella, estrechando la cabecita contra su pecho—. Se llama Robert.



El tejado está haciendo aguas como una barca que se va a pique. Cada hora tengo que subir al piso de arriba para vaciar los cubos y cazos desparramados por los que fueron nuestros dormitorios. Mientras, trato de leer la enciclopedia, pero ahora ya es un hábito carente de sentido. Escribo un poco, pero me estoy quedando sin papel, y además pierdo el hilo de mis ideas.

La vida debería ser buena, después de todo lo que hemos pasado. Solo que, una vez más, algo no ha ido bien, y aunque no puedo decir exactamente qué es, esta noche no dejo de recordar los pedazos de arcilla de la rueda de alfarero de mi madre. Parecían casi vivos al girar entre sus manos húmedas, y

recuerdo haber observado con placer cómo los recolocaba, los abría y los convertía en jarros, cuencos y jarrones, cómo les daba forma a través de su deseo.

Pero cada ente tiene deseos propios. Ella solía decir que un buen alfarero debe escuchar a la arcilla, y esta noche recuerdo que la más leve burbuja o trocito de greda, el más insignificante error de las manos de mi madre, y el torno podía empezar a tambalearse. Si aquel ligerísimo tambaleo no se corregía, se hacía cada vez mayor, tomando su propia y violenta vida, quedando fuera de control hasta que, al final, destruía lo que estuvieras haciendo y dejaba la habitación perdida de húmedos pedacitos de arcilla.



Ahora, si Eva le está canturreando a Burl y yo entro en la habitación, ella baja el tono hasta lindar con el silencio. Si lo cojo, me dice: «Ahora no... necesita dormir». Si le cambio el pañal, Eva vuelve a ajustárselo. Si le echo la manta encima, Eva se la retira.

Ahora, cuando trato de darle de mamar, me lo quita de los brazos.



Escribo esto desde el tocón, junto a la pequeña fogata que trato de mantener viva. El fuego se ahoga y llamea. El humo se alza caótico, a veces llena el tocón con sus acres penachos. Plana y gris, la lluvia sigue cayendo. Todo chorrea o se encoge. Llevo aquí cinco noches, viviendo de las bellotas, las bayas y la comida seca que apilamos el otoño pasado, viviendo del agua de lluvia y del rencor.

Nos peleamos.

Me marché, me trasladé aquí, trayendo solo un cubo de brasas, unas mantas y una mochila con ropa, algunas hierbas, la mano del mortero y esta libreta manchada y deslucida. «Quédate el resto —le grité a quien había sido mi hermana—. Te has quedado ya con todo lo demás, qué más da».

De modo que así es como termina la historia, y quién sabe cuánto tendríamos que retroceder para hallar el comienzo. Tal vez al momento en que Eva gritó: «¡Deja en paz al niño!». Fue como si lleváramos años peleándonos.

—Tenía hambre —dije, alzando la cabeza del pequeño Burl, que estaba contra mi pecho, y dirigiéndola hacia mi hermana, que se levantaba del

colchón, su cara tensa por la rabia.

—Yo puedo alimentarlo —contestó con sequedad.

—Estabas durmiendo.

—Pues me despiertas.

—Necesitas descansar.

—Y él no necesita dos madres.

—Las necesitó cuando te pusiste enferma.

—Ahora estoy mejor.

—¿Por qué no podemos entre las dos...?

—Nell, es mi bebé.

—Tu bebé —repetí yo, mirándole mientras mamaba de mis senos, sus mofletes hinchándose con la leche, sus tiernos deditos acariciando mi pecho —. ¿Tu bebé?

—Lo llevé durante nueve meses, le di a luz. Necesita que lo alimente yo.

Cruzó el espacio que separaba su colchón del mío, y me arrancó a Burl. Las encías desdentadas del bebé pellizcaron mi pezón cuando ella tiró.

Burl empezó a llorar y de repente la angustia me cegó:

—¿Quién te mantuvo viva todos estos meses para que pudieras dar a luz a tu bebé? ¿Quién te ayudó en el parto? ¿Quién salvó la vida de tu bebé cuando te pusiste enferma? ¿Y quién te salvó la vida a ti, también... si lo decimos ya todo?

—¿Así que ahora yo también soy tuya?



Solo este tocón es mío... aunque lo comparto con el bosque. Me paso los días sentada junto a mi fuego, tratando de no pensar, de no recordar. En vez de eso, escucho la lluvia, observo la lluvia, huelo la lluvia, siento que su neblina se aferra a mi cara. Mis pechos están enormes y duros como puños. Se hinchan y se tensan con la leche que nadie necesita. Venas gruesas como gusanos serpentean por ellos, y mis pezones lloran... una pena que mancha mi camisa y la deja encostrada.

Burl era lo único que nos quedaba, y Burl fue lo único que mi hermana y yo no supimos compartir.



Los pumo empleaban la amapola de California para cortar la leche, así que yo también empapé vainas secas en agua hervida del arroyo, y sorbí esa infusión acre. Exprimí sorbos de leche dulce y clara sobre la tierra húmeda, y luego me oprimí los senos con una especie de vendaje improvisado y anudado a la espalda... cualquier cosa que aliviara el dolor y el latido que sentía en ellos, cualquier cosa que me ayudara a olvidar la succión de sus labios.



Es época de hibernación, un tiempo lento y frío, de lluvia gris y luz verdosa. Durante el día paseo, sueño, observo dónde crecen las plantas que pueden alimentarme o curarme. Con la mano de mortero machaco bellotas para hacer pulpa, la envuelvo en hojas de helecho y la meto en el arroyo para filtrarla. Como algunas bayas y una tira de carne seca de jabalí al día, tomo un poco de té de amapola para detener la subida de la leche. Recojo leña, cuido del fuego, sacudo las mantas, arreglo el tejado. A veces me parece oír voces, ni bruscas ni cariñosas, sino con el tono propio de la lengua del bosque.

Otras criaturas van llegando al claro. El ciervo que paca mientras se acerca al tocón, levanta el hocico para capturar la brisa, se detiene al percibir mi olor, gira su cabeza elegante para estudiarme, y mi corazón deja de latir. Anoche un mapache se acercó hasta el círculo de luz que forma el fuego, y me miró a los ojos por encima de las llamas. Hizo un ruido con la garganta — una especie de cloqueo largo y grave, a medio camino entre un ronroneo y un gruñido— y después regresó a sus asuntos, bajo la luna menguante. Esta mañana oí unos crujidos en el suelo del bosque, y vi a una vieja hembra de jabalí entrar en mi claro. Por un momento, cruzó su mirada con la mía, y luego soltó un gañido y se marchó.

Me paso las horas contemplando mi pequeña fogata, y a veces se me ocurre una idea. Recuerdo a mis hermanas, la mujer solitaria y a Sally Bell, todas añorando al pequeñín que hemos perdido, todas aprendiendo a vivir solas en el bosque.

A veces pienso en mi madre y en mi padre, en la telaraña que, incluso ahora, conforma lo que yo soy y seguiré siendo.

«Eres dueña de ti misma», decía mi madre. Finalmente, creo que tenía razón.

A veces recuerdo a Eli, pienso en él dentro de mí y en las hojas de este lugar pegadas a nuestra piel desnuda. Recuerdo su risa burlona, la ternura temblorosa de sus manos, y me pregunto quién era, qué habrá sido de él.

Trato de imaginarlo en Boston, aunque cada vez me parece más difícil creer que semejante lugar exista. Trato de imaginar coches, farolas y teléfonos que suenan, pero son imágenes vagas, confusas, y el anhelo que siento de ellas carece del dolor y del escozor del auténtico deseo.

A veces creo que me gustaría volver a ver a Eli. Pero si regresara ahora, tendría que buscarme aquí, junto a mi propio fuego.



La leña arde con sus llamas tímidas. Mordisqueo un albaricoque seco, tomo un sorbito de té de artemisa para soñar, y más amapola para detener la leche. Contemplo el fuego, atenta al efecto de la niebla sobre los sonidos del bosque, medito más que escribo. La escritura me parece de repente un hábito viejo. Me pregunto si no voy a perderlo antes incluso de quedarme sin papel. No sé si sigue teniendo sentido lo que escribo aquí. Soy solo un núcleo, un meollo, un ascua dentro de un pedazo de carne que respira y escucha la lluvia. Este lugar llena mi vida, ya no es insignificante, ni perdida o arrebatada o a la espera de un nuevo inicio.

Bebo agua de lluvia, y apago una sed antigua.

Esto no es un interludio, un estado de amnesia temporal.

La luna mengua hasta el más escueto creciente. Me siento más contenta.



Ayer por la mañana me preparé un plato de puré de bellotas y moras secas. Mientras agitaba el cazo recordé cuando pusimos a secar las bayas con el calor de finales de verano, el zumbido de las moscas y las abejas, las gotas de sangre en mis brazos de los rasguños de las zarzas, el rastro tenaz en los dedos. Recordé los largos días de la recogida de bellotas, hora tras hora de inclinarse y arrastrarse, hasta que sentía que mi espalda se quedaría encorvada para siempre, mis manos con los pinchazos de un millón de brillantes hojas de roble, y cuando cerraba los ojos veía un océano de frutos.

El vaho que emanaba del puré era cálido y llenó con su aroma el aire frío de la mañana. Tenía hambre y podía sentir mi estómago contrayéndose como un músculo más. Pero en el momento en que me llevé la primera cucharada hasta la boca oí una voz que decía: «Espera».

Durante un momento de locura pensé: «Mamá». Incluso me puse de pie para recibirla, pero fuera del tocón solo pude ver la familiar espesura y

escuchar el goteo incesante de la lluvia. Respiré aquel aire húmedo, como teñido de verde, y luego, siguiendo un impulso que no traté de comprender, cogí el cazo de puré y caminé alrededor del tocón, deteniéndome cuatro veces para lanzar sendas cucharadas humeantes a la tierra húmeda.

Regresé junto al fuego, me senté con las piernas cruzadas justo en la entrada de mi refugio, observando cómo la lluvia empapaba el bosque. Sentía mi estómago tenso, los pulmones dilatados. Mis manos permanecían quietas en el regazo. Tenía la sensación de estar esperando, aunque no tenía ni idea de qué o por qué. De vez en cuando se me ocurrían ideas: «Debería recoger más leña, debería comprobar el tejado para ver qué tal resiste, debería recoger agua de lluvia con el cubo», pero les faltaba fuerza o impulso, se quedaban flotando, como inertes, y se marchaban, cosas como «el cielo está gris, sigue lloviendo, puedo sentir el peso de mi camisa sobre los hombros».

Continuaba sentada de esta manera cuando la oscuridad se apoderó del bosque. El aire se espesó, el cielo se hizo sombra, los árboles se cerraron a mi alrededor, hasta que finalmente solo pude ver las últimas brasas de mi fuego desatendido brillando como los secretos de un corazón. Tuve que luchar contra el impulso —el primer impulso real que tenía desde que le diera mi desayuno al bosque— de coger una de aquellas joyas rojas de su lecho de cenizas y metérmela en la boca.

Más paulatino aún que el debilitamiento de la luz del sol fue el debilitamiento de aquel puñado de brasas, pero al final también ellas se desvanecieron, con tanta lentitud que, aunque les prestaba toda mi atención, no pude decir cuándo se hubieron extinguido, dejándome sumida en la oscuridad absoluta de una noche lluviosa sin luna, hasta que la brasa que había en mi interior fue el único fuego que quedó.

En aquella tiniebla, la lluvia siguió cayendo, recubriendo cualquier otro ruido que el bosque pudiera producir. Me quedé sentada, vacía, ante el fuego extinto, contemplando la oscuridad. Sentía como si tuviera los ojos envueltos en terciopelo, y me pareció que en mis mejillas y en mi frente había crecido un millar de ojos nuevos, aunque estos, también, veían solo oscuridad. Al cabo de un rato me adormilé, aún con las piernas cruzadas, las manos relajadas todavía en el regazo.

Me desperté en la más perfecta negrura, la lluvia había cesado. Una docena de sueños diferentes huyó de mí como ángeles caprichosos. Me desperté hambrienta, sedienta, fría, rígida y, sin embargo, poco dispuesta a romper el hechizo de mi postura levantándome para buscar comida o agua, ni siquiera para mover mis piernas doloridas.

Y llegó ella.

Sentí que se acercaba mucho antes de oír sus pasos pesados, mucho antes de percibir su olor fétido. Rodeó el tocón olisqueando, deteniéndose para lamer los cuatro grumos fríos de puré. Se detuvo de nuevo ante la puerta, observando mientras yo apretaba mi cuerpo contra la pared trasera. Entró, dio un par de vueltas, como un perro cansado, y se echó. Pude sentir su piel húmeda y áspera, y oler la descomposición que acompañaba su cálido aliento. Pensé: «Esto no es un sueño».

Permanecí sentada en una oscuridad a la que mis ojos no acababan de adaptarse, atrapada por la masa y la voluntad de la osa. Escuché el goteo del bosque, mi respiración y la suya. Me hice un ovillo a su lado y me dormí.

Soñé que ella me daba a luz desde el cálido misterio de su útero, exprimiéndome a través de aquel túnel, hasta que caí, rendida, sin ofrecer resistencia, en la tierra. Ciega y lloriqueante, trepé por su cuerpo enorme, hurgando hasta que un pezón llenó mi boca. Más tarde, su lengua me buscó. Con insistencia, lamida tras lamida, moldeó el grumo desnudo que era yo, conformando mi cuerpo y mis sentidos a base de lengüetazos ásperos. Lametón a lametón, volvió a alumbrarme, y cuando hubo acabado, se marchó con pasos pesados, dejándome —sola y en forma de Nell— en su bosque.

Me desperté al alba y ella se había marchado. Me arrastré hasta la entrada del tocón, y vi sus huellas impresas en las cenizas frías de mi fuego. Me puse en pie, y sentí un calambre al tiempo que escuché el crujido de mis articulaciones. Sentí como si estuviera saliendo de un cuerpo roto para convertirme en una carne nueva, y recordé la forma en que se estremece y tiembla una mariposa recién salida de su crisálida mientras la sangre llena sus alas demacradas. Rígida, fría y vacía, crucé renqueando el claro.

Y me adentré en el bosque.

Eva estaba esperando en el tocón cuando regresé, sentada al lado de un fuego recién encendido, con Burl bien envuelto y durmiendo en su regazo. Junto a ella había una mochila enorme, y una sábana que abultaba como un fardo de vagabundo.

—Hola —dije yo.

—Hola —respondió.

Removí su fuego, dejé caer una brazada de ramas en mi pila de leña y, como el humo cambiaba de dirección, me senté a su lado y alargué las manos para calentarlas.

—¿Cómo está Burl? —pregunté.

—Muy bien.

—¿Y tú?

—Bien —dijo ella—. Estoy muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Bien, también.

Guardamos silencio, y contemplé el fuego de Eva. El montón de mantas que era Burl y que se retorció y agitaba. Eva lo levantó de su regazo y me lo tendió. Lo cogí, sentí su peso cálido y ligero, aspiré su olor. Lo apreté contra el hueso que separa mis pechos, y cada célula de mi cuerpo se empapó de su presencia y su perfume. Burl empezó a ganguear y a hurgar en mi pecho, y yo le lancé una mirada furtiva a Eva.

—No te preocupes —dijo Eva—. Puedes darle de mamar si quieres.

—No me queda nada para él. He secado mi leche. Además, tenías razón: es tu bebé.

—No —dijo ella—. Estaba equivocada. Él es dueño de sí mismo.

Estuvimos sentadas durante un minuto, y luego Eva volvió a hablar:

—Se está bien aquí —dijo—. Es un buen lugar.

—Sí —reconocí.

—Te he echado de menos.

Todo el amor que sentía hacia ella brotó de repente, estrangulando mi respuesta. Nuestros ojos se encontraron. Asentí y ella sonrió. Me levanté y le devolví a mi hermana su hijo. Puse la tetera sobre el fuego, y esperamos a que el agua hirviera y los escaramujos se reblandecieran.

Ella me acercó un poco de fruta seca y una patata asada, caliente aún de la casa. Bebí y comí, y el calor volvió a filtrarse en mis huesos fríos y salvajes.

Cuando la comida se hubo terminado y nuestras tazas estuvieron vacías, Eva volvió a hablar:

—Nell, hay algo que tenemos que hacer. Algo que quiero que me ayudes a hacer.

—Vale —dije—. ¿El qué?

—Llevamos todo este tiempo viviendo en el pasado, esperando la posibilidad de volver al pasado. Pero el pasado se ha ido. Está muerto, podrido. Y de todas maneras era un error, un gran error.

—¿Un error?

—Mira, incluso aunque pudiéramos recuperar el pasado, incluso si la electricidad regresara algún día, ¿qué íbamos a hacer?

Trazó con el brazo un círculo amplio para abarcar el bosque y el tocón.

—¿Puedes imaginarte a ti misma viviendo en un dormitorio colectivo en una residencia de Harvard? ¿O a mí bailando *Coppélia*? —preguntó mientras inclinaba la cabeza y apoyaba la mejilla en sus muñecas, en una postura tan ridículamente remilgada que tuve que reírme.

—Esta es nuestra vida —prosiguió ella con nueva urgencia—. Nos guste o no, nuestra vida está aquí... juntas. Y tenemos que asegurarnos de que no lo volvamos a olvidar, no podemos cometer más errores.

—¿De qué estás hablando?

—Quiero que vivamos aquí.

—¿Aquí? ¿En el tocón?

—¿Te acuerdas de la gasolina? —preguntó bruscamente, cambiando de tema.

—Sí.

—Gané yo, ¿no? Cuando aposté a que Robert era un niño.

—Sí.

—Quiero utilizarla. Esta noche.

—¿Esta noche?

—Diremos que es Navidad. Esta noche vamos a celebrar la Navidad. ¿Vale?

—Vale —acepté, imaginando la *Música acuática* inundando la oscuridad, o a Eva bailando otra vez *Tzigane*, imaginando la luz eléctrica y duchas calientes, la celebración que habíamos estado planeando durante lo que parecía siglos.

—De acuerdo —volví a decir—, haremos una fiesta. De paso celebraremos el cumpleaños de Burl.

—Y puedo usar la gasolina como yo quiera, ¿verdad?

—Es tu gasolina —dije—. Haz lo que quieras con ella.

Eva había cambiado de humor. Había perdido su tono intenso y se sentía alegre, juguetona. Me puso a Burl en los brazos, y se adelantó, dejándome que bajara sola por la colina hasta casa, tomándome el pelo, prometiéndome la mejor Navidad del mundo, mientras yo andaba como podía, aferrando al niño en mis brazos.

Cuando llegamos, me sentí confusa. La casa era como una guarida que apestaba a productos químicos y a sudor, hostil y carcelaria, llena de goteras, y desmoronándose.

Por un momento, la vi con los ojos de una criatura del bosque, con una desconfianza y un desagrado a los que tuve que enfrentarme para entrar. Pero nada más cruzar el umbral volvió a ser una vez más la única casa que había

conocido. Seguía oliendo a mi infancia, seguía protegiendo a los fantasmas de mis padres, los fantasmas de todos mis yos anteriores.

—Bueno —dijo Eva, con una determinación que me hizo pensar en mi padre—, voy a buscar la gasolina.

Salió corriendo mientras yo me quedaba allí, plantada en el suelo donde había aprendido a caminar, en las habitaciones donde había transcurrido la mayor parte de mi vida, sosteniendo a Burl contra mí y pensando en lo agradable que era estar en casa.

Eva regresó, sin aliento y con las mejillas sonrosadas, arrastrando la lata de gasolina. Le quitó la tapa, y sus vapores se esparcieron por la habitación. Me transportaron una vez más al pasado. Respiré con avidez, cerré los ojos, sentí como si pudiera tocar a mi madre, siempre con prisa, conduciendo nuestro viejo y confortable coche.

Cuando abrí los ojos, Eva estaba vertiendo la gasolina sobre el sofá.

—¡Eh! —grité—. Pero ¿qué haces?

Se dio la vuelta con fiereza para mirarme.

—Dijiste que podía usarla como quisiera.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo?

—Voy a quemar la casa.

Se marchó de la habitación, dejando un reguero de gasolina que empapó el suelo como un chorro de lágrimas oleosas. Yo corrí tras ella, y observé conmovida cómo mojaba las cortinas de su estudio y luego se dirigía a la cocina.

—¡Espera! —le grité—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro —dijo, poniendo la lata boca arriba y arrimándola contra sí, sus ojos brillando ya con la promesa del fuego—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo?

—Ya te lo he explicado.

—Pero ¿por qué?

—También te lo he explicado.

—¿No podemos irnos y ya está?

—Sería demasiado fácil volver. Quiero que no haya vuelta atrás. Robert te necesita, y yo te necesito. Y tú nos necesitas a los dos. No podemos permitirnos una nueva confusión.

—No nos confundiremos. Hemos aprendido la lección.

—De todas maneras, esta casa ya no va a aguantar en pie mucho más.

—Podemos arreglarla.

—¿Con qué? No hay nada en el taller de papá para reparar el tejado o reconstruir el trastero.

—Ya improvisaremos algo.

—Necesitamos emplear nuestro tiempo en otras cosas. Además...

—¿Además, qué?

—Ven aquí.

Me acompañó fuera de casa, al frío atardecer, y luego al camino que penetra en el bosque.

—Mira —dijo, señalando el suelo. Y allí, al lado de un charco, vi la huella de una bota. Era grande, casi un tercio mayor que la mía, y el que la había dejado había estado contemplando el claro desde aquel lugar el tiempo suficiente para dejar aquel rastro impreso con fuerza en el barro.

—Ha vuelto... —dije, escudriñando los árboles oscuros con un temor que llevaba meses sin sentir.

—Sí —respondió ella—, él o alguien parecido.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—No.

—Entonces, por qué...

—Mira —repitió, señalando el camino.

A la luz escasa del ocaso distinguí tres huellas más del mismo par de botas, pero borrosas y separadas, alejándose del claro.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué huyó?

Eva me guio en silencio hasta más allá del claro, y señaló una última huella. Era ancha y desnuda y solo un poco más pequeña que la de mi pie. Cuando me agaché para verla mejor pude distinguir en el barro, sobre cada uno de los rastros de los dedos, la marca puntiaguda de una garra. Eva cambió de posición a Burl en sus brazos y me observó mientras aquellas huellas le contaban su historia a mi cerebro.

—Le ahuyentó un oso —dije pensativa, más bien hablando conmigo misma.

—Pura suerte. No podemos contar con que vuelva a suceder. —Me miró con intensidad durante un momento, y después volvió a hablar—: ¿Entiendes lo que quiero decir?

—De acuerdo —respondí—. De acuerdo. Quizá tengamos que marcharnos de aquí por un tiempo. Pero ¿por qué tenemos que quemar la casa?

—¿De verdad no lo entiendes? Antes o después, alguien vendrá a buscarnos de nuevo. Si dejamos la casa tal como está, podría colarse. Sin

embargo, si ha ardido, y nosotras no estamos aquí, no habrá muchos motivos para que nadie se quede merodeando por este lugar.

—¿Y si Eli volviera? —pregunté antes de pensar lo que estaba diciendo.

—Él ya conoce el tocón, ¿no?

Asentí. Luego pregunté:

—¿Y si necesitamos cosas?

—¿Como qué?

—Bueno, comida. Ropa, lo que sea. Platos, herramientas.

—Tenemos comida para un invierno entero en el tocón.

Empezó a caminar hacia casa.

—He empaquetado algunas cosas esta tarde... cuchillos, mantas y también la lupa. Algunos cacharros, sartenes, una jarra. Y las semillas. Y si el taller no se incendia, podremos volver a hurtadillas y coger de él lo que necesitemos. Aunque no creo que nada dure aquí demasiado. Todo se deteriora muy rápido. Si realmente necesitamos algo, tendremos que obtenerlo del bosque.

—Aún no sabemos bastante del bosque —argumenté, siguiéndola al interior de la casa.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Aprenderemos. Será una aventura.

—Eso fue lo que dijo Eli.

—Esta será una aventura de verdad. La suya solo fue una huida.

—Esperemos un poco... Solo hasta la primavera.

—Olvídate de la primavera. Además, tengo la impresión de que ese hombre volverá pronto. Si esperamos, será demasiado tarde.

—Pero esto es... —Paseé mi mirada por la habitación— es todo lo que tenemos. Todo lo que llegaremos a tener.

—Todo lo que tenemos somos nosotras, nos tenemos la una a la otra. Y el bosque. Y quizá un poco de tiempo. Esto —y levantó las manos hacia la habitación— ha estado a punto de matarnos. No podemos quedarnos aquí.

—Eva...

—Nell, tú conoces la historia.

—¿Qué historia?

—¿Cuánto tiempo lleva la gente viviendo por aquí?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿desde cuándo se tiene constancia?

—Finales del periodo central del Pleistoceno —respondí.

—¿Y eso qué significa?

—Que el ser humano ha estado aquí hace al menos cien mil años —dije, citando la enciclopedia—. Quizá incluso el doble o el triple de tiempo.

—Bien, la gente ha estado viviendo aquí al menos desde hace cien mil años. ¿Y cuánto tiempo hace que tenemos electricidad?

—Edison inventó la bombilla incandescente en 1879.

—¿Lo ves? Todo esto —y barrió con el brazo las habitaciones del único hogar que yo había conocido— ha sido tan solo un... ¿cómo lo llamaste...? Un estado de amnesia temporal.

Señaló la oscuridad que enmarcaba el vano de la puerta.

—Nuestra vida real está ahí fuera.

—¿Y si nos quedamos sin comida o nos ponemos enfermas? Podríamos morir.

—También podríamos quedarnos sin comida o ponernos enfermas aquí —dijo ella riendo—. Nell, la gente lleva muriéndose aquí al menos desde hace cien mil años. Morir no tiene importancia. También nosotras moriremos, claro. Mira —añadió entusiasmada—. Tú eres la única que ya ha estado viviendo fuera de esta casa. Y has estado odiando la casa durante meses.

Me miró mientras yo pensaba en lo que ella acababa de decir. Luego sonrió y alargó la mano para tocarme la cara.

—Hermana —dijo—, todo irá bien. Pase lo que pase, esto es lo que debemos hacer. Piensa en Burl —siguió diciendo con urgencia, utilizando ese nombre por primera vez—. Nell, si no lo haces por ti, hazlo por él.

—De acuerdo —dije—. De acuerdo, vamos a hacerlo. —Y exhalé tan profundamente que me sentí como si hubiera estado reteniendo la respiración durante años—. Pero necesito un minuto. Un poco de tiempo. Para decir adiós.

—Por supuesto —respondió ella—. Aún faltan horas para que amanezca.

Burl se despertó en aquel momento, y rebuscó en mis pechos sin leche. Lo besé y se lo tendí a Eva.

—Me voy —dijo ella—. Yo ya me he despedido.

Entonces me dejó sola en la casa que nuestros padres habían construido para nosotras, el lugar donde las dos habíamos sido concebidas. Con las lágrimas surcando mis mejillas subí por la escalera y entré en la habitación de mis padres. Enterré la cara en los vestidos de mi madre, inhalando su perfume ya casi imperceptible por última vez. Cerré el armario, dejé las fotografías de las niñas que fuimos sobre el tocador, y salí.

Abajo, el olor de la gasolina casi hizo que me mareara, así que traté de abreviar mi última vuelta por la cocina, el cuarto de estar, el estudio de Eva,

el taller de mamá con su tapiz inacabado y sus estanterías repletas de libros.

Me detuve en seco al pasar por delante de las estanterías. A la media luz del taller, recordé todo lo que aquellos libros me habían enseñado, cómo me habían consolado, divertido y desafiado, y me sentí rota ante la idea de abandonarlos. Como una loca, empecé a apilar en el suelo aquellos libros sin los cuales pensé que no podía vivir. Los *Diálogos* de Platón, *Orgullo y prejuicio*, *Elementos de trigonometría*. *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *Una guía de campo de las aves norteamericanas*, *Antígona*, *Amado*, las *Obras completas* de Shakespeare, *Sobre la desobediencia civil*, *La ciudad de las cuatro puertas*, el *Atlas mundial*, *Ethan Frome*, *Física cuántica*, *Aullido*, *Cumbres borrascosas*.

Aun antes de haberme abierto paso a través del primer estante, supe que aquel montón era demasiado pesado para cargarlo hasta el tocón. Era absurdo tratar de conservar la biblioteca en el bosque, expuesta al moho del invierno, al calor del verano, que desharía los lomos, y ocupando además un espacio que necesitaríamos para otras cosas.

En un acto desesperado traté de reducir su número, de conservar solo aquellos libros que sintiera absolutamente necesarios. Aun así, esparcidos por el suelo, cada volumen constituía su mejor defensa. Cada libro parecía incomparablemente precioso. ¿Cómo podía concluir que la *Poesía completa* de Emily Dickinson tenía más valor que los *Cuentos de hadas* de los hermanos Grimm, o que *El origen de las especies* debía ceder su lugar a *Auge y caída del Tercer Reich*?

Por un momento, me pareció más equitativo, quizá incluso más compasivo, quemarlos todos. Me dije a mí misma que en la vida que íbamos a vivir los libros no contarían demasiado. Pensé que Eva me estaba esperando fuera, y se me ocurrió que la enciclopedia me había abandonado durante su parto, que ningún libro me había preparado para salvarle la vida a mi hermana.

Luego recordé cuánto había amado mi padre los libros, cuánta fe había tenido en ellos, y sentí que irme con las manos vacías sería una profanación, como lo hubiera sido dejar su cuerpo sin enterrar, pasto de los jabalíes.

«Solo me llevaré tres —negocié conmigo misma—, un libro para cada uno de nosotros, Eva, Burl y yo. No durarán. Se mojarán o se romperán o habrá que sacrificarlos ante una necesidad más urgente. Pero no importa. Algún día podremos conseguir más. Y, si no, al menos podré despedirme de ellos con algo más de tiempo».

El libro de Eva fue fácil de elegir. *Plantas autóctonas de California del Norte*, pues es probable que le salvara la vida y que sea la única anciana conoedora del bosque que este llegará a tener.

El de Burl fue más difícil. ¿*Los Versos de mi madre, la oca?* ¿*El conejo Peter?* ¿*La isla del tesoro?* ¿*Guerra y paz?* ¿Cómo decidir lo que le gustaría leer a él? ¿*La Odisea?* ¿*Don Quijote?* ¿*Dune?* Finalmente decidí llevarme para Burl el libro de canciones e historias de aquellos seres humanos que habían poblado el bosque antes que nosotros, el libro que contenía la historia de Sally Bell, las historias del coyote y del oso, y las canciones de luto y de agradecimiento, también las canciones para invocar la fortuna.

Después me tocó a mí, y me sentí como una madre coraje, obligada a elegir entre sus hijos. Hojeando el montón de libros que descansaba en el suelo sentí que los amaba todos. Amaba el olor y el peso de cada uno de ellos, amaba los colores de sus cubiertas y el tacto de las páginas. Amaba todo lo que significaban para mí, todo lo que me habían enseñado, todo lo que yo había sido en su presencia, y me daba cuenta de la tragedia que significaba elegir, porque escoger uno significaba abandonar todos los demás.

Ya casi había decidido no guardar ninguno para mí, cuando un libro que se encontraba todavía en la estantería medio vacía atrajo mi atención. Nunca lo había leído, nunca había hecho otra cosa que hojear su millar de páginas, pero de repente supe que era el tercer libro que me llevaría. Lo levanté y subrayé su título con el dedo: *índice: A-Z*.

No podía conservar todas las historias, no podía confiar en conservar toda la información... Eso era demasiado vasto, demasiado disparatado, quizá incluso demasiado peligroso. Pero podía llevarme el índice de la enciclopedia, podía tratar de conservar el listado maestro de todo lo que en el pasado había sido hecho o dicho o comprendido. Quizá crearíamos nuevas historias; quizá descubriríamos una nueva forma de conocimiento que nos sostendría, pero, mientras tanto, me llevaría el índice como recuerdo, para poder recordar —y mostrarle a Burl— el mapa de todo lo que habíamos tenido que abandonar.

Con los libros en la mano, cerré la puerta del taller de nuestra madre. Del cuarto de estar cogí el rifle y la caja de balas del armario. Todo lo demás lo dejé. Mi ordenador, mi calculadora y mi carta de Harvard, las zapatillas de baile de Eva y la cadena de música, dejé una casa entera llena de cosas que antaño pensábamos que necesitábamos para sobrevivir, y salí fuera. La luna creciente más delgada que se pueda imaginar acababa de alzarse por encima de los árboles, y en el patio oscuro Eva había encendido un fuego al lado del corral de las gallinas y estaba esperándome, con Burl en brazos.

—¿Lista? —preguntó.

—¿Qué vamos a hacer con las gallinas?

—Llevárnoslas. Podemos construir un gallinero junto al tocón, no creo que nos cueste mucho. Además, ya son medio salvajes.

—De acuerdo —repuse.

—¿Quieres ser tú la que lo haga? —preguntó ella.

—Sí.

Nos quedamos de pie un momento, observando la pequeña fogata. Eva sostenía una rama de secuoya sobre las llamas hasta que crujió al prender. Después me la pasó.

—Ten cuidado —dijo.

Subí los peldaños, crucé el porche, vacilé un momento y luego arrojé la rama encendida a través del vano de la puerta.

Apenas había salido del porche cuando se produjo el estallido. Oí un sonido detrás de mí, como de una rápida inspiración, y justo después una explosión tan espantosa que sacudió la tierra. Las ventanas estallaron y yo tropecé. Pero en un segundo me encontré al lado de Eva. Temblando, me volví hacia las llamas crecientes, para contemplar cómo la combustión se apoderaba de la casa, rugiendo hacia fuera y hacia arriba en cada una de las habitaciones. En silencio, Eva me cogió de la mano, y juntas escuchamos la rotura de los últimos cristales, el crujido de las paredes derrumbándose, el silbido salvaje y el bramido de todo aquel fuego.

Finalmente dije:

—Quería que usaras la gasolina para bailar. Siempre quise verte bailar otra vez.

Eva se rio y se volvió hacia mí, diciendo:

—Puedes verme bailar ahora mismo.

Me tendió a Burl, y, levantando los brazos por encima de la cabeza, empezó a bailar. Allí, junto a la casa en llamas, improvisó una danza que se desprendía del *ballet* como de una piel vieja y dejaba ver a una bailarina fresca, gozosa y valiente. Bailó con un cuerpo que había sembrado semillas, recogido bellotas, dado a luz. Con nuevos e innombrables movimientos, bailó la danza de sí misma, ora salvaje, ora tierna, ora grávida, ora saltarina. Sobre la áspera tierra bailó al son de la música de nuestra casa en llamas.

Al final, exhausta y alegre, mi hermana se dejó caer en el suelo.

—Feliz Navidad, Nell —dijo jadeando.

—Feliz Navidad, Eva —le respondí.

Nos quedamos en silencio durante un momento, contemplando cómo ardía la casa. Luego Burl empezó a agitarse.

—Esta es la historia —dije, citando a mi padre—. Podría ser mejor, podría ser peor. Pero al menos hay un bebé en ella.

—No entiendo —dijo Eva, levantándose para volver a bailar— por qué alguien querría caminar sobre el agua... cuando se puede bailar sobre la tierra.

De modo que mi hermana baila y la casa muerta se quema, y yo garabateo estas últimas palabras a la luz del incendio, ya casi apagado. Sé que también debería echar esta historia a las llamas. Pero soy una narradora —o al menos una guardiana de historias—, soy demasiado hija de nuestro padre para quemar estas páginas.

Ahora el viento se levanta y Burl se despierta. Pronto cruzaremos los tres el claro, aún oscuro, y entraremos en el bosque para siempre.



JEAN HEGLAND (Washington, 1956). Es escritora y profesora. Nació y creció en el pequeño pueblo de Pullman, frontera entre los estados de Washington e Idaho, en el seno de una familia de clase media con una casa pequeña pero atiborrada de libros (su madre era bibliotecaria y su padre profesor de literatura). Tras licenciarse en Humanidades en la Universidad de Washington y desempeñar los trabajos más dispares (durante una época fabricó vidrieras para escaparates de pequeños comercios y en otra estuvo empleada como celadora en una residencia de ancianos), obtuvo su Máster en Retórica y Creación Literaria en la Universidad Eastern Washington. En 1984, se trasladó a vivir a California para trabajar en el Santa Rosa College, donde a día de hoy sigue impartiendo clases de Literatura, Pensamiento Crítico y Creación Literaria. Su primera novela, «*En el corazón del bosque*», fue desde el primer momento un éxito rotundo: se mantuvo durante varias semanas en el listado de libros más vendidos confeccionado por The New York Times a partir de las librerías independientes del país, se tradujo a once lenguas y fue adaptada al cine en 2015 por Patricia Rozema, con Ellen Page y Evan Rachel Wood como protagonistas. En 2017 se publicó en Francia, donde ha superado ya los 150 000 ejemplares vendidos. Entre el resto de su obra cabe destacar «*Windfalls*» y «*Still Time*», ambas inéditas en castellano.

Notas

[1] En inglés, todas estas palabras empiezan con L. (N. del T.). <<

[2] Juego de palabras intraducible, pues el hecho de descuartizar y preparar la carne de un animal en inglés se dice *dressing*, literalmente «vestir». (N. del T.). <<